
LA
VERDADERA
COMPAÑERA
DEL ALFA
JAYMIN SNOW

La verdadera compañera del alfa

Romance paranormal con hombres lobo, pareja rechazada, bebé secreto y de enemigos a enamorados

(Serie Vínculo eterno)

Jaymin Snow

Copyright © 2024 by Jaymin Snow

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 1

Aisha

—Aquí tienes, Ricky. —Le tiendo la caña fría al hombre de cabello moreno sentado al final de la barra. La coge con agilidad y se bebe la mitad del vaso de un trago.

Ya no me impresiona la capacidad de Ricky para engullir alcohol a la velocidad de la luz; es un cliente habitual del Silver Brawl desde hace seis meses. El hombre apenas abre el pico, pero si le sacas el tema de su exmujer, te calentará la oreja durante horas. Cuando empecé aquí y todavía era una novata, cometí el error de preguntarle si estaba bien.

El tío estuvo hablando una hora y media seguida sobre el horrible divorcio al que le estaba sometiendo, y cito textualmente, «la zorra de su mujer» y cómo no iba a ver ni un céntimo suyo. Si la había besado con esa misma boca, no era de extrañar que su mujer le hubiera dejado. Su actitud era la segunda causa, en mi opinión.

—¡¿Estáis todos listos?!

La fuerte voz que se escucha a través del altavoz hace que me estremezca. Miro en dirección a la banda que está en el escenario, a punto de empezar a tocar. Los Blue Boyz son un grupo muy popular en este bar, y todo porque su cantante es amigo del hijo del dueño. Esa debe de ser la razón para que ese sonido suyo tan cutre sea tan solicitado en este bar de mala muerte. O a lo mejor es porque, después de dos copas, más de la mitad de los clientes se vuelven sordos.

Bond, el vocalista, me guiña un ojo cuando me pilla mirándole. Un escalofrío de repulsión me recorre la espalda. Cuando lo conocí, con su pelo dorado y sus ojos profundos y azules, me pareció encantador y cercano. Tardé una hora en cambiar de opinión.

Es la persona más malrollera de este sitio.

La banda empieza a tocar, la voz de Bond perfora mis sensibles oídos y tengo que luchar contra las ganas de gimotear. Los bares que atienden a seres sobrenaturales como yo suelen tener una música tranquila de fondo, *si es que tienen música siquiera.* Para una loba cambiaformas como yo, esta música alta resulta dolorosa. Hoy me he olvidado los tapones, así que me afecta más que

de costumbre.

—Hola, guapa. —Un cliente habitual me sonríe mientras toma asiento en un taburete vacío.

—Hola, Derek. —Dejo a un lado el vaso que estaba a punto de limpiar—. ¿Dónde está Sheila?

—Ha roto conmigo. —Me mira con pesar—. *Otra vez.*

Levanto una ceja.

—¿Le propusiste matrimonio?

—Sí. —se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita para anillos—, pero a ella no le pareció lo bastante caro.

Aprieto los labios.

—Bueno... —Abre la caja y veo un bonito anillo de diamantes—. Pues es precioso. Está cometiendo un error.

—Igual el problema soy yo. —Suspira—. A lo mejor no soy lo suficientemente bueno.

Cojo una cerveza de la nevera, la abro y se la pongo delante.

—O a lo mejor tu novia es una arpía cazafortunas.

—Sí que lo es —replica él como si nada—. Por eso me enamoré de ella. Lo de que fuese una arpía fue la guinda del pastel.

Me lo quedo mirando.

—¿Alguna vez has pensado en vender este anillo y pagarte un psicólogo con lo que ganes?

Derek me sonríe.

—Ya te tengo a ti, ¿no? ¿Para que necesito un psicólogo?

—Culpa mía —digo con sequedad.

Derek le da un trago a su cerveza.

—¿Cómo está Harry?

—Le va bien. —Asiento—. Maddie lo está cuidando. Insistí en pagarle, pero supongo que le gusta tener a alguien joven cerca, además, él la ayuda mientras está allí, así que está contenta con el trato.

Derek se apoya la barbilla en la palma de la mano.

—Deberíamos cenar todos juntos un día de estos. Hace buen tiempo. Deberíamos organizar un picnic.

—¿En febrero? —Me lo quedo mirando—. ¿Se te ha ido la pinza? Sigue nevando un día sí y otro también. Además, estamos de exámenes hasta el viernes, y el próximo semestre empieza el lunes.

—Ah, sí. —Derek hace una mueca—. *Los exámenes.*

Las cejas casi me desaparecen tras el nacimiento del pelo.

—¿*Eso* es lo único que te preocupa de lo que acabo de decir?

—¿Qué tal vas con Principios de Contabilidad? ¿Crees que podrías darme clases particulares mañana después de clase? Sigo sin entender el capítulo siete del libro. No lo pillo.

—No —le digo—. Tengo que recoger a Harry del colegio y prepararle la comida, y después me toca turno de noche, así que tendré que echarme una siesta antes. Pregúntale a Irene, le ha estado dando clases a otros, aunque cobra una buena suma.

Derek apura su cerveza.

—No puedo permitirme suspender este curso otra vez. —Me mira con mala cara—. Aunque tú no sabes lo que es eso, señorita matrícula de honor.

—Quéjate todo lo que quieras, Derek —digo, asintiendo con la cabeza a uno de los pinches de cocina que trae una caja llena de vasos limpios recién sacados del lavavajillas—. No todos tenemos padres ricos que puedan pagarnos la universidad ni un bonito ático.

—Te repatea, ¿eh? —Me apunta con la botella vacía.

Mis labios se crispan.

—No sabes cuánto.

Me devuelve la sonrisa

La conversación no tiene nada de maliciosa. Derek fue mi primer amigo cuando me mudé de Jacksonville a Portland. Harry y yo habíamos estado pasando la noche en el albergue local cuando fui a matricularme al Red Rock College, tras haber recibido mi beca estando en Jacksonville. Fue Derek quien me ayudó a levantar cabeza, consiguiéndome algunas entrevistas de trabajo e incluso poniéndome en contacto con algunos caseros que podían dejarme el alquiler a precios muy baratos. Ha pasado casi un año desde entonces y ahora somos muy amigos.

—Bueno, respecto al picnic… —empieza Derek.

—No —le corto—. Sabes que sólo tengo un día y que tengo que pasarlo empollando las clases de toda la semana.

Derek me lanza una mirada fatigada.

—Una vez que nos graduemos, deberíamos tener esa cena que no dejamos de posponer.

—¡Por mí vale, siempre que tú invites! —Limpio un vaso antes de colocarlo boca abajo con el resto.

Derek me tiende su botella vacía cuando una persona se desliza en el asiento de al lado.

—Hola, muñeca.

Me pongo tensa y se me esfuma la sonrisa.

—*Bond.* ¿Qué te pongo?

—Una cerveza fría y un rato a solas contigo en la trastienda —responde con una sonrisilla.

Le lanzo una mirada de disgusto y veo que Derek abre la boca, pero niego con la cabeza discretamente. No puedo permitirme que me despidan y Randall y Bond están muy unidos. He visto a este último manosear a una camarera que era muy evidente que estaba trabajando con un carné falso porque parecía tener quince años. Cuando la chica se quejó de ello a Randall, la

despidió.

El interés de Bond ha pasado a centrarse en mí estos días, un detalle que no me hace pegar saltos de alegría precisamente. El tío es como una sanguijuela. A la hora de la verdad, podría llevármelo al callejón, arrancarle los intestinos y metérselos por el culo, pero he estado intentando pasar desapercibida y las leyes humanas son diferentes a las de la manada. El asesinato por acoso es algo que no existe en el mundo humano.

Sólo espero al día en que Bond trate de acorralarme. Planeo romperle su polla diminuta. O retorcérsela, me da igual. Tengo muchas ganas de que llegue ese día.

—Toma. —Le sirvo su cerveza, dejando el vaso con fuerza ante él—. Tengo que atender a otros clientes.

Sin embargo, antes de que pueda irme, me agarra por la muñeca con una fuerza casi dolorosa

—¿Y qué hay del rapidito en la trastienda? —pregunta con voz dura y ojos ladinos.

Derek ya se está levantando, listo para intervenir, pero me acerco a Bond para hablarle con voz baja.

—No me acuesto con patéticos donnadies. —La cara se le pone como un tomate y parece a punto de rechistar algo cuando le dirijo una fría sonrisa—. ¿Qué? ¿Ahora vas a ir a llorarle a Randall? ¿Qué le vas a decir? ¿Que no voy a acostarme contigo? ¿O que te he llamado donnadie?

La expresión de humillación en su rostro no me divierte.

Randall no va despedirme si no monto una escena ni presento una queja oficial contra Bond. No tiene ningún problema siempre que no arme escándalo. Soy una de sus camareras más antiguas y dudo que quiera prescindir de mí.

Cuando Derek suelta una risita, Bond gira la cabeza como un resorte y le fulmina con la mirada.

—¿Tienes algo que decir?

Derek sonríe.

—Creo que ella te ha dicho todo lo que había que decir.

Bond entrecierra los ojos.

—¿Quieres que salgamos fuera?

—No, gracias, tío. —Derek apura su cerveza—. No eres mi tipo.

Unas breves carcajadas resuenan a nuestro alrededor y la expresión de Bond se tensa de rabia sin dejar de mirar a Derek.

—Me ocuparé de ti más tarde. —A mí, me dice con desprecio—: Menuda boquita tienes. Me aseguraré de darle un buen uso.

Ni siquiera me molesto en mirarle.

—Cuidado con lo que deseas. Tengo fama de morder —digo con tono informal.

Cuando se marcha, alzo la vista y veo cómo desaparece por el pasillo que va a parar al despacho de Randall. Se me hiela mirada.

No me va a dejar en paz, lo sé. Puede que tenga que hacer algo al respecto.

*** ***

Son alrededor de las dos de la madrugada y falta una hora para el cierre, cuando Randall se me acerca. Tensándome por dentro, me esfuerzo por mostrarme inexpresiva mientras recojo los vasos vacíos y los pongo en la bandeja.

—¿Tienes un minuto, Aisha?

A diferencia de Bond, Randall es una persona educada. O eso aparenta. A Randall le gustan las apariencias. Tiene una foto de su mujer y sus dos hijos en su escritorio y algún que otro retrato familiar repartido por ahí. Todo el mundo le considera un hombre de familia, pero posee una vena cruel, una insensibilidad que no me gusta.

Aunque es humano, me recuerda a mi padre. No me extrañaría que Randall usara los puños en vez de las palabras cuando está en casa.

Asiento.

—¿Pasa algo?

Ya sé lo que pasa. Randall me estudia.

—¿Ha pasado algo entre Bond y tú hoy?

Me encojo de hombros.

—Intentó ligar conmigo y quería que se la chupara. Le dije que existía la posibilidad de que le arrancara la polla de un mordisco y al parecer no le gustó. —Randall no parece muy contento y yo enarco las cejas—. No monté ninguna escena y mantuve un tono bajo en todo momento. Era él quien intentaba armar escándalo.

Randall frunce el ceño.

—Si está interesado en ti, entonces...

—*Trabajo* para ti, Randall. —Abandono el trapo, dirigiéndole una mirada fría—. No soy ninguna puta que vaya a abrirse de piernas si das la orden. Trabajo duro y no te he dado ningún problema. Mejor que siga así la cosa.

Randall guarda silencio por un rato.

—Le diré a Bond que te deje tranquila.

—Gracias.

Cuando se aleja, noto que me tiemblan las piernas y me doblo fingiendo que voy a recoger algo, pero me hundo en el suelo. Hacen falta agallas para decirle lo que le acabo de decir a mi jefe. Si Randall decidiese despedirme, no habría forma de encontrar un trabajo que me pagara tanto dinero. Es un riesgo que no debería haber corrido.

Las manos me tiemblan pensando en lo cerca que he estado de que me despidan. Pero tampoco podía acostarme con Bond sólo porque mi jefe piense que el muy niñato debe tener lo que quiera y a quien quiera.

Me humedezco los labios, intentando tranquilizarme. Sigo teniendo trabajo. No estoy despedida. Me pongo en pie y sirvo las últimas copas antes de ir a la cocina a tomarme un descanso de cinco minutos.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta Layla, la cocinera, que está limpiando la zona de

cocinado. Asiento.

—¿Tienes algo que pueda comer?

—¡Jojo! —grita Layla—. Tráele a la chica un plato de patatas fritas. ¿Quieres llevarte algo a casa, cariño? Nos ha sobrado pollo frito y algunos postres que no aguantarán hasta mañana.

—Gracias, Layla. —Le dedico a la mujer mayor una sonrisa de agradecimiento antes de aceptar el plato que me tiende su ayudante de cocina, Jojo.

El joven me dedica una tímida sonrisa.

—Te dejaré la bolsa con la demás en la nevera antes de irnos.

—Te lo agradezco.

Me pongo las botas con las patatas y Layla me regaña.

—Mastica, no engullas.

—Lo siento. —Le sonrío—. Es que aún no he terminado mi turno

—Aun así. —Parece preocupada.

Me limito a sonreírle e intento comer más despacio.

Incluso con lo poco que cuesta el alquiler, Harry tiene actividades escolares que necesitan de ciertos materiales, y esos materiales cuestan dinero. A eso hay que sumarle que está creciendo, y los lobos jóvenes cambiaformas tragan comida como una aspiradora. Como sus cuerpos están aprendiendo a cambiar a su forma de lobo, gastan mucha energía, así que son como pequeños agujeros negros. Les das tanta comida cómo es posible y, aun así, nunca es suficiente.

Si siguiéramos viviendo en nuestra manada, nuestro padre o uno de nuestros muchos tíos ayudarían a Harry con esta transición. Toda la manada cocinaba junta, así que siempre había comida para los más jóvenes, que la necesitaban. Pero todo eso tenía un coste en nuestra manada, un coste que mi madre pagaba, que yo pagaba y que Harry habría pagado si no me lo hubiera llevado de allí.

La única vez que puedo comer estos días es lo que me da Layla estando aquí. El resto se lo llevo

a casa a Harry. Sólo tiene once años. Debería estar disfrutando de su infancia y viviendo su transición. Quiero que tenga la vida que yo nunca tuve.

Cuando acabe el semestre, podré pillarme otro trabajo durante las vacaciones de verano y hasta podría ahorrar algo de dinero.

Termino de comer, salgo y empiezo a cobrar las cuentas. Normalmente es Randall quien cierra, pero una o dos veces por semana me deja esa responsabilidad a mí, y hoy resulta ser uno de esos días. Suspirando, cuento el dinero y dejo los recibos y la caja de seguridad en el cajón de su escritorio antes de volver a la planta principal. Recojo las sillas y empiezo a fregar. Hace rato que todos los demás se han ido, cuando me doy cuenta de que la luz roja de la cámara de seguridad está apagada.

Mis cejas se fruncen mientras estudio la cámara. Al girar la cabeza hacia la que está al otro lado de la habitación, me doy cuenta de que tampoco funciona.

Me apoyo en la fregona y las miro fijamente.

—Antes funcionaban perfectamente.

Me planteo llamar a Randall para avisarle, pero cuando miro el móvil, se me eriza el vello de la nuca y sé al instante que ya no estoy sola. Echo la vista atrás y veo a Bond a unos metros de mí.

—¿Tú? —Cuando se limita a mirarme con desprecio, miro en dirección a las cámaras de seguridad antes de devolverle la mirada—. Esto ha sido cosa tuya, ¿no?

Bond no hace más que sonreír.

—No hace falta que todo el mundo me vea dándote una lección.

Con calma, dejo la fregona apoyada contra la mesa.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Has apagado las cámaras de seguridad y has venido aquí a atacarme para que no haya testigos?

Resopla.

—Puedes intentar hacerte la dura todo lo que quieras, pero una vez que acabe contigo, suplicarás por mi perdón. Te tendré lamiendo la suela de mi zapato mientras...

Levanto un dedo y me acerco el móvil a la boca.

—Hola, Randall. —Bond se pone rígido y yo continúo—: Escucha, te dejo un mensaje de voz para decirte que he dejado el dinero donde me dijiste que lo guardara, he cerrado todo con llave y estoy de camino a casa. Sólo quería avisarte de que algunos clientes se han puesto un poco salvajes y han roto algunas mesas y sillas. Las cámaras de seguridad no estaban funcionando por alguna razón. He puesto los trozos rotos contra la pared para que te ocupes de ellos cuando vengas.

Bond parece confuso ante mi tranquila declaración. Una vez enviado el mensaje de voz, dejo el teléfono sobre una de las mesas y me arremango, sonriéndole.

—¿Qué decías?

—¿Qué demonios ha sido eso? —gruñe.

Mis labios se curvan aún más.

—Bueno, sí que tienes razón en una cosa. *No* habrá testigos de lo que pase.

Veo el destello de incertidumbre en su mirada, pero aún hay una capa de confianza presente. Cree que puede agredirme y que no habrá nada que yo pueda hacer al respecto. He visto a muchos hombres como él. Mi padre era como Bond, seguro de su fuerza, un matón de tomo y lomo. Acorralaba a mi madre y la golpeaba hasta casi matarla, la utilizaba y la arrojaba, temblando y llorando, a un lado como si no fuera su compañera, la madre de sus hijos.

Mi madre nunca me enseñó a defenderme cuando alguien me atacaba. Me enseñó a hacerme un ovillo y a pedir clemencia. *Yo misma* me enseñé a luchar y a protegerme.

Toda mi vida, sobre todo después de escapar del infierno en el que nací y me crie, me juré a mí misma que nunca sería una víctima.

Veo cómo Bond se acerca a mí, pero no me muevo. No le tocaré hasta que no cometa su primer error, que será ponerme una mano encima.

Veo que el sudor empieza a formársele en la frente ante mi inquietante calma. Sin embargo, su ego ya ha salido herido una vez y no tolerará una segunda. Su mano se posa en mi pecho y curva los dedos para rasgarme la blusa. En ese momento, le agarro la muñeca y se la retuerzo.

No soy ninguna idiota. A los lobos cambiaformas, igual que al resto de seres sobrenaturales que conviven con los humanos, no se les permite revelarse ante el mundo humano. Así que no le enseño los dientes ni lo hago pedazos con mis garras, por mucho que mi lobo esté salivando por dentro. No, lo levanto y lo arrojo contra las sillas y mesas de la pared.

Suelta un grito de dolor antes de caer al suelo, inconsciente.

Parpadeo. ¿Eso es todo? ¿Así de rápido lo he dejado KO?

Me dirijo hacia él para asegurarme de que no ha muerto. Me agacho y le tomo el pulso. Ahí está.

No puedo dejarlo aquí.

—*A menos que...* —Una sonrisa malvada me crispa los labios. Despojo de todo al violador en potencia y arrastro su cuerpo inerte hasta la puerta. Como son las cuatro de la mañana, no hay nadie por los alrededores. Lo dejo ahí tirado y desnudo y cierro las puertas. Empujo los escombros a un rincón de la habitación, recojo la pata destrozada de una silla y me quedo helada.

Un extraño calor se apodera de mí y casi caigo de rodillas. Me llevo la mano al pecho y me esfuerzo por respirar. El calor aumenta en oleadas.

«¿Qué está pasando?», pienso con frenesí, intentando deshacerme de la neblina que me embota la cabeza. Me palpita el abdomen. Mi otra mano sigue sobre la silla y la aparto por instinto. La bola de calor que llevo dentro se relaja y me hundo en el suelo, con el cuerpo temblando por las punzadas de excitación.

Me arrimo a la pared más cercana para apoyarme en ella. Me sujeto una mano contra el pecho, con los ojos desorbitados, presa del pánico.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —murmuro, aterrorizada.

CAPÍTULO 2

Aisha

No sé cómo he llegado a casa, pero ya me encuentro un poco mejor, lo suficiente para que mi cerebro funcione con normalidad. Harry está profundamente dormido y Maddie me sonríe mientras lo levanto con cuidado para no despertarlo. Para ser preadolescente, Harry sigue siendo demasiado pequeño de estatura. Me duele el corazón al ver lo poco desarrollado que está. Es porque no come lo suficiente.

—Gracias, Maddie. —Le dirijo una mirada de agradecimiento mientras mi hermano entierra la cara en mi cuello, donde mi olor es más fuerte—. Siento seguir despertándote a estas horas intempestivas todos los días.

—Es un pequeño sacrificio, Aisha. —La anciana me mira con ojos cansados—. La presencia de tu hermano le da vida a mi hogar. Venid a desayunar conmigo mañana antes de irte. —Abro la boca para negarme, pero ella me corta—. Estás demasiado delgada. Ninguna chica de tu edad debería estar en los huesos.

Bostezo antes de poder contenerme.

—Vale, gracias.

Espera junto a su puerta hasta que cruzo el pasillo y abro la de mi propio apartamento. El sonido de su puerta al cerrarse hace que quiera sonreír.

Llevo a Harry a su habitación, lo tumbo, lo cubro con la manta y le acaricio el pelo, con el corazón encogido al ver a un niño que necesita una manada desesperadamente.

—No podemos volver, Harry —susurro ahogadamente—. No permitiré que te conviertan en un monstruo a ti también.

Se limita a murmurar algo en sueños antes de dejar escapar un pequeño ronquido. Me limpio los ojos húmedos y vuelvo a acariciarle el pelo. Enciendo la lámpara de noche y salgo de su habitación. Voy hasta la mía, saco el portátil y lo enciendo. Tarda un par de minutos en arrancar,

pero ya estoy acostumbrada. Me lo regaló una compañera de clase, que se alegró de poder dármelo en lugar de tener que deshacerse de él. Siempre se me ha dado bien la tecnología, así que me las arreglé para cambiar la placa base y conseguir que volviera a funcionar.

Al consultar la página web de la universidad, me siento aliviada de que haya comenzado la matrícula de los cursos del próximo semestre, y me encuentro entre los primeros estudiantes en línea. No hay descanso entre estos dos semestres y sólo tenemos tres días para elegir nuestras clases e inscribirnos en ellas. Hay muchos cursos entre los que elegir, pero mi especialidad es Análisis de Datos, y quiero un curso más avanzado para poder hacer prácticas en verano, que me pagarán más que siendo camarera. Después de matricularme en las clases obligatorias, me fijo en los cursos avanzados que tendré que hacer el año que viene. Por suerte, como tengo una beca, puedo matricularme en los cursos avanzados estando en tercero. La universidad prefiere que me gradúe lo antes posible. Sólo tengo que entregar un formulario en la oficina de administración para que lo aprueben.

Mis ojos se posan en uno de los cursos y me quedo mirando la descripción antes de consultar el programa. No pinta nada mal. Compruebo quién es el profesor: Morris Wolfguard. Es conocido por su rigor. Y se supone que también está buenísimo, pero sus clases son una cámara de tortura. Es despiadado.

Nunca lo he visto, pero eso se debe a que estos dos últimos años ha estado dando clases en una universidad hermana.

Aprieto los labios. Puedo con él. No le haré ojitos y me aseguraré de seguir el ritmo de la clase. No debería ser un problema.

Mi mano planea sobre la opción de «registrarse».

Pronto será primavera y el bar se inundará de más gente. Puede que tenga que trabajar horas extras. Aprieto la mandíbula.

—Todo irá bien. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Pulso el botón.

*** ***

No hay rastro de Bond en los dos días siguientes. Oigo rumores de que lo encontraron desnudo

fuera y muchas de las empleadas se ríen de ello.

Cuando Randall me preguntó qué había pasado, fingí que no tenía ni idea de nada. Así que me deja en paz. No tiene pruebas de que yo tuviera algo que ver y, por lo que sé, Bond no ha soltado prenda. ¿Por qué iba a hacerlo? Eso sería admitir que una mujer le dio una paliza y lo dejó desnudo ahí fuera, y su ego no podría soportarlo.

En general, ha sido una buena semana y he terminado mi último examen. Sin embargo, hay una cosa que me preocupa: esa extraña sensación que experimenté. No ha desaparecido del todo.

Me he despertado un par de veces por la mañana, con mi excitación permeando la habitación. No tengo a nadie a quien preguntar, así que el único sitio que me queda es una de las páginas web que visitan los cambiaformas como yo. Todos estamos registrados en ella y tenemos que usar nuestra identificación de manada para acceder. Por eso no quería hacerlo. Nadie ha venido a buscarnos a Harry y a mí, pero si nuestra identificación pone a alguien sobre aviso, es muy probable que lo hagan.

Compruebo el reloj de pared.

—Tres minutos —murmuro—. Sólo tres minutos. Entrar y salir. Nadie se dará cuenta.

Respiro hondo. Me conecto rápidamente y pongo mis síntomas en la barra de búsqueda sin dejar de comprobar la hora cada pocos segundos.

El foro se carga y hago una captura de pantalla de discusiones similares sin siquiera leerlas. Con el corazón acelerado, cierro rápidamente la sesión justo cuando se acaban los tres minutos y me vuelvo a sentar en la silla, dejando escapar un suspiro tembloroso.

—Por los pelos.

—¿El qué? —pregunta Harry, mirándome desde donde se encuentra viendo dibujos animados en el pequeño televisor que saqué de un contenedor hace dos meses. No tenemos televisión por cable, pero he descargado algunos dibujos animados para él en mi teléfono y puedo conectarlo al televisor.

—Nada. —Le sonrío—. Vamos a comer dentro de una hora y luego nos vamos al parque. Podemos ir a patinar sobre hielo.

Se le iluminan los ojos. Como los míos, son de un verde claro con motas doradas. Pero ha

heredado el pelo castaño y rizado de nuestro padre, mientras que el mío es largo, liso y negro, como el de nuestra madre. Yo tengo la boca un poco ancha, con un lunar justo encima del labio superior, y ya no tengo esos mofletes de querubín. Harry aún tiene las mejillas regordetas y una sonrisa contagiosa que me hace querer cubrir de besos su preciosa cara.

Lo he criado desde el momento en que nació. Mi madre estaba demasiado ocupada intentando ganarse el amor de mi padre como para prestarle atención. Yo era la que le daba de comer, lo vestía y lo cuidaba. Mamá nunca estaba cerca.

Dejo escapar un largo suspiro.

—¿Cómo te va, chico? ¿Van bien las clases?

—¡He hecho algunos amigos! —Me sonríe antes de volver a centrar la vista en la televisión.

—¿En serio? —Le dedico una sonrisa—. ¿Y cuándo voy a conocerlos?

—Nunca. —Mi hermano pequeño me mira con los ojos entrecerrados—. ¡Siempre me avergüenzas delante de mis amigos!

—Ese es mi trabajo. —Sonrío—. Y me vuelvo mejor con los años, así que será mejor que te andes con cuidado.

Harry me saca la lengua antes de acercarse más a la tele. Le dejo a su rollo y vuelvo a centrar la atención en las capturas de pantalla que acabo de hacer.

Repaso las respuestas y se me tensa la mandíbula cuando aparece una y otra vez la palabra feromonas. Eso no tiene sentido. Las feromonas en los cambiaformas se suelen liberar cuando una pareja potencial se cruza en nuestro camino. Y si eso ocurriera, lo sabría. Si el hombre destinado a ser mi compañero entrara en el bar en el que trabajo, sería imposible que no lo descubriera.

Todos los lobos cambiaformas tenemos parejas potenciales que pueden encajar bien con nosotros, y las feromonas salen a la luz cuando esa pareja está cerca, impulsando a ambos cambiaformas hacia el otro. A veces, las parejas potenciales pueden resultar ser tu pareja predestinada. Eso es lo que busca todo el mundo.

Pero yo me siento intranquila, no hay ni una pizca de alegría en mí.

Cuando me fui de casa para venir a Oregón, crucé las fronteras estatales, entrando en el territorio de otra manada de lobos. La manada dominante en Portland es una familia aristocrática. Como Oregón es enorme, no esperaba encontrarme con ningún cambiaformas de su manada, y menos en un bar de mala muerte como Silver Brawl. Pero si alguno llegase a pasarse por él, podría causar un problema. Puede que no les guste la idea de que viva en su territorio. Supongo que depende de lo territoriales que sean.

Hundo los dientes en el labio inferior. Esto no es bueno. No es nada bueno.

—¿Aisha? —Casi me caigo de culo cuando me doy cuenta de que Harry está a mi lado.

—¿S-sí? —tartamudeo, con una mano sobre el corazón acelerado.

Mi hermano me mira con extrañeza.

—¿Podemos comer ya? Me muero de hambre.

Me pongo en pie.

—Claro.

Me mira mientras me muevo por la cocina, hirviendo unas patatas.

—¿Por qué no podemos comer carne?

A primera vista, su queja parece un capricho infantil, pero sé que a su cuerpo le apetece carne.

Miro por la ventana, sintiéndome desesperada. El cazar es una idea que he considerado de vez en cuando, pero aventurarse en las zonas salvajes que rodean la ciudad puede ser peligroso. Allí hay más posibilidades de toparse con un lobo cambiaformas. No puedo permitirme comprar carne en el supermercado, y la única otra forma de conseguirla es cazando.

Me tiemblan los dedos al sacar las patatas cocidas y me esfuerzo por mantener una voz firme.

—Pronto. Pronto tendremos carne.

No sé cuántos trabajos más podré aceptar. Incluso mi cuerpo tiene sus límites. Se me empiezan a notar las costillas y eso me preocupa. Si estoy débil, no podré proteger a Harry. Tal vez debería intentar cazar algunos conejos o algo para nosotros en la linde del bosque.

La ansiedad me invade. Si me pasara algo, Harry se quedaría solo. Intento no correr riesgos innecesarios.

Enrollo un poco de la carne picada cruda en las chuletas de patata antes de freírlas. Me tomo una mientras Harry engulle el resto. Cuando intenta darme un poco, niego con la cabeza.

—¿Por qué comes tan poco, Aisha? —pregunta con curiosidad.

Me echo hacia delante y le pellizco la mejilla.

—Porque cuando tú comes, me siento llena.

—Eso no tiene ningún sentido. —Hace una mueca.

Me río ligeramente.

—Para mí sí lo tiene.

—Eres muy rara.

—De acuerdo. —Me pongo en pie—. Sólo por eso, tienes que lavar los platos. *Todos*.

Le oigo quejarse mientras me alejo y los labios se me crispan en una sonrisa.

Después ir al parque, voy a dormir hasta que empiece mi turno. Al menos, ese es mi plan, pero me suena el teléfono y veo el nombre de Randall en la pantalla.

Contesto de mala gana.

—Hola, Randall.

—Aisha, escucha. Tom no va a venir para su turno de tarde, le ha surgido una emergencia familiar. No hay mucho trabajo por la tarde, y tengo que ir al aeropuerto a recoger a mi hijo. ¿Puedes cubrir el turno de Tom?

Me paso los dedos agitados por el pelo.

—El nuevo semestre empieza mañana, Randall. Y todavía tengo que cubrir el turno de noche. Ahora mismo, necesito dormir.

A pesar de mis válidas excusas, Randall se niega a rendirse.

—Te pagaré el doble de horas extras. O el triple. No van muchos a beber por el día, Aisha, pero pagan bien, así que no puedo dejarlos en la estacada.

Dejo escapar un suspiro.

—¿Cuánto es el triple?

Cuando nombra la cantidad, los ojos se me abren de par en par.

—Voy para allá.

Le oigo reír entre dientes.

—Nunca había visto a alguien tan motivado por el dinero. De acuerdo. Tengo que irme dentro de una hora. Nos vemos pronto.

Cuelgo y miro en dirección a la cocina, donde oigo que Harry sigue comiendo. Se va a enfadar mucho. Antes de decirle nada, me apresuro a cruzar el pasillo y llamo a la puerta de Maddie. Me abre al cabo de un minuto.

—¿Cómo supe que eras tú, Aisha?

—Maddie. —Le dirijo una mirada suplicante—. Necesito un favor. Uno enorme.

Maddie abre más la puerta.

—Claro que puede quedarse aquí.

No sé cómo lo ha sabido, pero le doy un fuerte abrazo.

—¡Nunca podré agradecértelo lo suficiente!

Mientras me apresuro a empaquetar el almuerzo de Harry para que lo lleve a casa de Maddie, ella grita:

—Sí que puedes. Poniéndole un poco de carne a esos huesos tuyos.

Harry refunfuña, se queja, gimotea e incluso se agarra a mi pierna, pero consigo llevarlo al

apartamento de Maddie. Por suerte, aunque parece abatido por la interrupción de nuestro domingo juntos, Maddie consigue sobornarlo con galletas y se le levanta el ánimo.

Aunque la cara de disgusto que pone cuando me voy se me queda grabada en la memoria mientras me dirijo al trabajo. Me había prometido a mí misma que le daría a Harry una vida mejor, pero ¿es este tipo de vida mejor que la que teníamos? No puedo alimentarlo bien, no puedo darle la atención que necesita y no puedo hacerlo feliz.

Puedo sentir su soledad.

A menudo intento consolarme pensando que esto será así sólo un año más, como mucho. Que las cosas cambiarán cuando tenga un trabajo en condiciones, que pasaremos más tiempo juntos y que él podrá comer toda la carne que quiera. Pero un año es mucho tiempo. Y cada vez que me lanza esa mirada cargada de desdicha, se me rompe un poco más el corazón.

Abandono esos pensamientos al llegar al bar. Respiro hondo y entro.

La única vez que he estado aquí por la tarde fue cuando vine para mi entrevista de trabajo. Entonces había algunas personas, pero no muchas. El local está poco iluminado, con algún partido retrasmitiéndose en la televisión. Algunas de las mesas están ocupadas con gente almorzando, algunos están viendo las repeticiones del partido, mientras que otros están centrados en sus teléfonos o en el periódico. En el bar también hay un par de personas y algunas apestan a alcohol.

Me apresuro hacia la trastienda, dejo mis cosas en la taquilla y me dirijo al bar. Randall ya está aquí y parece tener prisa.

—Vale, tú encárgate de las cosas por aquí. He llamado a alguien más para que te ayude, por si acaso.

Frunzo el ceño, sin entender a qué se refiere, pero antes de que pueda preguntar nada, ya ha salido por la puerta. ¿Tenía otras opciones y eligió llamarme a mí?

A pesar de mi ligera irritación, cojo una botella de tequila y me sirvo un chupito.

—¿A quién le importa? Mañana compraré una tonelada de carne. —Me siento un poco mejor al pensarlo y me bebo el chupito, disfrutando del colocón temporal.

La primera mitad de la tarde es bastante aburrida, pero una vez que empieza mi turno, sobre las

nueve de la noche, empiezo a sentirme cansada a medida que aparece más y más gente. Para mi sorpresa, a las nueve en punto también se presenta Tom.

—Hola —lo saludo—. Pensé que tenías una emergencia familiar.

—¿Eh? —Tom me mira extrañado—. ¿Qué emergencia familiar?

Le miro fijamente.

—Si no tenías una urgencia, ¿por qué no te presentaste para tu turno? ¿Por qué apareces ahora?

—¿Porque Randall me lo pidió? —Coge una botella de agua de la nevera que tenemos detrás—. Me dijo que tenía que cambiar turnos contigo. ¿Qué haces aquí todavía?

—Espera, ¿qué? —Le dirijo una mirada confusa—. Me dijo que tenías una emergencia familiar. ¿Qué está pasando aquí?

Tom me lanza una mirada.

—Esto no lo has oído de mí, pero Randall ha estado un poco majara últimamente. Ha estado esnifando mucho azúcar, ¿me entiendes?

Tardo un momento en entender lo que quiere decir. Los cambiaformas lobo no nos metemos drogas, ya que tienen un efecto muy desagradable sobre nosotros. A veces, pueden dejarnos en un estado semitransformado, lo cual es bastante peligroso.

—Eh, bueno. —Intento pensar qué decir, y él me guiña un ojo.

—Lo vi la semana pasada, en su despacho, haciéndose unas rayas de coca.

—Bueno —digo con fuerza—. Espero que fuera en serio cuando dijo que me pagaría las horas extra.

Tom me lanza una mirada rápida.

—Puedes irte a casa si quieres. Ya me encargo yo de todo.

Me duelen los pies y tengo muchas ganas, pero pensar en el dinero me hace vacilar y le dirijo una sonrisa rápida.

—La verdad es que necesito el dinero de las horas extra. Así que voy a aguantar.

Y es toda una suerte que me quede, porque Tom no está acostumbrado al ajetreo del bar y acaba necesitando que le echen una mano. En las últimas noches ha estado tocando otra banda, así que me quedo congelada en el sitio cuando veo entrar a Bond con su pandilla. Entrecierro los ojos cuando lo sorprendo inspeccionando el bar.

Cuando su mirada se cruza con la mía, me dedica una pequeña sonrisa, una sonrisa que parece querer ser cortés, pero que me pone los pelos de punta. No le devuelvo la sonrisa. Sólo un idiota volvería a repetir.

Espero que Bond no sea idiota.

Se dirige directamente al escenario, donde él y su banda empiezan a prepararse. Tocan dos canciones antes de hacer una pausa e ir a por unas bebidas. Afortunadamente, coincide con mi descanso.

—Son todos tuyos. —Le doy una palmada en el hombro a Tom.

Me deslizo hasta la cocina con una botella de agua, con la esperanza de conseguir algo de comer. Layla me da una hamburguesa con amabilidad y yo me siento en el taburete junto a la puerta para devorarla. Aún estoy comiendo cuando se abre la puerta y entra Bond.

—Solo se admiten empleados aquí atrás —digo fríamente.

—Tom te está llamando —se burla.

Le fulmino con la mirada.

—¿Y tú te ofreciste para venir a decírmelo?

Se encoge de hombros.

—Soy así de majo.

—Lo que eres es un cerdo —murmuro en voz baja, pero no tengo intención de empezar ninguna reyerta. La forma en que me habla tan despreocupadamente me hace preguntarme si ha sufrido amnesia. Estoy segura de que no le pegué tan fuerte.

Dejando mi hamburguesa a medio comer, salgo a ver qué quiere Tom, pero mi compañero camarero niega haberme hecho llamar.

—Cabrón —siseo mientras vuelvo a la cocina, solo para encontrarme con que Bond se ha ido y la hamburguesa que me quedaba está en el cubo de la basura.

Gruño en voz baja y Layla me mira.

—¿Todo bien, cariño?

—No —refunfuño, deseando haber golpeado a Bond más fuerte, haberle provocado algún daño cerebral.

—¿Dónde está tu hamburguesa? —Layla se acerca—. La dejaste justo ahí.

Cuando mira en la papelera, se le tensa la expresión.

—Te haré otra.

—No te molestes. —Le doy una palmadita en el brazo—. De todos modos, mi descanso ha terminado.

Le pongo el tapón a mi botella de agua y vuelvo a salir. Veo a Bond y, cuando me sonríe, le enseño el dedo corazón.

Sigo bebiendo agua, el aire acondicionado defectuoso me da sed. Pero a medida que pasa la siguiente hora, empiezo a sentirme un poco extraña. Noto la cabeza un poco mareada y me pregunto si podré terminar mi turno. Parece que el cansancio se apodera de mí.

—Oye, Tom. —Ahora noto la vista borrosa—. Voy a tomarme un respiro. No me siento muy bien.

Tom me mira alarmado.

—Estás un poco colorada. ¿Por qué no te vas a casa?

Lo deseo desesperadamente. Cada gramo de mi ser quiere irse a casa y descansar, pero no puedo.

—Estaré bien —murmuro, con la cabeza como un bombo—. Tengo que... tengo que ir...

Avanzo a trompicones hacia el pasillo, sorteando el mar de gente como si fuera ciega. Consigo llegar a la puerta que da al callejón trasero, la abro y dejo que el aire frío me dé una bofetada en la cara. Me despeja un poco la cabeza, pero siento calor en el cuerpo. Es una sensación diferente a la del otro día. Es antinatural e incómoda. Mi lobo quiere salir.

Con la mano apoyada en la pared, intento buscar apoyo, pero siento la cabeza llena de algodón y noto la lengua espesa en la boca. Mi lobo está más que agitado y no sé qué hacer. Nunca había estado en una situación así.

Oigo el sonido de una puerta que se abre y entonces una voz familiar y chirriante llega a mis oídos.

—¿Te diviertes?

Es la voz de Bond.

Antes de que pueda reaccionar, me agarra del pelo y me tira al suelo.

—¿Creías haber ganado? Cometiste un error —sisea—. Deberías habérmela chupado como una puta agradecida. Ahora voy a hacerte pagar por lo que me hiciste. La droga que he puesto en tu agua aún no ha salido al mercado. Te voy a dar una lección que nunca olvidarás. *¿Chicos?*

Oigo pasos en la entrada del callejón. No puedo distinguir sus caras, el cuerpo me arde y mi lobo está en apuros.

—Haced lo que queráis con ella —se burla Bond— y luego dejadla en su preciada universidad. Que todo el mundo la vea como la zorra que realmente es.

Siento que mis garras se liberan ante sus palabras. No puedo permitirlo.

Los colmillos se me extienden y los hundo en el labio inferior, rompiéndolo. El dolor me centra lo suficiente como para agarrar el pie de la persona que tengo más cerca y darle un tirón, haciéndole caer al suelo. Ante su grito furioso, todos me rasgan la ropa.

Es entonces cuando capto el olor del otro día. Es crudo y terroso, como la madera recién cortada por la mañana. Apenas tengo tiempo de absorberlo cuando un calor diferente llena mi cuerpo.

Feromonas.

Explotan en mí, casi como una sensación física, y noto cómo las bragas se me humedecen por la excitación. Pero la neblina en mi cabeza sigue presente. Súmale a eso las feromonas espesas en el aire y, en contra de mi voluntad, se me empiezan a cerrar los ojos.

Oigo un rugido enfurecido y aullidos de dolor. Y después, alguien me lleva en brazos.

No sé qué está pasando, pero me siento segura. Me siento segura en los brazos de quienquiera que sea.

Dejo que la oscuridad me arrastre.

CAPÍTULO 3

Aisha

Abro los párpados y miro al techo, aturdida. ¿Dónde estoy? No conozco este lugar. El techo basta para saber que este no es mi apartamento. Mi techo es oscuro y está cubierto de manchas. Este lo han pintado de un azul vibrante.

Me siento y observo la habitación. Me duele la cabeza y siento el cuerpo pesado. Tardo un par de minutos en darme cuenta de que es una habitación de motel. El pequeño y anticuado televisor del otro lado de la habitación lo delata.

Me paso los dedos por el pelo, agitada.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

Tengo la memoria fragmentada y en esta habitación no hay más olor que el mío.

Sé que no he venido aquí por mi propio pie. Incluso si hubiera estado borracha como una cuba, no habría venido a un motel desconocido sólo por diversión. No, alguien me trajo aquí. Sintiéndome tensa, me pongo en pie, notando todo el cuerpo como si acabara de recibir una paliza brutal. Me apoyo en la cama y busco mis cosas en la habitación, pero no las encuentro. Se me encoge el corazón.

Entonces, mis ojos se posan en un pequeño trozo de tela negra que sobresale de un cojín del sofá de dos plazas. Me apresuro a cogerlo, con la esperanza de que me dé una pista sobre la identidad de la persona que me ha traído aquí. En cuanto mi mano entra en contacto con la tela, me invade ese olor familiar, el que ha disparado mis feromonas. Mi posible compañero. La suelto de inmediato, temblando.

Es un guante negro.

Él estaba allí. Anoche.

Los recuerdos se me agolpan al recordar cómo Bond me drogó el agua y lo que él y sus «chicos»

habían intentado hacer. Recuerdo sentirme débil e indefensa, con el cuerpo consumido por un calor antinatural, los gritos y alguien llevándome en brazos.

Miro fijamente el guante, sintiéndome incómoda. ¿Por qué rescatarme y luego dejarme en un motel? ¿Y por qué el olor está tan bien disimulado?

Estudio mi entorno. ¿Por qué han destrozado tanto esta habitación? Aparte de la cama, donde estaba desmayada, todo lo demás parecía el escenario de la rabieta de un niño pequeño. No hay daños permanentes, pero sí suficientes para que el encargado de este lugar me haga pagárselos.

Me cubro la boca con la mano. ¿El cambiaformas que me trajo aquí habrá pagado la habitación?

No puedo quedarme aquí. Y no puedo salir por la puerta principal. Ni de broma puedo pagar esta habitación.

Tal vez por eso se fue. Quería evitar tener que pagar. Fíjate, como no podría ser de otra forma, el destino quiere atarme a alguien avaro. Miro a mi alrededor, ignorando mi fuerte dolor de cabeza y tratando de idear una estrategia de huida. Por suerte, hay una ventana que da a la escalera de incendios.

La bajo rápidamente, asegurándome de que tengo mi teléfono está conmigo. De hecho, es lo único que tengo.

Me apresuro a bajar, compruebo la hora y mi corazón se hunde de consternación. Son las siete y media. Mi primera clase es con el profesor Morris, que es muy puntual. Pero la universidad está a veinte minutos, todas mis cosas siguen en la taquilla del trabajo y no quiero ir hasta allí. Pero no puedo ir a clase sin mi carné de la universidad, y el carné está en mi mochila, dentro de la taquilla.

Cojo el teléfono y llamo a Jojo.

Descuelga al segundo timbrazo, con voz soñolienta.

—¿Diga?

—Jojo —digo rápidamente—. Soy Aisha. Necesito un favor de los grandes.

Oigo un crujido antes de que pregunte, con voz más alerta:

—¿Qué pasa?

—¿Puedes ir al bar y coger mis cosas de la taquilla? Puedo enviarte el código por mensaje.

—Ah, claro. —Oigo el frufrú de tela al otro lado, como si se estuviera poniendo algo de ropa—. Pero no será fácil. La policía ha encontrado un cadáver mutilado en el callejón esta mañana. Han acordonado la zona. Randall no les dejó cerrar el bar, pero...

—Espera. —Hago una pausa—. ¿El cadáver de quién? ¿Era Bond?

Se produce una ligera pausa en el otro extremo.

—Eh, no. Pero es curioso que menciones a Bond, Randall ha estado intentando ponerse en contacto con él sin ninguna suerte. Le ha entrado el pánico. Aquí hay gato encerrado fijo.

Cierro los ojos.

Una parte de mí desearía que fuera el cuerpo de Bond el que encontró la policía, pero no importa. Voy a vengarme de él de una forma u otra. Me hierve la sangre por lo que intentó hacerme. Y no estoy completamente segura de que Randall no estuviera al tanto de su plan después de ese repentino cambio de turnos. Incluso aunque estuviera colocado hasta las trancas, ha sido todo demasiado preciso para mi gusto.

—De acuerdo. —Vuelvo a centrarme en el dulce Jojo—. Nos vemos en la esquina de Berwick Street, ¿vale? Y si tienes un cuaderno y un bolígrafo, ¿puedes traérmelos, por favor?

—Claro. —No expresa ni una sola queja—. Estaré ahí en diez minutos.

Aun así, voy a llegar tarde, pero después de una noche tan horrible y una mañana aterradora, la bondad inherente de Jojo me hace sonreír, aunque sea un poco.

*** ***

Jojo ya me está esperando y, cuando ve el estado en que me encuentro, con el pelo largo alborotado y recogido en un moño suelto y el maquillaje ligero de anoche corrido, me pasa una toallita húmeda.

—Igual te interesa arreglarte un poco.

Acepto la toallita, agradecida, y me limpio el exceso de maquillaje de la cara.

—Estoy horrorosa, ¿verdad?

—Tú siempre estás guapa, Aisha —me asegura él con una dulce sonrisa.

No puedo evitar sonreír.

—Gracias. No es verdad, pero necesitaba esa inyección de confianza.

Me entrega mi mochila.

—Toma, sé que llegas tarde. Mucha suerte. Te he comprado un bocadillo y una botella de zumo para comer.

Me tiemblan los labios antes de echarle los brazos al cuello al chico de diecisiete años.

—Eres un puñetero ángel, ¿lo sabías? Tu novia debe estar loca por ti.

Se le pone la cara roja como un tomate.

—Le caigo bastante bien. Deberías irte.

Asiento y me apresuro hacia el autobús, que está ya frenando en la parada.

—¡Gracias! —le grito mientras corro y Jojo se limita a saludarme con la mano, con una sonrisa radiante.

Consigo coger el autobús, y la suerte debe de estar hoy de mi parte porque llego a la universidad con un minuto de sobra. Apuro el paso yendo hacia el aula, ya sin aliento por haber atravesado el campus corriendo.

Al abrir la puerta, miro hacia los asientos y veo que la clase apenas está llena. Al frente, junto a la pizarra, hay un hombre alto, de hombros anchos, pelo oscuro y ondulado, tez aceitunada y ojos castaño oscuro. Tiene una mandíbula fuerte y unos rasgos increíblemente atractivos, todos ellos retorcidos en una expresión extraña que podría o no ser de desaprobación.

—Lo siento —jadeo—. Perdí el segundo autobús y tuve que correr hasta aquí.

Al menos era una excusa mejor que: «estuve a punto de que me agredieran un grupo de tíos, me

salvó un desconocido y luego me dejó tirada en un motel extraño cuya habitación estaba destrozada».

El profesor Morris me mira fijamente antes de tomar la palabra con una voz que me resulta agradable a los oídos, haciendo que mi lobo ronronee. Es una mezcla de barítono ronco con lo justo de tenor.

—Llegas tarde.

Miro el reloj.

—Sólo cinco minutos. Ya te he explicado que...

—Sí, el autobús. —Su tono es despectivo, y hay una ira en sus ojos que no tiene sentido—. He oído esa excusa muchas veces.

Algunos de los alumnos ríen entre dientes y siento cómo se me sonroja la cara de humillación.

—Estoy seguro de que habrá muchos alumnos con la misma excusa que tú entrando por la puerta en cualquier momento. Así que permíteme que te dé un escarmiento. No me gustan los tardones. Ya que no puedes molestarte en llegar a tiempo a mi clase, yo no me molestaré en darte más que un aprobado, si es que eres capaz de esforzarte para llegar a eso siquiera.

Se hace el silencio en el aula.

—N-no puedes hacer eso —tartamudeo, sintiendo cómo el estómago se me contrae del miedo—. Mi beca...

—*Eso no es problema mío.* —La furia en su expresión es excesiva. Me mira como si hubiera atropellado a su gato de camino a clase—. A lo mejor la próxima vez, *tomarás decisiones más inteligentes.*

Me lo quedo mirando mientras el cerebro me trabaja a toda máquina. Tengo que borrarme de esta clase, tengo que hacerlo. No puedo poner en peligro mi beca. Si la pierdo, todo aquello a lo que aspiro y la vida que quiero darle a Harry se esfumarán ante mis ojos.

—Siéntate —me ordena el profesor con dureza—. ¿O piensas quedarte ahí de pie todo el día con la boca abierta?

Se me tensa la mandíbula y la ira parpadea en mi interior. Me dirijo al fondo de la clase, murmurando por lo bajo:

—Pedazo de mamón desalmado, insensible y frígido.

—¿Qué has dicho? —suelta Morris y yo giro la cabeza para mirarle.

Entrecierro los ojos. Es imposible que me haya oído.

—Nada —aseguro con fuerza.

Por su mirada, tengo la fuerte sospecha de que tal vez sí ha oído lo que he dicho, pero me la suda. Lo primero que voy a hacer es darme de baja de su clase.

*** ***

—Espera un momento, ¿cómo que *no puedo?* —Miro consternada a la empleada de administración, que me dirige una mirada aburrida. Me planté en la oficina de administración en cuanto terminó la clase, pero esta mujer no me ha ayudado en absoluto.

—Todas las demás clases están completas. Puedes borrarte de la clase, pero entonces no cumplirás la cuota de créditos necesarios para tu beca.

—¡Pero el profesor Morris se va a asegurar de que pierda mi beca de cualquier manera! —argumento yo, frustrada—. ¡Llegué cinco minutos tarde y por eso me juró que sólo me pondría un 5!

La administradora, Sharon, me estudia por encima de sus gafas.

—¿Por qué has llegado cinco minutos tarde?

—¡Porque perdí el segundo autobús!

Frunce el ceño.

—No hace falta gritar. Mira, háblalo con él o con el decano. Yo no puedo ayudarte. Estoy segura de que, si aclaras las cosas, no hará nada que ponga en peligro tu beca.

Dejo escapar un largo suspiro para refrenar mi mal genio, que está a punto de estallar. Qué fácil es para esta gente ser tan insensible con el futuro de los demás. Toda mi vida se está viniendo

abajo ahora mismo, y no puedo hacer nada al respecto.

Sharon debe ver la desesperación en mi cara porque suaviza la voz.

—Habla con *él.* Explícale tu situación. Lo entenderá.

Tengo el mal presentimiento de que no será así. Ese tío tiene una arrogancia y un ego que no le cabe por la puerta. Los hombres como él se deleitan con el sufrimiento ajeno.

Pero ya no me quedan más opciones. Tendré que ir a hablar con esa criatura desalmada.

Por suerte, su horario de atención no termina hasta dentro de treinta minutos. Me dirijo a su despacho y llamo a la puerta.

—Adelante. —Cuando abro la puerta, levanta la vista al instante y una expresión furiosa cruza su rostro—. *Qué cara le echas.*

—¿Perdona? —Le miro sin comprender nada. Miro a mis espaldas para ver si está hablando con alguien que detrás de mí, pero no hay nadie.

Ya está dándole la vuelta a su escritorio para venir a mí, y yo doy un paso atrás, sobresaltada, solo para que me agarre de la muñeca, me empuje hacia el interior del despacho y cierre de un portazo tras de sí.

Me quedo paralizada. Su contacto enciende esas llamas dentro de mí y su olor está enmascarado. No sé cómo, pero en cuanto me toca, sé quién es.

El shock me invade justo cuando mi cuerpo empieza a tensarse fruto de una necesidad frenética. Le empujo para apartarlo de mí, pero es como un muro de acero. Me presiona contra la puerta, con ambas manos a los lados de mi cabeza y expresión furiosa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? Tienes cojones para presentarte aquí.

—¿Q-Qué? —Intento pensar con claridad, pero esta proximidad no es buena para mí. Mi lobo me araña por dentro, desesperado por el celo y la necesidad de estar aún más cerca de él. Quiero sus manos sobre mí. Lo quiero dentro de mí.

—¿Quién te ha contratado? —exige saber—. ¿Mi padre? ¿Su ayudante? *¿Cuánto te pagaron para que te abrieras de piernas para mí?*

Tal vez sea la conmoción lo que me permite alejar esta nube de excitación que me asfixia. Me escabullo por debajo de su brazo y me alejo de él.

—¿De qué coño estás hablando? Y yo no soy ninguna *puta*.

El profesor resopla entre dientes.

—Seguro que no. ¿Esperas que crea que nos conocimos por casualidad? ¿Que no orquestaste la escena de anoche...?

La mano me sale disparada antes de que pueda detenerme y, cuando entra en contacto con su mejilla, parece aturdido.

—Tú...

Levanto una mano y le freno en seco, con los ojos brillantes de rabia.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Vas por ahí acusando a todas las mujeres que salvas de intentar follarte? Eres patético. No me interesa acostarme *con mi profesor*. Lo único que me importa es mi *beca*, la misma que tú estás intentando quitarme. Y ten en cuenta que, la *única* razón por la que llegué tarde a tu estúpida clase fue porque ¡me dejaste tirada en un motel al *otro lado de la ciudad!*

Morris me fulmina con la mirada.

—¿Esperas que me crea todo lo que dices?

—Creo —digo con dureza— que necesitas aterrizar en el planeta Tierra. No sé qué problema tienes con tu padre ni por qué crees que intenta enviarte a una prostituta, pero yo no le conozco. *Trabajo* en el bar de al lado del callejón donde me encontraste. ¡No fue ningún plan elaborado! Nos encontramos por casualidad y ahora *desearía no haberlo hecho.*

Los ojos de Morris se tensan al oír mis últimas palabras.

—No puedes joderme la vida porque tengas la paranoia de que tu familia quiere jugar a hacerte de casamentera —añado—. Eres la última persona con la que me plantearía acostarme *jamás*. Tengo problemas mucho más serios en mi vida, así que, por favor, deja de intentar cargarme con más.

Ignoro la mirada de insulto descarnado en su mirada.

—De acuerdo. Supongamos por un momento que mi padre no te contrató. Aun así, llegaste tarde a mi clase.

—¡*Por tu culpa!* —siseo—. ¿Qué te pensabas? ¡¿Creías que me crecerían alas y aparecería en tu queridísima clase a tiempo después de que me dejaras *en la otra punta de la ciudad*?! ¡Estaba drogada e inconsciente! Y encima tuve que escabullirme por la escalera de incendios porque no tenía dinero para pagar la habitación. ¡Deberías haberme dejado en la calle donde me encontraste! Al menos así habría podido llegar a casa más fácilmente.

—La habitación estaba pagada —dice Morris en voz baja sin dejar de mirarme.

Cierro los ojos con pesar antes de abrirlos.

—Da igual. Sigue siendo culpa tuya. Sólo me estás castigando porque tienes autoridad para hacerlo, y porque eres un capullo. ¿Crees que sólo porque tienes algo de poder, puedes abusar de él?

Todavía siento un cosquilleo en el cuerpo y veo cómo Morris es consciente de mi excitación, que aún perdura entre nosotros.

—Esa no es forma de hablarle a tu profesor —murmura finalmente, calmándose.

—¿Va en serio? —El cuerpo me tiembla mientras intento controlarme—. Intentas arruinarme la vida por un error tuyo, joder, ¿y ahora quieres que sea maja contigo?

—Quizá podamos empezar porque dejes de usar un lenguaje tan soez —sugiere. Pero cuanto más se calma él, más me enfado yo.

—¡Vete a tomar por culo! —gruño, con todo el cuerpo temblándome salvajemente mientras intento contener las feromonas que me están volviendo loca. Me cuesta hasta el último gramo de fuerza de voluntad mantener el cuerpo quieto y no lanzarme sobre el hombre que tengo delante —. He intentado desmatricularme de tu curso, pero no puedo, ya que perderé la beca si no llego a un número concreto de créditos. Y tú... *tú quieres que la pierda.* Debe de ser agradable tener tanto poder que puedes destrozarle la vida de los demás.

Sé que solo me estoy cavando un hoyo más profundo, pero este hombre no va a dar su brazo a torcer ni aunque me humille. Se me agita el corazón al ver cómo se hacen añicos mis últimas

esperanzas.

Ahora me siento entumecida.

—Nada de esto ha tenido nunca sentido, lo de intentar huir de la vida que tenía antes. La gente como tú siempre estará ahí para bloquearme el paso y recordarme que no me merezco nada. *Dios, ojalá no me hubieras salvado.*

Morris abre la boca, pero noto que se me hace un nudo en la garganta y sé que no podré mantener el tipo. Abro la puerta de golpe y echo a correr por el pasillo. Por suerte, no me detiene.

¿Y por qué lo haría? Ya ha conseguido lo que quería. ¿Y yo? Creo que acabo de perderlo todo.

*** ***

Recojo a Harry del colegio y se sorprende cuando ve que no vamos a casa.

—¿Hoy es un día especial? —me pregunta mientras me detengo frente al puesto de perritos calientes y compro un par.

—Podría decirse así —murmuro, sintiendo el pecho hueco—. Venga. Vamos a comérnoslos en el parque. Más tarde, iremos a por un chocolate caliente para entrar en calor.

—¿Es el cumpleaños de alguien? —Harry me mira encantado.

—No. —Le paso las manos por el pelo mientras le guío hasta el banco del parque que hay al otro lado de la calle—. Sólo quería que hoy tuvieras un buen día. No tengo que trabajar, así que podemos pasar todo el día juntos.

El entusiasmo de mi hermano no tiene límites y me alegra ver lo feliz que está. Mientras engulle los perritos calientes, lo estudio. Al cabo de unos minutos, le pregunto:

—¿Te gusta tu colegio, Harry?

—Ajá. —Asiente con la boca llena. Traga saliva y luego dice, emocionado—: Hoy me han nombrado delegado de la clase.

—¿De verdad? —murmuro, sonriéndole tenuemente.

No siente mi dolor, y así quiero que siga la cosa.

Más tarde, observo cómo corretea por ahí, jugando en los columpios, y me siento desesperada. Si pierdo la beca, no podré pagar la matrícula de la universidad pública y con solo el título de bachillerato, no puedo hacer nada. No puedo darle estabilidad a Harry ni procurar una vida mejor para nosotros. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Si abandono los estudios y consigo dos empleos, quizá pueda ahorrar algo de dinero y, en un par de años, puedo intentar tomar clases nocturnas en la universidad. No sé qué otra opción hay. He estado trabajando muy duro, pero Morris no va a dejar de lado su ego. Se le notaba en la cara.

Dejo escapar un suspiro tembloroso con los ojos húmedos. ¿Qué debo hacer? ¿A quién puedo pedir ayuda?

Quiero arrancarme el pelo y gritar, pero eso tampoco me serviría de nada. Tengo que ser práctica. No es el fin del mundo. Mucha gente no va a la universidad. Miro al otro lado de la calle, donde hay una copistería.

Esta zona es un distrito comercial próspero. A lo mejor puedo dejar mi currículum en un par de tiendas.

—¡Harry! —le llamo—. Quédate ahí. Voy un momento ahí enfrente.

No me preocupa que mi hermano se vaya con un desconocido. Es un niño muy listo.

Me apresuro a ir a la tienda y hago unas cuantas copias de mi currículum antes de volver a por Harry. Le compro un chocolate caliente mientras dejo mi currículum en todas las cafeterías y restaurantes que veo. Alguno tiene que estar buscando empleados.

De vuelta a casa, decido parar en el bar y darle las gracias a Jojo. Harry me espera, feliz, en la cocina con Layla, que parece encantada de verlo.

—Deja que te cebe, pequeño. —Layla le pellizca las mejillas—. ¿Qué te parecería una hamburguesa de ternera bien gorda?

—¿Pueden ser dos? —Harry levanta dos dedos mientras salgo de la cocina, a lo que le sigue un estruendo de risas.

—¡Pues claro, corazón!

Me dirijo al despacho de Randall para comunicarle que me tomaré el día libre cuando oigo voces detrás de la puerta cerrada. Una es la voz molesta de Randall, y la otra... ¡es la de Bond!

—Te di la oportunidad —dice Randall.

—¡Te pagué dinero para poder pillarla sola! —gruñe Bond—. ¡No me dijiste que su novio era un pirado psicópata que nos estaría esperando!

—Ya te lo he dicho —habla Randall con firmeza—, no tiene novio. Y si presenta una denuncia contra ti, tendré que despedirla. Y adiós a una camarera currante.

La sorpresa me invade. Ya sospechaba que Randall sabía algo por la forma en que me había obligado a venir al turno anterior, sobornándome con más horas extras. Sabe lo mal que está mi situación financiera.

—¡Haz que venga! —Bond suena furioso—. ¡Esta noche, cuando llegue, la quiero en tu despacho!

Randall suspira.

—¿Por qué me pones las cosas tan difíciles, Bond? Ya lo intentaste y fracasaste. Aisha es muy trabajadora. No quiero perderla.

—Ya te lo he explicado —el vocalista suena molesto—. Una vez que termine con ella, le sacaremos algunas fotos. Se convertirá en nuestra esclava. Aplastaremos esa arrogancia suya bajo nuestros pies.

Siento frío en el cuerpo mientras Randall se ríe entre dientes.

—Sí que será un tanto satisfactorio deshacerme de esa actitud suya —admite—. Si le digo que se abra de piernas, ¿quién se cree que es para negármelo? Cuando acabes con ella, puede que yo también quiera probar la mercancía. Hace tiempo que no tengo una mujer que obedezca mis órdenes sin rechistar. Marlene es una zorra frígida. Tener a una esclava sexual cerca podría estar bien.

Oír a Randall, que suele hablar tan bien de su mujer, insultarla tan a la ligera ya no me sorprende. Los dientes me rechinan con una furia creciente. Esto es peor de lo que pensaba.

No puedo seguir trabajando aquí, pienso, cansada, con la rabia disipándose. Estos dos no cejarán

en su empeño y, si me quedo aquí, puede que acabe matándolos a los dos mientras intento defenderme de que me violen. Y con lo débil que me he vuelto por la falta de carne en condiciones para comer, puede que ni siquiera sea capaz de enfrentarme a los dos a la vez.

Giro sobre los talones, me dirijo a mi taquilla y la vacío. Meto mis cosas en la mochila y me dirijo a la cocina, donde están Layla y Jojo. Harry se precipita hacia mí.

—¿Has terminado?

Desearía saber cómo explicarle lo duras que van a ser las próximas semanas. Parece que ahora no tengo nada a lo que aferrarme. Rodeo su mano con la mía y miro a Layla y Jojo.

—No voy a volver.

Antes de que puedan preguntarme por qué, se abre la puerta detrás de mí y entra Randall.

—Lay… ¿Aisha?

Parece sorprendido de verme aquí de pie, y mi mano aprieta la de Harry mientras me recuerdo a mí misma que no puedo destripar a este hombre con tantos testigos alrededor. Mi lobo gruñe, preparado para cambiar de forma y desgarrarle las entrañas por habernos engañado.

Veo que la sorpresa en los ojos de Randall se transforma en una mirada socarrona.

—¿Puedo hablar contigo en mi despacho? —Luego mira a mi hermano—. Eh, a él déjalo aquí.

—No —digo con fuerza—. Sé que Bond está aquí. Y sé que planeáis abusar de mí, tal y como le ayudaste a Bond a hacer anoche.

El grito ahogado de Layla llega a mis oídos y la expresión de Randall se tensa.

—¿De qué me estás acusan...?

—Acabo de oír tu conversación con Bond —afirmo en voz alta mientras unas camareras entran a la cocina—. Anoche me drogó y trajo a un grupo de hombres para violarme. Conseguí escaparme. Pero acabo de oír como admitías formar parte del plan. ¿Quieres una esclava sexual? ¿Quiere hacerme fotos y vídeos para chantajearme y controlarme? ¿Alguna empleada tuya está a salvo?

Veo que la mirada de pánico de Randall se posa en el personal femenino, que ahora le observan con expresiones horrorizadas.

—¡Está mintiendo!

—He grabado vuestra conversación —digo fríamente, mostrándole mi teléfono.

—¡Eso es un delito! —Su expresión se tuerce de repente mientras intenta cogerme el móvil—. ¡No puedes llevar eso a la policía!

—No. —Me encojo de hombros—. Pero sí puedo reproducírselo a tu mujer. Y a los empleados que trabajan aquí.

—¡Dame eso! —gruñe, precipitándose hacia delante, pero le doy un rodillazo en la ingle y lo empujo hacia atrás.

—Por si no es obvio —digo con desprecio—, renuncio.

Con esas palabras, agarro la mano de Harry y me largo de ahí, dejando a mi exjefe gimiendo en el suelo.

Encontraré otro trabajo. No tengo elección.

CAPÍTULO 4

Morris

No tengo por costumbre frecuentar bares de mala muerte a menos que sea absolutamente necesario.

Pero alguien ha estado pasando drogas delante de las narices de la manada de Wolfguard. Normalmente, el tráfico de drogas es algo que hacen los humanos. Algunos de los nuestros pueden involucrarse, pero mi padre es muy estricto. La manada Wolfguard es una de las más dominantes de Oregón. Hacer negocios en nuestro territorio está permitido, pero no cuando dicho negocio puede atraer la atención sobre nosotros o dañar a nuestra especie.

Sin embargo, recientemente ha aparecido en el mercado una droga especial que se ha colado en los clubes clandestinos donde a los cambiaformas y a otros no humanos les gusta divertirse. Una droga que es extremadamente peligrosa para los cambiaformas en general.

No me meto en los asuntos de la manada, pero a algunos de los míos les han colado esta droga. Me ha molestado en exceso y por eso no he tenido más remedio que intervenir. Aunque sólo sea un profesor, no quita que siga siendo el siguiente alfa en la línea de sucesión, algo que no es otra cosa que una carga para mí.

Fui al Silver Brawl para reunirme con uno de mis informantes que tenía una pista, pero jamás llegó a presentarse. Entonces, durante esa media hora que estuve esperando allí, capté ese primer atisbo de olor que puso ansioso a mi lobo.

Fue más tarde, cuando me encontré con esos hombres atacando a una mujer drogada en el callejón, cuando las feromonas me impactaron de verdad. Los lobos cambiaformas eligen a sus parejas a través de sus feromonas. Nos sentimos atraídos por la liberación de este vil olor que nos impulsa a aparearnos. Cuanto más comparten intimidad física dos cambiaformas, más se acercan hasta que deciden iniciar la danza del apareamiento. Algunos cambiaformas eligen no seguir sus instintos, como yo, y elegimos bloqueadores de feromonas producidos por compañías que son propiedad de nuestra especie. Sin embargo, esas píldoras no funcionan para todos y suelen tener efectos secundarios.

Por eso no las tomo.

«Eres la última persona con la que me plantearía acostarme jamás. Tengo problemas mucho más serios en mi vida, así que, por favor, deja de intentar cargarme con más».

Con unos ojos claros que destellaban con fiereza, unos labios finos que no deberían ser tan atractivos y el pelo oscuro y liso que reflejaba la luz de la bombilla del techo, Aisha Hart no debería haber tenido un aspecto tan magnífico al enfrentarse a mí con aquella rabia furiosa en su mirada.

Incluso cuando había creído que la había enviado mi padre, no había sido capaz de dejarla sola en aquel callejón. En su estado de inconsciencia, parecía de lo más inocente. Había pagado la habitación y la había vigilado durante un par de horas, incapaz de moverme, como si me hubiese quedado congelado en el sitio. Había necesitado una gran fuerza de voluntad para no dejarme dominar por mis instintos y sus feromonas. Mis propias feromonas reaccionaban a las suyas y, cuando por fin me vi incapaz de aguantar más, me marché.

No esperaba verla en mi clase, todavía vistiendo la misma ropa, con la cara desmaquillada, el sudor perlándole el cuello y ese olor dulzón que me atravesaba. Incluso entonces, mientras que a otros les habrá dado la impresión de que acababa de levantarse de la cama, yo la encontraba tentadora. Hay cierta inocencia en su mirada, a pesar de la dureza de su mandíbula, como si se estuviera preparando para recibir un puñetazo.

Mi reacción ante ella me había enfurecido. Esto ya no era una coincidencia.

Mi padre no ha ocultado que quiere atarme al negocio familiar. Aisha no ha sido la primera mujer que me ha enviado, lleva haciéndolo desde que elegí otra carrera, una que me alejara del negocio familiar. Pero de lograr encontrar a una mujer capaz de influir en mí, sólo tendría que controlarla a ella para controlarme a mí. Que es justo lo que he intentado evitar todo el tiempo.

Pero hasta ahora, las mujeres que me ha enviado procedían de familias poderosas, atraídas por la promesa de más poder. Aisha era una anomalía. Por supuesto, ni siquiera me molesté en considerarlo una auténtica coincidencia hasta que investigué sus antecedentes.

Está registrada como humana, aunque es una cambiaformas, y no aparece en ninguno de los registros de por aquí, lo que significa que no se ha inscrito en nuestra manada. Cualquier lobo cambiaformas que llega a Oregón, especialmente a Portland, donde reside la familia principal, tiene que anunciarse y obtener permiso para quedarse. Aisha no ha hecho tal cosa y sólo hay un

par de razones por las que un cambiaformas no anunciaría su presencia: o es un fugitivo o está huyendo de alguien.

Golpeteo la mesa con los dedos mientras escudriño el bar abarrotado. Llevo horas aquí, pero no he visto a Aisha por ninguna parte. Tampoco he visto a ninguna camarera, parece que hoy hay poco personal. Dirijo la vista hacia el grupo que está tocando en el escenario. Reconozco al cantante como uno de los hombres que atacaron a Aisha.

Mi mandíbula se tensa. No se ha reparado en mí.

—... ¡o te denunciaré a la policía!

Mis agudos oídos captan los acordes de una conversación procedente de un pasillo adyacente al bar.

—¡No he cogido su expediente de empleada! —La persona que habla parece aterrorizada, pero obstinada—. ¡¿Por qué iba a coger el expediente de Aisha?!

¿Aisha? Me pongo en pie y avanzo en la dirección de las voces.

—¡Necesito su dirección!

La persona que parece haberse llevado el expediente de Aisha parece recelosa.

—¿Por qué? Ya no trabaja aquí.

—¡Eso no es asunto tuyo! Dame el expediente.

Entro en el pasillo y veo a un hombre mayor, de pelo oscuro y facciones regordetas, que parecerían amables y acogedoras si no estuvieran retorcidas por la rabia. Su oponente es un chico joven que no debe tener más de diecisiete años.

—*¡Sólo quieres su expediente porque Bond y tú queréis ir a su casa y hacerle daño!* —El chico alza la voz. Puedo oler el miedo que destila de él, pero tengo que admirar su valentía.

El hombre mayor levanta la mano para golpear al chico y ese es el momento en que decido intervenir. Mi mano atrapa la suya por el aire y adopto una voz peligrosa.

—Yo que tú no haría eso.

El hombre se sobresalta y salta hacia atrás.

—¡¿Quién demonios eres tú?! Esta es una zona sólo para empleados.

El chico tiembla, pero tiene la mandíbula firme.

—¡Yo también renuncio! —grita de repente. Y sale corriendo como si le persiguiera la jauría del infierno.

—Tú...

—Me ocuparé de ti más tarde —murmuro, siguiendo al chico.

No me hace falta correr; sigo su olor hasta el parque, dos manzanas más abajo. Está tirando unos papeles a los que ha prendido fuego a una papelera. Con las manos en los bolsillos de mi gabardina, le observo durante un par de minutos antes de decidirme a acercarme.

Casi salta en el aire al verme y empieza a tirar los dos papeles restantes apresuradamente.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres? Tú también estabas ahí detrás.

Ignoro sus preguntas.

—Te oí mencionar que Aisha ya no trabaja en el bar.

—S-Sí. —El chico me lanza una mirada recelosa—. ¿De qué conoces a Aisha?

—Soy su profesor.

—Oh. —Los hombros se le relajan. Es valiente, pero un poco crédulo también—. Sí, renunció ayer, junto con todo el personal femenino.

—¿Por qué has quemado su expediente? —Hago un gesto con la cabeza hacia la papelera que aún está prendida.

La expresión del chico se tensa.

—Aisha es muy maja y cuida de su hermano ella sola. No puede permitirse mudarse a otro apartamento y Randall y Bond planeaban presentarse allí para hacerle daño.

Por la forma en que dice lo de «hacerle daño», con expresión ensombrecida y la torpeza con la pronuncia la palabra, sé cuáles eran sus planes.

—¿Por qué iban a hacer eso?

El chico me mira con labios apretados.

—No sé si debería decírtelo.

Igual no es tan ingenuo.

—Quiero ayudarla, pero no puedo hacerlo si no sé en qué lío se ha metido —le aseguro.

Él vacila.

—Yo no conozco toda la historia, Layla sí. Bond atacó a Aisha porque le rechazó y después Randall y él estaban urdiendo algún plan para abusar de ella y sacarle fotos para... para que....

El rostro se le sonroja con un tono rojo brillante, incapaz de pronunciar las palabras. No hace falta que lo haga.

—Ya veo. ¿Y ese tal Bond también la drogó?

—Sí. —Asiente el chico—. Aisha tenía pinta de querer matarlos, pero no lo hizo. Yo también quise pirarme, pero tenía un mal presentimiento. ¿Y si querían vengarse? Oí a Randall y a Bond preguntándose dónde vive, así que me colé en su despacho y robé su expediente de empleada.

Me doy cuenta de que tiene otro papel en la mano, que está un poco arrugado. Baja la mirada, inexpresivo, antes de levantar el papel.

—Es el currículum de Aisha.

Le tiendo la mano.

—Dame eso.

Se lo acerca al pecho, con la sospecha haciendo acto de presencia en su cara al instante.

—¿Para qué necesitas ver su currículum?

Ya no me molesto con más sutilezas. La paciencia se me agota y le arranco el papel de las manos.

—Gracias.

—No puedes...

—Supongo que vas a necesitar un nuevo trabajo. —Alzo una ceja.

Se pone tenso.

—Sí, bueno...

—¿Cómo te llamas?

—Joseph Brown, pero mis amigos me llaman Jojo.

—Muy bien, Joseph. —Me meto la mano en el bolsillo y saco un bolígrafo y un bloc—. ¿Por qué no me escribes tu número?

Parece inseguro, pero la idea del desempleo parece resultarle aún más desalentadora. Garabatea su número antes de devolverme la libreta.

—¿Cómo te llamas?

Me vuelvo a meter el bolígrafo y el bloc en el bolsillo, junto con el currículum de Aisha.

—No necesitas saber eso. —Estoy a punto de darme la vuelta y marcharme, pero me detengo—. ¿Tiene Aisha otro trabajo esperándola?

Veo que los ojos de Joseph se humedecen y se los seca.

—No.

Quiero saber por qué está al borde de las lágrimas; está claro que tiene algo que ver con Aisha, pero tengo la sensación de que no me lo dirá. Y no debería entrometerme demasiado en la vida de esta mujer. Mi curiosidad se despertó cuando vi que no se había presentado a la clase de hoy.

No había apartado la vista del reloj de pared mientras llegaban los alumnos, todos recelosos tras el incidente de ayer. Sin embargo, Aisha no se encontraba entre ellos. Cuando el reloj dio las

ocho y empecé la clase, mis ojos se desviaron hacia la puerta, esperando que entrara corriendo. Una parte de mí se preguntaba con qué excusa llegaría tarde esta vez. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, la puerta siguió sin abrirse.

Al parecer, no se presentó a ninguna de sus clases.

La única razón por la que me presenté en ese bar fue porque recordaba el incidente de la otra noche. Sólo quería asegurarme de que estaba ilesa. Eso era todo.

Pero, entonces, ¿por qué me siento tan intranquilo?

Mientras me alejo de Joseph, me pregunto por qué he cogido su currículum. También quiero entender por qué me molestó tanto su ausencia en la universidad. Convencido de que la veré mañana, me dirijo a mi ático. De camino a casa, llamo a un viejo amigo.

—Finn, ¿qué pasa si un lobo cambiaformas no registrado vive en nuestro territorio?

Mi amigo de la infancia bosteza.

—Sabes que es medianoche, ¿verdad? Podrías haberme enviado un mensaje. No todas las conversaciones merecen una llamada, estaba durmiendo.

—Y ahora no lo estás —respondo tajante.

Murmura algo desagradable en voz baja y yo hago como que no lo oigo. Después de un momento, oigo crujir la cama.

—Muy bien, ¿quién es el renegado?

Aprieto los labios.

—No estoy del todo seguro de que sea una renegada. No muestra ninguna de las señales.

—Así que es una mujer. —Finn suena intrigado—. ¿Desde cuándo te relacionas con hembras cambiaformas, Morris? Pensé que habías jurado practicar el celibato.

A diferencia de mí, Finn lleva años intentando encontrar a su compañera. La idea de aparearse y formar su propia familia le atrae demasiado. Claro que él ha tenido una buena familia que lo quiere. La gente a la que yo llamo mi familia son buitres hambrientos de poder, siendo mi padre

el mayor de todos. Le arruinó la vida a alguien inocente para hacerse con el poder y el control, derramando una sangre que nunca debería haberse derramado.

Trago saliva, miro por la ventana y me obligo a olvidar.

No, nunca le daré a una hembra la marca de apareamiento. Nunca me casaré con una mujer elegida por mi padre para convertirme en una de sus marionetas. Nunca seré como él.

—Es una de mis alumnas —murmuro finalmente.

—Oh. —Finn casi suena decepcionado—. Bueno, si no es una renegada y sólo está estudiando aquí, tiene que registrarse en nuestro territorio igualmente. Hay un cierto período de tiempo dentro del cual tiene que hacerlo. Si sobrepasa la fecha límite, se aplica la «ley de la manada» y pasa a ser una amenaza.

La mano se me cierra en un puño.

Ejecución. Será ejecutada.

Ya no creo que mi padre tuviera nada que ver con el encuentro entre Aisha y yo. Pero, dado que está en nuestro territorio como cambiaformas no registrada, es un problema.

—¿Y si alguien la apadrina?

Finn guarda silencio.

—¿Como una beca de trabajo? Supongo que podría valer. Recibimos solicitudes para apadrinar a cambiaformas de otros territorios para que trabajen en empresas propiedad de cambiaformas. Pero hay una tarifa bastante alta de por medio.

Me quedo mirando el paisaje, instándome a mí mismo a terminar la llamada y dejar este asunto en paz.

«¿Crees que sólo porque tienes poder puedes abusar de él? Debe de ser agradable tener tanto poder que puedes destrozarle la vida a los demás».

Recuerdo la desesperanza y la furia rabiosa en su expresión, su cuerpo rígido como una tabla mientras me miraba con desprecio. Y, aun así, se negó a echarse atrás.

Aisha Hart tenía la mirada de una superviviente.

—¿A qué has tenido que sobrevivir? —murmuro para mis adentros.

—¿Morris? —Finn parece curioso—. ¿Todo bien?

—Sí —digo lentamente—. Olvida que te he preguntado nada.

—Está bien. —Mi amigo bosteza—. ¿Puedo irme a dormir ya o vas a despertarme otra vez?

Termino la llamada.

Estoy de un humor sombrío y no dejo de contemplar el tráfico que pasa. Finn tiene razón. No me relaciono con hembras. Entonces, ¿por qué estoy tan interesado en esta?

*** ***

Aisha ha dejado de venir a clase.

Al cuarto día de su ausencia, acabo dirigiéndome a la oficina de administración.

—Sharon, necesito información sobre una estudiante. No se ha presentado a mis clases.

—Claro, profesor Wolfguard. —Sharon se incorpora, mirándome desde detrás de sus gafas—. ¿Quién?

—Aisha Hart.

Veo cómo sus dedos vuelan sobre el teclado antes de que se detenga, mirando la pantalla.

—La recuerdo. Sí, estaba bastante disgustada.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —Sharon levanta la vista para mirarme—, quería dejar su asignatura y matricularse en otra. Está en segundo curso y la suya es de tercer año, así que no entendía por qué la había cogido para empezar. Pero todos las demás asignaturas estaban llenas y, si dejaba la suya, no conseguiría los créditos necesarios. Dijo algo de que usted quería quitarle la beca cuando vino

aquí. La chica estaba muy angustiada, así que le dije que hablara con usted. ¿No lo hizo?

Veo la mirada acusadora en sus ojos y admito:

—Sí que habló conmigo, pero no manejé la situación como debía.

Sharon suspira y se quita las gafas.

—No todos los alumnos son manzanas podridas, profesor. Algunos simplemente no tienen una vida fácil, y la señorita Hart es una de ellas. No hacía falta que la convirtiera en un ejemplo aleccionador. —Cuando levanto la cabeza como un resorte, se limita a enarcar una ceja—. ¿Creía que no me iba a enterar de lo que ha pasado en su clase? Llevo cuarenta años en esta universidad, profesor. Tengo ojos y oídos en todas partes. Después de lo ocurrido, la señorita Hart dejó de asistir a todas sus clases. ¿Qué le dijo para que se sintiera tan desesperanzada?

Mi mandíbula se tensa.

—Yo...

—Ha entregado el formulario para anular su matrícula en la universidad esta mañana —me informa Sharon con frialdad. Me quedo inmóvil, el shock me invade—. Fue Amelia quien lo recibió. Intentó pedirle a la señorita Hart que lo reconsiderara, pero la chica no decía palabra. Según Amelia, parecía como cargara con el peso del mundo sobre los hombros. ¿Cómo se hunde a una alumna de esa forma, profesor Wolfguard? ¿Y cómo vive consigo mismo después de abocar a alguien a hacer algo así?

Si fuera cualquier otra persona, me enfadaría con ella, pero Sharon es alguien a quien respeto. Es quien me ayudó a conseguir este trabajo y se ha convertido en una especie de amiga. Agacho la cabeza, avergonzado.

—Tengo que tramitar el formulario mañana —habla Sharon tras unos momentos de tensión.

—No lo hagas —digo de repente. Cuando me mira, esbozo una mueca de dolor—. Mira, posponlo todo lo que puedas.

—¿Supongo que va a intentar arreglar las cosas?

No digo nada. No quiero verme arrastrado a la vida de esta chica aún más de lo que ya estoy, pero…

—Dame sólo unos días —murmuro.

Sharon me estudia durante unos segundos antes de encogerse de hombros.

—Muy bien. Por suerte para usted, he perdido el formulario. Me llevará algún tiempo encontrarlo.

Le dedico una pequeña sonrisa.

Me alejo sin saber qué voy a hacer, pero sintiéndome responsable. Suelto un largo suspiro. Puede que me arrepienta de esto.

*** ***

Encontrar a Aisha no es tan difícil.

Con sus feromonas por todas partes, es bastante fácil seguir su rastro. El único problema es que, cuantas más feromonas inhalo, más difícil me resulta controlarme. Cuanto más expuesto estoy a ella, más crece el deseo de mi lobo por ella. Para mi sorpresa, deberían haber sido más fuertes, como el otro día. Puedo oler sus feromonas, pero son más débiles, casi como si se estuvieran desvaneciendo, pero se quedasen rezagadas.

Sigo el rastro hasta un parque local al atardecer. Al cruzar la calle, la veo sentada en un banco del parque, observando a alguien. Mi mirada se posa en ella. Su abrigo es viejo y, desde donde me encuentro, puedo distinguir los jirones de las mangas. Tiene ojeras y el pelo recogido en un moño suelto, con unos cuantos mechones fuera de sitio.

A pesar de todo, está preciosa. Aisha posee algo etéreo. Parece una belleza trágica, una figura inquebrantable que no se doblega ni ante la peor de las tormentas. Es suficiente para que se me encoja el corazón.

Parpadeo y, de repente, es solo una loba cambiaformas normal y corriente sentada en un banco del parque.

—Basta ya —murmuro para mis adentros. Pero me resulta extraño lo débiles que son sus feromonas. Aunque, incluso en este estado debilitado, me obligan a usar hasta el último gramo de autocontrol.

Esto es un error. Si deja la universidad, no estaré expuesto a esas feromonas. Demasiada

exposición no es buena para mí, no si no quiero arrastrarla a mi cama. No, esto es lo mejor. Ya se le ocurrirá algo que hacer.

Doy un paso atrás justo cuando veo a un niño pequeño correr hacia ella. La expresión malhumorada de Aisha se transforma y una sonrisa se dibuja en sus labios. Si antes me parecía una belleza melancólica, ahora brilla como el sol, con ojos centellean mientras rodea al niño con el brazo.

«¿Es este el aspecto que tiene cuando quiere a alguien?», me pregunto, con los ojos fijos en sus expresiones.

Avanzo unos pasos y sus voces débiles llegan a mis oídos.

—¿Vamos a venir al parque todos los días, Aisha?

La voz de Aisha suena tensa, aunque le sonríe.

—No todos los días. Sólo hasta que encuentre trabajo.

Aprieto los labios en una fina línea. ¿Va a dejar la universidad para buscar trabajo? ¿No es un poco exagerado? Ni siquiera intentó buscarme de nuevo. Simplemente decidió marcharse. ¿Por qué tirarlo todo por la borda?

Me quedo ahí, mirándola. Cuando el chico sale corriendo de nuevo, veo que ella se mete la mano en el bolsillo y saca un frasco oscuro. Se echa una pastilla en la mano, se la mete en la boca y se la traga.

Entrecierro los ojos. ¿Qué está tomando? Los lobos cambiaformas no necesitan medicinas humanas. No funcionan en nosotros.

Justo entonces, el viento cambia de dirección, llevando mi olor hacia Aisha. Se pone tensa al instante, pero cuando gira la cabeza para mirar en mi dirección, ya me he ido.

CAPÍTULO 5

Aisha

Contemplo la entrada del restaurante, el White Lotus.

No recuerdo haber presentado aquí mi currículum, pero la llamada que recibí anoche me está haciendo dudar de mí misma. Es cierto que dejé mi currículum en una oficina de empleo, tal vez se lo hayan pasado los dueños de este sitio.

Respiro hondo, abro la puerta y entro.

El White Lotus es uno de esos restaurantes de lujo que sólo frecuentan los ricos. Nada más entrar, me sumerjo en un glamuroso mundo de lámparas de araña doradas e interiores rojos, dorados y negros decorados con gusto. El suelo es de una moqueta suave hasta donde empieza un mármol elegante. Estoy tan asombrada que no reparo en la mujer a mis espaldas hasta que se aclara la garganta.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con una mujer de pelo rubio y unos bonitos ojos azules.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —Su voz es educada y no hay ni una pizca de desdén en sus ojos por lo mal vestida que voy en comparación con ella.

—Me han llamado para una entrevista de trabajo —le hago saber—. Me llamo...

—Aisha Hart —dice una voz fuerte desde más adentro del restaurante y, justo cuando me doy la vuelta, me asalta un olor penetrante, uno que sólo pertenece a los de nuestra especie.

«Es un lobo cambiaformas», me doy cuenta consternada. ¡No puedo dejar que me pillen!

—Da igual, olvídalo —me apresuro a decir—. Acabo de darme cuenta de que estoy en el lugar equivocado.

Doy un paso al frente para abalanzarme hacia la puerta antes de que alguien me agarre por detrás del cuello.

—Estás en el lugar correcto —asegura una voz divertida—. Vamos.

El restaurante aún no ha abierto y la única testigo de cómo me llevan a la fuerza es la mujer que acaba de conocerme.

—Rachel —grita el cambiaformas que me tiene agarrada por el cuello de la camisa con una mano de acero—. Que nadie entre en mi despacho durante diez minutos. Estoy haciendo una entrevista.

—Claro. —Rachel parece no inmutarse en absoluto por la forma poco ceremoniosa en que me arrastran.

—¡Suéltame! —siseo.

Mi mente sólo contempla los peores escenarios y me preparo para luchar contra él. Pero entonces me empuja a una silla ante un escritorio y lo rodea para sentarse en un sillón de cuero.

Se me seca la boca.

—No puedes arrastrarme a una habitación de ese modo. Esto es...

—Cierra el pico, enana —dice el hombre con brusquedad, cogiendo un papel del escritorio.

¡¿Enana?!

Le miro fijamente, indignada por el insulto, sólo para darme cuenta de que, frente a su estatura de oso, probablemente le parezca un ratón. Nunca en mi vida había visto a un hombre tan corpulento. Los músculos que se le tensan contra su camisa azul, tiene el cuello grueso y unas facciones fuertes. No es poco atractivo, pero sí un tanto aterrador.

—Bueno —gruñe—, parece que tienes experiencia como camarera desde hace un año.

—Yo... —No ha dicho nada de que sea cambiaformas, así que me relajo—. He estado trabajando como camarera hasta hace unos días.

—Sí. —No parece muy interesado—. Eso he oído.

—Está en mi currículum.

—No en éste.

Frunzo el ceño.

—A ver...

Dobla el papel en cuatro partes y se lo mete en el bolsillo del pecho, inclinándose hacia delante.

—Tienes un periodo de prueba de una semana. No rompas ningún plato. Rachel te ayudará a organizar tu horario de trabajo en torno a tus clases de la universidad.

—E-espera, ¿qué? —pregunto, confusa—. Busco un puesto a tiempo completo. No tengo clases…

—Sí que las tienes —ladra el hombre—. No voy a contratar alguien que abandona sus estudios. Mañana mismo vuelves a ir a clase.

Abro la boca sin conseguir decir nada mientras intento formar las palabras adecuadas.

—¿Cómo... cómo sabes que dejé la universidad?

—Del mismo modo que sé que necesitas un trabajo —me gruñe, y me pregunto de forma pasajera si es así como habla o si me está levantando la voz—. Mira, enana. —habla con voz ronca, pero un poco más amable—. Supera el periodo de prueba y presentaré el aviso de apadrinamiento.

—¿Apadrinamiento? —Le dirijo una mirada aturdida.

—¿No sabes lo que es el apadrinamiento? —Me devuelve una mirada inquisitiva.

—N-no —empiezo a sentirme abrumada—. ¿Por qué... por qué me apadrinas? ¿Y cómo sabes lo de mi universidad y...?

—Como se suele decir —ahora parece un poco divertido—, a caballo regalado no le mires el diente, ¿eh? He oído que tienes a alguien a tu cargo. —Asiento con la cabeza, intentando comprender todo esto—. Dale a Rachel el nombre de tu hermano. Ella te dará el formulario de apadrinamiento que tienes que cubrir.

Dudo.

—¿Se enterará mi manada de dónde estoy?

Hace una pausa, con expresión sombría.

—¿Querrán recuperarte? —Bajo la mirada. Se pone en pie, viene a colocarse a mi lado y me posa una mano en el hombro—. No se enterarán. No tienes que mencionar el nombre de tu manada, sólo tu territorio. Y recuerda, si faltas a la universidad, el trato se cancela. —Comienza a caminar hacia la puerta antes de darse la vuelta rápidamente—. La mayoría de mis empleados son lobos cambiaformas. Me aseguraré de que te reciban con los brazos abiertos.

Igual que me arrastró aquí dentro como una fuerza de la naturaleza, me deja aquí sentada, confusa y en medio de un debate interno.

Esto no ha sido una coincidencia. Jamás presenté aquí mi currículum, porque en él no mencionaba mi universidad y sí mi última experiencia como camarera. ¿Cómo sabía este hombre quién era yo y dónde había estudiado? ¿Quién es?

No me da tiempo a averiguarlo porque, un momento después de que se vaya, Rachel abre la puerta.

—¿Por qué no vienes a mi despacho, Aisha?

La sigo hasta un despacho más pequeño donde me hace señas para que me siente frente a ella.

—Puedes repasar el contrato y dejarme también tu horario de clases. George te habrá dicho que será un puesto a tiempo completo, pero puedes recuperar las horas que pierdas el fin de semana o trabajando hasta tarde los viernes, lo que me recuerda que normalmente tendrás el fin de semana libre. Tenemos un personal de servicio diferente para el fin de semana. Tu salario durante el periodo de prueba está por encima del sueldo mensual que recibirás si te contratan a tiempo completo. Firma esto y rellena este otro formulario, y nos pondremos en contacto contigo hoy por la tarde.

El sueldo es el doble de lo que ganaba en el bar, y como este sitio está más cerca del campus, sólo faltaré a un par de horas de trabajo.

El corazón me late desbocado mientras firmo el contrato. No sé qué está pasando, pero me siento como si me hubieran concedido un respiro, uno de los mayores respiros que podría haber pedido.

Desgraciadamente, al salir, me doy cuenta de que aun así perderé la beca. Se me encoge el corazón, pero las manos se me cierran en puños. ¿Significa esto que tengo que arrastrarme ante

el profesor Wolfguard?

No quiero. Cada fibra de mi ser se opone a ello. Pero, ¿me queda elección?

Dejo escapar un largo suspiro. Si quiero este trabajo, tengo que asistir a clase y debo dejar a un lado mi propio orgullo. Odio la idea de rogarle cualquier cosa a ese hombre, pero por Harry haré lo que sea. Al dar otro paso, siento que me invade una oleada de náuseas. Corro hacia la papelera que hay junto al callejón y me agarro a ella mientras me entran las arcadas.

Por suerte, no tengo nada en el estómago. La cena de anoche hace mucho que la digerí, pero los bloqueadores de feromonas que compré me sientan como una patada en el culo. También acaban con el poco apetito que tengo. Me agarro a un lado de la papelera y me aseguro de estar fuera de la vista de la carretera principal antes de desplomarme en el suelo, con el cuerpo dolorido. Temblando, me pregunto si estos efectos secundarios desaparecerán.

No podía permitirme la píldora de verdad, así que he estado tomándome una imitación barata. El mercado negro las vende en cajas y yo he comprado dos. La única ventaja es que puedo dormir por la noche sin despertarme con mi cuerpo retorciéndose de necesidad y el sudor empapando el colchón. El vendedor me aseguró que los efectos secundarios serían sólo temporales y he decidido creerle, sobre todo porque no tengo muchas más opciones.

Sólo hay otra forma de acabar con las feromonas y es acostarme con Morris Wolfguard. Y preferiría sacarme los ojos con una cuchara. Nunca me metería en la cama con ese imbécil odioso, egoísta y arrogante.

—El imbécil al que tengo que pedir disculpas —murmuro, con el cuerpo deshinchado de solo pensarlo.

Cuando las náuseas comienzan a remitir, me esfuerzo por ponerme en pie. Noto el comienzo de la fiebre y suspiro. De ninguna manera voy a descansar en un callejón.

Me voy a casa y estoy tan febril que ni siquiera tengo fuerzas para decirle a Maddie que he vuelto y pasar a recoger a Harry. Apenas logro entrar antes de desmayarme.

Todo lo demás es un borrón.

Alguien me levanta y me lleva. Me ponen una toalla fría en la frente y una voz familiar me murmura algo. ¿Es Maddie? La caricia que noto en la mejilla es suave y provoca que el corazón

me tiemble de dolor.

Alguien me acaricia el pelo mientras gimoteo bajo los efectos de la agonía de la fiebre. Que me acaricien el pelo hace palpitar el vacío que hay dentro de mí.

Cuando me despierto, es de madrugada y me siento un poco mejor. Harry está dormido a mi lado, hecho un ovillo. Con cuidado de no despertarlo, me dirijo a la cocina, donde veo a Maddie de pie delante de los fogones.

—Maddie —me sobresalto. Tardo un instante en recordar que no recogí a Harry anoche—. ¡Ay, mierda, no! Siento mucho lo de...

—Siéntate —me ordena con severidad. Sorprendida por una reprimenda tan dura, obedezco y me siento en la mesa de la cocina.

Coge dos tazas y sirve algo que parece café, pero huele diferente. Trae las tazas a la mesa y se sienta frente a mí antes de sacar algo del bolsillo y deslizarlo hasta mí sobre la mesa.

Son las pastillas bloqueadoras.

—¿Cómo...?

—Esto es veneno, Aisha.

Mis ojos se abren de par en par ante sus palabras y cojo las pastillas.

—Son sólo pastillas recetadas para... eh, son como vitaminas... —me apresuro a decir.

—Son bloqueadores de feromonas —dice Maddie con rotundidad—, y no son buenos. Van a destrozarte el sistema nervioso.

La miro fijamente.

—No sé de qué me estás hablando. Te estoy diciendo...

La mirada imperturbable de Maddie me hace vacilar y cierro la boca de golpe. No entiendo cómo sabe qué son esas pastillas. Huele a humana. Vuelvo a olfatearla discretamente y ella entrecierra los ojos.

—Bebe —me ordena, pero ahora miro la taza que tengo delante con un poco de recelo—. No es

veneno —me reprende—. Es un té de hierbas para tu fiebre.

Levanto la taza y olfateo el contenido. No miente, tiene un aroma agradable. La miro con cautela antes de darle un sorbo. Tiene un sabor refrescante, fresco y algo dulce. Al primer sorbo cierro los ojos y siento un extraño alivio que me invade hasta las extremidades. Mi cuerpo se relaja.

—Te lo dije —murmura Maddie.

—Gracias —respondo débilmente, con los ojos abiertos—. Esto está muy bueno. —Poco a poco, siento que recupero algo de fuerza—. ¿Cómo sabías lo de los bloqueadores? Eres humana.

—Lo soy —coincide—. Pero crecí rodeada de cambiaformas. Mi madre era herborista. Solía ayudar al curandero de la manada donde mi crie. Por eso te aconsejo que dejes de tomarlas.

Miro hacia el frasco de pastillas antes de volver a mirar a Maddie.

—Ojalá no tuviera que hacerlo, pero si no me las tomo, estoy jodida. —Lo cojo y me lo vuelvo a meter en el bolsillo—. Ojalá pudiera explicarte toda la situación, pero no puedo. Es complicado, pero quiero que sepas que no intento hacerme daño a propósito. No puedo apañármelas sin esto.

—Puedes acostarte con el hombre que disparó tus feromonas.

—Él no me desea.

Se le tensa la mirada.

—Sé cómo funcionan los lobos cambiaformas, Aisha. Cuando se trata de feromonas, os volvéis esclavos de vuestros instintos. Tenéis que intimar, al menos una vez, para poder distanciaros.

Abro la boca.

—No es posible. Si acabamos siendo compañeros predestinados, la situación solo empeorará para nosotros. El hecho de que seamos compañeros no significa que tengamos que aceptarnos el uno al otro, pero si nos acostamos juntos y nuestros lobos se aceptan, no tendremos escapatoria. Y *de verdad* que él no me desea. No le afectan las feromonas tanto como a mí.

Maddie me mira, incrédula, pero no dice nada. Aunque parece preocupada.

—Cuanto más tiempo los tomes, peores serán los efectos secundarios, Aisha. Espero que

entiendas lo duraderas que serán las consecuencias de esto. Algunas cosas no tienen marcha atrás.

—¿Qué quieres decir? —inquiero, alarmada.

Ella se limita a sacudir la cabeza.

—Ya he dicho demasiado. Tómate un poco más de té cuando vayas a trabajar, te ayudará a combatir la fiebre. Es cuanto puedo hacer por ti. A los de mi clase no se les permite interferir demasiado. —Sus palabras no tienen sentido para mí y me doy cuenta de que no tiene intención de explicarme nada más—. Vuélvete a dormir. Os dejaré algo de comida en la nevera.

Asiento con la cabeza, con el cuerpo aún cansado. Mañana va a ser otro infierno, y tengo que prepararme mentalmente para ello. Cuando salgo de la cocina, echo un vistazo por encima del hombro y veo que Maddie está mirando hacia la mesa con expresión preocupada.

Me retiro igualmente.

*** ***

Lo primero que hago al volver al campus es dirigirme a la oficina de administración, donde encuentro a Sharon sentada detrás de su escritorio.

—Buenos días, Sharon.

La normalmente severa administradora parece sorprendida al verme.

—Aisha.

Parpadeo. Ignoraba que supiese mi nombre, pero, bueno, me he pasado por aquí con bastante frecuencia.

—Quería saber si se ha tramitado mi solicitud de baja. La entregué hace unos días.

—No.

—¿No? —repito, confundida y un poco aliviada—. ¿No se procesó?

—Era un formulario de anulación, ¿verdad? —Me lanza una mirada aguda—. Lo perdí.

¿Por qué tengo la sensación de que lo perdió a propósito? O tal vez sean cosas mías.

—Vale —intento pensar en cuál debe ser mi siguiente paso.

—¿Estás segura de que quieres anular la matrícula? —me pregunta.

—Precisamente por eso he venido —confieso—. Esperaba que fuera posible cancelar la anulación. Pero ya que lo has perdido, mejor así. Aunque si lo encuentras, ¿puedes romperlo? He cambiado de idea.

—¿En serio? —Parece sorprendida y, de repente, sus labios se curvan—. Qué bien. Pues vete a clase.

No entiendo por qué parece tan contenta, pero me alegro de que mi formulario se haya perdido.

Mi primera clase es con el profesor Morris, pero llego media hora antes, así que me dirijo a su despacho. Es mejor quitarse de en medio lo de arrastrarme. Pero cuando entro después de llamar, se encuentra con mi mirada.

—Estoy ocupado.

Mi mirada se desvía hacia la otra persona que tiene delante. Es un chico moreno, de ojos azules brillantes y, cuando sonríe, se le dibuja un hoyuelo en la mejilla derecha.

Cierro la puerta y me siento en un banco fuera de su despacho, notando los nervios de punta.

¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Por qué me disculpo?

Tiro de los hilos de mis vaqueros y aprieto los labios, intentando encontrar las palabras adecuadas. Odio estar en esta posición de tener que agachar la cabeza ante un hombre tan arrogante, pero no sé qué más hacer. Tengo que hacerlo. A pesar de lo que dijo Maddie, el bloqueador ha sido bastante efectivo hasta ahora. Mis impulsos son más fáciles de controlar, y no creo que esté esparciendo demasiadas feromonas.

La puerta se abre y me levanto cuando sale el otro alumno, pero antes de que pueda entrar, éste me detiene.

—El profesor me ha dicho que te diga que no llegues tarde a clase. Está ocupado con una llamada.

Miro hacia la puerta antes de frotarme las sienes y preguntar.

—¿*De verdad* está en una llamada?

El tío me sonríe.

—No —admite—. Ha sido una mentira piadosa, para no herir tus sentimientos.

—Pues a él le gusta verme sufrir —murmuro—. Idiota egoísta y arrogante.

El chico se ríe, sacando su hoyuelo a pasear, y me tiende la mano.

—Supongo que estamos en la misma clase. Soy Clyde Lowenstein. Me he trasladado hoy desde la universidad de Hale.

—Encantada de conocerte. Yo soy Aisha Hart —acepto el apretón y él me regala una amplia sonrisa.

—Eres muy guapa, Aisha.

Abro los ojos como platos ante su cumplido tan directo y no puedo evitar que se me ruboricen las mejillas.

—Eh, gracias, supongo. ¿Puedes soltarme la mano ya?

Me suelta la mano.

—Perdona.

Cuando echo a andar, me sigue el paso, a mi lado.

—Sentémonos juntos en clase. Quiero copiar tus apuntes.

—No tienes filtro ninguno, ¿verdad? —pregunto, sin poder evitar sentirme divertida.

—No —esboza una sonrisilla.

Por un momento, siento que se me eriza el vello de la nuca. Es como si alguien me observara, y me giro para comprobarlo, pero hay nadie. Clyde no parece haberse dado cuenta de nada, ya que sigue charlando animadamente sobre todas las asignaturas en las que se ha matriculado. Me

pregunto si no me estaré imaginando cosas, sacudo la cabeza y vuelvo a centrarme en lo que está diciendo.

Cuando llegamos al aula, elijo la última fila. Cuanto más lejos de Morris, mejor. Clyde y yo acabamos de tomar asiento cuando el profesor irrumpe dentro con una expresión oscura y estruendosa. Deja el portátil sobre la mesa y, cuando dirige la mirada hacia mí como un láser, tengo que esforzarme por contener mi sobresalto.

—¿Qué se le pasa a este ahora? —murmuro en voz baja.

Clyde resopla por la nariz, habiéndome oído, y veo que la mirada de Morris se desvía hacia él.

—¿Hay algo divertido que quiera compartir con toda la clase, señor Lowenstein?

Clyde aprieta los labios antes de ofrecer una respuesta sencilla.

—No, señor.

Quizá Morris esté enfadado porque he vuelto a su clase. Centro la vista en mi cuaderno, no estoy dispuesta a meterme en una batalla de a ver quién es más cabezota con él.

—¡Habrá que entregar un proyecto la semana que viene! —suelta el profesor de repente—. Os enviaré los detalles por correo electrónico, pero habrá que echar mano del contenido que hemos cubierto en los últimos días para elaborar un trabajo al respecto. Trabajareis en parejas que Lydia asignará.

Me estoy preguntando quién es Lydia cuando mis ojos se posan en una chica morena sentada en la primera fila.

—Todo el mundo tendrá que trabajar por parejas. Si alguien se queda sin pareja, es una pena, pero aun así tiene que presentar el trabajo. Ahora, sacad vuestros portátiles. Os he enviado por correo el material de referencia de hoy.

Mi portátil va más lento y acabo mirando por el de Clyde mientras el mío sigue cargando.

—¿Hay algo interesante en la pantalla del señor Lowenstein, señorita Hart? —La voz de Morris es peligrosamente grave, y abro los ojos de par en par cuando alzo la vista y lo sorprendo mirándome con el ceño fruncido.

—Ah. —Me ruborizo al ver que todos me miran.

Como no respondo lo bastante rápido, empieza a subir los escalones hacia mí y me quedo paralizada con cara de pasmarote. Justo entonces, la chica sentada a mi lado echa un vistazo a mi portátil y anuncia en voz alta:

—Su portátil es muy viejo, profesor, como de la prehistoria. Aún está cargando el correo.

Un murmullo de risas se hace oír por todas partes.

Siento cómo me apuñala la humillación y deseo que la tierra se abra y me trague entera. No bajo la cabeza, tengo la mandíbula tensa mientras la clase se ríe a carcajadas. Mis ojos se cruzan con los de Morris y me muerdo la lengua para que no se me salten las lágrimas. No dice nada, y tampoco espero que lo haga. De hecho, por la expresión de su cara, es probable que también esté intentando contener la risa.

La mano de Clyde rodea la mía con fuerza y sus palabras son como un látigo.

—Debes de saber mucho de la prehistoria, teniendo en cuenta que vistes como una abuela de los cincuenta.

La cara de la chica se vuelve de un rojo intenso.

—¡Basta! —gruñe Morris.

Reanuda la lección y yo le lanzo una sonrisa a Clyde.

—Qué rapidez para pensar en una contestación.

—Y no era mentira —señala alegremente.

La clase termina sin más interrupciones y al final, a pesar de mis sentimientos personales hacia Morris Wolfguard, tengo que admitir que es un buen profesor. Explica el material del curso de forma comprensible y detallada y está claro que le apasiona el tema.

Los problemas empiezan cuando me dirijo a Lydia para que me diga el nombre de mi pareja. Ella me mira con molestia cuando me acerco.

—Ah, eres tú. Aisha, ¿verdad?

—Sí. —Me desconcierta un poco su hostilidad—. Quería saber a quién me has asignado como pareja.

Repasa la lista de nombres con el bolígrafo y luego me dedica una dulce sonrisa.

—A nadie.

—¿Qué?

Abre los ojos con amplitud.

—Lo siento, ¿es que tienes problemas de audición? Nadie quiere emparejarse con la pringada de la clase que va a hundirle la nota.

—Yo me ofrezco para ello —interrumpe Clyde desde detrás de mí.

—¿Y tú eres?

—Clyde Lowenstein.

Lydia le sonríe.

—Tú vas con Suzanne.

—Pero quiero trabajar con Aisha.

La sonrisa de Lydia se endurece.

—No, no quieres y, además, no eres tú quien toma esa decisión. La tomo yo. Nadie va a trabajar con Aisha.

Miro fijamente a la chica, preguntándome qué he hecho para cabrearla.

—Bien —digo lentamente.

Cuando me doy la vuelta para irme, Lydia murmura:

—Conozco bien a las tías como tú, Aisha. Alborotadoras que buscan llamar la atención y que sólo asisten a clases impartidas por profesores guapos para que puedan aprobarlas con solo coquetear un poco, o puede que algo más. Basta una mala nota para que te presentes en su

despacho, dispuesta a abrirte de piernas...

Me detengo en seco ante sus palabras. Me hierve la sangre. Me doy la vuelta y la miro.

—¿Qué es lo que percibo? ¿Inseguridad?

—¿Perdón?

—Estás colada por el profesor Morris, por eso no soportas que otra chica hable con él, ¿o es que *tú* te lo quieres follar y estás proyectando tus sentimientos en mí? —Cuando se sonroja, sé que he dado en el blanco. Se pone en pie y yo enarco una ceja y cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿Qué? ¿No te ha gustado lo que he dicho? ¿Me equivoco?

Algunas chicas que están cerca se ríen y Lydia aprieta los dientes y se marcha en estampida con lágrimas en los ojos. Cuando Clyde me mira con una ceja levantada, me niego a sentirme culpable.

—Empezó ella.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Eso ha sido *muy* sexy.

No puedo evitar soltar una risita.

—Qué raro eres.

Sin embargo, cuando echo un vistazo por encima de su hombro, veo a Morris de pie en el pasillo, fulminándonos con la mirada.

CAPÍTULO 6

Aisha

El White Lotus es un restaurante de lujo y se espera de los camareros que estemos impecables en todos los aspectos. Ni un pelo fuera de lugar, ni un ceño fruncido en nuestras caras. Llevo casi una semana trabajando aquí y parece que he conseguido entender cómo funcionan las cosas. Los clientes dan buenas propinas y nos dejan quedárnoslas, lo cual es toda una novedad para mí.

El único problema es que, aunque la mayoría del personal me ha aceptado, no todos piensan igual. Algunos me consideran una extraña y no tienen reparos en hacérmelo saber. Y si mantengo las distancias con ellos, tampoco les gusta. Hay gente que no está contenta con nada.

Durante el descanso para comer, me pongo con el portátil, intentando terminar el trabajo que tengo que entregar mañana para la clase de Morris. He pasado todo mi tiempo libre poniéndome al día con las tres clases que me perdí e intentando aprender por mi cuenta nociones básicas de programación. Eso implica que tengo que estar en vela la mayor parte de la noche.

Esta redacción es una oportunidad que no puedo desaprovechar. Si puedo demostrarle a Morris que puedo hacer un buen trabajo, tal vez no tenga que disculparme. Ya es bastante malo que no me deje verlo. He intentado enviarle correos, dejarle una nota e incluso acampar frente a su oficina, pero me evita como a la peste, y eso empieza a molestarme. ¿Cómo puedo rogarle que no me arruine la media si me evita a conciencia? A estas alturas tiene que estar haciéndolo a conciencia.

Tengo la mayoría de los apuntes listos y ahora estoy redactando el trabajo, pero es imposible que pueda terminarlo de un día para otro si no empiezo a escribir en los ratos muertos de mi turno.

—Aisha —se me acerca una de las chicas—, se acabó el descanso. Hay un cliente en la mesa 10.

—Gracias, CeeCee. —Le sonrío antes de mirar a Jojo, que está limpiando los vasos—. ¿Te importa vigilarme portátil, Jojo?

Jojo ha sido otra nueva incorporación al restaurante. Empezó aquí hace dos días como ayudante de camarero, limpiando las mesas. Como yo, él también dice haber recibido una llamada para

hacer para una entrevista. No indago demasiado en ello, me alegro de contar con otra cara conocida por aquí.

Él asiente con la cabeza.

Agarro mi bloc y mi bolígrafo, cojo dos de los elegantes menús y me apresuro hacia la mesa 10. Estoy a punto de llegar cuando siento una dolorosa opresión en el abdomen.

¡Joder! ¡Mierda!

Siento cómo aumenta mi excitación cuando mis feromonas empiezan a reaccionar a la proximidad del único hombre que las ha activado últimamente. Me quedo inmóvil, con todo el cuerpo temblándome del miedo a que alguien más huela mi excitación.

Por suerte, una de las camareras, Amanda, pasa a mi lado como si tuviera prisa.

—¡Señor Wolfguard! ¡Bienvenido de nuevo! —exclama casi gritando.

Puedo ver la parte de atrás de la cabeza de Morris. Cuando Amanda me mira con burla, le dirijo una mirada inexpresiva y me concentro en mi propia situación.

«*¡Piensa en cosas aburridas! Cosas aburridas y monótonas*», me ordeno a mí misma mientras me doy la vuelta sin moverme del sitio. Si doy un paso, el olor que me rodea también se moverá, y será más de lo que pueda soportar.

No entiendo por qué los bloqueadores no funcionan, pero en cuanto empiezo a sentir que mi cuerpo se relaja, me apresuro hacia la trastienda, hacia las taquillas, ignorando a una CeeCee conmocionada.

Abro mi taquilla y rebusco con frenesí las pastillas bloqueadoras en mi bolso. Cuando las encuentro, me tomo dos a la vez, justo cuando entra JoJo.

—Aisha, ¿estás bie…? *¿Qué es eso?*

—Nada —digo mientras vuelvo a meter el frasco en la mochila, tratando de mantener un tono de voz despreocupado—. Sólo unas pastillas que me ha recetado el médico.

—Ah. —Frunce el ceño—. Vale. CeeCee te está llamando.

—Ya voy. Vigila mi portátil, por favor. Tengo unos cuantos documentos cargando.

Asiente y se aleja a toda prisa. Le sigo hasta donde CeeCee está esperando junto a la mesa de servicio, con cara de fastidio.

—¿Adónde te has ido corriendo? Te he dicho que tienes que atender a la mesa 10.

—Amanda ya estaba allí. —Parpadeo.

Un espasmo de irritación pasa por la cara de CeeCee.

—Bueno, el Sr. Wolfguard pidió específicamente que le atendieras tú antes de llegar —dice con voz severa—. Así que ve a hacerte cargo.

¿Pidió específicamente que yo lo atendiera? ¿Cuándo descubrió que yo trabajaba aquí? ¿Forma esto parte de su táctica para torturarme?

Cierro la mano en un puño. Me quiere fuera de su clase, fuera de la universidad, ¿y ahora intenta sabotear mi trabajo? ¿Qué prueba necesita de que no soy ninguna puta que su padre haya contratado para hacerlo hacer lo que sea? No me importa si ha hecho algún voto de celibato o si simplemente es incapaz de que se le levante, sea cual sea la razón, cree que su padre le está lanzando mujeres encima y no tiene derecho a atacarme por sus problemas personales.

Si cree que puede ponerme la zancadilla para intentar que pierda el trabajo, voy a ofrecerle el mejor servicio que jamás haya recibido en ningún puto restaurante antes de que se vaya a tomar por culo a su casa. Satisfecha con la idea, me dirijo a CeeCee.

—Vale. Voy para allá.

Amanda se encuentra inclinada sobre la mesa, con los dos botones de arriba desabrochados y dejando al descubierto su generoso escote. Su bonita melena rubia le cae hacia delante en una cascada dorada y luce una expresión tímida en el rostro.

—Le recomiendo encarecidamente la langosta del día, Sr. Wolfguard. Yo mismo he supervisado su marinado. Y me he tomado el atrevimiento de seleccionar su vino favorito para usted. Es...

No alcanzo a ver la expresión de Morris, pero me estremezco ante el numerito que está montando Amanda. Es una de las pocas camareras que se ha mostrado reticente a mi llegada.

Ya me siento más como de costumbre ahora que las pastillas empiezan a hacer efecto y, aunque no quiero ver a Morris ni en pintura, tampoco quiero perder este trabajo, por lo que me acerco a la mesa.

—Amanda, CeeCee te llama.

Mi compañera me ignora y sigue sin apartar la vista de Morris.

Si estuviera en cualquier otro lugar, le habría soltado alguna perla de las mías, pero tengo que tragarme mi enfado. Los ojos me destellan, pero esbozo una sonrisa amable y hablo con una voz un poco más alta.

—Amanda, ¿me has oído?

Veo cómo se le tensan los hombros y, cuando vuelve la cara hacía mía, su expresión está cargada de ira y su tono es cortante.

—Como puedes ver, ahora mismo estoy con un cliente importante. Sea lo que sea, puedes hacerlo tú. —Cuando vuelve a mirar a Morris, la sonrisa ha vuelto a sus labios y murmura con delicadeza—. Le pido disculpas. Es una empleada eventual y es un poco lenta. Espero que no le haya molestado.

Parpadeo con lentitud, recordándome que no puedo tirarle de los pelos.

Miro hacia atrás, a donde se encuentra CeeCee, lanzándonos puñales con la mirada a Amanda y a mí. ¿Por qué está enfadada conmigo? No puedo sacar a Amanda a rastras de aquí.

—No me gusta que la gente tome decisiones por mí —Morris suena molesto—. Y quiero a otro camarero, uno que no intente restregarme el pecho contra el brazo. Tu olor me resulta asqueroso.

Abro los ojos como platos ante su brusquedad y veo cómo la cara de Amanda se tiñe de un sorprendente tono rojo y retrocede a trompicones.

—Tú. —Morris gira la cabeza y me mira, atravesándome el alma con sus ojos oscuros—. ¿A qué estás esperando?

Me pego una sonrisa deshonesta en los labios. A los clientes como él se les escupe en la comida. A pesar de mis problemas con Amanda, no tenía por qué meterse con ella hasta el punto de hacerla llorar. Mi compañera pasa junto a mí, con los ojos brillantes por las lágrimas no

derramadas, y me preparo mentalmente para que las pague conmigo cuando él se vaya.

Me acerco a las mesa, bolígrafo y bloc de notas en mano.

—¿Qué desea?

Morris levanta la vista para mirarme y siento que el corazón me da un vuelco. ¡Estúpidas feromonas! Este hombre es devastadoramente guapo, pero eso no quiere decir que sólo porque mi cuerpo anhele su tacto, yo quiera acostarme con él de verdad. Estando tan bueno, era de esperar que su personalidad fuera una mierda. Me niego a sentirme culpable por mis pensamientos. Si él puede meterse conmigo todo el día, yo puedo meterme con él en mis ensoñaciones.

Se limita a estudiarme y le sorprendo olfateando discretamente en mi dirección. Entrecierro los ojos y se me endurece la sonrisa.

—¿Debería ir a ponerme desodorante? No quiero apestarle el ambiente.

Por un momento, me parece que sus labios se crispan en un amago de sonrisa, pero enseguida aparta la mirada.

—No hace falta. Hueles bien. —Sin embargo, hay un rastro de confusión en su voz, como si algo le molestara—. Tráeme una copa del Chateau Margaux 2009, un filete, poco hecho y una ensalada de acompañamiento.

Mientras lo anoto todo siento una punzada de dolor en el bajo vientre. Mi sonrisa se vuelve rígida mientras me quedo inmóvil, esforzándome por no hacerme un ovillo en el suelo.

—¿Eso es todo? —inquiero sin aliento mientras intento respirar y olvidarme de las punzadas de agonía.

Morris me lanza una breve mirada y, cuando asiente, me doy la vuelta rápidamente. Noto la cara blanca como el papel mientras le entrego la comanda a CeeCee.

—¿Estás bien?

—Pa… pásalo a la cocina —jadeo, agarrándome a la encimera—. Tengo que... yo...

No me salen las palabras y me precipito en dirección a la cocina para salir al callejón. Cierro la

puerta de golpe y me apoyo en ella, intentando respirar a pesar del dolor. Maddie tenía razón. Cuantas más pastillas tomo, más enferma me siento. Pero aún no puedo permitirme las que son más seguras.

Tardo un par de largos y agonizantes minutos en ser capaz de soportar el dolor. Estoy acostumbrada al dolor, esto no es algo nuevo para mí. Durante toda mi infancia, con los malos tratos que sufrí, no importaba lo mucho que nuestro padre se ensañara conmigo o que me rompiera algún miembro, no se me permitía ver a un curandero hasta que su ira se calmara, cosa que podía tardar días. Tenía que ir al colegio y hacer mis tareas, aunque tuviera un brazo o una pierna rota. Sé cómo vivir aun cuando mi cuerpo me pide clemencia a gritos, pero estas punzadas de dolor son diferentes. Van y vienen en oleadas.

Utilizo el pomo de la puerta para ponerme en pie y regulo la respiración para poder funcionar con un ápice de normalidad al menos. Abro la puerta y entro, ignorando las miradas curiosas del personal de cocina.

—¿Ha recibido la comanda de la mesa 10? —mi tono es tranquilo y más suave debido a mi fuerte concentración para poder trabajar a pesar del dolor.

—CeeCee acaba de pasárnosla —asiente el sous-chef, mirándome—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo el estómago revuelto —me las arreglo para decir—. Y mucho. ¿Cuánto tardará en estar lista?

—Quince minutos.

—Iré a por el vino.

Me aseguro de haber elegido el vino correcto antes de volver a la mesa de Morris, y enseñárselo antes de servirlo. Veo que me observa, pero le trato como trataría a un extraño. Aunque mi mano está lejos de mantenerse firme mientras le sirvo el vino. La forma en que me mira no hace mi trabajo más fácil, precisamente. Y encima de todo eso, tengo que soportar el espasmo de agonía en el abdomen. Cuando parte del vino salpica el mantel, me quedo paralizada.

Espero que me critique, pero se limita a suspirar y cubrir la mancha con una servilleta antes de que yo pueda decir nada. Cuando levanta una ceja, encontrándose con mi mirada, lo ignoro. ¿Espera que le dé las gracias? ¡Ni de coña!

—Disfrute del vino —murmuro antes de alejarme con la botella.

El resto del servicio de su comida es similar, transcurre en silencio. No soporto la forma en que me mira, como si quisiera que dijera algo. Cuando termina de comer, estoy medio convencida de que se trata de una táctica intimidatoria. Está claro que es un cliente habitual, así que no puedo cagarla. Voy más lenta de lo normal mientras le sirvo la comida, con cuidado de no doblarme demasiado porque el más mínimo movimiento me provoca ganas de gritar.

El alivio es una sensación cálida y reconfortante cuando por fin me dirijo a entregarle la cuenta.

En realidad, no espero que Morris deje propina, pero cuando se marcha y me dirige una última mirada, cojo la libreta para contar el dinero y me doy cuenta de que ha dejado doscientos pavos de más. Confundida, le sigo con la mirada, preguntándome si debería decirle que se ha olvidado el cambio. Porque es imposible que Morris Wolfguard me haya dejado propina.

CeeCee se acerca, sonriente.

—El Sr. Wolfguard siempre deja buenas propinas. Buen trabajo. Debe de haber quedado contento con tu servicio.

Le dedico una sonrisa forzada.

—Pues he derramado un poco de vino.

—No pasa nada. —CeeCee me da unas palmaditas en el hombro—. Un poco de vino no va a fastidiar tus posibilidades de quedarte aquí a largo plazo.

Mientras se aleja con la cuenta, me quedo mirando los doscientos dólares que tengo en la mano antes de embolsármelos lentamente. Alzo la vista y veo a Amanda con Roger, otro camarero que no es de mis mayores admiradores, cerca de la barra. Aunque no me importa mucho si le caigo bien o mal a alguien, los dos tienen muchas posibilidades de influir en mi evaluación de esta noche. Además, Morris fue innecesariamente duro con Amanda. Recuerdo las lágrimas que vi en sus ojos mientras huía. Tal vez debería decirle algo.

Cuando llego hasta ellos, Amanda resopla.

—Siempre supe que las forasteras eran golfas desesperadas. Por eso tu manada la conformas solo tú. ¡Me has robado a mi cliente!

—No te he robado a nadie. —Frunzo el ceño—. CeeCee me dijo que fuese su camarera.

—Y una mierda —gruñe Roger—. Prácticamente estabas babeándole el hombro.

—Yo sólo he hecho mi trabajo, y él no quería que Amanda le sirviera —señalo con calma—. Si quieres culpar a alguien, cúlpalo a él.

—Esa propina es mía —dice Amanda, que de repente ve asomar el dinero de mi bolsillo y lo coge.

—¡Eh! —le suelto, intentando recuperarlo, pero ella lo aleja de mí y lo cuenta.

—¡Quinientos! —Los ojos se le abren de par en par—. ¡Hoy sí que ha sido generoso!

—¡Su propina fue de doscientos! —gruño—. El resto es mi propio dinero. Ahora, devuélvemelo.

Si tuviera la fuerza física para empujarla y recuperarlo, lo habría hecho, pero las pastillas que estoy tomando me han dejado con una gran falta de apetito y de fuerza.

—Creo que trescientos dólares es una buena compensación por robarte a tu cliente, Amanda. ¿Tú que crees? —habla Roger con desprecio.

—Estoy de acuerdo —ríe Amanda, maliciosamente.

Se me tensa la mandíbula. ¡Esos trescientos son para pagar el alquiler!

—Devuélvemelo. —Me cuesta mantener un tono de voz firme—. O vamos a tener un problema.

—Vigila esa actitud —se burla Roger—. Sabes que podemos hacer que te despidan, ¿verdad? Será mejor que recuerdes cuál es tu sitio.

JoJo, que ha estado observándonos todo este tiempo, toma la palabra.

—¡No puedes hacer eso! Es robar.

—¡Cállate, mocoso! —le gruñe Roger—. Nadie te ha dado vela en este entierro. Será mejor que mantengas la boca cerrada si sabes lo que te conviene.

—¡No le hables así! —digo, furiosa.

—¿Por qué? —El labio superior de Roger se curva—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿No se está volviendo un poco bocazas? —pregunta Amanda de repente, y por el brillo de sus ojos, sé que está tramando algo—. Vamos a darle una lección, Roger.

Coge una de las botellas de agua alineadas bajo la pequeña repisa del mostrador, justo detrás de donde está mi portátil. Lo abre y, por un momento, no entiendo qué intenta hacer. Entonces, el horror se apodera de mí cuando vierte todo el contenido de la botella encima de mi portátil.

—¡No! —grito sorprendida, empujándola hacia atrás. Pero el daño ya está hecho.

Roger se ríe, pero Amanda parece furiosa.

—¡¿Acabas de empujarme?! ¡Serás zorra! ¡¿Quién te crees que eres?!

Se lanza hacia mí, pero alguien detiene su mano antes de que sus garras puedan abrirme una brecha en la mejilla.

—Ya basta —expresa una voz fría.

—R-Rachel —Amanda parece molesta, pero, cuando Rachel le suelta la mano, no me ataca.

—¿Qué está pasando aquí?

No puedo hablar, sobre todo debido al shock. Tengo la mente entumecida mientras miro fijamente mi portátil estropeado. La pantalla ya se ha oscurecido. Es entonces cuando veo el agua esparciéndose por mis apuntes, haciendo que la tinta se manche y se extienda. Empiezo a recogerlos apresuradamente.

—¡JoJo!

JoJo no necesita más indicaciones. Coge una servilleta y empieza a secar, pero la mayor parte del trabajo ya se ha manchado. Tengo la respiración agitada mientras contemplo todo el trabajo duro que he hecho a base de perder horas de sueño y enfermar como un perro.

La desesperanza me aprieta el corazón y me tiemblan las manos. Todo mi esfuerzo echado a perder. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo lo arreglo? ¿Qué se supone que debo hacer? No se me ocurre ninguna solución. Parece que cuando algo empieza a irme ligeramente bien, me lo ponen delante de las narices para que lo pruebe, y entonces alguien me lo quita y me recuerda que no me lo

merezco.

Nunca he sido de las que se derrumban en público, pero no puedo hablar. El corazón me late tan fuerte que parece que se me vaya a salir del pecho.

—Estaba siento una grosera conmigo —dice Amanda con arrogancia—. Y luego echó agua encima de su portátil. Mírala. ¿Qué pasa? ¿Vas a llorar ahora?

—¡Está mintiendo! —JoJo alza la voz, alterado—. Le han robado a Aisha su propina y trescientos dólares, y cuando les dijo que se lo devolvieran, vaciaron la botella en su portátil. Estaba escribiendo un trabajo y tiene que entregarlo mañana.

—¿Es eso verdad? —exige saber Rachel, furiosa—. ¿Le has robado a Aisha?

Amanda y Roger intercambian una mirada.

—¡Claro que no, Rachel! ¿A quién vas a creer? ¿A dos recién llegados o a nosotros? ¡Llevamos aquí dos años! No puedes simplemente...

—Creeré las imágenes de seguridad —dice Rachel con frialdad—. Venga, vamos a aclarar este asunto.

Sin embargo, cuando se mueve, Amanda le bloquea el paso.

—No hace falta llegar a eso. Somos de la misma manada. Deberías creerme a mí antes que a un humano y a una forastera. —Sus palabras son lo suficientemente bajas como para llegar a mis oídos, pero no a los de JoJo.

Rachel da un paso hacia Amanda, su voz restalla como un látigo.

—Intenta intimidarme de nuevo y haré que te retuerzas de dolor de formas que tu mente no puede ni siquiera comprender. Y espero que esto sea un malentendido, porque George y yo no toleramos ladronzuelos en nuestro restaurante.

Roger interviene de inmediato, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Era sólo una broma entre amigos, ¿verdad, Aisha?

Su mirada es dura, y consigo serenarme lo suficiente para lanzarle una mirada de odio.

—Me acabas de costar la beca. ¿Te parece una broma? Y ese dinero es para pagar el alquiler. Quiero que me lo devuelvas.

Los ojos de Rachel están fríos como el hielo.

—Ya la habéis oído.

Veo el rubor en la cara de Amanda cuando se ve obligada a devolverme el dinero.

—Y en cuanto a vosotros dos, tendré unas palabras con George. Aisha, ¿puedes venir a mi despacho, por favor?

Con los billetes aún en las manos, camino tras ella como un ciego, con el corazón temblándome a cada paso, con la mente yéndome a mil por hora, buscando soluciones y fracasando en el intento.

Una vez en su despacho, la expresión de Rachel se suaviza.

—Siento lo de tu portátil. Puedo hablar con George y asegurarme de que esos dos te paguen las reparaciones.

—Eh… —Quiero decir algo, pero noto algo espeso en la garganta y cierro la boca, con los ojos ardiéndome.

—Me aseguraré de que te paguen las reparaciones —me asegura con voz firme—. Y si el portátil no se puede reparar, te comprarán uno nuevo. Puedes tomarte el resto del día libre para arreglar lo de tu trabajo.

Sólo puedo asentir.

Tanto Amanda como Roger tienen expresiones sombrías cuando cojo mis cosas y salgo un par de minutos después. CeeCee está hablando con ellos con expresión dura.

No me quedo a esperar. Me apresuro en dirección al campus universitario, sabiendo que la biblioteca está abierta las veinticuatro horas. Pero, nada más llegar, lo primero que descubro es que sus sistemas informáticos no funcionan.

Cierro los ojos.

¿Cómo es que este día va de mal en peor?

CAPÍTULO 7

Aisha

Se está haciendo tarde cuando me siento en una de las mesas desocupadas, intentando redactar mi trabajo a mano. La biblioteca de la facultad es la única que permanece abierta toda la noche, y necesito acceso a los libros que tomé prestados mientras recopilaba los apuntes.

Le echo un vistazo a Harry, que tiene la cabeza apoyada en la mesa y está profundamente dormido.

Maddie no estaba en casa y no me ha cogido el teléfono. No tenía ningún sitio en donde pudiera dejar a mi hermano, pero, por suerte, Harry pareció entender que estaba estresada y no se quejó. Le compré un par de bocadillos y tentempiés para mantenerlo ocupado y le dejé elegir algunos libros para leer después de que terminara con sus propios deberes.

Sin embargo, han pasado varias horas y aún no he terminado. Me empiezan a doler los dedos y no he comido nada desde el desayuno. Harry sigue ofreciéndome su comida, pero él la necesita más que yo. El cansancio me invade y quiero gritar. Quiero romper algo y chillar con todas mis fuerzas. Intento reunir los pedazos de mi vida, pero se me escapan de las manos. ¿Por qué no puedo aferrarme a algo de una vez?

Una oleada de náuseas me hace taparme la boca. Me pongo en pie, me apresuro a ir a los servicios y vomito en seco, agarrándome a la taza del váter como si mi vida dependiera de ello. Tengo el estómago vacío, así que no vomito nada. Cuando las náuseas empiezan a remitir, me quedo ahí desplomada, apoyada contra la pared de azulejos y sin importarme lo sucio que esté el suelo. No puede ser peor que mi vida.

—¿Algo de esto merece la pena? —murmuro para mis adentros, sintiendo que pierdo los últimos restos de esperanza. Una risa amarga brota de mi garganta mientras miro al techo—. ¿En qué estaba pensando? Quizá papá tenía razón. Quizá me merezco todo lo que el mundo me echa encima. Debería haber dejado que me matara a golpes, seguiría siendo mejor que esto.

Tengo los ojos secos cuando miro las baldosas.

—No puedo terminar este trabajo —murmuro—. Y aunque lo consiga, ese imbécil sólo me dejará aprobar por los pelos. Sólo busca una razón para deshacerse de mí. Debería irme a casa. Debería...

Cierro los ojos. La desesperanza es como una soga alrededor del cuello, que se aprieta con cada palabra.

Tragando saliva, me pongo en pie. Tengo que intentarlo. He llegado muy lejos. No paro de decirme que nunca dejaría que nadie me retuviera de nuevo. ¿No es eso lo que estoy haciendo ahora? ¿Dejar que el mundo me aplaste?

Me lavo las manos y la cara y regreso a la biblioteca, donde veo a Harry comiéndose su bocadillo.

—¿Quieres que te lleve a casa, Harry? Quizá Maddie haya vuelto.

Mi hermano niega con la cabeza. Cuando me siento, se acerca a mí y me tiende un trozo del bocadillo.

—Deberías comer.

—No ten...

—Tienes entre manos un gran proyecto, ¿verdad, Aisha? —Su voz es seria—. Siempre me dices que se necesita energía para trabajar. Así que tienes que comer.

Le sonrío, es una sonrisa suave y triste, y luego le estrecho entre mis brazos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, chico?

—Lo sé. —Harry sonríe contra mi pelo—. Soy tu persona favorita en todo el mundo.

—Sí. —Le abrazo más fuerte—. Y será mejor que no lo olvides nunca. Tú y yo somos un equipo, siempre. Nosotros contra el mundo.

—Para siempre.

—Para siempre —repito, me echo hacia atrás y le doy un beso en la frente, sintiendo que mi desesperación desaparece.

Estoy haciendo esto por Harry, me recuerdo a mí misma. Para darle una vida mejor. Y por él, puedo enfrentarme al mundo entero si es necesario.

—Gracias. —Le sonrío.

—¿Por qué? —Me dedica una sonrisa confundida.

—Por recargarme las pilas. Necesitaba ese abrazo. —Levanto el brazo, dándome unas palmaditas en los músculos—. Ahora, ¡estoy lista para enfrentarme al mundo!

Harry sonríe.

—Eres muy rara, Aisha.

La mayor parte de la biblioteca está a oscuras, ya que las luces se atenúan para ahorrar electricidad. A medida que pasan las horas sin darle un descanso al bolígrafo, mi colapso en el baño queda casi en el olvido. Harry duerme en unas sillas pegadas juntas, tapado con mi chaqueta. Se me cierran los ojos de vez en cuando mientras lucho por mantenerme despierta. Aún me quedan muchas páginas por escribir.

La pila de libros que tengo sobre la mesa no para de crecer. Por suerte, recuerdo qué capítulos de cada libro he utilizado, pero tengo que volver a buscar la información. Para las tres de la mañana, he conseguido redactar un borrador de mi redacción, pero me duele la mano y mis ojos se niegan a permanecer abiertos.

Quizá si descanso la vista una hora, pueda reescribir el texto como es debido.

Se me estremece el corazón del cansancio. Cruzo los brazos sobre la mesa y apoyo la cabeza en ellos. Sólo una siesta corta, eso es todo.

*** ***

Es Harry quien me despierta sacudiéndome violentamente y con voz de pánico.

—¡Aisha! Aisha, ¡despierta! ¡Tengo que ir al colegio!

Casi me pega un susto de muerte, aún estoy medio dormida.

—¿Qué?

—¡Aisha! —Harry me sacude de nuevo—. ¡Levántate!

—¡Ya me levanto! ¡Estoy despierta! —Parpadeo un par de veces—. ¿Dónde...?

¡Mierda!

—¿Nos quedamos aquí toda la noche? —Me froto la cara con las manos—. ¿Qué hora es?

—¡Las seis! —Mi hermano suena preocupado—. Estabas llorando mientras dormías. ¿Has vuelto a tener una pesadilla?

—Sí. —Intento sonreír—. Pero se me ha pasado ahora que te he visto la cara.

La preocupación desaparece de sus ojos y ahora parece ansioso.

—¡Hoy tengo una excursión! Tengo que llegar temprano a la escuela.

—¿Una excursión? Ah, sí, es verdad. No te preocupes. —Compruebo el reloj de pulsera—. Tenemos tiempo de sobra. Déjame...

Las manos se quedan paralizadas cuando voy a recoger mis cosas. La redacción. Nunca llegué a terminarla...

El pánico está a punto de arraigar en mi interior cuando veo ante mí un montón de papeles pulcramente mecanografiados. Están dentro de una carpeta, con la portada correcta que incluye el nombre de Morris, así como el mío, impresos en ella. Cojo los papeles, atónita.

—Yo no he escrito esto —murmuro.

—Tu amigo lo escribió —dice Harry—. También nos dejó una tonelada de comida para el desayuno.

—¿Mi amigo? —Miro a mi hermano, sorprendida—. ¿Quién?

Se encoge de hombros.

—Era muy alto. —De repente se tapa la boca, con cara de disgusto—. Prometí no contarlo. Se suponía que era nuestro secreto.

—¿Cómo se llamaba, Harry?

Pero él niega con la cabeza.

—No le pregunté, pero era muy majo.

Miro la bolsa de papel marrón que hay junto al trabajo y la abro para descubrir unos bocadillos de jamón recién hechos, algo de fruta y unas botellitas de zumo. Hay aún más comida en la silla contigua a la mía.

Me siento confusa y un tanto agitada. Vuelvo a coger el trabajo y lo reviso. Es una versión ordenada de mi primer borrador. Cerrando los ojos, levanto la carpeta para presionar la frente contra ella, sintiendo un gran alivio. Ni siquiera me importa quién ha sido. Sólo estoy agradecida. Lo necesitaba. Hoy necesitaba un gesto amable.

—Vamos —digo después de unos segundos.

—Ah, también me dijo que te diera esto.

Ya estoy recogiendo mis cosas cuando Harry deja una caja rectangular sobre la mesa. Por un momento, mi cerebro no lo comprende. Y entonces, cuando me doy cuenta de lo que es, me tiemblan las rodillas y me hundo en la silla, boquiabierta.

—¿De dónde has sacado ese portátil?

Parpadea.

—Tu amigo lo dejó aquí para ti. Dijo que era un regalo y que lo necesitabas.

Agarro a mi hermano por el brazo con suavidad y tiro de él para que me mire.

—Sé sincero, Harry. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Él niega con la cabeza.

—Te prometo que no lo sé. No me dijo su nombre.

—¿Y su cara, su olor? ¿Qué aspecto tenía?

Mi hermano parece sentirse culpable.

—Tenía sueño, Aisha. Llevaba un abrigo y no presté atención, sólo quería irme a casa. Su olor

era agradable, pero cuando se sentó, abrió las ventanas, así que ya no queda rastro. Me dijo que cerrara las ventanas treinta minutos después de irse.

Un lobo cambiaformas, me doy cuenta con tristeza. Uno que no quería que su identidad fuera revelada.

Trabajo con muchos de ellos, y el incidente del portátil debió de filtrarse. Podría ser cualquiera de ellos. Sólo un lobo cambiaformas se tomaría tantas precauciones para no dejar su rastro y evitar que lo descubrieran. Me tiemblan las manos al coger la caja. Es uno de los últimos modelos de una marca cara. No sé cómo me siento al respecto. Mi orgullo no quiere que lo acepte, pero mi situación me lo impide. Necesito un portátil para las clases.

Cierro los ojos. Sólo por esta vez, tal vez debería estar agradecida. Quienquiera que haya hecho todo esto por mí me ha hecho un regalo más grande de lo que se imagina.

—Vamos, Harry. —Miro a mi hermano—. Vámonos a casa.

*** ***

Después de darme una ducha rápida y dejar a Harry en el colegio para su excursión, me dirijo a clase.

Lydia ya está sentada en primera fila, pero se limita a sonreírme con suficiencia al verme. Le devuelvo la sonrisa y la saludo con la redacción en la mano. Su mueca se desvanece.

—¡Eh! —Clyde se deja caer en el asiento de al lado—. ¡Has conseguido terminar la redacción! ¡Buen trabajo! Quería ofrecerme a ayudar, pero he estado ayudando a mi padre en su oficina y estaba ahogado en papeleo.

—No pasa nada. —Le sonrío—. Me las he arreglado, pero te agradezco el detalle.

Nuestra conversación termina cuando Morris entra en clase. Parece estar de un humor extraño y le sorprendo mirándome varias veces. No me ha dado tiempo a comer la comida que me han dejado, así que saco uno de los bocadillos de jamón y empiezo a masticarlo. El olor que desprende debe de llegar hasta Morris, porque enseguida me mira. Viendo lo poco que le agrado, espero que me reprenda o haga algo para humillarme. Sin embargo, se limita a estudiarme durante un par de segundos antes de darse la vuelta y reanudar la clase.

—¿Qué le pasa hoy? —susurra Clyde—. Parece un poco apagado.

—¿Ah, sí? —murmuro, pero empiezo a prestar más atención y me doy cuenta de que Clyde tiene razón. Morris se mueve más lento y tiene ojeras.

Me muerdo el labio inferior, negándome a sentirme mal por el hombre que me ha atormentado desde el momento en que lo conocí. Sin embargo, para que un lobo cambiaformas esté así, algo debe andar muy mal.

«No es un problema que te concierna», me recuerdo. Debería ignorarlo.

A medida que la clase se acerca a su fin, recuerdo que aún no he solucionado mis problemas con este hombre arrogante. Aunque se niegue a dejarme entrar en su despacho o a hablar conmigo cara a cara. Y ayer apenas pude decirle nada en el restaurante.

Lydia es quien recoge nuestros trabajos y, después de haber sido saboteada intencionadamente, una vez por ella y otra por otra persona, me niego a entregárselo. Sería muy conveniente que lo perdiera mientras va de mi mano a la mesa del profesor. Y por el brillo en su mirada, parece que ya tiene algo planeado.

—Dame tu redacción. —Tiende la mano.

Aprieto más fuerte la mano que tengo sobre la carpeta.

—Se la entregaré yo misma.

Entrecierra los ojos. Algunos alumnos ya han empezado a salir y Morris espera junto a su mesa a que ella le entregue los trabajos.

Cuando me pongo en pie, Lydia me bloquea el paso.

—¡Dámela!

Mi mandíbula se tensa.

—Lo siento, pero no confío en ti para que entregues mi trabajo, teniendo en cuenta lo que piensas de mí.

Clyde nos observa, divertido.

—¿Por qué no lo dejas estar, Lydia? Es su elección.

—¡No, no lo es! —ladra Lydia—. Y tú no te metas. Solo porque seguramente te la chupe no quiere decir que tengas que defenderla. —Levanta la voz y doy un respingo, consciente de que Morris probablemente la ha oído.

—No todo el mundo está tan obsesionado con el sexo como tú, Lydia —digo fríamente—. Y desde luego no tengo tiempo para ir por ahí chupándosela a nadie, así que mejor pon un límite a tus suposiciones, o le hablaré a algún orientador sobre tus constantes acusaciones.

La cara de Lydia se pone roja.

—No estoy obsesionada con el sexo.

Le lanzo una mirada a Clyde, que se encoge de hombros.

—Pues no da esa impresión. Ya has insinuado dos veces que Aisha es una fulana. A la tercera va la vencida. Quizá te den un cheque regalo la próxima vez que te llame así.

Me río entre dientes. A Lydia, sin embargo, no le hace tanta gracia.

—¡El profesor Morris me dijo a mí que recogiera los trabajos, así que *tienes* que darme el tuyo! ¡Entrégamelo de una vez!

Intenta arrebatármelo y yo lo mantengo fuera de su alcance.

—Déjalo de una vez, Lydia. El mundo no va a venirse abajo si yo misma lo pongo sobre su escritorio.

Ahora parece agitada y echa la vista atrás para mirar a alguien. Sigo su mirada y veo que una de sus amigas sigue sentada en su sitio, aunque la clase haya terminado hace cinco minutos. No se ha movido ni un pelo. La sospecha me invade y me doy cuenta de que tenía razón. Lydia está tramando algo.

No puedo imaginarme que alguien me caiga tan mal como para intentar arruinarle la nota. Pero empiezo a darme cuenta de que quizá mucha gente sea así, que disfruten haciéndole daño a los demás. Cojo mi mochila, me pongo en pie y me subo al asiento de delante para aterrizar en la otra fila. Los ojos de Lydia se abren de par en par y alza la voz:

—¡Para! ¡Dame eso!

La ignoro y salto dos filas más antes de correr hacia las escaleras. Ella corre detrás de mí mientras yo me apresuro a bajar. Morris nos observa con cara de fastidio.

Dejo mi trabajo delante de él, respirando con agitación.

—Te lo he entregado entero. Si intenta destruirlo, es cosa suya.

Lydia ya está detrás de mí.

—Profesor, eso… Ella se ha negado a entregarme su redacción.

Espero que Morris me regañe o se enfade conmigo, pero se limita a enarcar una ceja y deslizar mi redacción en su maletín.

—Pues ya lo tengo. Dame el resto.

—Puede darme a mí su maletín —le dice Lydia a Morris con dulzura, no sin antes lanzarme una mirada desagradable—. Puedo dejarlo todo en su despacho.

Extiende la mano para coger el maletín y yo entrecierro los ojos. No puede ser tan descarada.

Morris se limita a darle unos golpecitos en su escritorio.

—Ya has hecho tu trabajo, puedes irte. Y no me gusta que le levantes la voz a otros alumnos, Lydia. Si no puedes comportarte con dignidad, le pediré a otra persona que se encargue de estas tareas.

Ver la expresión de humillación en la cara de Lydia es extrañamente satisfactorio. Al menos, es un imbécil con todo el mundo.

—¿Por qué sonríe, señorita Hart? —exige saber Morris, mirándome de repente.

Abro la boca, pero me detengo en seco. De cerca, parece agotado. Tiene los ojos tensos, casi inyectados en sangre, como si llevara días sin dormir. Ayer no me di cuenta porque estaba ocupada intentando no cagarla con su pedido.

—N-nada —tartamudeo, preguntándome por qué me preocupa tanto alguien que ni me miraría si me quedara en la calle. Morris Wolfguard tiene un corazón de piedra. No necesita que nadie se preocupe por él. Necesita lecciones de empatía, eso es todo.

Me sostiene la mirada y puedo oír cómo se me acelera el corazón. Incluso a esta distancia y con los bloqueadores en mi organismo, mi cuerpo lo anhela y noto cómo aumenta mi excitación.

—Aisha, ¿por qué no vamos a comer si estás libre? —grita Clyde, llegando a mi lado.

—Ah. —Me es difícil apartar la mirada de la de Morris, tengo las palmas húmedas—. No... no puedo. Tengo que ir a trabajar.

—Siempre estás trabajando —se queja, siguiéndome—. ¿Cuándo tienes tiempo para quedar con los amigos?

—No tengo amigos —respondo brevemente, tratando de respirar más allá de este deseo que aún se aferra a mí.

—Claro que sí —resopla él—, ¿qué hay de ese tal Derek? Hablas con él en el campus de vez en cuando.

Me doy la vuelta y le pongo las dos manos sobre los hombros para que se detenga.

—Clyde, tengo que ir a trabajar. Nos vemos mañana, ¿vale? No me sigas al trabajo si no quieres que piense que eres un acosador.

—¡Qué mala eres! —grita mientras me alejo a toda prisa—. Pero me gusta eso de ti.

Dios, qué raro es. Niego con la cabeza y miro el reloj. ¡Se me hace tarde!

*** ***

El nuevo portátil es práctico, pero no vuelvo a cometer el error de llevármelo al trabajo. George ha hecho pagar a Amanda y Roger las reparaciones del portátil, pero como el agua ha frito la placa base, me he conformado con que me compren una tableta. Es más barata y me es más útil para traerme al trabajo y guardarla una vez termine mi descanso. Los problemas en los que se han metido mis dos compañeros no terminan ahí y, aparte de mirarme mal de vez en cuando, guardan las distancias. Y yo encantada.

Aunque no todo parece irme a pedir de boca. Morris se ha acostumbrado a venir a comer todos los días. Y solicita que yo sea su camarera todas y cada una de las veces. Llegados a este punto, no sé es sólo una táctica de acoso o si de verdad piensa que mis habilidades para la hostelería son estelares. Apuesto por lo primero porque se me cae demasiado vino a la mesa.

Siempre me pongo tan nerviosa cuando está cerca que las manos me tiemblan como la gelatina. Si alguien va a hacer que me despidan, es él.

Hoy es la quinta vez que viene esta semana, y ya no puedo más. Cada vez que entra por la puerta, tengo que tomar varias dosis de los bloqueadores, y me sienta peor que un dolor de muelas. He probado todos los métodos posibles para no tener que servirle yo, como programar mi descanso en torno a la hora en que suele aparecer, pero se espera a que termine mi descanso antes de pedir nada, o CeeCee me dice que me tome mi descanso más tarde.

Y como guinda del pastel, hoy está de mal humor.

—¡Esto está frío! —exclama, señalando el salmón del que aún sale vapor.

—Se lo llevaré al chef —respondo con calma, pero antes de que pueda recogerle el plato, me detiene.

—Olvídalo, ya me lo como así.

Miró de reojo a CeeCee, preocupada, antes de volver a intentarlo.

—Puedo traerte un plato recién...

—¡¿Por qué no te ocupas mejor en conseguirme el vino correcto?! —me exige.

—¡Pues no se equivoque usted al pedirlo! —le suelto, bajando el volumen.

Sus ojos se entrecierran hasta formar pequeñas rendijas.

—¿Me estás contestando?

Le dedico una sonrisa tan dulce que provoca diabetes.

—No me atrevería.

Resuella, molesto.

—Este trabajo se te da de pena.

—Y, sin embargo, sigue empeñado en que sea yo quien le atienda e interrumpiendo mi descanso. —Le sonrío con fuerza—. ¿Quizá estaría más cómodo con una camarera más experimentada?

Me fulmina con la mirada, pero no dice nada más.

Desgraciadamente, se pone más gruñón a cada minuto y nuestras interacciones son cada vez más acaloradas. Tengo que esforzarme por mantener un volumen de voz bajo, pero se está comportando con un auténtico incordio. No paro de volver corriendo a su mesa un segundo después de intentar irme, por lo que decido quedarme ahí mientras come, mirándole mal.

Nunca he conocido a un hombre más exasperante. Sé que lo hace a propósito. Pero espero, sintiéndome que me está llevando al límite.

En cuanto sale por la puerta, salgo furiosa por la puerta trasera del restaurante que da al callejón contiguo.

Da la casualidad de que Morris está pasando por ahí cuando me ve salir. Cuando se detiene, me acerco a él.

—¿A qué demonios ha venido eso? ¡¿Estás intentando que me despidan?!

Se me queda mirando, inexpresivo. Eso solo me cabrea aún más.

—¡¿Ahí dentro no podías cerrar el pico, pero ahora de repente has hecho voto de silencio?! —gruño—. ¿Por qué no puedes dejarme en paz? So…

Una oleada de náuseas me invade y, en contra de mi voluntad, me derrumbo contra el suelo. Me agarro al cubo de la basura en busca de apoyo, irguiéndome y sucumbiendo a las arcadas.

—¡Aisha! —Morris parece alarmado, pero le hago señas para que se vaya, temblorosa.

—¡Que-quédate ahí!

Como era de esperar, no es fácil imponerte a nadie cuando estás intentando vomitar y haciendo un trabajo de pena.

Morris me sostiene y me frota la espalda con la mano, trazando unos círculos reconfortantes.

—¿Qué pasa?

Trato de zafarme de él cuando algo cae de mi bolsillo al suelo con un estrépito. Antes de que pueda impedirlo, lo recoge.

Un momento después, me planta el frasco de bloqueadores de feromonas en la cara.

—¡¿Qué demonios es esto?! ¡¿Cuánto tiempo llevas tomándotelas?! —me espeta con una voz que transmite peligro.

CAPÍTULO 8

Aisha

Intento arrebatarle el frasco, pero es más grande y más fuerte que yo, y no hay forma de que me lo devuelva.

—No es asunto tuyo —escupo sin fuerzas.

—Esto es ilegal —dice furioso—, por lo tanto, pasa a ser asunto mío.

—¡Tch, tch, tch! —Niego con la cabeza—. No es verdad y son mías. ¡No puedes robar lo que es de mi propiedad!

Su mirada se encuentra con la mía antes de guardar el frasco naranja en el bolsillo trasero.

—Estás metida en un buen lío.

—¡Tengo que tomármelas! —gruño—. ¡O me volveré loca! Tengo clases contigo cada dos días, ¿o te has olvidado? ¡Y además te presentas religiosamente en mi lugar de trabajo! Es la única manera de protegerme de mis propios instintos.

—¡Esto te matará! —Enrosca la mano alrededor de mi muñeca—. ¡Me preguntaba por qué parecías más débil de lo normal! Tampoco has estado comiendo, ¿verdad?

—Sí, yo...

—¡¿Es que has perdido la cabeza?! —me gruñe en la cara de repente, y yo me quedo inmóvil—. Me he pasado años retirando esto de las calles. Te dañan el sistema nervioso, perjudican a tu lobo y te quitan el apetito hasta el punto de que empiezas a morirte de hambre.

—¡Me da igual! —escupo desesperada—. ¡No puedo dejar de vivir mi vida porque de repente hayas aparecido tú en escena!

—¡Pues buscaremos otra solución! —ruge.

Antes de que pueda comprender por dónde van los tiros, la boca de Morris se estrella contra la mía.

En el momento en que su boca entra en contacto con la mía, siento como si pudiera respirar, como si cada parte de mí que había estado tan tensa durante las dos últimas semanas se relajara. Y es entonces cuando siento el calor abrasador.

El deseo dentro de mí es casi doloroso, palpitante. Basta una caricia para que se me mojen las bragas. Todas mis objeciones y mis argumentos pensados con raciocinio se van por la ventana en cuanto Morris me devora la boca, dejándome hecha un desastre jadeante y lascivo.

Mis pezones duros, que se pueden notar a través de la ropa, se aprietan contra su pecho, y deseo que sus manos me los toquen y su boca me los chupe. Quiero que los dedos gruesos con los que me sujeta la nuca me penetren. No puedo separar un pensamiento del otro.

Aunque parece que no soy la única afectada por nuestra proximidad. Morris, tan sereno, tranquilo y crítico hasta el extremo, me besa como un muerto de hambre. Su lengua se abre paso en mi boca y suelto un gemido cuando me lame el interior como si no pudiera tener suficiente. Me froto una pierna contra la otra, cada vez más necesitada, y él me estampa contra la pared, inmovilizándome las manos sobre la cabeza. Levanta la rodilla, me separa las piernas y, aunque los dos llevamos vaqueros, no importa.

Me deslizo sobre su rodilla sin pudor, buscando placer mientras me magrea el pecho con la mano. Ya me encuentro tan excitada que la fricción en esos dos puntos me está llevando al límite. Su mano se mueve por debajo de mi uniforme, buscando mi pezón; cuando lo encuentra, pellizca nódulo el endurecido de un modo tan doloroso que jadeo contra su boca. El dolor me hace sacudirme hacia delante, obligando a mi clítoris a rozarse contra el material de mis vaqueros.

Siento cómo me tenso mientras me corro. Morris se traga mi gemido.

Se queda quieto, pero no me suelta. A medida que el subidón de mi orgasmo se desvanece, el corazón me empieza a latir desbocado.

—Ay, mierda. Eh…

Entonces da un paso atrás, asegurándose de que no me caigo. No necesito mirarme en un espejo para saber lo despeinada que estoy. Veo el bulto duro en la parte delantera de sus vaqueros y

trago saliva. Eso es... ¿debería ser así grande?

—Entra —su voz es un gruñido áspero.

—¿Qué? —tartamudeo.

Golpea la pared con el puño, con expresión furiosa.

—¡Entra! ¡Ahora mismo!

No lo dudo, corro hacia la puerta y la abro. Por suerte, no me tropiezo con nadie de camino al baño. Me tiemblan las manos por lo que acaba de ocurrir. Al echarle una mirada al espejo, me estremezco. Tengo los labios hinchados y la camisa desabrochada. Puedo oler mi propia excitación, me pongo roja.

¿Cómo ha ocurrido eso? ¿Por qué le dejé hacerlo? ¡¿Por qué no intenté frenarlo?!

Abro el grifo y me limpio rápidamente. No podré borrar por completo el olor de Morris, pero sí los rastros de mi propia excitación. Justo en ese momento, se abre la puerta del baño para empleados y me quedo paralizada en el sitio.

¡Mierda! Cualquiera podrá oler...

Un uniforme todavía embalado se desliza por debajo de la puerta y oigo la voz de George.

—Toma. Ponte esto...

Cierro los ojos, mortificada, pero susurro un «gracias» justo antes de que la puerta se cierre tras él.

¡Oh, Dios! ¿Cuánto ha visto? ¿O me olió cuando pasé corriendo por delante de su despacho? Esto es de lo más vergonzoso.

Una cosa es que mi jefe sepa que he hecho algo y otra que mis compañeros de trabajo se den cuenta. George suele estar a lo suyo, así que sé que no le irá a nadie con el cotilleo. Pero si no me cambio y salgo ahí fuera con lo que llevo puesto y todos estos olores que lo cubren, seré la comidilla durante días, si no semanas.

Una vez tomada la decisión, me desnudo rápidamente y meto mi propia ropa en la bolsa

transparente.

Nadie parece haberse dado cuenta de nada cuando meto la bolsa en mi taquilla, pero cuando abro la mochila para meterla dentro, me asalta un horrible pensamiento. ¡Mis pastillas! Morris se las ha llevado.

Me hundo en el banco, sin saber qué hacer. ¿Cómo voy a asistir a su clase del lunes si no me he tomado los bloqueadores?

Me quedo mirando la mochila. Estoy jodida.

*** *****

El fin de semana transcurre sin incidentes, pero el lunes por la mañana me dirijo a clase consumida por la ansiedad. No sé lo que me espera, pero sea lo que sea, no va a ser nada bueno.

Decido aparecer un poco temprano para ver si puedo pillar a Morris en su despacho y convencerle de que me entregue las pastillas. Estoy segura de que, si razono con él, lo entenderá. Lo que me pase no es asunto suyo. De todos modos, tampoco es como si me quisiera cerca. Sólo tengo que tomar esas píldoras durante este semestre y luego dejaremos de vernos.

Mi argumento suena lógico en mi cabeza, así que me siento un tanto confiada al acercarme a su despacho. La luz está encendida y las persianas están bajadas. No veo a nadie cerca, así que llamo a la puerta.

—¿Profesor Wolfguard? —le llamo—. Necesito hablar con usted.

—¡Ven a verme durante el horario de atención! —se escucha un gruñido rasposo desde el interior.

Parece estar de mal humor y una parte de mí está tentada de dejarlo estar y no verme atrapada en el punto de mira de su ira, pero la realidad me devuelve de golpe a la tierra y suelto un suspiro antes de añadir:

—¡Es urgente!

Solo se oye silencio al otro lado de la puerta y luego el arrastrar de muebles contra el suelo de madera. Mis ojos se abren de par en par ante la plétora de sonidos antes de que la puerta se abra de un tirón. No lo duda, me agarra por la pechera de la blusa y me empuja dentro con

brusquedad.

—¿Qu-qué estás...? —No tengo oportunidad de terminar la pregunta porque su boca se posa en la mía.

¡Otra vez con los besos sorpresa!

Sin embargo, no tengo más fuerza de voluntad para resistirme a éste que el viernes. Es como si mi cuerpo se negara a rechazar su tacto y se derritiera entre sus brazos. Me avergüenzo de mí misma cuando voy al encuentro de sus manos, que me acarician el pecho por encima de la camisa. El bajo vientre se me retuerce de necesidad.

Una vocecita dentro de mí me recuerda, cada vez más alarmada, que es mi profesor. Pero bajo el barniz de civilización humana que nos hemos puesto, es el hombre que mi lobo anhela. Somos lobos cambiaformas y, en nuestro mundo, esto es normal, está aceptado. Y, sin embargo, parece de lo más inmoral.

Cierro los ojos y vuelvo a apoyar la cabeza contra la puerta mientras la boca caliente de Morris me recorre la mandíbula y el cuello con besos húmedos antes de abrirme la camisa abotonada. No tengo oportunidad de protestar porque sus manos han dejado al descubierto mi pecho generoso, ha empujado el sujetador hacia abajo, y me está chupando un pezón.

Ahora jadeo y le suplico. Sus manos me acarician las nalgas y me levantan con facilidad. Le rodeo la cintura con las piernas y mis tetas quedan a la altura de su cara, posición que él aprovecha al máximo, chupándolos, besándolos y mordiéndolos, dejando a su paso marcas por mi pálida piel. Tengo las piernas abiertas, rodeándole la cintura, lo que implica que mi zona más íntima, por muy vestida que esté, queda presionada contra su polla dura. Y se está restregando en círculos contra mi sexo para que me retuerza y gima.

Yo no soy así. No pierdo el control de este modo, pero, ahora mismo, ambos parecemos esclavos de nuestros instintos.

Es cando noto sus garras en la entrepierna de mis vaqueros, que empiezo a ser consciente de algo, pero es demasiado tarde. Se escucha un desgarro y me mete dos dedos.

—P-Profesor —gimo en su oído sin querer.

Se pone rígido contra mí y, justo cuando creo que va a parar, empieza a taladrarme con sus dos

dedos. Me siento indefensa bajo sus caricias a medida que me penetra con sus gruesos dedos, llevándome a un estado de inconsciencia en el que sólo pido y suplico. Se traga mis palabras con su boca.

Me hago pedazos en sus brazos y, aunque mi sexo se aprieta alrededor de sus dedos, no se detiene, sino que los saca y me deja de pie. Antes de que pueda entender lo que está pasando, arroja todo lo que hay sobre su escritorio al suelo y me tiende sobre la superficie de madera dura. Me mantiene abierta de piernas, me agarra la mandíbula con una mano y me ordena con su sexy voz de barítono.

—Mírame.

No tengo elección. Sus dedos se mueven dentro de mí, esta vez más despacio, mientras observa mi expresión con satisfacción en el rostro. No dice ni una palabra, solo observa cómo me retuerzo bajo él, con una necesidad despiadada creciendo en mi interior.

—Por favor. —Me retuerzo. Le suplico que me deje ir, que me deje correrme, pero mueve los dedos tan despacio que la mente se me queda en blanco. Necesito su polla. Necesito que me folle, que me posea con ella, pero no me la saca, solo usa los dedos, como si eso fuera todo lo que cree que me merezco.

Separo los labios y saco la lengua, lamiendo la mano que aún me sujeta la cara. Veo un brillo salvaje en sus ojos cuando murmura:

—¿Quiere que también le folle la boca, señorita Hart?

A estas alturas, todas mis inhibiciones han desaparecido, y asiento con la cabeza.

Me suelta la mandíbula y me acerca dos dedos a la boca, que chupo. Luego empieza a meterlos y sacarlos de mi boca al mismo ritmo que los que me follan abajo.

Me mete un tercer dedo en la boca y luego un cuarto, y yo dejo que me folle la boca mientras hace lo mismo con mi sexo. Me corro sobre su mano, pero él no deja de follarme la boca. Nunca había experimentado nada ni remotamente parecido, pero siento que mi cuerpo le pertenece y que puede hacer con él lo que quiera.

Es un sentimiento displicente, que crece por segundos.

Cuando retira ambas manos, me tumbo sobre el escritorio con la mente en blanco. Lo veo

lamerse mis jugos de los dedos, con una expresión curiosa en la cara. Y, cuando tira de mí para besarle, no le detengo, lo necesito tanto como él.

La dicha empieza a desvanecerse y, para cuando pasa del todo, Morris ya me ha arreglado la ropa y alisado el pelo.

Me siento un poco piripi. Cuando me pone un vaso de agua fría en las manos, le doy un buen sorbo. Al instante, empieza a despejárseme la neblina de la cabeza y la cara empieza a ponérseme como un tomate lentamente. Estoy a punto de ponerme en pie, o al menos me lo estoy planteando, cuando me suelta:

—Ni se te ocurra, Aisha.

Cierro los ojos y me hundo en la silla.

—Esto no debería haber pasado.

—¡Y no habría pasado, si no te hubieras tomado esas estúpidas pastillas! —gruñe.

Yergo la cabeza de golpe.

—¡¿Perdón?!

Cuando mis ojos se posan en él, por fin lo veo bien. No está afeitado, lleva la camisa desabrochada y la corbata le cuelga del cuello. Tiene un aspecto peligrosamente sexy y enseguida aparto la mirada, nerviosa.

—Cuando te tomas esas pastillas en dosis tan grandes, no sólo te matan —me gruñe—, sino que en el momento en que las dejas, catapultan tus feromonas a un estado de frenesí.

Cualquier otra mujer se habría marchitado bajo su feroz mirada, pero yo no. Le culpo por esto.

—¡No habría tenido que tomar esas pastillas si no hubieras aparecido! —le respondo bruscamente.

Abre los ojos como platos.

—¡¿Cómo va a ser esto culpa mía?!

—¡¿Y por qué va a ser mía?! —replico, molesta—. Yo no deseo estar en esta situación más que

tú. Y me estaba yendo la mar de bien. —Suelto un gemido silencioso, bajando la cabeza y posándola entre las manos—. ¡Y ahora hemos hecho esto!

—¿Quieres decir que hemos tenido sexo? —Ahora suena perturbadoramente divertido—. Aún no hemos tenido sexo.

Mi cabeza se dispara.

—¡Y no lo tendremos!

—Ya, claro —se burla—. Ya nos hemos probado el uno al otro. Y no voy a devolverte las pastillas. Y —se inclina hacia adelante con tono amenazante—, si me entero de que has ido a por más, te suspendo.

Mis ojos se abren como platos.

—¡¿Qué coño?! ¡No puedes hacer eso!

—Tú ponme a prueba —dice con desdén—. No voy a dejar que te envenenes. Está claro que no te están funcionando y, dado que somos bastante compatibles, ésta es la única solución que hay.

—Si estás hablando de que nos acostemos juntos...

—Claro que hablo de eso. —Me lanza una mirada molesta—. Tenemos que sacárnoslo de encima para que podamos volver a estar a pleno rendimientos en nuestras rutinas diarias. Una vez que nos hayamos acostado juntos, las feromonas empezarán a debilitarse. Después de un par de veces, desaparecen y se da comienzo a la danza de apareamiento. Nos separamos en cuanto desaparezcan las feromonas y problema resuelto.

—Eh, no. De problema resuelto, nada —digo boquiabierta—. ¡¿Has olvidado que eres mi profesor?!

—Tienes razón. —Parece pensativo—. Debería ser más duro contigo en clase para que nadie sospeche...

—¡No me refería a eso!

—¿A qué, entonces? —Me estudia.

—¡Las relaciones entre alumnos y profesores no están permitidas!

Alza una ceja.

—¿Eso es lo que te preocupa? —Hace un gesto con la mano—. Esas normas no se aplican a nosotros.

—Apuesto a que el personal humano no pensará lo mismo cuando te pillen con los pantalones bajados —replico frunciendo el ceño.

—¿Hace falta ser tan vulgar? —Morris frunce el ceño con desagrado—. Por supuesto, no vamos a hacer nada dentro del campus. Podemos fijar un día, una vez a la semana, en algún lugar privado y ocuparnos de esto...

Me sube la bilis a la garganta.

—¿Puedes dejar de hablar de ello como si fuera una transacción comercial? Haces que me sienta como una especie de prostituta.

Se queda quieto y, por un momento, espero que me reprenda, pero me mira con una leve expresión de disculpa.

—No era mi intención, pero va a haber unas reglas básicas que espero que aceptes. —Vuelve a ponerse en modo profesor—. No esperes que esto tenga nada de romántico. No busco compañera. Si intentas forzar la danza de apareamiento conmigo, la cosa no acabará bien para ti.

—No te molestes en amenazarme. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Tú tampoco es que seas ningún partidazo. Y, para que quede claro, sólo accedo a esto porque no me queda más remedio. No eres precisamente un compañero de ensueño.

Morris entrecierra los ojos.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Además, mientras dure nuestro acuerdo, no puedes acostarte con otro varón. O la cosa se pondrá fea.

Mi ceja se arquea.

—¿Estás amenazando a mi novio?

Se queda muy quieto.

—¿Tienes novio?

Me hundo de nuevo en la silla.

—Podría conseguirme uno si me lo propusiera —murmuro por lo bajo.

—Pues mejor que siga así la cosa.

Le miro de reojo.

—¿Significa esto que has cambiado de opinión sobre lo de ponerme sólo un 5?

Su expresión es severa.

—Si vuelves a intentar a abandonar la universidad...

—Responde a la pregunta —le exijo.

En respuesta, se agacha para coger un archivo del suelo y lanzármelo. Lo cojo en el aire y reparo en que es la redacción que le entregué. He sacado un sobresaliente bajo. Se me seca la boca al mirarlo.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Asiento en silencio, estupefacta, antes de mirarlo.

—Si rechazara tu propuesta, ¿influiría en tu decisión? —pregunto con cuidado.

Morris aparta la mirada de mí.

—No voy a poner en peligro tu beca, Aisha. Te has esforzado mucho recopilando información para este trabajo. Teniendo en cuenta que partías de dos desventajas: una, que trabajabas sin compañero y otra, que te perdiste las primeras clases, salta a la vista que te concedieron esta beca por motivos justificados. No tengo intención de fastidiar tal cosa.

El alivio me invade.

—¿Vas a rechazar mi propuesta? —Su mirada es aguda.

Dudo.

—No puedo permitirme que nada se interponga en mis estudios ni en mi trabajo, así que supongo que no. Mientras nos detengamos antes de que surta efecto la danza del apareamiento, me apunto.

No es que tenga muchas opciones. Sin el bloqueador, cuanto más cerca esté de Morris, más difícil me será controlarme. Y si no cedo a mis impulsos, me retorceré de dolor.

—Pues vale. —Asiento, rezando no estar adentrándome en la boca del lobo con esta decisión—. Hagámoslo. Sin romanticismo, sin sexo en sitios públicos y sin expectativas. Puedo con ello mientras en la universidad no se enteren. Sólo quiero dejar esto atrás. —Cuando Morris me mira fijamente, me apresuro a añadir—: No pretendo decir que acostarme contigo sea un castigo. O sea, eres bastante guapo... Quiero decir, no ... ¡Uf! —Hundo la cara entre las manos, intentando no hacer aún más el ridículo—. Olvida lo que he dicho. Voy a asearme y a clase. Y eh, nos vemos en un rato.

No deja de mirarme.

—Bueno, vale. —Me deslizo fuera de la silla—. Me voy.

Mientras salgo por la puerta, estoy segura de que le oigo reírse. La mortificación me pone la cara roja. ¿En dónde me he metido?

CAPÍTULO 9

Aisha

Los dos días siguientes son pan comido después de todo lo ocurrido la semana anterior.

Morris no se pone en contacto conmigo y yo empiezo a relajarme. Quizá haya cambiado de opinión. El hecho de que no se presente en mi lugar de trabajo también me pone de mejor humor. He visto a George de pasada unas cuantas veces desde entonces, pero no ha sacado a colación el incidente del viernes y, desde luego, no voy a buscarme problemas sacando yo el tema.

El hecho es que, por más bueno que esté, la idea de acostarme con Morris me aterroriza. No es que tenga miedo a practicar sexo. Hasta ahora, sólo he tenido dos parejas sexuales y fueron relativamente aburridos. Uno había sido un humano en mi último año de instituto; era guapo e inofensivo, y me sentí lo bastante segura como para perder la virginidad con él. La segunda vez había sido con un compañero de manada, una especie de amigo. Nos habíamos acostado un par de veces, ninguno de los dos tenía experiencia en la materia. Sin embargo, su padre acabó enterándose y me culpó a mí de todo, humillándome delante de mi familia.

El chico había sido demasiado cobarde para admitir que había sido él quien me había buscado. Más tarde, mi padre me había pegado una paliza por «ser una puta». No se le ocurrió que la razón por la que el padre del chico me había reñido no había sido por mí, sino por quién era mi padre. Nadie quería relacionarse con la familia de un ludópata borracho y violento. Toda la fortuna que mi abuelo había construido en su día y el estatus que nos había conseguido se lo había bebido mi padre. Los miembros de la manada habían intentado aparear a sus hijos con nuestra familia en tiempos de mi abuelo para después pasar a mirarnos con lástima y asco.

Pero toda mi experiencia se reduce a estar con chicos que eran como yo, inexpertos, y Morris es todo lo contrario a eso. Sabe lo que hace, y es dominante. En nuestros dos últimos encuentros ha quedado claro que no soy rival para él. Termino cediendo a su voluntad. Si en el callejón sentí algún atisbo de control, en su despacho me lo arrebató por completo. Me sentí como una persona completamente diferente después de marcharme, y eso me asustó.

Al terminar mi turno, estoy a punto de irme a casa cuando veo un elegante coche negro con los

cristales tintados esperando en la puerta. Vacilo antes de acercarme al coche y llamar a la ventanilla del copiloto.

La ventanilla se baja.

—Señor, no puede aparcar... *¿Profesor Morris?*

—Entra —me ordena.

Entrecierro los ojos.

—¿Para que mis colegas empiecen a imaginarse cosas? No, gracias. Espérame a la vuelta de la manzana.

—Ya estoy aquí —protesta—. Súbete y punto.

—¡He dicho que no! —Frunzo el ceño—. No voy a dar a la gente motivos para rajar.

Doy un paso atrás y giro la cabeza hacia el final de la calle. Veo la expresión sombría de su rostro, pero se limita a subir la ventanilla y poner la marcha antes de alejarse a toda velocidad.

—¡¿Qué ha pasado?! —Anthony, el guardia de la puerta, se acerca a mí con cara de confusión—. Lo siento, estaba en mi descanso.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros—. Sólo era un tío que se pensaba que las reglas no se aplican a él. ¿A quién se le ocurre aparcar en una zona prohibida?

—A los ricos. —Anthony pone los ojos en blanco.

—No me tires de la lengua. —Asiento antes de seguir con mi camino. En cuanto doblo la esquina, veo que el coche me espera ahí.

Morris abre la puerta antes de que pueda llegar al coche y, por su expresión, no está del todo contento.

—Entra antes de que te arrastre dentro —gruñe.

Le miro con recelo.

—No pienso entrar si esta va a ser tu actitud.

—Aisha. —El tono de advertencia de su voz me hace obedecer.

—De acuerdo, pero no me grites. —Me deslizo en el asiento y cierro la puerta—. ¿Adónde va...?

—Al hotel Revere. —Me pasa una tarjeta—. He reservado una habitación. —Cuando le fulmino con la mirada, añade—: Está pagada, por si se te ocurre huir por la escalera de incendios.

Me niego a sentir vergüenza.

—La próxima vez, podrías dejarme una nota informándome. Y tengo que avisar a mi vecina de mi cambio de planes. Tendrá que cuidar de Ha… de mi hermano.

—Llámala, entonces.

No sé cómo decirle a Maddie que hoy he quedado para echar un polvo, así que elijo la mentira más conveniente.

—Lo siento, Maddie, pero estoy hasta arriba en el curro y tardaré un par de horas más. ¿Puedes vigilar a Harry hasta que vuelva?

—Claro, querida —Maddie suena un tanto divertida—. ¡Diviértete en el trabajo!

Su tono me hace sospechar y, al terminar la llamada después de darle las gracias, miro fijamente el teléfono. Es imposible que Maddie lo sepa. No puede saberlo. Sólo me estoy imaginando cosas.

—¿Un par de horas? —Morris me mira de soslayo.

Parpadeo.

—Ha sido una estimación. Si terminamos en menos de una hora, puedo volver a llamarla y...

—Eso no es lo que... —Me lanza una mirada tenebrosa—. No importa, vámonos.

Los dedos me tiemblan con nerviosismo. Morris está tranquilo y sereno, pero no hay razón para que no lo esté. Seguro que ha hecho esto cientos de veces. Por otro lado, no sé exactamente qué esperar. ¿Vamos a irnos a la cama tan pronto entremos? ¿Cómo se supone que se empieza esto? ¿Es en plan «preparados, listos, ya»?

Me rio ante la imagen que evoca en mi cabeza esa última idea.

—¿De qué te ríes?

—De nada. —Borro la sonrisa de mi cara—. Me he acordado de algo.

—¿Quieres compartirlo?

Le miro mal.

—¿Puedes dejar de actuar como si estuviéramos en clase durante un minuto? Es la leche de perturbador.

Frunce el ceño.

—No estaba...

—¿Quiere compartir el chiste con toda la clase, señorita Hart? —Lo imito, y él me lanza una mirada insultante.

—Vale, pues no me lo cuentes. De todos modos, tampoco es que tenga ningún interés en saberlo.

Por un momento, me parece que está un poco dolido, pero vuelvo la cabeza hacia la ventana, decidida a ignorarlo. Ya se le pasará. Solo quiero que todo esto de acostarnos juntos termine de una vez. Ya me estoy poniendo muy nerviosa.

En cuanto el aparcacoches se lleva nuestro coche cuando frenamos frente al hotel, Morris se vuelve para mirarme con expresión seria.

—Sube directamente. No hables con nadie y no le des tu nombre a nadie. Espera en la habitación y me reuniré contigo en media hora.

—¡¿Media hora?! —Le dirijo una mirada incrédula—. Se supone que debo esperar allí sola...

—Ya está pagado, Aisha. —Ahora, parece divertido.

Resoplo por la nariz.

—Pues vale.

Estoy a punto de alejarme cuando me agarra por la muñeca, tira de mí hacia atrás y me hace chocar contra su pecho. Sus ojos oscuros brillan.

—Aquí no soy tu profesor y tú no eres mi alumna. Asegúrate de no olvidarlo.

Su proximidad me acelera el corazón y noto cómo aumenta mi excitación. El brillo de satisfacción en sus ojos me hace sisear.

—Soy consciente de ello. ¿Qué, quieres que te llame Morris?

—Sería lo preferible. —Parece disfrutar con mi estado de nerviosismo y enfado, y eso me pone aún más nerviosa.

Recupero mi mano, me alejo de él e ignoro la forma en que me mira el pecho sin disimulo. Noto cómo mis pezones endurecidos se notan tensos contra la camiseta. Le lanzo la mirada más sucia que puedo reunir.

—¿Puedo irme ya? ¿O tienes algún otro chisme que quieras compartir conmigo después de sacudirme todo el cuerpo?

Los labios se le crispan.

—No, puedes irte.

Me alejo pisando fuerte, avergonzada. Sería más fácil si sus reacciones físicas también se hicieran notar, pero no, solo mi cuerpo se pone a cien cuando está cerca.

De camino al vestíbulo, siento que me lanzan unas cuantas miradas, pero nadie dice nada. Hasta que me dirijo a los ascensores, donde se me acerca un hombre trajeado.

—Señorita, ¿se aloja en este hotel?

Parece ser una especie de gerente, y me quedo congelada en el sitio.

—Eh, sí.

—¿En qué habitación?

Saco la tarjeta del bolsillo y la compruebo.

—Ah, habitación 307.

—¿Puedo ver esa tarjeta? —Su tono es educado, pero su mirada es dura.

Se la entrego sin inmutarme.

—¿Qué problema hay?

Lo mira como confirmando mis palabras antes de mirarme a mí.

—¿Y pagó usted misma la habitación?

Entrecierro los ojos y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No, la pagó mi novio. Morris. ¿Por qué no revisas el historial de pagos? Es un huésped frecuente. —Esa última parte es un farol.

El hombre me estudia antes de alzar una ceja.

—Estoy seguro. Necesito una copia de la tarjeta con la que pagó antes de dejarla subir.

Esto se está volviendo absurdo.

—¿Crees que llevo encima una copia de la tarjeta de crédito de mi novio? Mira, tengo la llave de la habitación y él se reunirá conmigo aquí en media hora. Ponte en contacto con él y punto. Su número debe estar en tus archivos.

Veo cómo el gerente arrastra la vista por mis vaqueros holgados y mi camiseta azul, que ha visto días mucho mejores, y siento que el calor me sube por el cuello. Es evidente que me está juzgando. Para colmo, ni siquiera tengo el número de Morris para llamarle y arreglar esta situación.

—Lo siento, pero no la creo —dice con frialdad—. No podemos arriesgarnos a exponer a nuestra clientela a gente como usted.

Por un momento, no entiendo lo que quiere decir, pero cuando caigo en cuenta, la cara se me pone roja.

—¿Me estás llamando prostituta? —No dice nada, simplemente levanta la ceja como desafiándome a que le demuestre lo contrario. Me hace falta todo lo que hay en mí para no darle un puñetazo a este hombre—. Vale, esto empieza a ser ridículo. Llama a Morris. Debes de tener su número.

Quizá sea mi negativa a ceder lo que hace que cada vez se muestre más obstinado.

—No necesito hacer tal cosa. No sé cómo ha conseguido esta tarjeta, pero no pienso devolvérsela.

Noto cómo empiezo a arder de ira. Me está tratando como a una prostituta. Aunque esté aquí para acostarme con Morris, por lo que sabe este tío, yo podría ser su novia de verdad. Sólo me está juzgando por el estado de mi ropa.

—No me deja elección. —Frunce el ceño, se saca un walkie-talkie y pulsa un botón—. Necesito seguridad en el ascensor del nivel uno. —Mi mandíbula se endurece cuando saca el móvil y marca un número—. ¿Policía de Portland?

Los ojos se me abren de par en par debido a la conmoción mientras habla con la policía, sin dejar de dirigirme una mirada mordaz todo el tiempo.

—Tengo a una mujer causando disturbios en mi hotel. Hotel Revere, en la calle South West Morrison. Creo que es una prostituta y se niega a irse.

Esto no vale la pena. Nada de esto lo vale.

—Olvídalo —murmuro, dándome la vuelta para salir por donde he venido, pero me agarra de la muñeca y me detiene.

—La policía está en camino. La gente como tú necesita verse cara a cara con la justicia para aprender la lección —sisea.

—¡Suéltame! —Arranco mi mano de la suya.

—¡Seguridad! —grita él

¡¿Qué clase de problema tiene este hombre?!

Tengo que irme. Si la policía se mete en esto, Morris y yo estamos jodidos. Estoy a punto de girar sobre mis talones y echar a correr cuando alguien me agarra por el brazo, tirando de mí hacia atrás hasta chocar un pecho muy firme.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Morris rezuma oscuridad—. No estarás molestado a mi novia, ¿verdad? —El gerente se pone blanco como una sábana y Morris se limita a abrazarme

más fuerte—. ¿Por qué está tan alterada?

—Esto… —balbucea el gerente mientras tres guardias de seguridad se acercan corriendo—. No sabía que estaba con usted, Sr. Wolfguard.

—¿No lo sabías? —pregunta mordazmente—. ¿Le dijiste a este hombre que estabas conmigo?

La pregunta parece dirigida a mí, así que asiento con la cabeza, disfrutando de este breve momento de venganza.

—Sí, pero me llamó prostituta y llamó a la policía para decirles lo mismo. Luego llamó a seguridad y se negó a dejarme salir.

—¡¿Qué hizo qué?! —La furia en la voz de Morris me ha hecho parpadear.

—Pensé que... —balbucea el gerente—. Se estaba comportando de forma sospechosa, Sr. Wolfguard. No me di cuenta de que… Ella es muy diferente a las otras mujeres…

—¿Estás hablando de otras mujeres delante de mi novia? —La voz de Morris adquiere un tono peligroso—. ¿Acaso es mi vida privada un libro abierto para ti? ¿Debería informarte de con quién salgo?

—N-No, señor. ¡Lo siento mucho, señorita!

Veo que la gente nos mira y murmuro en voz baja:

—Vámonos. Esto ya no tiene sentido.

—Vamos. —Morris me empuja hacia el ascensor, no sin antes fulminar con la mirada al gerente —. Esto irá a tu expediente.

¿Su expediente? Cuando las puertas del ascensor se cierran detrás de nosotros, miro a Morris.

—¿Cómo vas a poner esto en su expediente? No me digas que trabajas aquí o algo así.

—O algo así —responde vagamente.

Estoy a nada de preguntarle qué quiere decir con eso, pero decido no hacerlo. Esto entre nosotros no tiene nada de emocional y la parte física de esta relación ya es bastante delicada por sí sola. Es mejor no inmiscuirse demasiado en la vida del otro.

Cuando llegamos a la habitación y Morris me abre la puerta, me doy cuenta de que es una suite, no una simple habitación.

—¿Has reservado una suite? —pregunto, incrédula—. Pensé que sólo íbamos a echar un polvo y ya.

Hace un gesto de dolor.

—No hace falta ser tan vulgar.

—No tiene nada malo ser directa. —Me siento en la cama, maravillada por lo blando que es el colchón. Es como sentarse en una nube.

—¿Qué más te ha dicho Terrence? —Se acerca a mí.

—Solo lo que te he contado —respondo—. No he mentido sobre nada...

—Jamás he dicho que lo hicieras —su respuesta es tranquila—. ¿Le dijiste que estabas conmigo?

—Bueno, mencioné tu nombre de pila. —Acaricio las suaves sábanas con los dedos—. Y que eras mi novio y habías reservado una habitación para nosotros. Le dije que comprobara tu nombre en el sistema y que te llamara para verificarlo, pero no paraba de hablar de «la gente como tú» y «los de tu clase», así que supuse que la tomó conmigo porque mi ropa es un poco cutre.

—Tu ropa no tiene nada de malo.

Bajo la vista para inspeccionarla y sé que miente. Ofrezco un aspecto un poco desaliñado.

—Gracias, supongo. —Me pongo en pie y encuentro su mirada—. Bueno, ¿cómo quieres hacer esto?

Morris parpadea despacio.

—Bueno, podrías empezar por darte una ducha.

—No apesto. —Ahora me siento un tanto insultada—. Me duché esta mañana.

—Tú hazlo —insiste, y yo pongo los ojos en blanco.

—Qué quisquilloso. Pues vale.

Me dirijo al cuarto de baño, que resulta tener un jacuzzi, además de una larga bañera con patas de doradas y una ducha. Me dirijo a la ducha, aunque me muero por probar el jacuzzi y, en cuanto entro por las puertas de cristal, me doy cuenta de que es una de esas duchas lujosas con múltiples cabezales a cada lado.

La sonrisa se me ensancha. Esto se pone cada vez mejor.

Me doy una ducha caliente y, al final, le agradezco a Morris la sugerencia. Noto el cuerpo mucho más relajado. Me seco el pelo por encima, dejándolo húmedo. Me lo peino los dedos por el pelo y regreso a la habitación, vestida sólo con el albornoz del hotel, que está hecho de un material de lo más exquisito que me hace que mi piel llore de alegría.

Nada más salir del baño, veo a Morris de pie junto a la ventana, con un vaso de lo que parece whisky en las manos, contemplando la ciudad. No parece darse cuenta de que estoy aquí, absorto como está en sus pensamientos. Aprovecho los pocos minutos que tengo para estudiarle.

Lleva la camisa blanca desabrochada, mostrando un pecho terso y musculoso. Nunca lo había visto tan desvestido y si antes estaba guapo, ahora ofrece un aspecto desenfadado que hace que se me contraiga el abdomen. La mano con la que sostiene el vaso de whisky parece muy grande y firme, y recuerdo su sensación contra mi piel cuando me acariciaba, lo firme que era.

Noto cómo crece la humedad entre mis muslos y el corazón empieza a latirme demasiado rápido.

Morris gira entonces la cabeza en mi dirección. El calor de sus ojos me escalda por dentro y la mano con la que aún estaba peinándome el pelo húmedo, se detiene. Lo veo vaciar su vaso de un trago antes de dejarlo sobre la mesa y acercarse a mí.

Retrocedo un paso, la expresión depredadora en su mirada hace que me zumbe la sangre. El aire de la habitación está cargado ahora que mi espalda choca contra la pared y él se sitúa delante de mí. Su mano se acerca a mi mejilla y me quedo quieta, con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Me roza la mejilla, me rodea la nuca y, antes de que pueda siquiera parpadear, me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

—M-Morris…

Su boca se apodera de la mía y el calor del beso me hace temblar. No es para nada delicado y

gimo de necesidad. Me agarra del pelo con fuerza mientras maneja mi boca a su antojo. A pesar de la aversión que siento por él, tiene la habilidad de hacerme sentir pequeña y femenina entre sus brazos, con su tacto áspero y duro. Me empuja al límite del orgasmo con mucha facilidad.

Su boca explora la mía mientras su cuerpo me aprisiona contra la pared. Noto cómo se me abre el albornoz y mi pecho se aprieta contra el suyo. Jadeo mientras mis pezones se tensan dolorosamente. En respuesta, me lame la boca con la lengua, me toca el pecho con la otra mano y me roza el pezón duro con el pulgar. Nunca había tenido los pezones tan sensibles como cuando Morris me los toca. Noto cómo se me contraen los músculos del bajo vientre cuando me toca el pezón, resulta casi doloroso.

Siempre imaginé el sexo como algo placentero y dulce, pero con este hombre, la línea entre el dolor y el placer se difumina. Me trata como si no pudiera romperme y sus caricias están lejos de ser suaves. Siento cómo su boca me recorre el cuello mientras tira de mi cabeza hacia atrás, y me siento indefensa ante su tacto, deleitándome con este maltrato. Mi lobo disfruta de su contacto.

—Ah —jadeo cuando hunde los dientes en la base de mi cuello, tan cerca de donde iría una marca de apareamiento. Noto la zona aún más sensible de lo normal.

Su mano me suelta el pecho y desciende por mi vientre, dejando un rastro de calor y fuego dondequiera que tocan sus dedos.

—Abre las piernas —me ordena en tono sombrío y categórico. Me veo obedeciéndole.

Su mano me acaricia el sexo, que ya está húmedo, y desliza un dedo por la raja para provocarme. Ahora su boca está en mi pecho y me muerde el pezón turgente. Me está invadiendo por todas partes y mi mente se vuelve un borrón.

Noto que un dedo grueso me penetra y grito, sintiéndolo moverse dentro de mí. No se detiene ahí, sino que introduce otro y me abre aún más. Las piernas me flaquean, el cuerpo me arde de necesidad y deseo. Morris bombea los dedos dentro de mí dos veces y yo me rompo en pedazos casi al instante. Siento que se paraliza ante mi clímax repentino. Entonces me da la vuelta y me lanza sobre la cama. Apenas consigo orientarme, con la parte inferior de mi cuerpo aun palpitándome por la fuerza del orgasmo, cuando me agarra las piernas y tira de mí hacia él, arrastrando la parte superior de mi cuerpo por la cama mientras mis pies tocan el suelo.

—M-Morris —jadeo, queriendo que vaya más despacio, pero me agarra del culo e introduce tres dedos en mi sexo apretado. La repentina invasión me hace arañar la cama, me está estirando

tanto que resulta incómodo.

—Si ni siquiera puedes con esto, ¿cómo vas a poder con mi polla? —murmura con dureza—. Este coño necesita prepararse mucho más antes de que te brinde mi polla, Aisha.

Noto cómo sus dedos estiran mi interior y el suave ardor empieza a volverse más placentero. No me da tiempo a acostumbrarme, sino que se mueve dentro de mí a un ritmo constante. Clavo las uñas en el nórdico y gimo.

A medida que él acelera el ritmo, mis gemidos también aumentan de volumen. Estoy llena hasta los topes y me embriago de la sensación mientras toquetea mi centro, «preparándolo», como él dice. Hay cierto trasfondo degradante en lo que me hace y, aun así, me vuelve loca.

Siento que me presiona la parte baja de la espalda con la mano y, antes de que pueda ni moverme, acelera de repente, follándome el sexo húmedo a una velocidad a la que no tengo ninguna esperanza de poder seguirle el ritmo. Me sorprendo jadeando y gimiendo cuando retira los dedos hasta las yemas antes de volver a arremeter. Me provoca una sensación de ardor que me deja con la boca abierta y la mente hecha papilla.

—Po-por favor —le suplico sin pensar, sin saber ni qué le estoy suplicando, pero consciente de que necesito algo de él.

Desliza la mano por mi espalda y me agarra de la barbilla mientras me arquea la espalda.

—Estás de lo más apetecible cuando ruegas, Srta. Hart. ¿Qué quieres que te haga? —susurra.

Ahora me sujeta por el cuello mientras me penetra el centro con los dedos. Me encuentro completamente bajo su control.

—Quiero correrme —gimoteo—. Por favor, déjame...

Me muerde el lóbulo de la oreja.

—Eres muy obediente cuando estás debajo de mí, pero toda una bocazas con la ropa puesta. —Cierro los ojos y, para mi sorpresa, retira los dedos—. Ven aquí —gruñe mientras me levanta de la cama—. Ponte de rodillas.

Ahora mismo, nada importa más que Morris, así que obedezco sin rechistar. Parece complacido con mi actitud y extiende los dedos.

—Abre la boca. Buena chica. —Separo los labios y acepto sus dedos, limpiándolos de mis jugos. Siento sus ojos sobre mí mientras me hace lamerle los dedos. Siento que tengo la mente en blanco. No hay rastro de orgullo ni de nada en este momento. Me acaricia el pelo con la otra mano—. ¿Quieres mi polla, Aisha?

Asiento con la cabeza, con la boca aún entre sus dedos. Él sonríe con frialdad, y el distanciamiento en sus ojos, esa mirada fría, hace apriete las piernas.

—¿En qué agujero?

El corazón me da un vuelco, se me hace la boca agua y siento una necesidad cada vez mayor. Quiero servirle. Quiero estar chuparle la polla a cuatro patas. Es un deseo tan irracional que, por un momento, me catapulta de vuelta a la realidad. Pero Morris no me deja quedarme ahí mucho tiempo, me arrastra de vuelta cuando me saca los dedos de la boca.

—He preguntado en qué agujero, Srta. Hart. —La forma en que me llama «señorita Hart» tiene un algo que me hace gemir de necesidad. Me roza el labio inferior con el pulgar y sonríe despacio—. Puedo ver la respuesta en tus ojos, pero quizá hoy no sea el día.

Me sube a la cama antes de poner boca abajo. Apenas tengo oportunidad de decir nada cuando siento que me separa las piernas y su gruesa polla se abre paso.

¿Cuándo se ha quitado los pantalones?, me pregunto vagamente, sintiendo cómo esa gorda cabeza en forma de seta roza mi entrada. Respiro profundamente y él me penetra sin previo aviso. Suelto un gritito por lo gruesa que es su polla cuando se desliza en mi interior. Está dentro del todo y, durante unos instantes, me retuerzo mientras él se queda quieto, dejando que me acostumbre a su tamaño. Me siento increíblemente llena, y aprieto las sábanas con las manos, gimoteando.

Se retira lentamente y vuelve a entrar de golpe. Gimo una versión confusa de su nombre.

—¿Lista? —me pregunta con tensión.

¿Lista para qué? Lo descubro un segundo después, cuando empieza a penetrarme. Los gritos me salen entrecortados mientras me folla sin descanso, llevándome a un estado de inconsciencia en el que lo único que puedo pensar y desear es su polla. Grito y suplico, pero él mantiene un ritmo tortuoso y me arranca un orgasmo tras otro. Los músculos de mi vientre bajo se agitan cuando noto que se pone rígido. Cuando su esperma se dispara dentro de mí, me abandono y caigo por el

precipicio una vez más.

Nunca me habían follado tan bien en mi vida y, a medida que aterrizo de vuelta en la realidad, también reaparece la vergüenza. Pero Morris no está ni cerca de haber acabado porque me da la vuelta y me sonríe.

—Espero que no pienses que esto ha sido todo.

Le miro fijamente, con los latidos de mi corazón resonándome aún en los oídos.

No puede hablar en serio.

CAPÍTULO 10

Aisha

Me duele el cuerpo cuando me pongo de lado.

Suelto un pequeño gemido, el bajo vientre me palpita por el buen uso que le han dado. La habitación está a oscuras, por lo que debo de haber dormido al menos un par de horas. Debo de haberme quedado rendida.

Lo que quiera que me esperara, Morris lo ha superado con creces. Me ha dejado exhausta tras utilizar mi cuerpo de formas que ni siquiera creía posibles. Siento el cuerpo en carne viva y, sin embargo, estos tirones y molestias me resultan deliciosos.

Al sentarme, siento cómo la sábana se cae hasta rodearme la cintura. No se escucha ni un murmullo en la habitación, está silenciosa de más.

Miro a mi alrededor y cuando toco el otro lado de la cama, está frío. Dirijo la vista hacia el baño, pero se escucha nada dentro. ¿Morris me ha dejado aquí? Nos acostamos juntos y después se marchó como si nada.

Me arde la cara de la humillación al darme cuenta de que, en cuanto consiguió lo que quería de mí, me dejó tirada. Nunca antes en mi vida me había sentido tan sucia.

Ignorando el dolor de espalda, salgo de la cama y empiezo a buscar mi ropa. Justo en ese momento, llaman a la puerta.

—¿Qu-quién es? —Alzo la voz.

—Me envía el Sr. Wolfguard. ¿Puedo pasar? —Se trata de mujer, y me envuelvo en la sábana con más fuerza, sin saber qué hacer. No encuentro mi ropa por ninguna parte.

—Eh… —Se me tensa la mandíbula de la vergüenza—. Claro.

Se abre la puerta y entra una mujer vestida con un traje negro que apesta a profesionalidad. Lleva unas cajas en las manos y, en cuanto se acerca lo suficiente, me sobresalto al sentir su olor.

Es una loba cambiaformas.

Por el contrario, ella no se inmuta ante mis pintas.

—El Sr. Wolfguard le envía estos artículos. Un coche la espera abajo para llevarla a casa. Yo estaré fuera mientras se ducha y se cambia.

Apila las cajas con cuidado sobre la mesita de cristal antes de salir, cerrando la puerta tras de sí en silencio. Me quedo mirando la puerta antes de echarle una ojeada a las cajas. Vacilante, me acerco a la mesa y le quito la tapa a una de ellas. Dentro hay una blusa de satén suave de color azul cielo. Cuando cojo la blusa, veo que hay unas cuantas más debajo. La siguiente caja contiene algunas faldas y pantalones, la siguiente alberga un jersey de cachemira y una bonita cazadora de cuero. En la última caja me encuentro un par de zapatos resistentes.

No siento ni una chispa de alegría por recibir estos regalos. Al contrario, me siento furiosa y humillada. Sí, mi ropa no es de la mejor calidad y tengo que hacerle unos remiendos de vez en cuando para que no se me rompa, pero no me avergüenzo de lo que llevo. Todo lo que me pongo lo compro con el dinero que me gano con el sudor de mi frente. No necesito sus prendas de ricachones. No necesito que me compre ropa para que no sienta que se está follando a una chica pobre.

Tengo la cabeza echa un lío, pero la ira se alza triunfante por encima de todo. Da la sensación de que me ha comprado todos estos artículos de marca porque no le gusta que le vean a mi lado, llevando lo que yo llevo.

Me dirijo a la puerta dando pisotones y la abro de un tirón. Tal y como dijo, la mujer está junto a la puerta y me mira.

—¿Dónde está mi ropa?

—El Sr. Wolfguard la desechó.

—¿Ah, sí? —pregunto mordazmente antes de señalar las cajas que hay sobre la mesa—. Bueno, pues no voy a ponerme nada de eso. Así que ya puedes traerme mi ropa, o me quedaré aquí, desnuda y aumentado la factura del hotel.

Parpadea con lentitud.

—¿Le pasa algo a la ropa?

—¿Dónde está Morris?

—Se fue hace un par de horas.

Una risa amarga sale de mi boca.

—Pues claro.

—Señorita...

—No quiero nada de eso —aseguro con voz fría—. Quiero marcharme con la ropa que llevaba cuando entré. Tu jefe tiene mucho descaro para atreverse a robarme la ropa.

Sus ojos se abren ligeramente ante mis palabras, pero asiente.

—Veré lo que puedo hacer.

La veo alejarse y cerrar la puerta tras de sí. Mi rabia crece por momentos. Todavía no puedo creer que se haya largado sin más, como si fuera un ligue de una noche. No, ¡hasta a los ligues de una noche se les tiene más respeto!

Hecha una furia, me dirijo a la ducha, ignorando las cajas sobre la mesa.

¿Consiguió lo que quería, se largó, y después me mandó ropa porque la mía no era lo suficientemente buena? Su nivel de capullismo aumenta con cada encuentro. Me siento barata y usada y, mientras me froto el cuerpo bajo el chorro de agua caliente, me siento sucia y miserable.

Para cuando termino, me hundo en el suelo y una lágrima me resbala por la mejilla. No es como si yo hubiera deseado nada de esto para empezar. Sólo lo hago para sobrevivir. No hacía falta que fuese un paso más allá para hacerme sentir como una especie de puta.

Dejo que el agua caliente caiga sobre mí, pero mis entrañas están frías como el hielo. No quería que nos acurrucáramos, que me consolara o que me diera algún tipo de trato especial, solo quería que estuviera aquí cuando me despertara.

Cuando llaman a la puerta, cierro el grifo, cojo el albornoz, me lo pongo y salgo del baño. La mujer está de pie con una pequeña bolsa de plástico en la mano. No me hace falta tocar la bolsa para saber que estaba en la basura. Huele fatal.

Mi expresión se endurece y me encuentro con su mirada.

—Dile a tu jefe que es un mierda.

Ella no responde mientras yo cojo la bolsa. Saco la ropa y la lavo lo mejor que puedo en el lavabo. Después de enjuagarla, me visto con la ropa húmeda y me pongo la chaqueta, que estaba colgada del respaldo de una silla.

Cojo mis cosas y dejo atrás las cajas dirigiéndome a la salida. La expresión de la mujer cambia por un momento y parece casi turbada.

—Señorita, su ropa...

—En marcha —digo bruscamente—. Y puedes devolver esa ropa.

Veo que quiere decir algo, pero, por suerte, se muerde la lengua. No digo nada en el camino de vuelta. Ya ha oscurecido y, para cuando el coche se detiene delante de mi edificio, por fin habla.

—El Sr. Wolfguard me pidió que le diera su tarjeta para que pueda pedir comida...

La fulmino con la mirada.

—No, gracias.

No cierro de golpe la puerta del coche. Ella no me ha hecho nada, pero este dolor y humillación dentro de mí sigue supurando, transformándose en algo feo.

Recojo a Harry de casa de Maddie, quien debe darse cuenta de que algo me carcome porque me invita a tomar el té. Sin apenas decir palabra, rechazo la invitación, no estoy de humor para hablar de nada. Harry ya está medio dormido y ella ya le ha dado de comer. Lo acuesto y me doy otra ducha antes de ponerme una sudadera y un pijama de aspecto raído y meterme en cama. Me ruge el estómago, pero no me molesto en prepararme algo de comer. No tengo fuerzas para ello, todavía me duele el cuerpo.

Me paso la noche dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. No dejo de darle vueltas a lo que pasó entre nosotros y a cómo reaccionó mi cuerpo a sus caricias. Me hago un ovillo, odiándome por ser tan susceptible a su tacto, despreciándome por cómo mandé a paseo el cerebro mientras me tocaba, murmurándome cosas al oído que deberían haberme hecho recuperar el respeto por mí misma y apartarlo de mí. Pero, sobre todo, me odio por disfrutarlo

todo, por querer más, incluso ahora.

Cuando al fin cierro los ojos, agotada, me pregunto con cansancio cuándo van a mejorar por fin las cosas.

*** ***

El fin de semana es tan mierdoso como esperaba que fuera. Terminé haciendo más turnos en el restaurante porque necesitaba hacer algo con lo que mantenerme entretenida. La madre de uno de los amigos de Harry se ha puesto en contacto conmigo para llevar a los dos niños a un parque de atracciones. Lo que me deja el resto del domingo libre, así que lo paso poniéndome al día con los estudios.

Para cuando llega el lunes, tengo unas ojeras difíciles de ocultar mientras camino a duras penas a clase. Me siento atrás y cuando Clyde se deja caer en el asiento de al lado, le dirijo una sonrisa cansada.

—Toma. —Me tiende una taza de café y una bolsita de papel—. Pensé que podría gustarte.

Contemplo, sorprendida, sus ofrendas y, cuando las acepto, me sonríe.

—Gracias. —Le doy un sorbo al café y cierro los ojos, aliviada al sentir cómo la cafeína me empieza a hacer efecto—. Apenas tuve tiempo de preparar el desayuno hoy.

—Nunca desayunas —me reprende—. Siempre te ruge el estómago durante la clase de la mañana.

—Deberías prestarle más atención al profesor que a mi estómago. —Le dedico una mueca, pero cuando abro la bolsa de papel y veo un bocadillo con pan de bagel, añado—: Retiro lo dicho. Deberías prestarle más atención a mi estómago.

Estalla en carcajadas y yo sonrío, pero el preciso instante en que nos miramos es el que elige Morris para aparecer. Lo veo fruncir el ceño en mi dirección y lo fulmino con la mirada antes de volverme hacia Clyde.

—¿Y hoy qué mosca le ha picado? —murmura Clyde después de un rato, confundido—. No deja de mirarte. ¿La has cagado con los deberes?

—Igual ha pasado un fin de semana de mierda —aventuro con tono mezquino—. Sólo podemos

cruzar los dedos.

Mi amigo me lanza una mirada extrañada, pero no tiene ocasión de preguntarme a qué me refiero porque la clase empieza poco después.

A lo largo de toda la clase, Morris no deja de escogerme a mí para responder a sus preguntas. Y cuando no soy yo, es Clyde. Se está volviendo más que obvio para el resto de la clase que estamos en su punto de mira por alguna razón. Me la suda lo que le pase, aunque estoy bastante segura de que su mala uva se debe a que me negué a vestirme a su nivel.

Cuando Clyde se equivoca en una respuesta, Morris lo regaña con dureza y, por primera vez, veo que mi amigo, siempre tan relajado, se pone tenso de la ira. Enrosco la mano alrededor de su puño.

—Cálmate o te echará de clase—murmuro.

Sus ojos bajan hasta mi mano, envuelta alrededor de la suya, e inmediatamente se la suelto. Sin embargo, no es el único que lo ha visto. La expresión de Morris es como una nube atronadora.

—¡A mi despacho, señorita Hart! —ladra en cuanto la clase llega a su fin.

Clyde me mira.

—¿Quieres que te espere fuera? Tenemos que hablar de nuestro proyecto.

Por suerte, para la tarea que nos han asignado hoy, los compañeros se elegían sacando un nombre de un sombrero, y Clyde y yo hemos acabado juntos.

—No hace falta. Hoy, no —digo fríamente, viendo cómo Morris sale a grandes zancadas—. Nos vemos mañana.

Parece reticente, como si quisiera decir algo más, pero yo ya estoy recogiendo mis cosas. Veo que sus ojos se detienen un segundo de más en mi portátil y una parte de mí se pregunta de nuevo si ha tenido algo que ver con este regalo secreto. Sin embargo, descarto la idea en cuanto se me pasa por la cabeza. ¿Por qué iba Clyde a hacer tal cosa por mí?

Me abro paso entre la aglomeración de estudiantes hasta el despacho de Morris. Ni siquiera me molesto en llamar a la puerta, simplemente la abro y paso adentro. Él está aún dejando su maletín a un lado.

—Cierra la puerta —me ordena con sequedad.

Procedo a cerrarla de golpe y me cruzo de brazos.

—¿Sí? —Mi tono es grosero, pero ahora mismo me importa un pimiento. Su sola presencia me pone de mala hostia. Por desgracia, la parte inferior de mi cuerpo no está de acuerdo con mis sentimientos y se tensa de necesidad. Veo cómo se le ensanchan los orificios nasales y, cuando avanza hacia mí, levanto una mano—. De eso nada. Quédate quietecito dónde estás.

—¿Qué te pasa? —Parece irritado.

—¿Que qué me pasa? —repito burlonamente—. Oh, no lo sé. Creo que a la mayoría de las chicas no les gusta que las traten como putas. O a lo mejor son manías mías.

Sus ojos se oscurecen.

—Yo nunca...

—No hace falta que me lo llames para darme a entender que me consideras una fulana —siseo —. Lo entiendo, *profesor*. Soy pobre y no cumplo con tus estándares, pero eso no te da derecho a tratarme como lo has hecho.

—¡¿Y qué he hecho?! —Parece frustrado—. Te compré algo de ropa y te negaste a aceptarla. Me parece que, de hecho, debería ser yo el que estuviera enfadado contigo. Me has llamado ladrón delante de mi ayudante. No he hecho nada para...

—¡Me dejaste allí tirada! —Levanto la voz, me duele el pecho de la furia que siento—. ¿Crees que voy por ahí acostándome con hombres como si fuera un hobby, Morris? ¡Pues no! Terminaste y me dejaste allí sola. ¿Sabes lo degradante que es eso? ¿Tienes idea de cómo me hace sentir? Y luego, para empeorar las cosas, ¿intentas darme una tarjeta para que me compre algo de comer y me tiras ropa a la cara como si no pudiera comprármela yo? Es como si te esforzaras en echarme en cara lo poca cosa que so...

Ni siquiera me deja terminar la frase, cruza la distancia que nos separa, me agarra por la parte superior de los brazos y me estrella contra la puerta.

—¡Basta ya! ¡Creo que ya has dicho suficiente! —Se me cierra la boca y le miro fijamente—. No he hecho ninguna de esas cosas. Deja de asumir que entiendes las razones que hay detrás de cada cosa que hago. Me fui porque pensé que te sentirías incómoda si me quedaba allí. Te compré esa

ropa porque pensé que preferirías cambiarte de ropa después de ducharte. Tiré tu ropa porque los pantalones tenían dos agujeros en la entrepierna y supuse que no querrías salir con ellos puestos. Te dejé una nota en la mesita auxiliar para que pidieras algo al servicio de habitaciones porque sabía que tendrías hambre; cuando decidiste irte sin comer, me informaron de ello, ¡y di instrucciones a Diana para que te diera mi tarjeta de crédito y así pudieras comer lo que quisieras sin verte estresada por mi presencia a tu lado!

Me lo quedo mirando, y parte de mi rabia se apaga ante sus explicaciones más que razonables. Sin embargo, Morris aún parece enfadado.

—¿Hay algo más de lo que quieras acusarme? Porque pareces empeñada en convertirme en el malo de la película hasta por respirar.

Aprieto los labios, sintiéndome como una mierda.

—M-me sentí disgustada.

Para mi sorpresa, su expresión se suaviza y me suelta, dando un paso atrás.

—Y lo comprendo, pero preferiría que me comunicaras tus preocupaciones en lugar de ponerte como una moto. Este acuerdo entre nosotros es estrictamente eso. No estoy buscando compañera, Aisha. Espero que lo recuerdes.

—Lo sé. —Me siento realmente estúpida.

—Sin embargo —continúa—, eso no significa que vaya a faltarte al respeto. Nuestra situación es delicada, pero quizá deberíamos establecer algunas reglas básicas. Durante el transcurso de nuestra breve relación, ninguno de estará con nadie más. No quiero verte con otro hombre. ¿Queda claro?

Aprieto los labios.

—No estoy segura de que me guste tu tono, pero no estoy precisamente interesada en salir con nadie, si es eso lo que insinúas.

—Lo que insinúo —se inclina hacia delante, con una mano apoyada en la puerta junto a mi cabeza y un volumen de voz peligrosamente bajo— es que no quiero que pases tiempo con Clyde Lowenstein. No me gusta.

Aunque el corazón se me acelera ante su proximidad, frunzo el ceño.

—Clyde es un amigo y no es que tenga muchos, así que me gustaría conservarlo.

—No.

Su tono no admite discusión, pero no voy a doblegarme a todos los caprichos de este hombre.

—Tenemos que hacer un trabajo juntos.

—Cambia de pareja.

—No —repito su respuesta anterior. Los ojos le centellean y me niego a apartar la mirada—. No voy a acostarme con Clyde y, aunque sea atractivo, siempre será sólo un amigo...

—¿Crees que es guapo? —Morris no puede ocultar el rastro de irritación en su voz.

Suspiro.

—¿Por qué te centras en esa parte? Tengo ojos en la cara, ¿no? Que alguien sea atractivo no significa que quiera estar con él. Quiero decir, me parece que tú estás bueno, pero si no fuera por esas estúpidas feromonas, ni siquiera me plantearía querer acostarme contigo.

Ahora Morris parece engreído y molesto a la vez.

—Pues que sepas que soy muy buen partido.

—No me interesa saberlo —digo con desprecio—. Ahora, ¿podrías por favor quitarte de encima? —Duda y su mirada se dirige a mi boca—. ¡Ah, no! ¡Ni de coña! —siseo—. Hay estudiantes por todas partes.

—Pero la puerta está cerrada —murmura con ojos hambrientos. Mi cuerpo reacciona al suyo y, cuando baja la cabeza y sus labios rozan los míos, siento que se me cierran los ojos y que el deseo me aprieta el abdomen.

El beso es suave y delicado, a diferencia de todos los anteriores y, cuando me separa los labios y su lengua tantea los míos, le dejo hacer, sintiéndome indefensa debajo de él. Una mano me acaricia la mejilla, haciéndome estremecer. Cuando desciende para rodearme el cuello, suelto un pequeño gemido. Me rodea el cuello ejerciendo más presión y profundiza el beso. Tengo las

bragas cada vez más húmedas y necesito sentir algo de fricción ahí abajo.

Pero no me toca donde lo necesito, solo me aprieta el cuello y me suelta tras pequeños intervalos. Cada vez que me aprieta con fuerza, me siento débil y deseosa, mi cuerpo disfruta de este dolor sutil, ansía más.

Su boca suelta por fin la mía y me recorre la mandíbula hasta llegar al cuello, donde me chupa y muerde lo bastante fuerte como para dejar una marca. Ni una palabra de queja sale de mi boca. Por fin encuentra el lóbulo de mi oreja y susurra:

—Parece que hay algo que deseas.

—Yo…

Se echa hacia atrás.

—Es una pena. Tienes razón, hay demasiada gente alrededor —su voz de repente suena enérgica y formal.

Me quedo ahí de pie, aturdida, con las bragas tan mojadas que sé que voy a tener que quitármelas para no mancharme los pantalones. Mi pecho se agita y Morris me mira con frialdad.

—Deberías irte.

¡Menudo gilipollas!

Puedo ver lo pagado que está de sí mismo en su expresión. Le dirijo la mirada más sucia que puedo reunir en estas circunstancias antes de darme la vuelta y agarrar el pomo de la puerta.

—Puede que necesites esto —me dice con ligereza antes de que pueda girar el pomo. Me tiran algo que atrapo por instinto. Es un suave pañuelo azul y gris que había estado en una de las cajas que rechacé. Morris se limita a señalarse su propio cuello—. Seguro que te interesa taparte eso.

Por un momento, no entiendo a qué se refiere, y entonces me suben los colores la cara. Me envuelvo rápidamente el pañuelo alrededor del cuello antes de abrir la puerta de golpe y salir furiosa.

¡Será cabrón! Lo ha hecho a propósito.

Me apresuro hacia el baño y, en cuanto desenrollo la tela, veo el moratón violáceo de mi cuello. Fulminó el chupetón con la pirada. ¿Es que ha perdido la cabeza? ¿Cómo voy a ocultar esto en clase?

Se abre la puerta del baño y entran dos chicas. Una de ellas ve cómo me examino el cuello y sus ojos se dirigen hacia el chupetón. Se ríe antes de entrar en uno de los lavabos. Todavía cabreada con Morris, me vuelvo a poner el pañuelo antes de que también me vea su amiga.

Tendré que ir a clase con esto encima los próximos días. ¡Morris es un puñetero idiota! Mi expresión es sombría mientras salgo del baño. El chupetón va a notárseme en el trabajo. Incluso con corrector, va a resultar evidente.

Al salir del campus, veo un coche azul claro aparcado a cierta distancia. Me detengo un momento para observarlo. También lo vi ayer, a la puerta del restaurante y en la puerta de mi edificio hace unos días. Los cristales están tintados, así que no puedo ver el interior, pero tengo la extraña sensación de que me observan. Se me eriza el vello de la nuca y aprieto los labios.

Probablemente me estoy imaginando cosas. ¿Por qué iba nadie a estar interesado en ser mi acosador? Si alguien de mi antigua manada me encontrara, no se molestaría con estas trivialidades. Tirarían abajo mi puerta y me arrastrarían de vuelta a casa.

Sin embargo, cuando empiezo a alejarme lentamente, no puedo evitar echar un vistazo por encima del hombro, recelosa. ¿Son sólo cavilaciones mías?

CAPÍTULO 11

Morris

No debería haberle dejado ninguna marca.

No puedo dejar de pensar en la mirada enfebrecida de Aisha cuando la aprisioné contra la puerta de mi despacho, con las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. El recuerdo hace que me tense contra los pantalones y que apriete los dientes. Tengo que pensar en otra cosa.

Me doy unos golpecitos en la rodilla mientras miro por la ventanilla del coche en dirección a la discoteca de enfrente. Es más de medianoche y veo a una pareja borracha que sale tambaleándose, riendo y besándose. No los reconozco, pero la vista se me agudiza al ver cómo el hombre es incapaz de mantenerse en pie. Tiene los sentidos alterados.

Pulso el botón del auricular.

—A tu derecha. Una pareja. Llévalos dentro, pero que no te vean.

No espero la respuesta de Finn y corto la llamada con brusquedad, todavía distraído.

Aisha ha estado llevando el pañuelo a clase desde hace dos días, y no he pasado por alto las miradas envenenadas que me lanza. Los labios se me crispan en una sonrisa. Qué mal genio tiene. Cuanto más me adentro en su mundo, más curiosidad siento. He intentado investigar su pasado, pero no he podido encontrar nada sobre ella. Es casi como si no existiera.

Sé que algunas manadas de lobos cambiaformas no registran a las hembras de familias de clase baja, así que tal vez pertenezca a una. Es sólo una suposición en estos momentos, pero me parece raro que ni siquiera pueda averiguar quién es su familia. La única familia de cambiaformas apellidados Hart que puedo encontrar está en el este, y dudo que alguna hembra se alejara de esa manada, dado lo progresistas que son. Sin embargo, eso no quiere decir que no haya husmeado. La única hija que tuvo la familia Hart fue una hembra soltera; solterona, encima.

Ni siquiera en la universidad figura la última dirección de Aisha. Aseguró que es huérfana, así que ha dejado en blanco el nombre de sus padres. No entiendo por qué siento tanta curiosidad,

pero este deseo de saber más sobre ella es como un picor bajo la piel. Por lo que sé, es un enigma, un rompecabezas por armar.

A diferencia de lo que afirma Finn, no he sido exactamente un monje célibe, pero la mayoría de las hembras que he elegido para llevarme a la cama eran externas a la manada o humanas. Siempre he tenido cuidado de no dar ningún paso que le permitiera a mi padre utilizar a cualquiera de mis amantes en mi contra. Sin embargo, Aisha es diferente. Nuestras feromonas nos empujan a estar juntos, y sólo cuando compartimos cama me di cuenta de lo compatibles que somos.

Nunca he estado con una mujer que encaje tan bien conmigo. Se convierte en una criatura lasciva debajo de mí, toda esa postura desafiante y su fachada de gruñona desaparecen bajo mis caricias. Me vuelve loco. Con sus expresiones y los sonidos que emite cuando la toco, siento que pierdo la cabeza. Incluso ahora ansío su sabor. Se ha quedado rezagado en mi lengua.

Cuando la miro en clase, a menudo pierdo la concentración.

Desde el momento en que supe la situación en la que me encontraba, sabía que sería duro, pero no me había planteado cómo Aisha dominaría todo mi mundo, sobre todo después de acostarnos juntos. Culpo a las feromonas, o al menos quiero culparlas. Es más fácil que aceptar que podría encontrarme realmente intrigado por esta mujer.

La puerta del copiloto se abre y Finn se cuela dentro.

—Hecho. Se los he entregado a Uriel, que los va a llevar al laboratorio para tomar muestras de sangre e interrogarlos más tarde. El tío estaba chiflado, completamente pirado. Intentó cambiar de forma en medio de la calle, pero sólo consiguió transformar un brazo por completo. —Finn niega con la cabeza con disgusto antes de continuar—. Hemos estado advirtiendo a los jefes de familia sobre esta droga, pero hay jóvenes se creen inmunes a todo. Acabo de meterlo en la furgoneta, con el brazo transformado y todo. La chica se subió de buena gana al menos.

—Este es uno de los clubes que ha estado distribuyendo la droga —murmuro—. ¿Viste a alguien repartiéndolas?

Finn niega con la cabeza.

—Tenía ojos y oídos en la pista de baile, ya que suele ser el lugar habitual, pero no vi nada. Sólo las drogas habituales pasando de mano en mano entre los pocos humanos que estaban ahí dentro.

Frunzo el ceño.

—Aquí se pasa esa droga. La mayoría de las personas con las que nos hemos cruzado que la habían consumido sólo tienen esta discoteca en común. —Golpeo el volante con los dedos mientras miro la llamativa marquesina en lo alto del edificio—. El Black Jade.

Se me ocurre algo, es un pensamiento de pasada, pero consigo retenerlo.

—Hace un tiempo, me topé con una cambiaformas que había sido drogada, pero no mostraba los signos del tipo de drogas con las que trafican los humanos. —Escojo las palabras con cuidado, hablándole despacio a Finn.

La mirada de Finn se agudiza.

—¿Había ingerido la muerte rosa?

—No me di cuenta en ese momento —murmuro, con la mandíbula tensa ahora que entiendo lo que está pasando—, pero todos los síntomas coinciden. Estaba colocada. Las drogas humanas son veneno para nosotros, pero lo que quiera que tomó la hizo débil y estar fuera de sí. Incluso cuando la llevé a... Estuvo medio delirante y medio ida durante un buen rato. Pero no hubo ninguna de las reacciones habituales a las drogas humanas.

«¡La drogó!», recuerdo las palabras de Jojo en nuestro primer encuentro.

—¿Es posible que un humano consiga esta droga? —pregunto lentamente.

No he olvidado la cara del hombre que lideraba aquel ataque contra ella. Tenía unos profundos ojos azules y una cabellera dorada. No le había prestado mucha atención en aquel momento, pero ahora, al recordar, me doy cuenta de que aún hay cuentas que saldar. JoJo, el colega de Aisha, me había puesto al corriente del plan del dueño del bar y el cantante de su banda local. Yo había decidido no hacer nada al respecto, pero ahora empiezo a cambiar de opinión.

—¿Un humano? —pregunta Finn con lentitud—. ¿Por qué le interesaría a un humano hacerse con esta droga? ¿Estás diciéndome que un humano drogó a esa cambiaformas?

—Sí, pero no estoy seguro de cómo consiguió hacerse con la muerte rosa. Estoy bastante seguro de que, hasta ahora, sólo la han repartido aquellos que no son humanos.

—Pero si fue a algún club cuya clientela principal sean los de nuestra clase —comienza él,

poniendo a funcionar los engranajes de su cerebro—, hay una posibilidad de que pudiera conseguirla. Es decir, con todos esos aromas mezclados, no hay forma de que un camello pueda asegurarse de que está repartiéndole la droga sólo a cambiaformas.

—Es una posibilidad —murmuro. Sin embargo, esta teoría sigue sin encajarme del todo. Siento que se me escapa algo—. Vayamos a por ese imbécil. Quizá rompiéndole una mano o dos consigamos que cante todo lo que sabe.

Finn levanta una ceja.

—O podríamos simplemente preguntarle.

Le miro de soslayo.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? ¿Deberíamos acercarnos al humano y preguntarle de dónde sacó la droga con la que pretendía violar en grupo a una loba cambiaformas?

Él se queda muy quieto.

—¿Qué?

—¿Me olvidé de mencionar esa parte? —Puedo sentir la rabia que causan mis propias palabras, el recuerdo hace que mi lobo aúlle de furia. Quiere venganza.

—¿Quién es esta chica, Morris? —Finn me estudia.

—Nadie importante. —Me encojo de hombros, esforzándome por mostrarme indiferente. Pero Finn y yo nos criamos juntos y a veces me conoce mejor que yo mismo.

—Ah. —Me sonríe—. Entonces, no es para nada la misma chica que te llevaste al hotel del que eres dueño y que te llamó ladrón porque tiraste su ropa a la basura, ¿verdad? ¿Y por la que despediste al gerente que tuvo el descaro de llamarla puta?

Cierro los ojos.

—Tienes que centrarte en tu propia vida.

—¿Por qué? —me pregunta con suficiencia, acomodándose en su asiento—. La tuya es mucho más interesante

—¿Sabes qué más es interesante? —me burlo de él—. Que dejaste plantada a esa tía con la que te emparejó tu madre. ¿Sabes? hace tiempo que no me paso por casa de tus padres.

Finn entrecierra los ojos.

—No te atrevas a chivarte. Lo digo en serio. Si te chivas, le diré a mamá que le robas la ropa a las chicas con las que te acuestas. Como si no fueras bastante raro ya de por sí.

Que cambien las tornas para ponerse en mi contra no es para nada divertido.

—De acuerdo. Entonces le diré que has estado saliendo con una chica humana.

Finn se atraganta con su propia saliva y me lanza una miradita de indignación.

—¡Se supone que es un secreto! ¿Cómo te has enterado?

—Tengo mis maneras.

Me fulmina con la mirada.

—De acuerdo. Si tú no dices nada, yo tampoco, pero sigo queriendo saber quién es esta chica y por qué es tan importante para ti.

—¿Por qué mejor no te centras en ocultar tu propia relación ilícita? No soy yo quien está infringiendo las leyes de la manada.

Resopla por la nariz.

—No es como si le hubiese dicho quién soy.

—Si la dejas preñada, lo descubrirá, y ya sabes cómo se trata a los mestizos en este mundo, Finn —adopto un tono serio.

Ahora parece incómodo.

—No voy a hacer algo tan estúpido.

Arranco el coche.

—Espero que no —murmuro.

Tiene una expresión sombría mientras mira por la ventanilla, y yo pongo los ojos en blanco. Al menos ahora no se meterá en mis cosas. Aunque sí que debería hablar con el hombre que intentó hacer daño a Aisha. Quizá lo haga esta noche.

*** ***

Nunca he sido muy fan de la música alta. Como lobo cambiaformas, me hace daño en los oídos. No sé por qué Aisha eligió trabajar en un lugar como este, donde la música suena como si alguien arrastrara las uñas por una pizarra. No tiene nada ni remotamente agradable.

El bar está hasta los topes y veo al cantante, Bond, saltar abajo del escenario. Se dirige a la parte de atrás y me pongo en pie, con la intención de seguirle, pero entonces se detiene enfrente del pasillo para hablar con alguien. Es una chica de aspecto bastante normal que le susurra algo antes de deslizarle un papel en la mano. A él se le dibuja una mueca en los labios y la agarra por la mandíbula antes de levantarla hasta que queda de puntillas y plantarle un beso vulgar en la boca. Ella se pone tensa pero no se mueve, casi como si tuviera miedo de hacerlo.

Cuando la suelta, ella retrocede tambaleándose y, por un momento, me pregunto si son lágrimas lo que veo en sus ojos. Bond ya se está alejando, así que le sigo hasta fuera. Veo cómo se sube a su coche y se marcha a toda velocidad. Por alguna razón, se me revuelve el estómago. No sé por qué, pero mientras le veo alejarse, siento el impulso de seguirle.

Mi coche también está aparcado en esta calle y me dirijo hacia él.

Afortunadamente, me veo frenado por el semáforo detrás de otros dos coches. No parece darse cuenta de que le sigo, pero yo sí puedo verlo. Está doblando los dedos sobre el volante como si estuviera de lo más emocionado, con una sonrisa de comemierda en la cara. Le sigo durante un buen rato hasta que entramos en un barrio que me hace inspeccionar mis alrededores. No es un barrio especialmente malo, pero tampoco es el más seguro de la ciudad. Aparca junto a un edificio y veo que un anciano con un perro está abriendo la puerta, probablemente para dejar salir al animal a hacer sus necesidades. Bond salta del coche y le hace un gesto con la mano. El anciano aguanta la puerta y le deja pasar.

¿A qué vienen tantas prisas?

Saco el móvil y llamo a Diana. Mi asistente contesta rápido y, a pesar de lo tarde que es, no parece molesta.

—¿Sr. Wolfguard?

—Blue Avenue, Edificio 302. Averigua lo que puedas al respecto.

Diana guarda silencio un momento antes de responder con lentitud.

—Señor, esa es la dirección de Aisha Hart.

Por un momento me quedo paralizado antes de terminar la llamada sin despedirme. Salgo corriendo del coche, cierro de un portazo y corro hacia el edificio. La puerta está cerrada, pero no necesito que me dejen entrar. Rompo la cerradura con facilidad. Entro a la fuerza y mis oídos captan gritos.

Subo los escalones con rapidez, notando que me hierve la sangre.

Si esa patética excusa de un ser humano le ha puesto las manos encima a Aish...

Oigo un ruido seco y subo de un salto los últimos escalones para ver que uno de los pisos tiene la puerta abierta. El olor de Aisha está por todo el pasillo y sé que estoy en el lugar correcto. Irrumpo en el apartamento y la veo de pie ante Bond, con una camiseta raída y un pijama que le queda demasiado grande.

—Sal de mi piso o llamo a la policía —está diciendo ella con voz tranquila cuando entro.

Bond da un paso adelante.

—¿Sí? ¿Crees que puedes conmigo? ¿Una cosita insignificante como tú? Para cuando termine de darte una lección...

Le agarro por detrás de la camiseta antes de que pueda terminar la frase y lo echo al pasillo. Con él fuera de juego, Aisha se queda mirándome con cara de estupefacción.

—¿Cómo has...?

No respondo y me doy la vuelta para comprobar cómo está el mierdecilla este. Apenas está consciente, pero cuando me ve, la cara se le pone blanca como el papel.

—T-tú...

Le golpeo la cabeza contra la pared y se desmaya.

—¿Lo has matado? —Aisha se acerca al umbral de la puerta. No parece que la idea le moleste en lo más mínimo.

Giro la cabeza para mirarla.

—No voy a dejar que se muera tan fácilmente.

Arrastro la mirada por esa camisetita suya, lo bastante fina como para distinguir su generoso pecho y sus bonitos pezones duros por el frío, que se presionan contra el delicado material. Tiene el vientre al aire y el pijama le cuelga un poco más abajo de lo normal, probablemente porque le queda grande. Parece suave y como si pidiera a gritos que la mordiesen, y ahora mismo me cuesta mantener el autocontrol. Ni siquiera desprende feromonas, pero siento que mi deseo crece hasta límites incontrolables.

Me pongo en pie bruscamente, me quito el abrigo y la rodeo con él, envolviéndola con fuerza y asegurándome de atarle el cinturón para que quede totalmente cubierta. Aisha tiene los ojos abiertos como platos, pero no me detiene.

—Quédate dentro —le ordeno con firmeza—. Ahora vengo.

Me mira con desconfianza, pero no rechista. Cuando la puerta se cierra tras ella, hago una llamada rápida. En veinte minutos llegan dos hombres, cogen al hombre inconsciente y se lo llevan fuera del edificio. Estoy a punto de seguirlos, pero vacilo y mi mirada se desvía hacia la puerta cerrada.

Para cuando me doy cuenta, ya estoy avanzando hacia ella y llamando a la puerta. Aisha la abre al cabo de un minuto, todavía con mi abrigo de cuero encima. Echa un vistazo detrás de mí, sólo para toparse con un pasillo vacío.

—¿Dónde está Bond?

—Se ha ido.

Se da la vuelta, dejándome entrar.

—Espero que eso signifique que se ha ido en plan de que se ha muerto. Ahora sabe dónde vivo.

Me sorprende lo poco que le perturba la idea de que reciba una muerte violenta. La mayoría de las mujeres rehúyen de los baños de sangre, pero ella no.

La sigo adentro y oigo silbar una tetera. Se dirige hacia lo que debe de ser la cocina y me tomo mi tiempo para echar un vistazo. Su apartamento es pequeño, prácticamente una chabola. Los escasos muebles parecen a punto de romperse ante el menor roce. Veo otras tres puertas al otro lado del salón. Sin embargo, a pesar de las condiciones, la casa está impecable. Hay ropa doblada en un cesto, un cuaderno abierto sobre la mesa con la letra garabateada de un niño y un pequeño coche de juguete justo al lado.

El piso está destartalado, pero bien mantenido. Tiene un aire hogareño y, mientras lo observo, se me ocurre que, comparado con este lugar, mi ático, con sus muebles de diseño y su equipamiento de alta gama, parece casi estéril.

Me dirijo a la cocina y veo a Aisha poniendo dos tazas de té sobre la mesa. Su expresión es cautelosa cuando me mira.

—Tengo algunas preguntas.

No me sorprende.

La silla se tambalea un poco cuando me siento en ella, y ajusto mi peso antes de echar un vistazo a su cocina. Es un espacio pequeño y estrecho, pero ella se sienta frente a mí y ni siquiera se ofrece a quitarse mi abrigo. Parece realmente diminuta. Ha adelgazado mucho desde la primera vez que la vi. Tiene los ojos verdes claros muy abiertos, el pelo largo y oscuro recogido en un moño desenfadado y las mejillas un tanto hundidas. Son los efectos secundarios del bloqueador de feromonas que ha estado tomando.

Doy un sorbo al té, observándola e intentando controlar mi propio deseo creciente. Incluso sin feromonas, su olor natural es irresistible.

—No te estaba acechando, si es eso lo que te preocupa —empiezo, pero ella pone los ojos en blanco.

—No me preocupa. Soy plenamente consciente del desinterés que sientes por mí. Sólo quiero saber por qué Bond vino a mi casa y por qué llegaste detrás de él.

¿Desinterés? Vuelvo a darle un sorbo al té, discrepando en silencio con la valoración de Aisha. La encuentro muy intrigante, aunque no es que se lo vaya a decir.

—Es una persona de interés en un caso en el que estoy trabajando —murmuro y Aisha parpadea.

—Eres profesor...

—Y formo parte de la familia alfa principal de Oregón —añado, cortándola a mitad de frase—. La enseñanza es una carrera paralela. Tendré que dejarlo cuando me convierta en alfa.

Los labios de Aisha se tuercen.

—Es una lástima, eres buen profesor. Incluso cuando parece que tienes un palo metido en el culo. —Esa última parte parece un añadido de última hora. Decido ignorarlo, gratamente sorprendido al oír que le gusta mi estilo de enseñanza—. De todos modos — deja su taza—, eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué estaba Bond aquí y por qué apareciste tú dos pasos detrás de él?

La manga de mi abrigo se le escurre por el brazo, revelando su delgada muñeca, y mis ojos se fijan en su curva.

—Prof…

—Morris —la corrijo distraídamente.

—De acuerdo, Morris —dice ahora con tono de protesta—. ¿Vas a responder a mi pregunta?

Es difícil concentrarse cuando lo único que quiero es doblarla sobre esta mesa y hacerla gemir mi nombre. Borrarle esa actitud desafiante a base de polvos se está convirtiendo poco a poco en uno de mis pasatiempos favoritos. Sin embargo, me encuentro en el territorio de Aisha, y no quiero que me eche a la calle. Todavía no.

—Le estaba siguiendo. No me di cuenta de que era tu edificio hasta que estuvo dentro — respondo finalmente—. Pensé que podrías necesitar ayuda.

—¿Contra un humano? —Me mira fijamente—. Si no hubieras aparecido, lo habría matado y después habría encontrado la forma de deshacerme de su cuerpo en algún sitio.

Por un momento, no sé si está de broma o no, pero por la forma en que sus ojos se cruzan con los míos, soy consciente de que habla en serio.

—En esta manada no matamos humanos, Aisha —hablo despacio.

—Ese humano quiere hacernos daño a mi familia y a mí —replica con frialdad—. ¿Preferirías

que me desnudara y le dejara hacer lo que quiera conmigo? Y después igual también puedo dejar que se ensañe con mi hermano pequeño, ¿no?

No me doy cuenta de que estoy gruñendo hasta que siento que Aisha retrocede en su asiento. La idea de que deje que alguien, y menos un macho humano, le ponga las manos encima no le sienta bien a mi lobo.

—Si necesitas matar a alguien —intento templar mi voz, manteniendo un tono informal—, llámame. Tengo mejores formas de hacer desaparecer un cuerpo.

Abre los ojos como platos y, esta vez, le toca a ella buscar en mi mirada lo serio que voy. Yo no bromeo, nunca se me ha conocido por mi sentido del humor.

—Va-vale —murmura, aclarándose la garganta—. Entonces, ¿qué vas a hacer con él?

—Interrogarle. —Apuro lo que me queda en la taza y la dejo sobre la mesa—. Y ahora que sabe dónde vives, tendré que ver qué hacer al respecto. —Miro a mi alrededor y se me ocurre una idea —. Puede que ya no sea seguro que vivas aquí.

—Pensé que ibas a matarlo. —Aisha frunce el ceño—. E incluso si tú no lo haces, yo puedo encargarme de él.

—No puedes deshacerte de él si lo necesito para mi investigación. Y no puedo evitar que venga hasta aquí. Existe la posibilidad de que tú no estés en casa algún día, pero tu hermano sí.

Aisha me mira fijamente.

—¿Por qué me da la impresión de que me estás amenazando?

—Te estoy exponiendo los hechos. —Parpadeo—. Tiene tu dirección y este edificio apenas tiene ningún tipo de seguridad.

Veo el primer atisbo de preocupación en sus facciones, pero me niego a sentirme culpable.

—No puedo mudarme. ¿Sabes lo barato que es este piso? ¿Y sabes lo caro que es criar a un niño de once años? No puedo...

—Estoy seguro de que hay muchos sitios con un alquiler asequible disponibles —murmuro—. Si quieres, puedo ofrecerte algunas opciones si compartes tu presupuesto conmigo.

Ella aprieta los labios.

—Gracias por preocuparte, pero no creo que tú y yo debamos enredarnos más de lo que ya estamos. La situación ya es bastante incómoda tal y como está. No necesito que me hagas favores. Puedo cuidar de mí misma y de Harry perfectamente.

Su tono es educado, pero no deja de ser mordaz. Por alguna razón, me resulta peor porque me devuelve a mis propios pensamientos. La única diferencia es que yo no cumplo mis propias reglas, mientras que ella se aferra a las suyas. Es un poco humillante, pero más que eso, me molesta que ella encuentre molesto este vínculo conmigo. Me repatea.

—Muy bien. —Me pongo en pie—. Simplemente pensé que debía ofrecerte mi ayuda.

Claramente, no puedo dejar a ese humano suelto en la calle. No puedo permitir que se acerque a Aisha. Tendré que lidiar con él a mi manera.

Ella no me detiene, pero cuando está a punto de quitarse el abrigo, la interrumpo.

—Quédatelo. Te queda mejor a ti.

Por un momento, me parece ver cómo se le sonrojan las mejillas. O tal vez me lo he imaginado.

En cualquier caso, el dejar algo mío en su apartamento, un rastro de mi olor, me hace sentir un tanto complacido. Me sigue hasta la puerta. Cuando me detengo en la entrada, se le tensa la expresión.

—Ni se te ocurra. Mi hermano está aquí.

—Ha pasado una semana. —Alzo la mano para acariciarle el labio inferior con el pulgar—. Las feromonas van a empezar a ser más fuertes a partir de ahora. Podemos hacerlo aquí o en el hotel…

Veo cómo aprieta la mandíbula con fastidio, aunque el deseo parpadea tras sus ojos.

—Son las cuatro de la mañana —sisea, y me impresiona su fuerza de voluntad para sobreponerse al deseo de su lobo—. No vamos a tener esta discusión ahora. ¡Buenas noches!

Me cierra la puerta en las narices y yo me quedo ahí pasmado, sin haberme esperado esa abrupta despedida. Normalmente, me enfurecería ante tal rechazo, pero mi lobo ruge en señal de

aprobación.

Se me curvan los labios en una sonrisa.

CAPÍTULO 12

Aisha

Me tiemblan las piernas cuando tomo asiento en la biblioteca.

Morris tenía razón. Debería haberle escuchado. Puedo sentir cómo crece el deseo en mi interior y me cuesta controlar la respiración.

Hoy he salido pronto del trabajo y he decidido estudiar un poco mientras esperaba a encontrarme con Clyde para ponernos con nuestro proyecto de grupo. Pero llega tarde. El sol ya se ha puesto, cosa normal siendo las seis de la tarde en esta época del año. Sólo unas pocas mesas están ocupadas debido a la repentina bajada de las temperaturas desde hace dos días. Me envuelvo bien con el abrigo de cuero de Morris.

Su olor me ha ayudado a mantener la calma. No me importa lo grande que me quede el abrigo o que las mangas me lleguen más allá de la punta de los dedos. Su olor calma a mi lobo ansioso y me ayuda a controlar este deseo sin sentido dentro de mí.

Saco el portátil y me pongo a trabajar. Siento los dedos agarrotados por los espasmos de dolor que me recorren. No sabía que las feromonas funcionaran así, que si no cedía al deseo físico, éste se interiorizaría y me causaría dolor físico. Siento que me arden las entrañas y aprieto los dientes para contener mis suaves jadeos de dolor.

Me niego a dejarme vencer e intento mantener los dedos firmes mientras tecleo a la velocidad de la luz, esperando a que Clyde aparezca. Pero a medida que pasan las horas y sigue sin presentarme, empiezo a sentirme frustrada. Fue él quien insistió en que nos reuniéramos hoy aquí para trabajar juntos. Me había dado la lata sin parar.

Le dejo un mensaje tras otro mientras la gente va y viene a mi alrededor, mensajes que ni siquiera se molesta en responder.

Han pasado ya tres horas y me estoy poniendo de mala hostia. Cuando por fin me decido a llamarle, ignora mis dos primeras llamadas. Cuando me coge la tercera, parece que está sin aliento.

—Hola, Aisha.

—¿Hola? —Lo imito con furia—. ¿Dónde estás? Llevo más de tres horas esperando en la biblioteca, Clyde.

Oigo una risa suave y seductora de fondo y frunzo el ceño. ¿En serio?

—Oh. —Se ríe con ligereza—. ¿Se suponía que íbamos a vernos hoy? Ah, pues mira, estoy un poco liado ahora mismo. —Se escuchan más risas de la mujer a su lado—. Puedo estar ahí en unas dos horas. Tú espérame y...

—No te molestes —digo con frialdad. Estoy furiosa—. Me voy a casa.

—Aisha...

Termino la llamada. Fulmino la pantalla del ordenador con la mirada, suelto el teléfono y me pongo en pie, pero me tambaleo. Me agarro al borde de la mesa para estabilizarme.

—¡Mierda! —siseo—. ¡De puta madre! —Me ruge el estómago y cierro los ojos—. Hoy no es mi día.

—¿Y eso por qué?

Abro los ojos de golpe en cuanto oigo una voz detrás de mí. Giro la cabeza y veo a Morris ahí de pie, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando unas llaves. Me recorre con la mirada, observando cómo me cubre su abrigo.

—Ya te dije que te quedaría mejor.

¿Soy yo o parece un tanto engreído?

—Iba a devolvértelo —consigo decir. Sin embargo, mis piernas ceden y otra oleada de dolor me recorre. Esta vez, Morris me agarra sin despeinarse y tira de mí hacia él—. ¡¿Q-Qué estás haciendo?! —pregunto, horrorizada, tratando de alejarme de él—. ¡Puede vernos alguien!

—Aquí no hay nadie —responde con calma—. Deberías haberme dicho que no te sentías bien. Tu orgullo no va a arreglar esta situación, Aisha.

Aprieto la mandíbula, avergonzada por sus palabras. Tiene razón. Quería ir a verle después de

clase y hablar con él. Pero no sabía qué decirle ni cómo expresarle que le necesitaba.

—Yo…

—¿Qué haces en la biblioteca a estas horas? —De repente, cambia su línea de interrogatorio.

—Estaba... —Consigo apartarme de él—. Tenía que hacer ese trabajo tuyo. Estaba esperando a Clyde...

Su expresión se ensombrece.

—Creí haberte dicho que no quiero que trabajes con ese tío.

Le dirijo una mirada irritada.

—Y yo creía haberte dicho que, mientras no incumpla las normas, no puedes decirme lo que tengo que hacer. —El pecho le vibra y tardo un minuto en darme cuenta de que está gruñendo. Doy un paso atrás, su olor me rodea ahora y me hace sentir más estable—. Es sólo un trabajo de clase y, de todos modos, ese imbécil no se ha presentado. Me estaba yendo a casa.

—¿De verdad? —Morris me escudriña, y el brillo en su mirada hace que me tiemble el estómago —. Teníamos un acuerdo, Aisha. ¿Por qué estás tan empeñada en romperlo?

Aparto la mirada y aprieto los dientes. No sé por qué esto me resulta tan vergonzoso.

—No me gusta hacerlo en una habitación de hotel. Y no hay otro lugar para...

—Si no te gustaba la habitación del hotel, podías haberlo comentado antes —responde Morris con calma—. Se me habría ocurrido un plan alternativo.

—¿Te refieres a ir a tu piso? —pregunto de mala gana.

—Es una opción. También está la posada a las afueras de la ciudad…

—No quiero ir tan lejos. —Me froto los brazos, sintiéndome vulnerable de repente.

—Entonces, vayamos a mi piso. ¿Cuándo tienes que volver a casa con tu hermano?

—No tengo prisa. Harry se ha ido de excursión con el colegio y pasa la noche fuera.

—Vale. Entonces no tienes excusa para ir con prisas.

Tardo más de un segundo en comprender el significado de sus palabras, y se me pone la cara roja.

—Yo... voy a recoger mis cosas.

Guardo el portátil, haciéndome la remolona.

—Es sólo un portátil —dice Morris después de un minuto—. ¿Por qué lo tratas con tanta delicadeza?

—Fue un regalo de alguien —murmuro—. Pienso guardarlo como un tesoro.

No mucha gente me ha mostrado amabilidad a lo largo de mi vida. Así que, cuando alguien misterioso lo hace en forma de regalo, no pienso darlo por sentado. Él no me pregunta de quién es el regalo y, cuando levanto la vista, veo que tiene una expresión extraña en la cara.

Recojo rápidamente todo lo demás y me subo la mochila a los hombros.

—Vamos.

Antes de que pueda moverme, Morris me coge del brazo y empieza a remangarme el abrigo. Se toma su tiempo, subiendo cada manga con cuidado antes de coger los lados del cinturón que cuelgan abiertos y juntar el abrigo, atándolo con firmeza. Nerviosa, le miro con las mejillas encendidas.

—¿Qué haces?

—Hace frío fuera —dice con seriedad—. Deberías abrigarte bien.

Abro la boca para decir algo, pero no sé qué decir. Nunca nadie me había cuidado así. En retrospectiva, es solo un pequeño gesto, pero aun así me hace sentir cuidada. Mi corazón traidor da un vuelco.

Le sigo hasta su coche, que es el único aparcado en el terreno vacío de enfrente. Me abre la puerta del acompañante y me siento aún más incómoda. No estoy acostumbrada a que me traten así. Todos los hombres de mi vida me han tratado como si no valiera nada o solo fuera una posesión. Ni siquiera mi propia familia me ha respetado tanto.

—Gracias —murmuro, deslizándome dentro. Intento cerrar la puerta del coche, pero Morris ya se me ha adelantado.

La puerta se cierra con un chasquido silencioso, rodea el coche y se sube al asiento del conductor. Justo cuando arranca el coche, el estómago me vuelve a rugir. Cierro los ojos, mortificada. Sé que el hombre que está a mi lado va a hacer algún comentario.

—Ni una palabra —me apresuro a decir.

Cuando no dice nada, abro un ojo y lo veo con la vista fija a la carretera. Aunque una de sus comisuras está ligeramente curvada, como si algo le hiciera gracia. Pero no dice palabra y me relajo.

Me dedico a observar la calle mientras conduce.

—¿Por qué estabas en la biblioteca a esta hora?

—Tenía que devolver un libro. —Se encoge de hombros. Por algún motivo, no le creo, pero no puedo imaginar ninguna otra razón por la que estaría allí, así que decido no rebatir sus palabras —. ¿Cómo va tu trabajo? Sabes que es para dentro de una semana.

—Va yendo —digo a la defensiva.

—Espero que no estés planeando pasarte otra noche en la biblioteca.

Estoy a punto de hacer un comentario mordaz sobre lo difíciles que son sus clases cuando algo de lo que ha dicho me llama la atención.

—¿Cómo sabes que pasé toda la noche en la biblioteca?

Una vez más, se encoge de hombros, despreocupado.

—Lo he oído por ahí.

Me lo quedo mirando sin pestañear.

—No había nadie más en la biblioteca.

—Si me he enterado —responde Morris con suavidad—, es que tenía que haber alguien más allí.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad? —Le fulmino con la mirada.

Se le crispan los labios.

—¿Y eso es algo necesariamente malo?

Aprieto los labios para no decir nada desagradable y fuera de lugar. Entramos en un barrio comercial más tranquilo, con algunas tiendas que ya han cerrado. En medio de la hilera de tiendas, hay un pequeño restaurante muy iluminado. Morris aparca fuera.

—Vamos. Yo tampoco he comido nada.

Ahora me siento confusa. Mientras abro la puerta y abandono el coche, me pregunto qué estará haciendo. Se supone que debemos mantener una relación puramente física. Comer juntos no forma parte de nuestro acuerdo. No es que no tenga hambre, es que no confío en mí misma. A pesar de mis promesas sobre que no necesito a un hombre, sobre despreciar a este hombre que tengo delante, el comportamiento que tiene conmigo últimamente me está haciendo difícil odiarlo. No quiero pasar más tiempo con él. No quiero...

Morris me mira.

—¿Vienes o qué?

Asiento en silencio.

«Es sólo una comida», me digo mientras intento calmarme. «Sigue siendo un puñetero incordio y un cabezón. Una comida no va a cambiarlo».

Le sigo y, cuando me abre la puerta, me muerdo la lengua para no darle las gracias.

Se me abren los ojos como plantos cuando observo el local, que es sorprendentemente anodino. Parece un local de toda la vida, con unas pequeñas mesas pegadas contra la pared, todas cubiertas con manteles de plástico, un salero y un pimentero y una carta de menú que parece descolorida. También hay taburetes en la barra, donde una pareja mayor se encuentra en el otro extremo de la sala, tomándose una sopa. El local está limpio, pero parece viejo y querido.

Me gusta. Pero no me imagino a alguien como Morris comiendo aquí.

—Petru —Morris saluda con la cabeza a un chico que no puede tener más de quince años—.

¿Cuál es el menú del día?

El chico está sentado detrás de la barra, parece que esté haciendo sus deberes.

—Sopa de tomate con dos sándwiches de queso a la plancha —bosteza él antes de sonreírle a Morris—. Y estofado de ternera con unos panecillos.

—¿Tú qué quieres? —me pregunta Morris.

Hace frío y la sopa de tomate suena de chuparse los dedos, pero hace tiempo que no como carne. Estoy a punto de abrir la boca cuando él decide por mí.

—Dos de cada para nosotros. Empieza con la sopa de tomate y también un café.

—Marchando. —Petru se da la vuelta en su taburete antes de bramar—: ¡Má! Morris quiere el especial de sopa de tomate y café como primero.

Parpadeo.

—Debes de ser un cliente habitual.

Morris se quita el abrigo antes de desabrocharme el cinturón sin preguntarme siquiera. Me quita el abrigo y no tengo más remedio que dejarle hacer. Veo cómo cuelga los abrigos en el perchero que hay junto a la puerta antes de conducirme hasta una de las mesas vacías junto a la ventana.

—Hace tiempo que vengo.

—Desde que tuvo edad suficiente para venir solo, diría yo —habla una voz cálida desde un lado, y me giro para ver a una mujer rechoncha de piel morena y una sonrisa amable en la cara, que se acerca a nosotros—. Morris, pareces cansado. Deberías dormir más.

Le acaricia la mejilla y, para mi sorpresa, Morris le dedica una sonrisa amable.

—Lo sé. Han sido unos meses muy ajetreados, tía.

¿Tía? ¿Son familia?

—¡Y has traído a alguien contigo! Esto es nuevo. —La mujer parece complacida—. ¿No vas a presentarnos?

Él se aclara la garganta.

—Esta es Aisha. Es alumna mía.

Me muerdo la lengua ante la clara distinción que hace. Aunque no sé por qué me molesta.

—¿Alumna? —La mujer levanta una ceja, parece un poco decepcionada—. Y yo que pensaba que por fin nos habías traído a una chica.

Morris sonríe. Es una sonrisa casi descarada que nunca le había visto. Le suaviza el rostro severo y, si antes era guapo, ahora resulta terriblemente encantador.

—Siento decepcionarte. Aisha, esta es Ridhi Peerna.

Es un nombre de lo más único. Parpadeo.

—Es un nombre indio, ¿verdad?

Ridhi me sonríe.

—¡Sí! Mi marido y yo emigramos aquí cuando nos casamos.

—Tienes un restaurante precioso. —Le sonrío, impotente ante su expresión radiante.

—Gracias, y tú eres una chica encantadora. —Me acaricia la mejilla con confianza—. ¿Por qué no os sentáis mientras os traigo la comida?

Tomo asiento y vuelvo a observarlo todo.

—¿Por qué la llamas tía?

Morris me mira.

—Siempre la he llamado así. Cuando vine aquí por primera vez, no sabía cómo preguntar por ella, y me dijo que la llamara tía. Y no he dejado de hacerlo. —Noto calidez en su voz cuando habla de Ridhi, la misma calidez que sentí cuando hablaba con ella.

—Se preocupa por ti —murmuro.

—Pareces sorprendida. —Alza una ceja—. ¿Tan antipático parezco?

—No —respondo sin pensar—. Sólo me preguntaba qué se siente. —Cuando frunce el ceño, me sobresalto al oír mis propias palabras—. Quiero decir... parece que... Era sólo una observación.

Morris no dice nada por un momento. Cuando retoma la palabra es para hacerme una pregunta sorprendentemente personal.

—¿Dónde está tu familia? ¿Tu manada?

Tal vez sea el ambiente, el suave jazz que suena de fondo o el calor del restaurante que se filtra entre mis dedos fríos, pero no tengo fuerzas para inventarme ninguna mentira elaborada o responder con un comentario sarcástico para dar el tema por sentado.

—En algún lugar lejano, espero. Nunca nos encontrarán. Me he asegurado de ello.

—¿Y tu hermano?

—¿Qué pasa con él?

—¿Tus padres no quieren recuperarlo?

Se me escapa una risa amarga antes de poder contenerla.

—Mi madre huyó hace mucho tiempo. Y mi padre... si no puede sacar provecho de sus hijos, no los necesita. Me llevé a Harry para darle una vida mejor donde las palizas y los malos tratos no sean el pan de cada día. Los únicos interesados en recuperarnos, si acaso, serían otros miembros de la manada.

Para preservar su respeto. Las mujeres de nuestra manada no huían sin más. Se consideraba una mancha en el honor de los machos si tal cosa sucedía.

—¿Tus padres te pegaban? —Morris frunce el ceño.

—No todas las manadas son perfectas como la tuya, Morris —resoplo—, en donde los niños son queridos y amados. Algunos tenemos que sobrevivir. Yo sobreviví, pero mi hermano no debería tener que hacerlo. Debería poder disfrutar de una buena infancia. Puede que sea mi hermano, pero he criado a ese niño desde el momento en que nació. Es mío, a todos los efectos.

—Tú...

—No quiero hablar de mi pasado —digo de sopetón—. No quiero hablar de mis padres, ni de mi manada, ni siquiera de mi infancia. No necesitas saber nada de eso. Es algo privado.

Morris no parece ofendido por mi repentino arrebato. De hecho, saca la carta de su soporte y la estudia.

—No era mi intención disgustarte.

Me retuerzo en el asiento.

—Es que… no creo que sea buena idea intentar conocernos el uno al otro. Dijiste que sólo era una relación física, así que no nos metamos en la vida del otro. No queremos embrollarnos demasiado.

Tengo demasiado que perder.

Una expresión extraña cruza el rostro de Morris, que me dedica una sonrisa tensa.

—Tienes razón.

Por suerte, llega el café y Morris decide sacar a colación el trabajo que debo entregar. A pesar del tenso intercambio anterior, empiezo a relajarme. Es mucho más fácil hablar con él fuera de la universidad.

Nos quedamos ahí una hora en la que me sorprendo observándole. ¿Su severidad y su actitud fría son sólo una fachada? Delante de esta madre y su hijo, Morris muestra una faceta de sí mismo que no creía que existiera. De hecho, me hace sentir un poco de envidia. Los trata con tanta calidez y afecto que me siento como una extraña.

Cuando nos vamos, tengo el estómago lleno y solo quiero acurrucarme y dormir. Hacía mucho tiempo que no comía como es debido sin vomitar. La comida era ligera, reconfortante y fácil de digerir. Los espasmos de dolor también se han desvanecido, puede que debido a la presencia de Morris.

Sin embargo, una vez que subimos al coche, mi somnolencia se desvanece. Se palpa una tensión repentina en el ambiente. Ambos sabemos lo que va a pasar.

El apartamento de Morris no está lejos de la universidad, a casi diez minutos en coche. Es un edificio lujoso con un aparcamiento subterráneo bien iluminado. El ascensor nos lleva al ático,

que se abre directamente en la casa de Morris. Nunca había visto nada igual y miro a mi alrededor con los ojos muy abiertos.

—O sea, ¿no hay escaleras?

Contempla cómo lo escudriño todo.

—Sí que hay. Hay una salida privada. Cada piso es un apartamento entero. El ascensor se abre en el apartamento del inquilino, que tiene que introducir su código. Las escaleras están en el otro extremo del apartamento y llevan al vestíbulo.

—Vaya —murmuro—. Hay que ver cómo se las gastan los ricos.

—Ya ves. —Asiente Morris sin sentirse insultado—. Un amigo mío diseñó este edificio y algunos más. Son seguros y privados, que es lo que prefieren la mayoría de los inquilinos.

El interior de su ático está decorado en tonos negros, azules y plateados. Parece como si alguien hubiera copiado y pegado una sección entera de una revista de decoración.

Delante de mí hay un salón lujosamente distribuido con una cocina en la esquina y un pequeño pasillo que probablemente comunica con más habitaciones. La televisión de pantalla plana y de tropecientas pulgadas con sofás frente a ella y una mesa de cristal en el centro. A pesar de todo el lujo evidente de este lugar, no provoca que el corazón se me agite de envidia. Se percibe una sensación de vacío. Todo está ordenado, no hay ni un posavasos fuera de lugar.

—Debes de tener una ama de llaves muy buena —murmuro.

—No tengo amas de llaves —Morris cuelga su abrigo—. Nadie, aparte de unas pocas personas de confianza, tiene acceso a este lugar.

Recuerdo cuando se le metió en la cabeza la locura esa de que su padre o alguien podría haberme pagado para hacerle de cebo. Claro que es un tío un poco paranoico.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta.

—No… —La negativa apenas ha abandonado mi boca cuando siento sus manos sobre mí, quitándome el abrigo.

—Si es así, ¿por qué no me sigues al dormitorio? —habla con voz tranquila, pero el calor que

desprende me hace temblar de necesidad.

CAPÍTULO 13

Aisha

—Oh, yo... —Ni siquiera puedo pronunciar palabra porque ya me está empujando marcha atrás hasta el pasillo mientras me desabrocha los botones de la blusa—. E-espera. —La mente se me queda en blanco al sentir los dedos de Morris rozándome la piel mientras me quita la blusa y la deja caer en el pasillo.

¿Por qué parece más desesperado que yo? Las yemas de sus dedos dejan a su paso una llamarada de calor sobre mi piel, y me siento expuesta sólo con el sujetador. Pero entonces, sus dedos me alcanzan por detrás, me atraen hacia su cuerpo y oigo el suave chasquido del gancho de mi sujetador al desabrocharse.

Quiero protestar. La última vez que nos acostamos, estaba hasta arriba de feromonas. Esta vez soy más consciente de lo que pasa y el corazón me late como un tambor que no para de resonar en mis oídos.

Morris me quita el sujetador y, por instinto, muevo los brazos para cubrirme el pecho, pero él ya me está acunando las tetas. Suelto un pequeño jadeo cuando sus pulgares me acarician los pezones con movimientos circulares. La espalda me choca contra una puerta y todas mis protestas se acallan ante el calor que me recorre con una mera caricia suya.

¿Esta atracción ciega desaparecerá algún día?, me pregunto en voz baja, doblando los dedos sobre sus bíceps y clavándole las uñas en la piel a través de la camisa. Siento que una de sus manos pasa por mi cintura para abrir la puerta, y entonces me empuja de nuevo a una habitación poco iluminada, con los ojos desorbitados por el hambre. Parece que no he sido la única afectada por el prolongado período de tiempo transcurrido entre nuestros encuentros físicos. Cuando una hembra exuda feromonas, atrayendo a un compañero potencial, no pasan tiempo alejados el uno del otro. Que yo rompa esta regla es la razón por la que sufro tanto estos días. Mi lobo necesita contacto físico. Sin embargo, suele ser la hembra la que más sufre. Al ver a Morris tan alterado mientras me empuja sobre la cama, me siento vagamente sorprendida.

Mis pensamientos intrusivos desaparecen por completo cuando me quita los vaqueros y me

levanta las piernas hasta los hombros. Se me pone la cara roja cuando me doy cuenta de lo que está a punto de hacer. De alguna manera, todo esto es aún más embarazoso, estando él completamente vestido mientras que yo estoy tal y como viene al mundo y expuesta a él. Pero cuando su boca desciende sobre mi sexo húmedo, ya nada me importa. Suelto un gemido sonoro cuando veo la parte superior de su cabeza enterrada entre mis piernas. Cierro los ojos cuando su lengua me penetra.

Sus manos se clavan en mis caderas conforme mueve la lengua dentro de mí. Gimo sin aliento y me aferro a las sábanas. Noto cómo se tensan los músculos inferiores y, cuando me muerde con suavidad el clítoris, suelto un sollozo, perdiendo el control. Morris me lame, haciendo que los músculos se me estremezcan.

Cuando se retira, suelto un suspiro tembloroso. Pero aún no ha terminado, se dobla sobre sí mismo y presiona la boca contra la mía. Me saboreo en su lengua y gimo. A medida que profundiza el beso, siento cómo crece mi propio fuego. Quiero más.

Deslizo una mano por su camisa hasta llegar a sus pantalones y le desabrocho el cinturón. Su mano me detiene.

—¿Qué haces? —gruñe.

—Lo que quiero —hablo a pesar de mi timidez, dejando ver a mi lobo interior—. No puedes ser la única persona al mando de la situación.

Una expresión de diversión le cruza el rostro.

—¿Quieres estar al mando?

—Te quiero desnudo —Me encojo de hombros.

—Adelante, entonces. —Retira la mano para dejarme desabrocharle el cinturón y quitarle los pantalones. Mis dedos también se apresuran a quitarle la camisa, aunque me es difícil mantener las manos firmes cuando me observa con esa cara de satisfacción.

Me da igual lo que esté pensando. La última vez, fue él quien dirigió completamente el espectáculo, siempre en control. Ahora quiero cargarme su control. Quiero que se sienta tan enloquecido como me hizo sentir a mí.

Le empujo para que se tumbe de espaldas en la cama y bajo hasta que mi cara queda frente a su

miembro duro y sobresaliente. Se la recorro con los dedos de arriba abajo. La última vez que estuvo dentro de mí, casi me parte en dos. Tuvo que prepararme para ser capaz de recibir su polla. Esta vez tengo la intención metérmela en otro agujero.

Lo rodeo con la boca y él sisea. Cuando sus manos van a parar a mi cabeza, no se lo impido. No ejerce ninguna presión, casi como si esperara a ver qué pienso hacer. Se la chupo como si fuera una piruleta, con pasadas largas y húmedas. Es demasiado grande para metérmela entera en la boca y casi me entran arcadas cuando lo intento. Morris deja escapar una risa ronca y tensa.

—Vamos a tener que trabajar en tu reflejo nauseoso.

La sola idea de que me enseñe pacientemente a tragarme su polla me pone cachonda, y aprieto las piernas juntas, viéndome dominada por esa fantasía erótica. Morris debe de haberse dado cuenta de lo mucho que me excitan sus palabras, porque me empuja hacia atrás hasta que yo quedo de rodillas mientras él se sienta en la cama.

—Y cuando eso se te dé bien, te enseñaré a mantenerme la polla caliente. —murmura, apartándome un mechón de pelo de la frente.

Es una frase que ya le había oído antes, y que de hecho tuve que buscar qué era más tarde. Cierro los ojos y gimo ante la imagen mental de estar sentada bajo su escritorio, con su polla en la boca durante horas, sin moverme. Empiezo a notar el interior de mis muslos pegajoso. ¿Cuándo me he vuelto tan pervertida?

Muevo la cabeza arriba y abajo, intentando meterme cuanto puedo. Estoy decidida a volverlo loco y para ello creo un efecto de succión con la boca; para mi sorpresa, Morris vuelve a sisear.

—Veo que te guardas trucos bajo la manga. —Entrecierra los ojos, pero no me deja terminar, sino que me aparta de él y me estrecha en sus brazos—. Ya te has divertido. Probemos otra cosa.

Antes de que pueda pararle los pies, me sienta encima de él.

—¿Quieres tener tú el control? Pues cabálgame.

Casi se me para el corazón al ver su enorme polla tiesa entre nosotros. ¿Cómo voy a meterme eso dentro?

—¿Qué pasa? —El matiz burlón en su tono hace que apriete la mandíbula.

—N-nada —no consigo evitar que me tiemble la voz.

Trepo hasta quedar bien sentada en su regazo y hago palanca con sus hombros antes de empujarme lentamente hasta bajar hasta su polla. Cuando entra en mí el glande, suelto un sonidito. Poco a poco, voy bajando y los labios se me separan a medida que me llena cada centímetro. Clavo los dientes en el labio inferior mientras me hundo un centímetro más, intentando contener el gemido lascivo que se me agolpa en la garganta, pero Morris no lo permite. Me rodea la cintura con las manos y se empuja hacia arriba, llenándome por completo.

—¡Morris! —grito de la sorpresa, clavándole las uñas.

—Vamos —la voz le suena tensa—, cabálgame.

Lo intento, pero cuando voy a moverme, mis músculos internos lo aprisionan.

—Ah… —Un gemido me abandona, y odio lo indefensa que me vuelvo cuando estoy así con él.

—¿Qué pasa? —Sonríe—. Pensaba que estabas decidida a tomar tú las riendas.

Se me agita el pecho cuando lo intento de nuevo.

—Yo...

—Sólo tienes que pedirlo. —Me acaricia la mejilla.

Le fulmino con la mirada, pero cuando intento mover las caderas, siento que voy a hacerme añicos en un instante. Trago saliva me encuentro con su mirada.

—Hazlo tú.

—¿Que haga qué? —pregunta con inocencia.

—¡Ya sabes qué! —tartamudeo.

—Va a tener que ser más clara, señorita Hart —murmura, rozándome los labios antes de llevarse el lóbulo de mi oreja a la boca y chuparlo.

—Fóllame —susurro.

—Otra vez —dice con firmeza—. Más alto.

Cuando se pone así de dominante, mi cuerpo se calienta aún más.

—Fóllame —digo, ahora más alto.

La sonrisa que se dibuja en su rostro me hace pensar que quizá me haya metido en la boca del lobo. Cuando se mueve, lo hace a una velocidad que no puedo igualar. Me obliga a mirarle, moviéndose dentro de mí mientras yo reboto en su regazo y el pecho se me mueve al ritmo de sus embestidas. Se lleva un pezón a la boca y lo succiona, mientras me toquetea el otro.

Sintiéndome estimulada en exceso, me corro sobre su polla, pero él está lejos de haber terminado. Nos cambia de postura al instante, me tumba de espaldas en la cama y me alza las piernas, casi doblándome por la mitad, mientras su polla se acelera dentro de mí, llegando a lugares que no sabía que eran posibles. Mis gemidos se convierten en gritos y, cuando intento taparme la boca, me aparta la mano de un manotazo.

—Quiero oír mi nombre en tus labios.

Y eso mismo hago, grito.

Cuando Morris dijo que hoy se tomaría su tiempo, iba en serio.

Me siento al borde del desmayo cuando por fin colapso sobre la cama, sintiendo el cuerpo en carne viva de una forma deliciosa. No sé qué hora es, pero sí que han pasado unas cuantas horas, y se me cierran los ojos. Siento el brazo de Morris alrededor de mi cintura y su polla aún dentro de mí. En lugar de sentirme incómoda, me acurruco más contra él y me quedo dormida.

*** ***

Es el olor del beicon y huevos lo que me despierta. Gimo de dolor al rodar sobre mi espalda. Sé exactamente dónde me encuentro y sé, sin necesidad de mirar, que tengo moratones por todo el cuerpo.

—Cabrón —murmuro, con los ojos aún cerrados.

Sin embargo, cuando muevo las piernas noto que la pegajosidad ha desaparecido. Siento algunas partes del cuerpo humedecidas, como si alguien me hubiera limpiado con una toalla húmeda. Me siento agradecida porque, si me hubiera despertado pegajosa y asquerosa, probablemente me habría echado a llorar. Ni siquiera tengo fuerzas para darme una ducha.

Me esfuerzo por sentarme pasados unos momentos, la atracción que ejerce sobre mí la comida es demasiado poderosa. Ni siquiera me importa si la comida no es para mí. Siento como si llevara días sin comer. Justo en ese instante, se abre la puerta y entra Morris, que sólo lleva puesto un pantalón de chándal.

—Estás despierta —Me observa de arriba abajo, entrando en el dormitorio—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me estuviera muriendo. —Me envuelvo en la sábana, con los brazos rígidos.

Se acerca y me coge en brazos, con sábana y todo.

—Bueno, puede que el desayuno te ayude.

Mientras me lleva hacia la cocina, alzo la vista para mirarle.

—No sientes ningún tipo de remordimiento, ¿verdad? Estoy llena de moratones y marcas.

—¿Ah, sí? —Morris parece de lo más complacido consigo mismo por alguna razón.

—¡Sí! —Saco el brazo fuera de la sábana y casi le arreo un codazo—. ¡Mira esto!

—Podría ser peor —señala, encogiéndose de hombros.

—¿En serio? —Le fulmino con la mirada.

—Sin duda. —Asiente antes de dejarme con cuidado sobre el taburete de la cocina—. Quédate aquí.

Rodea la isla y se acerca a los fogones, donde hay varias sartenes, y empieza a emplatar el desayuno.

—¿Adónde iba a irme con sólo una sábana encima? —murmuro, sintiéndome malhumorada por todos estos dolores.

—Tu ropa está en la secadora. —Pone ante mí un plato repleto de beicon crujiente, patatas y huevos fritos.

Ni siquiera tengo la oportunidad de decir nada porque me pone delante otro plato lleno de panecillos de ajo con queso y salchichas cocidas. Casi se me salen los ojos de las cuencas al ver tanta comida junta.

—¿Cómo se supone que vamos a terminarnos todo esto?

—¿Terminarnos? —Morris parpadea—. Esto es para ti. Lo mío está en el horno.

Abre el horno caliente y saca unos cuantos platos. Es la misma comida, pero en mayor cantidad aún. No se me pasa por alto que guardara para mí la comida más fresca, es un detalle que me calienta el corazón mientras empiezo a comer. El beicon está sazonado a la perfección y tan crujiente que me entran ganas de llorar.

—¿De verdad has preparado tú esto?

—Sé cocinar. —Morris pincha una salchicha con el tenedor antes de darle un mordisco. Come un poco más antes de añadir—: Cuando me fui a la universidad a otro estado, sabía poco más que hervir agua, así que acabé apuntándome a unas clases de cocina.

Mastico el panecillo antes de cerrar los ojos.

—Esto tiene que ser comprado.

—Siempre hago mi propio pan.

Me lo quedo mirando durante un minuto entero antes de bajar la vista a mi plato.

—No sé qué decir —respondo—. O sea, yo sé cocinar, pero no a este nivel.

—Puedo enseñarte la próxima vez que vengas.

Parece un comentario sin importancia, pero se me aprieta el pecho. Esto no me parece una relación puramente física. Me cocina, se ofrece a enseñarme y parece que ya ha hecho planes para que vuelva.

No es que odie este sentimiento que crece en mi interior. Pero tengo miedo. No quiero señalar que sus actos y sus palabras anteriores se contradicen. La pequeña brasa de esperanza que se enciende poco a poco en mí quiere que mantenga la boca cerrada.

Me ocupo la boca llenándomela de comida.

—Está todo muy bueno, gracias, pero no creo que pueda terminármelo todo.

—Ya has perdido demasiado peso —intercede Morris bruscamente—. Apenas te veo comer

nada.

—¡Pues sí que como! —Levanto la cabeza, indignada—. No asumas porque estoy delgada no como...

—Has perdido peso desde que te conocí, Aisha —dice con tono seco—. Nunca he visto a un lobo cambiaformas perder peso como tú. En parte tiene que ver con las pastillas para las feromonas, pero no es la única razón.

Hago una mueca.

—Tú no sabes nada. Es solo que soy muy especial para comer.

—Ya, ya me he dado cuenta —Morris mira con intención los platos que tengo delante. He tomado un poco de todo—. Espero que ganes algo de peso en los próximos meses.

—¿Que esperas qué? —repito, mirándole boquiabierta—. No creo que estés en posición de decirme lo que tengo que hacer.

Morris resopla por la nariz ante mi tono.

—Es una orden, pero nace de la preocupación. Estás peligrosamente por debajo de tu peso para ser una loba cambiaformas, Aisha. Si no ganas algo de peso, empezarás a tener problemas cuando cambies. Tienes clase conmigo tres veces a la semana por las mañanas. Si no tienes el desayuno a mano cuando te presentes en mi aula, voy a empezar a llevártelo yo mismo delante de todos.

Me pongo tensa.

—No te atreverías.

—¿Quieres ponerme a prueba? —Levanta la mirada para encontrarse con la mía, con una expresión mortalmente seria.

Le miro fijamente, boqueando como un pez.

—¿Po-por qué te importa siquiera?

—Me importa y punto. —Se encoge de hombros—. Ahora termínate el desayuno.

Quiero pelearme con él por esto, pero entonces desvío la mirada hacia el reloj de pared. Se me abren los ojos de par en par cuando veo la hora.

—¡Mierda, se me ha hecho tarde! ¡Tengo que ir a recoger a Harry!

Olvidándome de la sábana que me envuelve, me deslizo para bajarme del taburete y la dejo caer al suelo. La sábana se me enreda en los pies y Morris tiene unas vistas en primera plana de lo que pudo catar anoche. El calor y el hambre se refleja en su expresión, pero antes de que pueda, horrorizada, recuperar la sábana, él ya se ha hecho con ella y la está doblando.

—Voy a por tu ropa. Termina de desayunar y vamos a recoger a tu hermano.

Observo cómo se marcha con la cara colorada. ¿Se supone que debo terminarme el desayuno desnuda?

*** ***

Morris insiste en llevarme al colegio porque los autobuses llegan tarde en su zona. No sé cómo es posible que lo sepa, ya que, según él mismo ha reconocido, va en coche a todas partes.

Todavía estoy mortificada por el incidente de antes. Me trajo la ropa, pero parecía estar riéndose de mí cuando me eché a correr a su habitación para cambiarme. No me cabe duda de que disfrutó de mi incomodidad. ¡Capullo! No entiendo a este tío ni un poco.

Para cuando llegamos al colegio, veo el autobús ya aparcado en la acera y a los alumnos bostezando mientras caminan hacia sus padres, que han venido a recogerlos. Harry debe de haber captado mi olor porque corre hacia mí antes de lanzarse a mis brazos, algo muy raro en él, siendo un preadolescente y todo eso.

—¡Hueles a beicon, Aisha! ¡¿Nos has comprado beicon?!

Disfruto del abrazo mientras dura. Sé que no se siente cómodo estando tan lejos de mí durante la noche, pero también tenía muchas ganas de esta excursión.

—Lo siento. —Le sonrío—. ¿Te lo has pasado bien?

No me contesta, está demasiado ocupado mirando a Morris, que espera de pie junto al asiento del conductor. Le lanza una mirada extraña y abre la boca antes de cerrarla de golpe y volver a mirarme.

—Vámonos a casa —dice con voz más calmada. Por alguna extraña razón se ha olvidado por completo del beicon.

Morris nos lleva a casa y Harry, que suele mostrarse de lo más parlanchín con mis pocos amigos, se queda callado y se dedica a mirar por la ventanilla. No deja de lanzarle miraditas a la nuca de Morris y a mí, pero cada vez que ve que le sorprendo mirándonos, aparta la vista de inmediato. Para cuando llegamos a casa, parece más que disgustado.

Morris nos deja en la entrada del edificio y espera a que entremos dentro antes de marcharse.

—¿Va todo bien? —Miro a mi hermano, que tiene una expresión hosca en la cara—. No le has dicho ni hola a mi amigo.

—No es tu amigo —murmura él—. Es tu novio. Me mintió.

—Espera, ¿qué? —Parpadeo un par de veces—. ¿De qué estás hablando? ¿Cuándo te ha dicho Morris nada?

Harry me mira de reojo.

—Aquella mañana, en la biblioteca. Me dijo que era tu amigo.

Por un momento, todo mi mundo se paraliza.

El portátil, la redacción, el desayuno… ¡¿Eso fue todo obra de Morris?!

CAPÍTULO 14

Aisha

No es difícil encajar las piezas.

Aquella noche en la biblioteca había estado a punto de tirar la toalla y dejarlo todo. Había despreciado a Morris con cada fibra de mi ser. Por eso nunca se me había ocurrido, ni siquiera de pasada, que pudiera haber sido él quien me ayudó a terminar el trabajo, quien me regaló un portátil nuevo y nos trajo algo de comer. El trabajo tenía unas cuantas páginas y yo acababa de terminar el borrador. Él se las había apañado para recopilar todos mis apuntes y mi borrador y preparar una redacción así de rápido.

Ahora que lo pienso, tiene sentido que fuera Morris. Es el único, aparte de mis compañeros de trabajo en el restaurante, que sabía lo que era yo. Abrió las ventanas mientras trabajaba a mi lado para que su olor no perdurara, y lo más probable es que llevara guantes como medida de precaución adicional.

Pero, ¿por qué haría todo eso? La gente no va por ahí comprándole portátiles caros y modernos a cualquiera. Y yo soy aún menos que una persona cualquiera desde que se empeñó en que nuestro acuerdo para acostarnos no sobrepasara los límites físicos.

Poso la vista en Harry mientras juega en los columpios. Le he preguntado sobre lo que pasó aquella noche en la biblioteca y, según él, Morris apareció de madrugada y escribió mi trabajo en su propio portátil. Le dio algo de comer a mi hermano antes de que se quedase dormido con el empacho. Harry pudo intuir que Morris era un lobo cambiaformas, y uno muy poderoso, además. Según la lógica infantil de mi hermano pequeño, guardaba el secreto de Morris porque no quería que me enfadara con el «único amigo normal que tenía».

No puedo enfadarme con él porque no conoce la realidad que me atormenta. Sólo intentaba ser un buen hermano conmigo. Esbozo una sonrisa al pensarlo, pero se desvanece enseguida al darme cuenta de las implicaciones de las acciones de Morris. Él estaba en la clase aquel día en que mis compañeros se habían burlado sin cohibirse de mi portátil, que apenas funcionaba. Había refunfuñado por el ruido, pero no creía que realmente hubiera estado prestando atención o que,

de haberlo oído, hubiera encontrado sus pullas divertidas. Nunca había pensado que me compraría un portátil, y encima de una gama tan alta.

—Hola, Aisha. —Levanto la vista y veo a Jojo acercándose a mí.

—¿Qué haces aquí? —Me enderezo, sorprendida de verlo.

Él parece contento de verme.

—Estaba cuidando a los gemelos de mi hermana y querían venir al parque. Viven cerca de aquí. ¿Tú estás con Harry?

Asiento, señalando con la cabeza hacia donde Harry está subido de pie en uno de los columpios de una forma que los humanos considerarían temeraria. Parece que se lo está pasando en grande.

—¿Te importa si me siento contigo? —Como siempre, Jojo es la viva imagen de la cortesía.

—Claro que no. —Le hago sitio y él se acomoda a mi lado.

Fija la vista en dos niñas de pelo oscuro que no pueden tener más de siete años, que están subidas a las barras.

—Qué niñas más monas —comento, observando cómo se cuelgan de las barras.

—¿Verdad que sí? —Sonríe él—. Mi novia quiere tener hijos algún día. Será una madre muy buena.

Le miro de soslayo.

—¿Ya habláis de tener hijos? ¿No tenéis diecisiete años?

—Sí —esboza una sonrisa amable—, pero tengo claro que es el amor de mi vida. Sinceramente, de no ser por este nuevo trabajo, quizá nunca habría podido empezar a ahorrar para comprarle un anillo de compromiso. Mi plan es pedirle matrimonio en nuestra graduación.

Parece bastante contento con su plan, así que me limito a sonreír.

—Me alegro de que hayamos acabado trabajando en el mismo sitio. Fue una feliz coincidencia.

Sin embargo, en lugar de darme la razón, Jojo me lanza una mirada nerviosa. Le estudio con

atención.

—¿Qué pasa?

—N-Nada.

Pero a Jojo nunca se le ha dado bien mentir.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —Frunzo el ceño.

—No es nada —insiste, pero por la forma en que aparta la mirada, sé con certeza que oculta algo. Pero no sé qué es.

—No me mientas, Jojo. —Arrugo aún más el ceño—. ¿Qué pasa? Escúpelo.

Cuando levanta la vista para mirarme, yo lo observo con fijeza y empiezo a encajar las piezas en mi cabeza. Es extraño que hayamos acabado los dos en el mismo sitio, ya que el restaurante no tiene a más personal humano que Jojo. Entonces, ¿por qué contratar a un humano?

Empezó allí unos días después que yo.

—Jojo —empiezo despacio—, ¿cómo hemos acabado los dos en el mismo sitio?

—No puedo decirlo. —Aprieta los labios:

—¿No puedes o no quieres? —pregunto con frialdad.

—Le prometí que no diría nada —murmura—. No me gusta romper mis promesas, Aisha.

—Sí, bueno, pues esto es una excepción —digo tajante—. Ni siquiera les envié mi currículo. Me llamaron ellos y ya.

—Lo sé —dice lentamente, bajando la mirada—. Yo... el Sr. Wolfguard dijo que no debería contártelo...

—¿El Sr. Wolfguard? —Parpadeo, sorprendida—. ¿Qué tiene que ver Morris con esto?

Jojo hace un gesto de dolor.

—¿Recuerdas la noche que dejé nuestro antiguo trabajo? Bueno, robé tu expediente de empleada

porque sabía que el Sr. Randall y Bond planeaban presentarse en tu casa. El Sr. Wolfguard estaba allí y escuchó la conversación. Me localizó y me dijo que era amigo tuyo. Estaba preocupado por ti y dijo que te conseguiría otro trabajo. Más tarde, recibí una llamada suya y me dijo que me había conseguido un trabajo en el mismo lugar que tú y que, a cambio, quería que te vigilara y le avisara si ocurría algo. —Jojo me lanza una mirada de disculpa—. No pretendía ocultarte nada de esto, Aisha. Es sólo que el señor Wolfguard da un poco de miedo y no quería perder el trabajo. Además, parecía muy preocupado por ti, y no me dio la impresión de que tuviese malas intenciones.

La mente se me queda en blanco.

—¿Fue Morris quien me consiguió el trabajo?

Pero eso fue poco después de conocernos. De hecho, ahora que lo pienso, recuerdo lo que me dijo mi jefe, George. En aquel momento, me había parecido raro, pero había ignorado lo absurdo de la exigencia. Había querido que retomara las clases en la universidad.

Agacho la cabeza, recordando aquellos días. Había sido poco después de mi primer enfrentamiento con Morris tras presentarme unos minutos tarde a su clase. Me había acusado de intentar seducirle por orden de su padre simplemente porque había exudado feromonas cuando nos conocimos. Me había amenazado con ponerme un cinco raspado en su clase, con lo que me habría fastidiado la beca. Había pasado días enteros angustiada por culpa de aquel hombre. Había sentido como si todo mi mundo se viniera abajo, y él había sido el único responsable de todo. Cuando por fin conseguí un trabajo con mejor horario y un sueldo increíble, sentí que el universo por fin me sonreía. Después del incidente con Amanda, cuando destruyó todo mi duro trabajo junto con el único portátil que tenía al echarle agua, alguien había dejado un portátil para mí en la biblioteca y había terminado el trabajo y, una vez más, sentí que el universo estaba de mi parte.

Pero no había sido cosa del universo. Había sido Morris, el hombre al que odiaba con cada fibra de mi ser.

De repente, se me pasa algo por la cabeza. Recibí ese portátil el mismo día en que Amanda y su colega lo destruyeron. La única forma en que Morris pudo haberse enterado es si…

Poso la vista en un JoJo de rostro sombrío.

—¿Cuánto le has estado contando? —pregunto despacio.

Jojo se estremece.

—Le enviaba un mensaje si alguien te molestaba o si pensaba que estabas pasando por un mal momento.

Miro fijamente al chico, sintiéndome inquieta.

—Eso es una invasión extrema de mi intimidad, Jojo. Aunque tus intenciones fueran buenas, toda esta situación me hace sentir que no puedo confiar en ti.

Se le decae la expresión, consternado.

—No era mi intención hacerte daño, Aisha. Creía que el señor Wolfguard quería ayudarte de verdad. ¡Sólo intentaba ayudarte!

Le estudio antes de murmurar.

—Sé que sí, pero las cosas entre Morris y yo son complicadas, y lo que me acabas de contar las ha complicado aún más.

—Lo siento, Aisha. —Baja la mirada con pesar.

—No estoy enfadada contigo. —Le dedico una pequeña sonrisa—. No mucho, al menos. Pero ahora tengo que resolver este asunto.

Porque, hasta ahora, había visto a Morris como el villano de mi historia, el que me estaba fastidiando la vida a propósito. Todo este tiempo, me había empeñado en construir una imagen negativa de él en mi cabeza, y ver cómo ahora todo se derrumba ante mis ojos me hace sentir tonta e insegura.

Fue él quien insistió tanto en que las cosas entre nosotros no fuesen más allá de lo físico. Ya estaba bastante confundida por la forma en que me había estado tratando últimamente, y hasta empezaba a caerle bien, a pesar de mis recelos. Saber que, durante todo este tiempo, ha sido él quien me ha estado ayudando entre bastidores me hace sentir fatal, aunque el corazón también me late un poco más rápido de lo normal.

De repente, se me abre una nueva perspectiva al recordar los pequeños detalles que me habían parecido inquietantes y extraños, así como sus preguntas inquisitivas. No obstante, sigo sin entender cuáles son sus intenciones. ¿Le importo? ¿O es sólo su forma de ser habitual?

El corazón me da un vuelco. Desvío la mirada hasta el otro lado del parque, donde se encuentra Harry, mientras la mente me va a mil.

Tampoco soy de piedra. La amabilidad ocasional de Morris y la forma en que ha empezado a tratarme ya habían provocado que empezase a bajar mis defensas ante él. Siendo conocedora de todo esto, tengo que admitirme a mí misma que hay algo ahí, algo que he estado tratando de ignorar. He sido yo la que se ha mostrado hostil, la que no ha confiado en él. Ha tenido muchas oportunidades para aclarar la imagen errónea que tengo de él, pero nunca lo ha hecho. ¿Por qué?

—¿Aisha? —Jojo parece vacilante y yo suspiro, hundiendo la cara entre las manos.

—No pasa nada. Estoy bien.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Debo hacerle saber a Morris que estoy al tanto de todo lo que ha hecho por mí hasta ahora? ¿Debería guardármelo para mí y enfocar lo que hay entre nosotros con una mente más abierta?

—Qué complicado es esto —gruño de repente, levantando la cabeza y frunciendo el ceño en dirección al parque.

—Eh…

—¡No digas nada, Jojo! —ladro, y él se viene abajo. Cierro los ojos un segundo antes de volver a abrirlos y encontrarme de frente con su mirada—. Lo siento. No pretendía...

Él sacude la cabeza, con aire arrepentido.

—No, tienes motivos. No debería haber confiado tan fácilmente en el Sr. Wolfguard. Debería habértelo contado.

—Sí —coincido antes de apretarle la mano con la mía—, pero entiendo que solo intentabas ayudar. Solo que... a partir de ahora, asegúrate de hacerme saber si alguien intenta obtener información sobre mí.

—¡Lo haré! Lo prometo —asiente, serio.

Le sonrío antes de que las dos niñas vengan corriendo hasta nuestro banco y le agarren de las manos para tirar de él. Las sobrinas de Jojo son unas niñas encantadoras, ruidosas pero monas. Veo cómo arrastran a su tío más allá de la esquina del edificio que hay al otro lado del parque.

Preocupada por mi propia situación, reflexiono sobre qué hacer. Tengo otras responsabilidades rondándome la cabeza, una de ellas es el trabajo que debo entregar para la clase de Morris. Clyde no está colaborando en nada y tengo la sensación de que tendré que encargarme de la redacción yo sola. Ya me ha plantado dos veces en la biblioteca y no tengo pensado que haya una tercera.

A Morris ya no le caía bien de antes y se opuso a que trabajáramos juntos, así que no puedo hablar con él. Además, hablar con Morris de sus clases fuera de la universidad me parece un poco raro. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Preguntarle qué hacer con el trabajo mientras me tiene doblada sobre la cómoda con su polla dentro de mí?

Noto cómo se me acalora la cara ante esa imagen mental y, cuando mi hermano se acerca corriendo, me pregunta por qué estoy tan roja. Lo arrastro de vuelta a casa, preguntándome qué hacer con el tema del trabajo. Apenas he doblado la esquina de mi calle cuando el teléfono me empieza a sonar y mis ojos se posan en un llamativo coche rojo, que está aparcado justo en la entrada de nuestro edificio. No es el coche lo que me llama la atención, sino el hombre está apoyado en él, con la vista fija en su móvil.

—¿Clyde?

Clyde aún está a una buena distancia de mí, pero debe de haberme oído porque gira la cabeza en mi dirección. Se pone recto y levanta la mano para saludarme mientras cubro la distancia que nos separa.

—¿Quién es este? —Le sonríe a Harry, que frunce el ceño.

Sorprendida por la inusual hostilidad de mi hermano, le doy un codazo.

—Sé educado —siseo. Cuando no responde, añado yo—: Este es Harry, mi hermano pequeño. ¿Qué haces aquí, Clyde?

—Vaya, qué mono eres —le dice a mi hermano a modo de saludo.

—Tengo once años —responde Harry malhumorado, antes de mirarme—. ¿Podemos entrar ya?

Sigo dándole vueltas a su respuesta, pero me queda claro que está de mal humor, así que le doy las llaves.

—Toma.

Le lanza una última mirada airada a Clyde antes de entrar en el edificio. Preguntándome por qué ha actuado de forma tan extraña, observo cómo desaparece de mi campo visual antes de volver mi atención a Clyde.

—Buenos, ¿vas a responder ahora a mi pregunta?

—¿Qué pregunta? —Me sonríe él.

—La de que estás haciendo aquí. Para empezar, ¿cómo me has encontrado? No recuerdo haberte dicho dónde vivo.

Noto los ojos tensos por la sospecha, pero Clyde se limita a esbozar una sonrisa encantadora.

—Tengo mis métodos y, antes de que te enfades conmigo, déjame decirte que no tenía otra opción. Has estado de bastante mala hostia conmigo y tenía que conseguir que hablaras conmigo.

—He estado ocupada con nuestro trabajo —replico, molesta—. Sabes de lo que te estoy hablando, ¿no? Ese trabajo que se supone que tenemos que hacer juntos, el mismo por el que me has dejado plantada en la biblioteca varias veces.

Él compone una mueca de dolor.

—Lo siento.

—Seguro que sí —resoplo. No le creo ni por un segundo. Cada vez que he intentado ponerme en contacto con él, estaba con alguna chica diferente, a juzgar por la risa provocativa que se escuchaba de fondo.

Clyde no tenía pinta de mujeriego. Averiguar que sí me ha dejado un extraño sabor de boca.

—Tengo que irme. —Me giro para entrar cuando me agarra de la muñeca, deteniéndome con voz suplicante.

—Tú sólo escúchame, ¿vale?

Veo que algunos de mis vecinos de la calle de enfrente me observan y me pongo tensa.

—Suéltame, Clyde —digo tranquilamente, con un tono peligroso— o te voy a dar un rodillazo en un sitio que te duela de verdad.

Me mira dubitativo, pero debe de haber visto en mi expresión lo en serio que voy porque me suelta lentamente la muñeca.

—Vale, lo siento. Pero, ¿puedes escucharme al menos?

Quiero largarme, pero sé que va a montar un numerito, así que suspiro.

—De acuerdo. Hay una cafetería a la vuelta de la esquina, podemos hablar ahí.

No protesta, sino que se limita a abrirme la puerta del copiloto, le echo un vistazo a los vecinos curiosos antes de subirme sin decir palabra. El trayecto es breve, no tardamos ni un minuto, y Clyde escoge una mesa en la terraza. Nos pedimos dos cafés solos y me cruzo de brazos sobre el pecho.

—Me has dejado plantada porque estabas muy ocupado pasándotelo bien, Clyde. No sé cómo pretendes justificar eso.

Entrecierro los ojos, esperando que me cuente alguna excusa cutre. Para mi sorpresa, se limita a bajar la mirada.

—Lo siento. Me entretuve con algunas cosas y tampoco es que me haya tomado nunca los estudios muy en serio. No era consciente de la seriedad con la que tú te tomarías lo de conseguir nota. Sé que tienes una beca y todo eso, y no quiero ponerla en peligro. Mira, estoy dispuesto terminar el trabajo yo solo como disculpa, y tú puedes echarle un vistazo antes de entregarlo.

Su expresión es abatida y su disculpa parece sincera, aunque no explique por qué me ha estado dejando plantada. Si no tenía pensado esforzarse, ¿por qué seguía haciendo planes para quedar conmigo en la biblioteca? Ya tengo muchas cosas en la cabeza y no quiero que esto también me ocupe espacio.

—No me importa —suspiro, por fin—, pero el trabajo ya está hecho al cincuenta por ciento. Es imposible que puedas terminarlo tú solo y hay que entregarlo esta semana. Le diré a mi vecina que cuide de Harry y tú y yo podemos irnos a la biblioteca. —Me termino el café antes de fulminarle con la mirada—. ¡Pero si vuelves a hacer alguna tontería, te juro que te hago papilla!

Clyde me sonríe con timidez.

—No voy a hacer nada. Pensaba que tendría que arrastrarme mucho más.

—No tengo paciencia para tal cosa —respondo con cinismo—. Arreando.

*** ***

Maddie está más que encantada de cuidar de Harry, y yo me aseguro de haber cogido las llaves antes de marcharnos a la biblioteca.

No mentía cuando dije que el trabajo estaba solo medio hecho. Aún queda mucho por hacer, como investigar y estudiar las diapositivas de las conferencias y los libros de consulta. Por suerte, Clyde es lo bastante vago como para no querer esforzarse, pero también es increíblemente inteligente. Intento no sentirme demasiado molesta por lo fácil que le resulta todo esto. Son las once de la noche cuando termino de compilar nuestro primer borrador.

—No te preocupes por lo de pasarlo a ordenador. —Clyde me quita las hojas y bosteza—. Ya me encargo yo. Tú ya has hecho más que suficiente. Además, nos quedan dos días.

Ya siento me duelen los dedos.

—Bien, pues hazlo tú. —Me recuesto en el asiento—. Me alegro de que hayamos terminado.

—¿Quieres celebrarlo? —Me guiña un ojo, recogiendo sus cosas—. Podemos ir a por unas birras.

El alcohol humano no tiene el mismo efecto en mi especie que en los humanos. Y no me gusta el sabor de la cerveza.

—Va a ser que no. —Estiro las manos sobre la cabeza—. Beber no me va.

Una sonrisa malvada se dibuja en el rostro de Clyde.

—Mi padre ha conseguido algo muy especial importado de Rusia. Tengo una botella en el coche. ¿Por qué no vamos al parque a probarlo? Te garantizo que te gustará. —Cuando dudo, hace una mueca—. Venga, no seas aburrida, Aisha. Vive un poco.

Me pongo rígida.

—No soy aburrida.

—Claro que no —responde burlón—. Lo único que haces es ir a clase, trabajar, estudiar, dormir

y otra vez lo mismo. ¿Nunca has querido pillarte un buen pedo? Venga, ¡hagámoslo!

Abro la boca para rechazar su oferta, pero las palabras no me salen de la boca. No se equivoca. Llevo una vida aburrida, pero eso es porque, a diferencia de Clyde, tengo un montón de responsabilidades sobre mis hombros. No tengo nada de lo que avergonzarme. Entonces, ¿por qué estoy dudando?

Puede que tenga mal genio de vez en cuando, pero suelo ser una persona muy cuidadosa. Siempre he tenido que serlo. Nunca he salido a tomarme unas copas ni he sido irresponsable. Nunca he actuado acorde a mi edad, siempre he tenido que ser una adulta que tomaba decisiones inteligentes para sobrevivir. Las palabras de Clyde me hacen sentir molesta y nostálgica a la vez. No creo que pase nada por pensar en mí un rato.

Miro el reloj. Harry ya estará dormido a estas horas.

—Supongo que todo es probar —murmuro finalmente.

La cara de Clyde se descompone en una enorme sonrisa.

—¡Eso es!

Recogemos nuestras cosas y nos dirigimos al bosque que hay a unas manzanas de la biblioteca del campus. Parte del bosque se ha convertido en un parque, pero, como es casi medianoche, está vacío. Encontramos un banco cerca de un estanque y Clyde se saca de la mochila dos vasos de plástico y una botella de cristal grueso. Parpadeo al ver el contenido. Nunca había visto un vino tan brillante y colorido. La botella parece de lo más normalita, pero el líquido que contiene es precioso.

—Se llama Moonshade —me explica con orgullo—. Es un vino muy singular. Sólo hay tres bodegas en todo el mundo que lo produzcan. Es más caro incluso que el vino más añejo.

Le dirijo una mirada dubitativa.

—¿Seguro que no pasa nada porque nos bebamos esto?

—Venga. Hasta el fondo. —Se ríe entre dientes.

Ya ha servido un vaso para cada uno y le doy un sorbo. El sabor me hace cerrar los ojos brevemente. Es dulce y tierno a la vez, lo saboreo.

—Está muy bueno. —Abro por fin los ojos, sorprendida. Me lo bebo todo y él me rellena el vaso inmediatamente. Después del segundo, empiezo a sentirme un poco mareada, pero Clyde también está bebiendo, y hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien y me relajaba tanto. Así que, cuando me sirve otro vaso, no le detengo.

Nunca me había sentido así. No puedo parar de reírme de todo lo que dice Clyde.

En algún momento, le suena el teléfono y se aleja a trompicones para contestar. Me relleno otra vez el vaso antes de apurarlo y dejarlo a un lado con un sonoro golpe. Saco mi propio móvil y marco un número que no me resulta muy familiar.

Suena dos veces antes de que alguien lo coja.

—¡Eh! —Me río por el altavoz—. ¡Has contestado! No pensé que fueras a hacerlo.

Se produce un breve silencio antes de que hable con tono desconcertado:

—¿Aisha?

Frunzo el ceño.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Porque tengo tu número. —Morris parece confuso—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me vuelvo a reír.

—¿Sabes?, te haces el duro y el borde, pero en realidad eres un trocito de pan, ¿verdad que sí?

—Aisha —la voz le suena tensa por alguna razón—. ¿Estás borracha?

—Puede. —Sonrío—. Sólo un poquito.

—¿Dónde estás?

—No tengo que decirte nada —resoplo—. No eres mi dueño.

—Dime dónde estás. ¿Estás sola? —exige saber insistentemente.

—¡Claro que no, tonto! —Sacudo la cabeza, divertida—. ¿Por qué iba a beber sola?

—Quédate dónde estás —dice con voz dura—. Voy a buscarte.

—No. —Hago una mueca. —¡Nos aguarás la fiesta con esa actitud de cascarrabias!

La llamada se corta. Miro fijamente el teléfono, parpadeando. ¿De verdad acaba de cortarme? ¡Qué borde es!

—¡Aisha! —Clyde tropieza hacia mí, sonriendo.

—Necesitamos más de esto. —Levanto la botella.

—¿Deberíamos ir a robar un par de botellas del alijo de mi padre? Nunca lo sabrá.

—Terminemos esta primero —digo con una sonrisilla.

La voz en mi cabeza que debería estar gritándome está sospechosamente callada, y no presto atención a su ausencia.

Tardamos otra media hora en acabarnos la botella entre los dos, y Clyde enlaza su brazo con el mío mientras avanzamos medio a trompicones hacia donde está aparcado su coche. Me abre la puerta del copiloto y casi me caigo de bruces antes de enderezarme, aullando de risa todo el rato. Clyde tampoco para de reírse. Cierra la puerta de golpe y se dirige al lado del conductor. Está a punto de subirse cuando abren mi puerta de un tirón. Alguien mete la mano dentro, me agarra de la muñeca y tira de mí del asiento hacia un pecho muy firme.

Me pitan los oídos y levanto la vista, solo para encontrarme con la mirada cabreada de Morris.

CAPÍTULO 15

Morris

Si hubiera podido elegir al hombre que me engendró, Chris Wolfguard no habría estado ni entre los candidatos. Sus ojos grises me estudian con una frialdad penetrante e, incluso ahora que soy adulto, no puedo ocultar por completo el escalofrío de repulsión que me recorre ante la idea de estar emparentado con él.

Él es la razón por la que decidí dedicarme a la enseñanza. Quería romper todos los lazos posibles que me uniesen con él. Sin embargo, sigue teniendo la mayor baza contra mí, y la esgrime a su antojo. Así es como me hizo volver a Portland. He intentado evitarle desde entonces, pero ni siquiera yo puedo ignorar una citación del alfa.

Le están saliendo canas y parece cansado, pero sus ojos siguen siendo tan agudos como siempre, y sé que no piensa renunciar a su trono. Aunque acabe convirtiéndome en el alfa, Chris seguirá entre bastidores, utilizándome como una marioneta. Tiene una de mis mayores debilidades bajo su control y ni siquiera como alfa podría hacer nada al respecto.

—No tengo tiempo para tus ridiculeces —dice mi padre con frialdad—. Ya es hora de que te hagas cargo del negocio familiar. Ya te he presentado a varias mujeres. Toma a una compañera y deja ese hobby tuyo de la enseñanza. El heredero de la manada Wolfguard no puede andar perdiendo el tiempo como profesor universitario.

—Y yo ya te he dicho —replico— que no tengo ningún interés en hacerme cargo del negocio familiar. Tú lo llevas muy bien.

Mi padre me fulmina con la mirada.

—¿Esperas que siga siendo el alfa cuando sea un anciano? Te engendré para ese mismo propósito. Es para lo único que Teresa ha sido útil.

Mis ojos se entrecierran.

—No quiero oír el nombre de mi madre en tu boca.

—No me complace pronunciar el nombre de esa inútil —bufa él.

Aprieto los puños, la rabia me invade. Dirijo la mirada hacia la mujer que descansa en el sofá, vestida con nada más que un camisón. Su falta de prendas decentes ya no me molesta. Lleva siendo así desde el momento en que mi padre la trajo a casa, después de que mi abuelo materno se la regalase a él y a mi madre como regalo de bodas.

Ella suspira, recostándose contra el sofá con una sonrisa burlona en los labios.

—Cariño, no entiendo por qué te empeñas tanto en obligar a Morris a heredar el negocio familiar cuando James está dispuesto y está perfectamente capacitado para hacerlo.

—James es mi yerno, Ellie. No puede heredar el negocio familiar. Y es inaudito que el marido de mi hijastra se convierta en el alfa.

Ahora es mi turno de mirar con desprecio a la amante de mi padre, disfrutando de la forma en que los labios se le crispan de rabia y su expresión se endurece. A pesar de lo mucho que mi padre la mima, al final Ellie no deja de ser su amante, y la mujer a la que mi padre llama su hija no está emparentada con él. No puede engendrar un hijo con una mujer que no sea su compañera predestinada.

Por desgracia, eso significa que Ellie no dejará de intentar hacerle cambiar de opinión.

—Sabes que Lucy odia que la llames hijastra. —Baja las pestañas, haciendo un mohín—. Te considera su verdadero padre.

No me sorprende que la expresión de mi padre se suavice.

—Por más que así sea, Morris es quien está destinado a convertirse en el próximo alfa. Y es hora de que empiece a entender sus responsabilidades. —Esta última parte va dirigida a mí, con tono duro. Arroja un expediente sobre el escritorio—. Te he concertado una cita con una joven hija de otra familia acaudalada de cambiaformas. Son ricos y además están dispuestos a afiliar nuestras empresas mediante una alianza matrimonial. Te encontrarás con ella esta noche en el Hotel Breetz para cenar. También os he reservado una habitación.

Resoplo por la nariz.

—He visto lo que te gusta, padre. No, gracias.

—No es una petición —dice con frialdad.

—Y yo no soy tu marioneta dispuesta a irse a la cama con una mujer sólo porque tú me lo ordenes —respondo con el mismo tono frío.

Chris se pone de pie con expresión furiosa.

—¡¿Te atreves a desafiarme?! ¿Sabes lo que le puedo hacer a...?

—Amenazarme no te va a funcionar con esto —aseguro con frialdad—. No olvides que mi abuelo materno sigue vivito y coleando. Ni siquiera tú puedes negarle ver a su propia hija.

La expresión de mi padre se tensa.

—Irás a esa cita o descubrirás que tengo otras formas de castigarte.

Estoy a punto de contestarle algo borde, pero me muerdo la lengua cuando se me pasa una idea por la cabeza. Me he esforzado mucho por ocultar la presencia de Aisha. Si le aprieto demasiado los tornillos a mi padre, podría empezar a investigar mis actividades diarias y no puedo dejar que le ponga las manos encima a Aisha. A Chris Wolfguard no le importa mancharse las manos de sangre para conseguir lo que quiere.

Aprieto los labios formando una línea.

—Iré a encontrarme con esa mujer, pero ya puedes olvidarte de lo de la habitación.

El triunfo que veo en su mirada me enferma. Sé lo que está pensando. La mayoría de las mujeres con las que me ha obligado a quedar me han echado algo en la bebida para que me muestre más maleable. O lo han dado todo para seducirme.

La experiencia me ha enseñado a no comer ni beber en la misma mesa que ellas. Por desgracia, las mujeres que Chris cree que encajan bien conmigo no son mi tipo en absoluto. No me gusta que parezcan modelos con rasgos perfectos y risas falsas. Las prefiero como Aisha, con sus curvas y sus ojos brillantes que, la mayoría de las veces, están llenos de sospecha.

Parpadeo, desconcertado, al darme cuenta de lo que estoy pensando. ¿Desde cuándo considero a Aisha mi tipo?

Mi padre me está diciendo algo, pero yo estoy ocupado pensando en algo mucho más importante. Me largo sin más, ignorando su airada petición de que vuelva. Bajo la mirada hasta el expediente que tengo en la mano y que he cogido al salir. Aprieto la mano y suelto un silbido. Odio tener que hacer estas cosas.

La única razón por la que mi padre pudo hacerse con el trono del alfa fue porque se apareó con mi madre. Mi abuelo materno tenía su propio negocio de importación y exportación, además de otras muchas empresas de éxito. Cuando se retiró, le cedió las riendas a mi padre, que se convirtió en el nuevo alfa y, manipulador como es, se pasó toda mi existencia poniendo a mi abuelo materno en mi contra para mantener en privado sus asuntos familiares. Ahora, el padre de mi madre detesta verme. Sólo visita a mi madre, y sólo cuando sabe que yo no estoy cerca.

A veces, puedo entender la desconfianza de Aisha hacia la gente que la rodea, hacia su propia familia. Quizá por eso me fue tan fácil conectar con ella. Me dirijo al garaje y me subo al coche. Mi expresión es pétrea mientras salgo de la finca antes de detenerme a un lado de la carretera.

Noto que me pesa el corazón cuando apoyo la cabeza en el volante, sin dejar de apretarlo con las manos. Me he pasado la vida huyendo de esta familia, intentando proteger a la mujer que una vez me abrazó con tanto amor, la mujer que hace ya dos décadas que perdí.

Abro los ojos lentamente y observo con la mirada perdida el panel de instrumentos situado detrás del volante. Las luces llevan apagadas desde que apagué el motor.

Sé que he hecho cosas inimaginables por Aisha. Soy consciente de que he tomado decisiones impulsivas y de que he actuado en contra de mis propias reglas en lo referente a ella. He tratado de mantener las distancias, y ella tampoco ha hecho nada para sobrepasar los límites; al parecer, está aún más desesperada que yo porque esto que hay entre nosotros sea puramente físico. Pero cada vez que estoy con ella, mi lobo se siente saciado. Su presencia tranquiliza a mi animal, me tranquiliza a mí.

Razón de más para asegurarme de que mi padre nunca descubra su existencia. No puedo dejar que encuentre otra grieta en mi armadura. Siempre está a la caza de algo que pueda usar en mi contra. Es agotador vivir así, sin nadie que me cubra las espaldas. Mi propia familia es mi peor enemigo.

La vida de Aisha ha sido dura, pero tiene a alguien que la quiere de todo corazón, su hermano pequeño. Está luchando con uñas y dientes para darle una vida normal, y no me queda más

remedio que admirarla por ello. No hace más que trabajar, estudiar y cuidar de su hermano pequeño. Cuando está en la cama conmigo, después de haberse quedado dormida del agotamiento, me permito acariciarle las mejillas con los pulgares, maravillándome de la suavidad de su piel y observando sus ojeras. Aun estando exhausta, nunca se rinde. Es el tipo de persona que sigue adelante, aunque todo esté en su contra. Admiro eso de ella. Es débil, pero resistente y testaruda. No acepta un no por respuesta, no se acobarda ni se queja.

Y tiene su orgullo.

Aún no he olvidado cómo hizo que Diana, mi ayudante, recuperara su ropa, esa que yo le había tirado. Cuando le compré la ropa nueva, fue porque no quería que nadie la tratara como la habían tratado en el vestíbulo del hotel. No quería que nadie viera esa expresión de humillación en su rostro ni la forma en que había luchado contra las lágrimas incluso cuando mantenía la barbilla bien alta.

Pero no podía confesarle eso. No podía decirle que sus sentimientos me importaban. No podía dejar que supiera que no era tan inmune como pretendía.

Quiero que lo pete, que haga realidad todos sus sueños. Tiene agallas y carácter, y sé que llegará lejos si se le brindan las herramientas adecuadas para triunfar.

Suspirando, me enderezo y enciendo el motor del coche. Pensar en Aisha me hace esbozar una sonrisita. Es divertido ver cómo disecciona cada una de nuestras interacciones. Siempre he sido tan estricto con el tema del autocontrol que no me he dado cuenta de cuándo empecé a relajarme estando a su lado. Sus reacciones me hacen querer sonreír. Siempre siento la imperiosa necesidad de darle de comer cuando la veo. Necesita que alguien la cuide. Está tan ocupada cuidando de su hermano que se descuida a sí misma por completo. No pasa nada si me encargo yo de cuidarla de vez en cuando.

Sin embargo, de camino al hotel, no puedo contener esta sensación de inquietud en mi interior. Esta no es la primera cita a la que tengo que acudir por culpa de mi padre, pero nunca antes me había sentido tan incómodo. Siento una peculiar opresión en el pecho y me ajusto la corbata, confuso. No me siento culpable. No puedo sentirme culpable. No tengo nada por lo que sentirme culpable.

Haciendo a un lado estos sentimientos, me dirijo al interior del hotel. Mi cita aún no ha llegado. Llamo a uno de los camareros.

—Me tomaré un café solo mientras espero.

Cuando asiente y se aleja a toda prisa, abro la carpeta y examino los datos personales que tengo ante mí.

Eve Montgomery.

Reconozco el nombre. Su padre tiene negocios en la costa este, es dueño de su propia línea de cargueros. No me extraña que Chris quiera formar una alianza matrimonial con ellos, así podrá ampliar su mercado. La avaricia de mi padre no conoce límites, ni tampoco su ambición. He visto a Eve un par de veces en algunas reuniones de negocios a lo largo de los años, pero nunca hemos mantenido una conversación. Apenas había reparado en ella, había estado rodeada de hombres cada vez que la veía.

Teniendo en cuenta que ella misma es bastante rica, no sé por qué estaría interesada en prestarse para una cita concertada.

Golpeteo la mesa con los dedos mientras espero, poniéndome de peor humo con cada segundo que pasa. Esto es una pérdida de tiempo. Tengo cosas mejores que hacer que sentarme a esperar a que una heredera ricachona llegue elegantemente tarde.

Observo movimiento en la puerta y alzo la vista para ver entrar a una mujer esbelta con un vestido azul noche decorado con gusto con lo que parecen ser pequeños diamantes. Eve es tan hermosa como la recuerdo, con el pelo de un dorado platino recogido en un elegante moño, la tez clara y sonrosada bajo las luces y los labios rosados y suaves.

Y, sin embargo, a pesar de lo elegante y despampanante que es, no puedo evitar compararla con la avispada Aisha que gime a la menor caricia y cuyos besos me hacen sentir que voy a perder la cabeza. Me encanta acariciarle el pelo oscuro cuando está dormida, acurrucada contra mi pecho. Tiene los labios siempre de color rosa, aunque nunca la he visto pintárselos. Sí la he visto en pijama, con una camiseta diminuta estirada sobre el pecho, y también con una camisa holgada que parece diez tallas más grande que ella. Y, sin embargo, me parece mucho más atractiva que Eve.

Veo cómo los labios de ésta se curvan con lentitud cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Tú debes ser Morris —dice con voz ronca cuando se acerca a mí.

No me molesto ni en sonreírle.

—Siéntate.

Eve suelta una carcajada desde el fondo de la garganta, no parece molestarle en absoluto mi falta de entusiasmo. Le lanza una miradita al camarero, que se apresura a acercarle la silla.

—Tu padre me advirtió de que no te muestras muy receptivo a sus intentos de hacerte de casamentero.

La escudriño.

—Y eso a ti no te molesta.

Me mira a través de las pestañas, con una mirada coqueta perfilada de acero.

—Fui yo quien solicitó esta cita. Y no tengo por costumbre rendirme cuando quiero algo. —La forma en que lo dice hace que me ponga tenso.

—Sí, bueno, no me interesa casarme ni nada parecido —la informo sin rodeos—. Pero si buscas ocupar el puesto de hembra alfa, deberías intentarlo con mi padre. Tiene la costumbre de coleccionar mujeres.

Eve no parece ofendida y sonríe suavemente.

—Tu padre es mayor y ya tiene compañera legal. Tú, en cambio, eres joven y estás soltero. Y además eres mi tipo. ¿Por qué iría tras él cuando tú eres una opción perfectamente viable?

Su actitud tranquila me inquieta. No se comporta como yo esperaba. Esta seguridad y arrogancia me hacen preguntarme si se esconde algún as bajo la manga. Se hace el silencio entre nosotros cuando de repente me suena el teléfono.

Lo saco del bolsillo y parpadeo para aclararme la vista cuando veo el nombre de Aisha en la pantalla.

Es la primera vez que lo veo. Jamás me llama. Cuando me llevo el teléfono a la oreja y contesto, me doy cuenta de por qué me ha llamado: está borracha como una cuba.

¿Está en una discoteca de cambiaformas?

No se escucha ruido de fondo, pero mis agudos oídos detectan los sonidos propios de la fauna y flora salvaje. Son unos ruidos sutiles, pero que me hacen preguntarme si está bebiendo en un parque o algo así.

—¿Quién es Aisha? —pregunta Eve de repente, recordándome dónde me encuentro.

—Quédate dónde estás —le gruño al teléfono—. Voy a buscarte.

Corto la llamada y me pongo en pie.

—Supongo que nuestra cita ha terminado. —Eve levanta una ceja y puedo ver el brillo de acero en su mirada. Me doy cuenta con pesar de que esta no me va a soltar tan fácilmente.

No me molesto en ser cortés ni amable, no necesito infundirle ánimos. Giro sobre mis talones y abandono el hotel. No me es difícil localizar a Aisha. Sé que tenía que entregar un trabajo, lo que significa que probablemente estuvo en la biblioteca. En cuanto llego, capto su olor cerca de la entrada. Noto que su olor se solapa con el de otro y me rechinan los dientes. Le dije que se alejara de él, pero la tía se niega a escucharme.

No me molesto en cambiar de forma cuando corro hacia el parque, el rastro de su olor es cada vez más fuerte. Hay un pequeño banco junto a un estanque, y puedo oler el dulce aroma del alcohol y los olores de Clyde y Aisha entremezclados. Tengo que contener la respiración ante lo fuerte que es el olor del alcohol. Está borracha de verdad, me doy cuenta con preocupación. ¡Y se ha emborrachado con ese pringado!

La preocupación se ve superada por la ira y el resentimiento. No sé qué ve en él. A los de su clase se les conoce por su falta de lealtad. Las mujeres no son más que comida para él. Ha estado provocándome desde el primer día en que se dio cuenta de que había algo entre Aisha y yo. Si está ebria, a saber lo que esa sanguijuela le ha hecho.

Me muevo tan rápido que mis pies apenas tocan el suelo. Al acercarme a la calle principal, veo a Clyde abriéndole la puerta del coche. Aisha se está riendo, y es un sonido es tan poco habitual que me hace tambalear por un segundo. Parece tan tranquila y cómoda que me dan ganas de quedarme mirándola un rato más. Pero Clyde ya está abriendo la puerta del conductor.

No sé cómo cubro la distancia que nos separa, pero abro de un tirón la puerta del acompañante y saco a Aisha por el brazo. Se estrella contra mi pecho y suelta un grito ahogado. Sin embargo, cuando levanta la vista hacia mí, mis ojos no están puestos en los suyos, sino en la cara de

suficiencia de su acompañante.

—¡Mecachis! — Clyde sonríe—. Casi me escapo con ella.

—¿Qué demonios intentas hacer? —exijo saber—. Sabes que es mía. ¡No es comida!

Clyde alza las manos en alto, frunciendo el ceño.

—Nunca he dicho que lo fuera. Es una amiga.

—Como si los de tu clase pudieran hacer amigos —resoplo.

Ahora le toca a él parecer ofendido.

—Tengo amigos, para tu información. Y Aisha me ha tratado como tal desde el día en que la conocí. Y sé que ella también necesita un amigo. Sólo estábamos bebiendo.

Le lanzo una mirada de incredulidad, sin creerme este numerito suyo.

—Sabes que no es humana, ¿verdad? No puedes...

—Sé que no es comida. —Clyde cruza los brazos sobre el capó de su coche y habla con voz seca —. Como te he dicho, es mi amiga. —Sus labios se curvan ligeramente y veo un brillo de picardía en sus ojos—. Por ahora, al menos. La encuentro muy interesante. No será difícil que se enamore de mí, soy encantador y afable. Y, para ser honestos, lo de que te no pase ni una tontería me pone cachondo.

Un gruñido brota de mi garganta mientras mi brazo se tensa alrededor de la cintura de Aisha.

—Atrás, sanguijuela. Es mía.

—¿Ah, sí? —Sonríe—. Porque no lleva tu marca, lobo. A mi modo de ver, está disponible.

Dicho esto, se mete en el coche y arranca, dejando a Aisha en mis brazos.

Temblando de rabia, miro a la suave mujer que tengo entre mis brazos. Aisha tiene la cabeza apoyada en mi pecho y los ojos cerrados. Tardo un minuto en darme cuenta de que está dormida y de que no ha oído ni una palabra de lo que hemos dicho. La frustración me invade. Según nuestras leyes, no puedo exponer la existencia de otra criatura a propósito. Puede ser motivo de conflicto, y ya me encuentro en una posición delicada con mi familia. No puedo cometer ningún

error.

Suspirando, cojo a Aisha en brazos y vuelvo al aparcamiento de la biblioteca. La tiendo en el asiento trasero del coche y me aseguro de que está bien sujeta, antes de ir a la biblioteca a recoger sus cosas. Lleva encima una llave de taquilla, así que la vacío y llevo sus cosas al maletero. Mientras arranco, me pregunto cuándo me involucré tanto con Aisha. Sé que estoy cometiendo un gran error, pero a pesar de saber que me estoy entrometiendo demasiado en su vida, no puedo dar marcha atrás. Es como una montaña rusa de destrucción, en la que voy cuesta abajo y sin frenos.

Miro por el retrovisor y admiro sus rasgos, relajados por el sueño.

—No siento nada por ella —murmuro para mis adentros con firmeza—. No siento nada. Sólo... —Hago una pausa, poniendo en orden mis pensamientos, intentando concienciarme—. Sólo la estoy cuidando. Eso es todo. Sólo la cuido porque nadie más va a hacerlo.

Decirlo en voz alta debería haberme tranquilizado, pero cuando vuelvo a posar la vista en ella, recuerdo cómo se reía, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos arrugados por la alegría. Sentí algo extraño en el corazón cuando presencié tal espectáculo. Casi sentí que no podía respirar durante un segundo.

Mis manos se flexionan alrededor del volante y respiro.

—Es sólo estrés. Estoy estresado.

Por suerte, no hay nadie cerca para contradecirme. Me sacudo los pensamientos de encima, tratando de dar con una idea para alejar a Aisha de Clyde. Este es el último mes de clases y sólo queda un proyecto más por asignar a la clase. Después del incidente con Lydia, he dejado que los alumnos decidan sus parejas. Quizá sea hora de cambiar de estrategia.

Yo mismo emparejaré a Aisha con alguien. Cuanto más lejos esté de Clyde, mejor.

«No lleva tu marca, lobo». Recordar sus palabras me hace querer aullar de rabia. Aunque Aisha no lleve mi marca, lleva mi olor dentro de ella. Somos compañeros de cama. Somos...

Vacilo. No somos más que compañeros de cama. Un vacío me llena el pecho y siento que mi lobo se enrosca dentro de mí y baja la cabeza hasta posarla sobre las patas, taciturno.

No somos nada el uno para el otro, y Clyde lo sabe. Aparte de nuestra relación física, no hay

nada que ate a Aisha a mí.

¿No es esto lo que querías?, me pregunto con amargura. Es la mejor decisión para los dos. Y, sin embargo, la idea de que Clyde me robe a mi mujer me provoca ganas de entrar en cólera ciega.

Aisha se remueve, distrayéndome de mis oscuros pensamientos, pero no se despierta. Cuando miro por la ventanilla, me doy cuenta de que hemos llegado a su edificio. Aparco y, al abrir la puerta de atrás, siento que alguien me observa. Al girar la cabeza, veo a un hombre que parece un vagabundo observándome.

Le ignoro, la envuelvo en mi abrigo y la llevo dentro. Encuentro su llave, abro la puerta de su piso y la llevo hasta su cama.

Debería haber sabido que Aisha es de las que se emborracha rápido. Claro que el alcohol destinado a especies distintas de los humanos tiende a ser increíblemente fuerte. Ni siquiera sé cuánto ha bebido.

Lleno un vaso de agua y la espabilo lo suficiente para que recupere la conciencia y la obligo a beber. Se resiste, pero me obedece. Para cuando se termina el vaso, la vuelvo a tumbar y la cubro con una manta.

Arrastro una silla junto a su cama y me siento a observarla. Está profundamente dormida cuando me inclino hacia delante, apartándole unos mechones de pelo que le cubren la cara.

Es preciosa de veras. La suya es una belleza impactante, casi trágica. Desde el momento en que vi su rostro, no pude apartar la mirada. Es obvio que no mima su piel como muchas mujeres acostumbran hacer. Probablemente no tiene tiempo para ello. Trazo el círculo oscuro bajo su ojo izquierdo con el pulgar.

No me gusta lo agotada que está, lo muchísimo que trabaja. No me gusta que tenga que forzarse a seguir adelante incluso cuando lo único que quiere es derrumbarse. El bloqueador de feromonas que tomó le hizo mucho daño. Ahora está muy delgada.

Aprieto los dientes con frustración. No sé cómo hacerla comer. Cada vez que estamos juntos, me aseguro de darle de comer, pero no es suficiente.

Cierro los ojos, me pongo en pie y voy hasta la ventana. Cuando descorro la cortina y miro hacia fuera, veo al vagabundo que me había estado observando mientras sacaba a Aisha del coche, de

pie en el mismo sitio.

Sólo que esta vez, me está mirando directamente, con la cabeza levantada hacia arriba.

CAPÍTULO 16

Aisha

Me despierto con un terrible dolor de cabeza. Se me escapa un gemido y me hago un ovillo. ¿Qué ha pasado? ¡¿Me ha pasado un camión por encima o algo?!

—Toma —me dice una voz familiar mientras me ponen algo frío delante de la cara, obligándome a abrir los ojos. La mano que tengo delante sostiene un vaso alto con un líquido verde de aspecto turbio.

—¿Qu-qué es eso? —gimoteo, sin importarme quién está en mi apartamento ahora mismo. Este dolor de cabeza me está matando.

No obtengo una respuesta de inmediato. En lugar de eso, tiran de mí con cuidado para que me siente, y quedar apoyada contra un cuerpo duro, con el vaso delante de los labios.

—Bebe.

Dispuesta a todo para librarme de este dolor de cabeza, agarro el vaso con ambas manos y me lo bebo de un trago. Para mi sorpresa, no es tan amargo ni desagradable como su aspecto me hacía creer. En cambio, tiene un sabor refrescante, con un toque de menta crujiente y algo de acidez.

La espesa neblina en mi cabeza empieza a despejarse y parte del dolor de cabeza comienza a remitir.

—Necesitarás otro vaso en dos horas y estarás como nueva.

Esta vez, reconozco la voz.

—¿M-Morris? —pregunto horrorizada, levantando la cabeza para encontrarme cara a cara con él. Me estremezco ante el movimiento brusco y él emite un sonido.

—Dale tiempo.

—¿Qué haces en mi casa? —balbuceo—. No deberías estar aquí.

—Auch —comenta Morris con ligereza mientras se pone en pie y sale de la habitación. Le sigo, luchando por caminar en línea recta.

—¿Qué ha pasado?

Entro en la cocina y le veo abrir el lavavajillas y meter el vaso dentro.

—No funciona. —Noto que me suben los colores.

—Lo he arreglado.

—¿Qué? —Parpadeo.

—Ahora que estás despierta, deberías comer.

Me conduce hasta la silla y abre mi nevera. El electrodoméstico en cuestión, que suele estar vacío, está lleno hasta los topes de todo tipo de carnes, quesos, huevos y pan. Aún hay más, pero cierra la puerta después de sacar unos cuantos paquetes precintados.

Morris es un cocinero fantástico y, a pesar de las extrañas circunstancias, no puedo evitar que se me haga la boca agua al pensar en volver a comer algo preparado por él.

Saca mis viejas sartenes y se pone manos a la obra. Hay beicon y huevos, y veo una gofrera que estoy segura de que no es mía. Abre uno de los armarios y casi se me salen los ojos de las cuencas al ver que también están llenos.

—¿Has ido de compras? —pregunto débilmente, sin saber cómo hacerme a la idea de estos nuevos acontecimientos.

—No. —Le da la vuelta al beicon—. Hice que me lo trajeran todo. Algunos de tus electrodomésticos no funcionaban, así que les he echado un vistazo.

Mientras dice eso, reparo en que no estoy tiritando. ¡La calefacción funciona!

—¿La calefacción también? —pregunto con cautela.

—Sí —responde con simpleza.

—Eh… —No sé qué ni qué decir. Por un lado, ha arreglado mi pequeño y destartalado apartamento y, por otro, se ha colado en mi casa para hacer todo eso. Me armo de valor y le

pregunto—: ¿Qué haces aquí? No es que no esté agradecida de tener por fin calefacción y todo eso, pero...

—Te dije que te mantuvieras alejada de Clyde, ¿no? —Me da la espalda, pero habla con voz grave, con un tono sedoso y peligroso que me hace quedarme inmóvil; mi lobo reconoce la amenaza.

Como no respondo, Morris gira la cabeza y me observa con eso ojos agudos como un láser.

—¿Y bien?

—Sí que me lo dijiste —respondo lentamente.

—Y, aun así, decidiste emborracharte con él en un espacio público.

Es como si me hubiera caído un ladrillo sobre la cabeza y hubiera sacudido mi memoria. La cara se me sonroja lentamente al recordar lo ocurrido anoche: el alcohol, lo rico que estaba, marearme de la borrachera que llevaba y luego llamar a Morris.

—No me di cuenta. —Siento horror y vergüenza a la vez—. ¡Sinceramente, no pensaba que pudiera emborracharme con alcohol humano! No pretendía... no pretendía llamarte y...

—Eso fue lo único cuerdo que hiciste anoche —concluye Morris con firmeza—. Estabas tan borracha que perdiste el conocimiento. ¿Cómo pensabas defenderte si Clyde intentaba hacerte algo?

—Clyde no habría hecho tal cosa —murmuro—. ¿Pero cómo me emborraché? Es verdad que dijo que era una botella especial. Quizá debería haberle tomado la palabra.

—No quiero que sigas relacionándote con él —dice con firmeza—. No confío en Clyde, ni confío en sus intenciones en lo que a ti respecta. Si quería tomarse unas copas, debería haberte llevado a un bar donde hubiera gente.

Miro a Morris. Parece más angustiado por todo esto de lo que hubiera pensado. Pero, después de saber todo lo que ha estado haciendo por mí, probablemente yo le importe hasta cierto punto. La dinámica entre nosotros ha cambiado de repente y no sé qué hacer al respecto.

—Así que, eh… —Intento pensar a pesar de las palpitaciones que siento en la cabeza—. ¿Te llamé y tú me trajiste a casa?

—Sí.

—¿Y después te dedicaste a arreglar cosas por mi casa y a abastecerme la cocina?

—Tenía que entretenerme con algo. —Sus palabras son despreocupadas, pero logro captar una ligera vacilación.

¡Ajá!, pienso, sintiéndome un poco triunfante por haberle pillado en una mentira. Pero entonces me doy cuenta de que no solo dejó lo que estaba haciendo anoche para venir a buscarme, sino que me llevó a casa y me cuidó durante toda la noche. Y encima se pasó toda la noche arreglando mi piso y llenándome la nevera y los armarios.

Me doy cuenta de que le importo de *verdad*. El corazón me da un vuelco cuando empiezo a aceptar los hechos contra los que me he estado resistiendo. Morris Wolfguard siente algo por mí. Y, ¿qué pasa conmigo? Había insistido mucho en que no quería a un hombre en mi vida. ¿Por qué no me molesta que reniegue de nuestro acuerdo? ¿Por qué me gusta que me cuide?

Desde que Morris entró en mi vida, lo mire por donde lo mire, me ha traído cambios positivos. Si dejo de lado mi resentimiento inicial y mis suposiciones sobre él, no ha dejado de ayudarme desde entonces. Y ha rechazado recibir ningún reconocimiento por sus actos, sin querer restregarme ni una sola vez por la cara sus atentos gestos.

Por desgracia, hasta el alma más endurecida se ablandaría en vista de todo lo que ha hecho y sigue haciendo. Quiero decir algo, pero no quiero cagarla. ¿Y si me equivoco? ¿Y si se enfada cuando le haga saber que lo sé todo?

Me sudan las palmas de las manos y aparto la mirada. Morris es la primera cosa buena que me ha pasado en la vida. No quiero cargármelo. Tal vez debería esperar a que él diga algo. Si siente algo por mí, no se va a quedar callado, ¿verdad que no?

De pronto, nada me parece seguro y cada paso que doy se me antoja una apuesta arriesgada. Podría decir algo, pero ¿y si me equivoco? Ahora mismo no confío en mí misma. Quizá lo mejor sea dejar que las cosas sigan como están y ver cómo se desarrolla todo.

De momento, la presencia de Morris me tranquiliza, aunque está claro que está enfadado conmigo. Sigue refunfuñando en voz baja por haberme emborrachado, y aprieto los labios para contener la sonrisa.

¿Está bien esperar algo que antes creía que nunca sería posible? Toda mi vida he sido yo quien cuidaba de la gente, ya fuera de mi madre después de una paliza o de mi hermano pequeño. Nunca hubo nadie que se preocupara por mí. Nunca nadie se aseguró de que tuviera suficiente para comer o ropa adecuada que ponerme. Vivía de las sobras de los demás, aceptando las burlas de los demás miembros de mi familia y las miradas lastimeras del resto de la manada. En algún momento, empecé a aceptar el hecho de que era simplemente indeseable, era imposible quererme a ningún nivel. Quizá por eso me resultó tan fácil creer que nunca podría estar con alguien o que no habría nadie ahí fuera que quisiera cuidar de mí.

Agacho la cabeza ante estos duros pensamientos y siento que los ojos me arden de emoción. Sigo dudando de mí misma en este momento. Incluso con todo lo que tengo delante, no confío en mi criterio en lo referente a este tipo de asuntos.

—¿Aisha? —El tono confundido de Morris me hace soltar un suspiro tembloroso.

—Perdona, ¿qué? —Cuando levanto la vista, lo veo arrodillado delante mí y con expresión alarmada. El corazón me da un vuelco por tener su cara tan cerca—. ¿Qué haces?

—¿Por qué lloras?

—¿Por qué lloro? —repito, me llevo automáticamente la mano a la mejilla y me sorprende notarme la cara húmeda. Me observo la mano antes de volver a mirarle, conmocionada—. No estaba... Debe de haber algo en el ambiente.

Morris no parece muy convencido con mi planteamiento y frunce el ceño.

—No quería causarte un disgusto.

—¡Y lo no has hecho! —Muevo las manos con agitación.

Me dedica una mirada extraña, como si pensara que me estoy comportando de forma rara, aunque es lo bastante educado como para no decir nada.

—Ve a despertar a tu hermano. El desayuno ya está listo.

Me levanto y, de camino, le echo una última ojeada por encima del hombro, notando cómo el corazón me late con fuerza. Es la segunda vez que Morris me prepara el desayuno. Siento que el corazón me revolotea de un modo extraño en el pecho.

*** ***

Si me pensaba que Morris dejaría correr el tema de emborracharme con Clyde, me demuestra lo equivocada que estaba a los pocos días. No deja de moverme de mi asiento durante las clases, con una excusa poco convincente tras otra. Llega un punto en que ni siquiera se molesta en darme una razón y simplemente ordena que me siente en primera fila. No soy la única que se da cuenta de cómo me marea cambiándome de sitio en clase. Por suerte, dado que no tengo la mejor de las relaciones con mis compañeros porque apenas me relaciono con ellos, asumen que Morris me considera una alborotadora. Clyde, por el contrario, no para de quejarse.

—¡Es que ni siquiera podemos quedar fuera de clase por culpa de tu curro! —Lleva las manos cruzadas detrás de la cabeza mientras avanza a mi lado, con cara de fastidio—. No sé qué problema tiene conmigo. Tampoco es que tenga más amigos por aquí, ¡toda la peña es un coñazo!

Le miro de soslayo.

—Tienes un concepto muy particular de lo que es un coñazo, pero bueno.

No saca nunca a colación la noche que nos emborrachamos, y no puedo más que preguntarme si tiene lagunas o algo así. Si no, ni de broma se habría olvidado de que Morris vino a recogerme. Pero no ha mencionado nada de ese día, aparte de entregarme el trabajo pasado a ordenador.

También ha empezado a quedar conmigo entre clase y clase más de lo normal. Veo cómo Morris le lanza cuchillos con la mirada durante la clase, pero es que es el único amigo que tengo ahora mismo. El resto están de prácticas fuera de la ciudad y no los he visto desde que empezó el semestre. La presencia de Clyde ha ayudado a que no me sienta tan sola, pero no puedo explicárselo a Morris, porque no lo entendería. Los lobos son animales sociales y, después de abandonar mi manada, no he dejado de anhelar algo de compañía. Clyde ha comenzado a llenar parte de ese vacío, y estoy agradecida por ello. Además, es fácil hablar con él y, aparte de querer quedar más conmigo, no tiene ninguna otra expectativa depositada en mí.

—Bueno —contempla la bolsa de papel marrón que tengo en la mano—, ¿desde cuándo te traes comida de casa?

Noto que se me calienta la cara ante su simple pregunta. Desvío la mirada hacia la bolsa.

—Pues, eh… Es una alternativa más barata a comprarme algo en la cafetería.

—Pero si nunca compras comida en la cafetería. —Clyde me lanza una mirada de incredulidad —. ¿De qué estás hablando?

—Exacto, y ahora ya no tengo que hacerlo —me apresuro a decir, queriendo cambiar de tema.

Mi amigo se limita a alzar una ceja.

—Bueno, con ese almuerzo gourmet, ¿quién lo preferiría?

Me ruborizo, apartando la mirada. Esta es otra de las cosas que Morris ha empezado a hacer. Nunca nadie me ha preparado el almuerzo. Así que, cuando el hombre que se acuesta conmigo me entrega estas bolsas con cara seria, no sé cómo reaccionar. Cuando me negué a aceptarlas, cohibida por este repentino cambio de rutina, me llamó a su despacho después de clase. Después tres días enteros haciendo lo mismo, acabé pasándome por su despacho por las mañanas para ahorrarme ese momento incómodo en clase. Me hubiera gustado que me dijera algo aparte del tajante: «será mejor que te lo termines todo».

Por su forma de hablar, nadie podría imaginarse que me prepara el desayuno cuando dormimos juntos, cosa que sucede cada vez con más frecuencia, o que me prepara unas comidas de lo más sofisticadas que parecen hechas por un chef con alguna estrella Michelin. Siempre tiene una expresión tan severa conmigo y me habla con una voz tan autoritaria, que resulta chocante lo mucho que me cuida. A mi lobo le gusta y ruge de satisfacción cada vez que como algo preparado por Morris.

Quizá porque pasamos la mayoría de las noches juntos, las feromonas han empezado a debilitarse. Es un alivio, sin duda, pero también supone un atisbo de lo incierto del futuro próximo. ¿Cuándo decidirá Morris que nuestro trato ha llegado a su fin y se alejará de mí? ¿O decidirá quedarse?

—¿Por qué te está mirando ese tío?

La repentina pregunta de Clyde me trae de vuelta al presente y miro hacia donde señala. Nos encontramos junto a la verja de entrada al campus, y veo a un hombre de aspecto desaliñado que dobla la esquina de la calle, al final de la manzana, con los ojos clavados en mí. Lleva un sombrero de pescador desteñido y siento un escalofrío cuando esos ojos conocidos se clavan en los míos.

¡No, no es posible!

Siento un frío helador que provoca que se hunda el corazón. Antes de que pueda decir nada, un autobús pasa por delante, bloqueando mi campo de visión y, para cuando desaparece, ya no está ahí.

—... que irme —murmuro con los labios temblándome.

—¿Qué? —me mira Clyde, confuso.

—¡Tengo que irme! —exclamo con urgencia, echando a correr en dirección contraria. ¡Tengo que llegar hasta Harry! ¡Tengo que llegar hasta mi hermano antes de que lo haga ese hombre!

No puedo cambiar de forma a plena luz del día para coger velocidad, pero tampoco puedo llegar a pie hasta el colegio de Harry lo bastante rápido. Mi única opción es un taxi.

Paro a uno que pasa y salto dentro cuando se detiene, con la respiración agitada.

—¡Al instituto Phole! Y por favor, ¡dese prisa!

Ni siquiera me molesto en contar los billetes cuando llegamos, simplemente se los tiro en el asiento delantero cuando el conductor se detiene frente a la escuela y me bajo corriendo del taxi. Es la hora de salir y veo a los alumnos saliendo por las puertas. El miedo se apodera de mí cuando no veo a mi hermano entre el mar de estudiantes.

—¡Harry! —grito su nombre, ignorando que algunos padres que esperan junto a la puerta me están lanzando miradas extrañas—. ¡Harry, ¿dónde estás?!

—¿Señorita Hart? —Una de las profesoras se acerca a mí, frunciendo el ceño—. ¿Está buscando a Harry?

—¿Dónde está?

Sus labios se fruncen ligeramente.

—Su padre lo recogió durante la hora del almuerzo. Dijo algo sobre una emergencia familiar...

—¡¿Le ha dejado irse con un desconocido?! —Giro en redondo con tono furioso.

—Dijo que era el padre de Harry. —Parpadea la mujer.

—¡¿Y le creyó sin más?! —El corazón me late con un miedo enfermizo—. ¡Podría haberme

llamado! ¿Qué clase de colegio deja que cualquiera se presente aquí y se lleve a los alumnos?

—Llevaba su carné de identidad encima, Srta. Hart —dice ella con sequedad—. Lo que nos lleva a preguntarnos por qué nos dijo que eran huérfanos...

—¿Adónde se ha llevado a mi hermano? —gruño, agarrando a la mujer por la pechera de la blusa—. ¡Si le hace algo a Harry, si le hace un solo rasguño a ese niño, la haré responsable! ¡¿Me entiende?!

—¡Suélteme! —Se aparta de mí, pero tiene la cara pálida y un semblante inseguro—. ¿Por qué iba un padre a hacer daño a su propio hijo?

Le dirijo una mirada de disgusto.

—¿Qué tal si suma dos más dos? Mientras, yo tengo que ir a buscar a mi hermano.

Salgo corriendo, en busca de ambos aromas. Pero debido a la avalancha de alumnos y padres, no puedo distinguir los más importantes. El corazón me late tan fuerte en el pecho que parece que me va a estallar. He visto a Eric Hart hace media hora. Si ya había conseguido hacerse con Harry, ¿por qué venir hasta mi universidad? Podría haber esperado a que lo descubriera. No, aquí está pasando algo más.

Recorro la acera de arriba abajo. A lo mejor, si voy más abajo, pueda captar su olor. Parezco una loca, corriendo arriba y abajo por la acera, y me tiemblan las manos de miedo al no poder captar ni una molécula de su aroma.

¿Se han subido a un coche? Ya estoy marcando el número de la única persona que podría ayudarme cuando oigo que alguien pronuncia mi nombre.

—¿Aisha?

Al oír esa voz de niño, giro la cabeza para ver a uno de los amigos de Harry mirándome fijamente. Tiene una bolsa de patatas fritas en la mano y parece estar esperando por su madre.

—¿Estás buscando a Harry?

—¡¿Sabes dónde está?! —estallo yo, aterrorizada.

—Sí. —Señala al otro lado de la calle—. Les vi irse al parque. El otro hombre arrastraba a Harry

e intenté decírselo a la profesora, pero me dijo que no me inventase cuentos.

—¿Otro hombre?

—Eran dos. —Levanta dos dedos—. Uno tenía pinta de malo, y el otro parecía que olía muy mal.

No intento encontrarle sentido a su extraña descripción.

—¿Estás seguro de que se fueron en esa dirección?

—Lo vi desde la ventana de la clase. —Asiente con la cabeza—. Harry no estaba nada contento. Estaba llorando.

¿Estaba llorando y aun así los del colegio lo dejaron marchase? ¡¿A estos idiotas no le olió a chamusquina nada de esto?!

—Gracias —le digo antes de cruzar la calle a toda prisa.

Corro hacia el parque, donde la cantidad de viandantes es menor. Y es ahí donde finalmente capto el olor de Harry. Tengo el móvil en la mano mientras me guio por mi olfato. Por alguna razón, ni siquiera puedo percibir el olor de mi padre. Es extraño, debería poder hacerlo. Ningún cambiaformas puede enmascarar su olor. Sé que Morris ha podido en ocasiones, pero sé que está tomando una droga que le ayuda a conseguirlo de forma temporal. Me lo mencionó de pasada, pero mi padre no es tan poderoso como Morris, ni de cerca. No debería ser capaz de tal hazaña. Sin embargo, opto por no preocuparme por este nuevo descubrimiento, ya que mi deseo de recuperar a mi hermano menor es más acuciante.

El parque se abre al bosque y me detengo tras haberme adentrado en él unos pasos. No puedo ir más allá como humana o no podré cambiar de forma a tiempo si mi padre me ha planeado una emboscada. Además, rastreo mejor en mi forma de lobo. Decidida, me aseguro de que nadie pueda verme desde el parque antes de quitarme la ropa y esconderla bajo un árbol. Siento cómo los huesos se me parten para reconstruirse en los de mi lobo, se me cierran los ojos mientras la magia de la transformación me recorre por entero.

Cuando abro los ojos, estiro los miembros y miro a mi alrededor. Ahora veo más nítido y el olor de Harry es más fuerte. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que dejé salir a mi animal y, tras unos pasos torpes, avanzo por el bosque, siguiendo el rastro de mi hermano.

No sé cuánto tiempo llevo corriendo cuando el olor desaparece de repente y me detengo. Me encuentro en medio de un claro, inspeccionando mis alrededores con cautela. Es como si hubieran traído a Harry hasta aquí y de repente hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Dejo escapar un gruñido retumbante, cargado de agitación. Tiene que estar aquí. Suelto un aullido de desesperación, con la esperanza de que responda, sin importarme las consecuencias, pero no obtengo respuesta.

¿Qué hago? No paro de recorrer el terreno con la vista sintiendo una creciente frustración y preocupación. ¿Qué le han hecho?

Es entonces cuando veo movimiento en los arbustos lejanos. La mano de un niño asoma antes de que se aleje a rastras. Abro la boca, habiendo reconocido a mi hermano, que parece muy asustado.

—¡Corre, Aisha! Es una tram... —grita antes de que un golpe en la oreja lo deje inconsciente.

Aúllo de furia cuando mi padre y su hermano mayor salen de detrás de él en sus formas humanas.

—Así que aquí es adonde te escapaste —murmura Ezequiel, mi tío—. Nunca pensé que tuvieras las agallas para hacer algo así. Has causado un bochorno mayúsculo a esta familia, Aisha. —Cuando le gruño, me ordena con ojos fríos—: ¡Vuelve a cambiar!

No importa lo lejos que esté de casa, Ezequiel sigue siendo mi alfa, y mi lobo está obligado a obedecerle. Vuelvo a transformarme y me quedo de pie y desnuda delante de ellos. No me ofrecen ni siquiera una chaqueta para cubrirme. Reconozco esta táctica, es un intento de humillarme y degradarme, pero alzo la barbilla como si nada.

—¡Cómo os atrevéis a ponerle las manos encima a Harry! —exclamo con una furia palpable.

—Veo que se te ha afilado la lengua durante este tiempo lejos de tu manada —dice fríamente Ezequiel—. No importa. Será fácil corregirlo a golpes.

—Si crees que puedes obligarme a irme contigo, estás muy equivocado. —Le enseño los dientes —. Estoy empadronada en este territorio. Trabajo y estudio aquí, igual que Harry. Y esta manada es más progresista que la manada arcaica que tú diriges. Si intentas llevarnos lejos, les contaré con pelos y señales por qué quieres que nos vayamos contigo.

Mi padre se revuelve furioso.

—Puta mocosa...

—Sé que ibas a venderme al burdel local para ganar dinero. —Me encuentro con los ojos de mi padre antes enfocarme en mi tío—. Y sé que tú, como alfa, estabas al tanto de esta decisión y no lo detuviste. ¿Qué imagen tendrán de ti las otras manadas de cambiaformas cuando les cuente que el alfa de nuestra manada permite que a las mujeres de su familia las vendan a burdeles? Y no creas por un instante que me voy a quedar callada.

—No es tan difícil arrancarte la lengua, Aisha —Ezequiel se limita a esbozar una sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer con mis manos? —pregunto con desdén—, ¿Rompérmelas? ¿Cortármelas? Así no conseguiré muchos clientes, lo que significa que no habrá dinero para ti, papá. Ni tú recibirás tu parte, tío. —Cuando los ojos de este último se entrecierran, digo con fuerza—: Devolvedme a mi hermano y largaos. No tengo interés en causaros problemas si no nos molestáis.

Mi padre da un paso al frente, con una mueca de desdén.

—¿Crees que te vamos a dejar marcharte así como así? La zorra de tu madre intentó joderme, consiguió salirse de rositas y refugiarse con su familia. Pero a ti no te crie para que también me apuñalaras por la espalda. Vas a regresar con nosotros, y si te niegas a obedecerme, sé de un burdel que está muy interesado en niños peque...

No ha terminado ni de hablar cuando me precipito hacia él con furia y le araño las mejillas con las garras.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Estás hablando de tu hijo!

Ezequiel da un paso adelante, lanzándome contra los árboles, pero yo ya había previsto su reacción y he agarrado a Harry por el brazo izquierdo. Mientras salgo volando hacia atrás, me enrosco a su alrededor, transformándome en el aire. Sin pestañear, empiezo a correr. El cuerpo de Harry está inerte a mis espaldas, así que tengo que tener cuidado de no sacudirlo demasiado.

Casi he llegado a la linde del parque cuando algo se abalanza sobre mí a la velocidad de una bala. Salgo disparada hacia la izquierda, estrellándome contra los árboles. Ignorando mi propio dolor, me centro solo en la seguridad de Harry. Cuando por fin me estabilizo, noto el cuerpo

flojo y sé que me he roto dos costillas porque me cuesta moverme.

Una pata pesada se posa en un lado de mi cara y puedo oler a mi tío mientras me presiona el cráneo. Gimo de dolor, pero reúno fuerzas para girar la cabeza y morderle la pierna. La fuerza de mi mordisco es tal que oigo cómo se le rompe el hueso. Aúlla y retrocede dando tumbos. Me pongo en pie a la fuerza a pesar de las costillas rotas y me alejo cojeando, intentando llegar hasta Harry, solo para ver a mi hermano en su forma de lobo siendo retenido por mi padre.

¿Cuándo recobró el conocimiento?

Le gruño a mi padre y él le muerde el cuello a Harry, que sólo puede gemir de dolor. El olor a sangre impregna el aire e intento moverme más rápido, pero antes de que pueda acercarme a él, alguien me hunde los dientes en el cuello y me sacude con saña. Es Ezequiel.

Hago a un lado mi dolor, sabiendo que esta batalla va a ser a vida o muerte. Le he roto la pierna, no va a dejarlo correr.

Le doy un zarpazo en el pecho, empujándole hacia atrás. Cuando retrocede, me lanzo a su yugular sin darle tiempo a reaccionar. Le hundo los dientes en el cuello y aprieto, sintiendo cómo se derrama la sangre. Consigue apartarme de un empujón, y veo la furia en su mirada. Intenta dar un paso adelante cuando veo algo por el rabillo del ojo.

Un pensamiento me asalta entonces y, por horrible que sea, no me queda otra opción. Ya se está curando. No puedo enfrentarme al alfa de mi manada en una lucha justa. Siempre va a ser más fuerte que yo. Pero soy más inteligente que él.

Aprovechando que se acerca a mí, regreso a mi forma humana. Me echo a un lado y espero a que me siga enseñando los dientes.

«Uno», respiro lentamente, rezando para que esto no me estalle en la cara y observando cómo se me acerca mi tío. «Dos. ¡Por favor, que esto funcione!».

Ya está casi encima de mí.

«¡Tres!».

Agarro la gruesa rama a mis espaldas y la extiendo delante de mí con todas mis fuerzas justo cuando Ezequiel me asesta un puñetazo. La rama le atraviesa el corazón, y veo la conmoción en su semblante. Incapaz de aguantar su peso, me caigo y la rama se parte en dos. Pero el daño ya

está hecho. Se le ponen los ojos en blanco y tose sangre.

Temblando, contemplo su forma temblorosa. Está muerto.

Lo he matado.

Se oye un aullido detrás de él y giro la cabeza para ver a mi padre, que está de pie con los ojos desorbitados por el horror.

Espero que corra hacia mí y que me ataque, pero retrocede a trompicones antes de girar sobre sus talones y huir como un cobarde.

Me pitan los oídos mientras me arrastro para salir de debajo del cuerpo de mi tío, temblando. Nunca antes había matado a nadie. Y ahora he matado al alfa de mi antigua manada, ni más ni menos.

¿Qué hago ahora?

Trago saliva y me apresuro a acercarme a Harry, que está medio inconsciente. Ahora está en su forma humana y tiene la ropa hecha jirones.

—Quédate aquí —le susurro—. Vuelvo enseguida.

Tengo que hacer algo. Si se descubre a un alfa muerto en este territorio, se desatará una guerra, y Harry y yo estaremos en el centro de la misma. Tengo que encontrar una manera de hacer desaparecer el cuerpo de Ezekiel.

Cojeo hasta el lugar donde dejé mi ropa. Para cuando llego, ya casi no tengo fuerzas y me palpitan las heridas. Ni siquiera me molesto en ponerme la ropa, busco el móvil y marco un número.

Morris contesta al primer timbrazo.

—Aisha.

Con la voz temblorosa, agarro el teléfono con ambas manos y me arrodillo contra un árbol.

—Eh… Una vez dijiste que si alguna vez… si alguna vez mataba a alguien, te llamara.

—¿Qué ha pasado? —Oigo un crujido como si se estuviera sentando recto en una silla.

Suelto una carcajada amarga.

—Necesito tu ayuda, Morris.

CAPÍTULO 17

Morris

La voz de Aisha me resuena en los oídos. Con esa risa amarga y el temblor al pronunciar las palabras.

No me ofreció más información al respecto, sólo me pidió ayuda,

El rastro de su olor en el bosque es denso. Hay niños jugando en el parque, pero nadie parece prestarme atención cuando me dirijo a grandes zancadas hacia la espesura del bosque. Sigo su olor hasta un pequeño matorral.

Aisha está apoyada contra el árbol, desnuda, con los ojos cerrados, la mano flácida a un costado y los dedos enroscados con apenas fuerza alrededor de su teléfono. Durante un aterrador instante, me supongo lo peor. Sólo cuando corro a su lado veo que respira, pero no sin dificultad. Le rozo el pecho con los dedos mientras le inspecciono las costillas. Se ha roto al menos tres. Tiene el cuerpo manchado de sangre, pero no parece ser suya. Gruño por lo bajo al ver que se le están formando unos moratones oscuros y feos en la espalda y los brazos.

—Aisha —murmuro, rozándole ligeramente su mejilla para despertarla. Se despierta con sobresalto y lo primero que veo en su mirada es pánico. Me pone las garras en el cuello y veo que no me reconoce a mí ni a nada de lo que la rodea.

—Soy yo, Morris —le digo con voz firme, agarrándole la muñeca.

Me mira confusa y veo que recupera la claridad poco a poco.

—Morris —la voz le suena ronca—. Te llamé.

—Y ya estoy aquí —la tranquilizo, apartándole el pelo de los ojos. Tiene la piel pálida y fría al tacto, cubierta de sudor. Incluso los lobos cambiaformas pueden sufrir heridas de gravedad.

—Tengo que llevarte ante un curandero —le digo al ver que su concentración vuelve a flaquear. Parece que no tiene un control total sobre sí misma. No me es fácil ocultar mi ira. Quiero

respuestas. ¿Quién le ha hecho esto? ¿Por qué estaba en este bosque a esta hora del día? ¿De quién es la sangre que la cubre? Y, lo más importante, ¡¿dónde está el hijo de puta que le hizo esto?!

—N-No. —Me aparta las manos sin fuerza—. H-Harry. Tengo que ir a por Harry.

Giro la cabeza para observar hacia la parte más profunda del bosque y aprieto los labios en una línea.

—¿Está por ahí? —pregunto, quitándome ya mi abrigo y envolviéndola con él.

Ella asiente débilmente.

La cojo en brazos, no estoy dispuesto a dejarla atrás. No hace falta que me muestre el camino, su olor entremezclado con sangre ajena ha dejado un rastro. Avanzo deprisa, sujetando con fuerza a la mujer que tengo entre mis brazos. Tengo que asegurarme de no hacerle daño.

Consigo encontrar a Harry, que está inconsciente y con la ropa hecha jirones por cambiar de forma. Pero cuando miro a mi alrededor, veo algo que me hace frenar en seco.

—¿Quién es? —Estudio atentamente al lobo muerto.

—El a-alfa de mi manada —susurra Aisha con voz ronca.

—¿Has matado a un alfa? —Le dirijo una mirada sorprendida.

—Estaba... —Se le quedan los ojos en blanco y se queda sin fuerzas entre mis brazos.

—¡Aisha!

Tiene el pulso débil, pero está viva.

Observo al alfa muerto y después a los hermanos. Lo primero es lo primero. Tengo que llevar a estos dos ante un curandero, pero no hay manera de que pueda sacarlos a los dos del bosque en estas condiciones. No a plena luz del día.

Sólo me queda otra opción.

Dejo a Aisha en el suelo con cuidado y saco el teléfono para llamar a una de las pocas personas en las que confío plenamente.

Maria es una joven curandera. Aún se está formando, pero la he apadrinado desde que murieron sus padres, y tiene un gran talento. No hace ninguna pregunta cuando la llamo, simplemente me pide que le envíe la ubicación. Mientras espero, me aseguro de que Harry está ileso. Una vez me he asegurado de que está bien, me acomodo al lado de Aisha.

—¿Qué os ha pasado? —Le acaricio la mejilla húmeda, con ojos fieros—. ¿Por qué no me llamaste en cuanto supiste que estabas en peligro?

Pero nadie puede darme las respuestas que necesito. Cuando observo los daños a mi alrededor, puedo aventurar una conjetura. Tengo que ocuparme del cuerpo. Matar a un alfa es un crimen castigado con la muerte. Tengo que asegurarme de que no quede ni rastro de él.

Ahora mismo, no me importa que Aisha haya matado a alguien, y menos a su alfa. Mi único objetivo es protegerla. No cuestiono este instinto. Tanto mi lobo como mi humano están de acuerdo por una vez. Tenemos que protegerla.

Me sorprende que haya sido capaz de enfrentarse a un alfa y sobrevivir. Y, a juzgar por los moratones y el tipo de heridas que tiene, luchó con fiereza. Tengo muchas preguntas, pero mi prioridad es asegurarme de que se cure. Su palidez empeora por momentos, debe de sufrir una hemorragia interna en alguna parte.

Se me tensa la mandíbula de la preocupación, mi lobo gruñe al verla herida. Cuanto más la observo de este modo, más tenso me pongo. Pero si la muevo más de lo necesario, existe la posibilidad de que sus heridas internas empeoren.

Maria tarda una hora en llegar; para entonces, el pulso de Aisha se ha ralentizado considerablemente. La chica, bajita y con gafas de montura redonda, se da prisa al ver el estado de Aisha.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Maria se arrodilla a su lado, tomándole el pulso antes de pasarle las manos por el cuerpo. Un suave resplandor blanco emana de sus palmas.

—Demasiado tiempo —ladro.

—Lo siento. —Percibo su concentración mientras intenta averiguar dónde están sus heridas—. Estaba en la otra punta de la ciudad y tuve que coger un taxi con este tráfico... —Se detiene en ciertas partes del cuerpo de Aisha y su voz se torna preocupada—. Ya está débil y sus heridas son graves. —Alza la vista para encontrarse con mi mirada—. No sé si podré curarla por

completo. Está muy mal. Y detecto algo más en ella, un extraño cambio en su energía, pero no consigo identificarlo.

—Cúrala todo lo que puedas por ahora —le ordeno.

Maria asiente y se pone manos a la obra.

La curación no es un proceso rápido. Lleva tiempo y agota al curandero en cuestión. Puedo ver cómo el sudor se forma en el rostro de la joven mientras aplica su magia al cuerpo de Aisha. Me siento culpable por encargarle una tarea de la que sólo debería ocuparse una curandera veterana, pero Maria es una de los míos. Confío en ella incondicionalmente.

Tarda más de un par de horas en derrumbarse, agotada.

—He hecho cuanto he podido —habla ella, ronca—. No puedo hacer más. Al menos no esta noche, necesito descansar.

—Vale. —Asiento yo, agradecido—. ¿Puedes echarle también un vistazo a su hermano?

Maria me lanza una mirada incrédula antes de arrastrarse hasta donde está tumbado el niño más joven. —Le conozco. —Parpadea.

—¿Qué?

Gira la cabeza hacia atrás para mirar a Aisha de nuevo, con ojos entrecerrados.

—Ya decía yo que me resultaba familiar.

—¿Maria?

—Este es Harry Hart, mi compañero de clase. Se saltó dos cursos, por eso está en la misma clase que yo. Hoy, eh… Su padre vino a recogerlo después del recreo. No quería irse con él, pero parecía que los dos le daban miedo.

—¿Los dos? —pregunto con brusquedad, mirándola.

—Había otro hombre con su padre. No pensé... —Traga saliva, bajando la cabeza—. Sabía que era como yo, un cambiaformas, pero siempre me ha evitado, así que no le di demasiada importancia cuando se lo llevaron. Debería haber informado a alguien.

—No lo sabías —digo en voz baja, con la sangre todavía alborotada—. ¿Cómo está ahora?

Niega con la cabeza.

—Sólo tiene unos moratones aquí y allá, pero está bien. Su centro está un poco frágil, lo que probablemente significa que no ha cambiado de forma durante bastante tiempo hasta hoy. El cambio le ha causado estrés a su sistema, por eso se ha desmayado. Se despertará en un par de horas.

—Ya puedes irte a casa —le digo—. Te volveré a llamar cuando hayas descansado. Asegúrate de que nadie se entere de que estuviste aquí.

—Soy una tumba. —Maria me sonríe, cansada—. Por cierto —mira a Harry—, siento no haberte contado esto.

—No pasa nada.

Maria recoge sus bártulos y mira a Aisha.

—Le he parado la hemorragia interna y le he curado tres costillas fracturadas. Tiene más heridas, pero esas deberían curársele solas. Te avisaré cuando me recupere para poder curarle otras heridas, que no son tan graves. Mientras tanto, en cuanto despierte, asegúrate de que empiece a moverse de inmediato, unos pasitos aquí y allá. Y tiene que comer carne. Mucha, mucha carne. Su cuerpo está desnutrido. Nada de huevos, lentejas ni bocadillos baratos de pollo. Necesita filetes poco hechos y carne cruda si quiere ser capaz de cambiar a su forma de lobo. Y asegúrate también de que se transforma durante un par de horas todos los días. Se curará más rápido en su forma de lobo.

Sonrío ligeramente, con los ojos brillantes de orgullo. Maria es una de esas curanderas dotadas por naturaleza. Por eso, cuando la vi, la puse inmediatamente como suplente de una de las mejores curanderas de la manada. Ignoré todas las protestas de su nueva mentora sobre su edad. Ha progresado mucho en tres años.

—Buen trabajo, Maria. —Le hago un gesto con la cabeza, y ella se sonroja por el elogio.

—Gracias. Me marcho ya.

—Cógete un taxi para volver —le ordeno con voz firme—. Ya ha anochecido.

Cuando la pierdo de vista, suelto un suspiro de alivio y contemplo el rostro pálido de Aisha.

—Vámonos a casa, entonces.

Me ocuparé del alfa muerto más tarde.

*** ***

Aisha se despierta a la tarde siguiente, un poco aturdida. Maria ya se había pasado por aquí antes de que se despertara y le ha curado todas las heridas restantes.

Me mira sin comprender.

—¿Dónde...?

—Estás en mi casa. —Le acerco un vaso de agua a los labios—. Bebe.

Le da unos cuantos sorbos antes de volver la cabeza hacia otro lado. Dejo el vaso a un lado.

—Te vas a quedar conmigo una temporada.

Se me queda mirando como si procesara mis palabras, y entonces se sobresalta.

—H-Harry...

Le pongo una mano en el hombro, impidiendo que se levante.

—Está mirando unos dibujos animados e ileso.

—Ah. —Se relaja visiblemente, y me sorprende que no monte un pollo. Normalmente se habría puesto como una fiera y no habría parado hasta ver a su hermano. ¿Cuándo ha empezado a confiar en mí?

Cierra los ojos como poniendo en orden sus pensamientos, yo aprovecho para contemplar su rostro. A pesar de que sus heridas han cicatrizado, se nota la tensión en sus labios. El dolor no va a desaparecer tan fácilmente, pero, incluso ahora, trata de reprimirlo apretando los labios hasta que se le quedan blancos. Es como si estuviera acostumbrada a aguantarse el dolor.

Es una idea que me molesta.

—Aisha. —Cojo su mano entre las mías. Siempre las ha tenido ásperas, como de trabajar demasiado con ellas—. Si sientes dolor, es mejor dejarlo salir.

—Estoy bien —dice con voz ronca, los ojos abiertos y la mandíbula tensa—. Estaré bien. Gracias.

—¿Por qué?

—Por venir a por mí —susurra, clavando sus ojos en los míos—. No sabía si vendrías. Nadie viene nunca, pero tú sí. Estaba segura de que moriría ahí fuera.

—¿Pensabas que no iría a por ti? —pregunto despacio, sus palabras me desgarran.

—No tenías por qué hacerlo. —Se encoge de hombros con lentitud—. Pero pensé que, tal vez, existía la posibilidad que sí vinieras.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar. No puedo explicar las emociones que siento dentro de mí. Es tan débil e indefensa y, sin embargo, sigue adelante como si la idea de rendirse no existiera en su cabeza. Es una guerrera hasta la médula.

—Me deshice del cuerpo —digo finalmente—. Nadie lo encontrará nunca, pero necesito saber qué pasó y si hay algún testigo del que tenga que encargarme.

Levanta la cabeza de golpe y abre mucho los ojos.

—¿Qué?

—¿Hubo algún testigo, Aisha?

Parece conmocionada, por alguna razón.

—S-Sólo mi padre, pero se escapó.

—De acuerdo. Dame una descripción suya y lo localizaré.

A medida que lo hace, frunzo el ceño. El hombre que me describe se parece al mismo vagabundo que había estado en la puerta de su piso la noche que la llevé a casa, borracha.

¿Sabe dónde vive? Si es así, probablemente esperará a que vuelva a casa en algún momento. Al menos así será más fácil atraparlo.

—Harry ya me ha contado su versión de los hechos, pero creo que es hora de que me digas la verdad sobre por qué te fuiste y por qué tu padre y el alfa de tu manada aparecieron aquí para recuperarte.

—Yo... —Aisha parece incómoda—. No mentía antes cuando te dije que me llevé a Harry de allí porque papá empezó a ponerse violento con él.

—Pero eso no es todo. —No voy a dejar que se vaya por las ramas.

Aparta la mirada.

—¿Qué te ha contado Harry?

—No me vengas con estas, Aisha —le advierto—. Has matado a un Alfa y yo lo he encubierto. Ahora, me debes la verdad.

Se mueve en la cama antes de encontrarse, vacilante, con mi mirada.

—Vale, tienes razón. Mi abuelo era el alfa y tuvo dos hijos: mi tío Ezekiel y mi padre Eric. Mi padre era más joven, pero fue el elegido para ser el siguiente cabeza de familia, pero a mi tío esa idea no le gustaba ni un pelo. Metió a mi padre en el mundo de las drogas y le conseguía mujeres. Se convirtió en un adicto al juego. La gota que rebasó el vaso fue cuando mi tío se casó con la mujer de la que mi padre estaba enamorado. Las cosas fueron cuesta abajo a partir de ahí. Cuando mi abuelo murió, la manada todavía quería que mi padre se convirtiera en el alfa, pero mi tío era una víbora venenosa y se encargó de destrozarle la vida. Cuando mi madre pareció en escena, se dijo que mi padre era estéril, pero terminó teniendo dos hijos. A Harry y a mí.

Hace una pausa por un momento, pero yo ya he empezado a reconstruir el resto de la historia. Incluso si a su padre lo manipularon, desde el momento en que decidió ensañarse con sus propias víctimas, él dejó de serlo.

Aisha aparta la mirada como si no pudiera soportar mirarme durante el resto de su relato.

—Mi tío no dejaba de provocar a mi padre para ponerlo en contra de mi madre. Su relación se deterioró y, frustrado, empezó a maltratarla. Acabó vendiendo la casa familiar para costearse su adicción al juego. Seguía enamorado de la compañera de mi tío y descargaba su ira con mi madre y conmigo. Nos convertimos en el hazmerreír de la manada y los ancianos decidieron nombrar alfa a mi tío. Mi padre solo fue a peor después de eso.

»Mi madre huyó, harta del abuso y nos abandonó a Harry y a mí; mi hermano era sólo un bebé. Papá lo sobrellevó emborrachándose y vendiendo nuestra ropa para seguir costeándose su ritmo de vida. Acostumbraba a jugar en el casino de mi tío y sus deudas no paraban de acumularse. Mi tío, que no había podido tener hijos propios, nos veía a Harry y a mí como una amenaza para su posición. —Respira entrecortadamente antes de mirarme.

»Si hubiera acabado apareándome con alguien, como hija mayor del primer alfa elegido, mi compañero y yo nos habríamos convertido en la pareja alfa. Lo mismo pasaría con Harry. Una vez fuese adulto, debía preparase para ser alfa. Mi tío convenció a mi padre de venderme a un burdel para saldar sus deudas. También le tenía el ojo echado a Harry. A mí ya me habían concedido la beca cuando me enteré de sus planes, así que cogí a mi hermano esa misma noche y nos largamos. Pero mientras yo siguiera viva, mi tío me consideraba una amenaza. Esperaba que nos dejara en paz, pero, por supuesto, para mi padre yo era un billete de oro que no podía desperdiciar. Si me prostituía, conseguiría todo el dinero que necesitaba.

Aisha se detiene bruscamente. Le tiemblan las manos y tiene la mandíbula apretada.

—He hecho todo lo posible para protegernos a Harry y a mí de esos dos monstruos, pero ya ves que no podía dejarnos vivir en paz. me dijo que, si no me iba con ellos sin rechistar, venderían a Harry... —Se le corta la voz, y veo la furia en sus ojos—. ¡Como si fuera a dejarles hacer tal cosa!

Se está poniendo nerviosa y agitada, así que intento calmarla.

—Bueno, ahora tu tío está muerto y de tu padre ya me encargaré yo. Ninguno de los dos volverá a molestaros. Descansa un poco, te llamaré en cuanto esté lista la comida. Más tarde, tendrás que caminar un poco para que tu cuerpo se cure más rápido.

Aisha se desploma sobre la almohada, agotada.

—Bien —dice con voz cansada—. Pero dile a Harry que estoy bien.

—Le diré que puede pasar.

No puedo salir de la habitación lo bastante rápido y, tras avisar a Harry de que su hermana está despierta, me dirijo a mi despacho. Cierro la puerta tras de mí y apoyo las palmas de las manos en el escritorio, con la cabeza gacha. El cuerpo me tiembla con una rabia que no puedo controlar. Cojo la figura de mármol que tengo justo a la derecha de mi mano y la estrello contra la pared

con un fuerte rugido de rabia. Se hace añicos y pronto le siguen más objetos.

A pesar de destrozar mi estudio, nada sacia la rabia que me consume por dentro. La habitación queda hecha un desastre en los siguientes diez minutos, pero sigo hirviendo de rabia. Sabía que Aisha ocultaba algo, pero no sabía que era algo así de extremo. Ojalá no hubiera matado a ese alfa hijo de la gran puta. Me habría encantado cargármelo yo mismo. Mi mirada se dirige hacia la puerta, pero mi estudio está insonorizado, así que sé que nadie ha oído el caos que he desatado. Rodeo el escritorio, paso por encima de los desperfectos y cojo mi teléfono privado.

Marco un número que me conozco de memoria y, tras el primer timbrazo, me contesta una voz grave.

—Necesito que busques a alguien —empiezo, antes de compartir todos los detalles del físico del padre de Aisha. Para cuando termino la llamada, estoy mucho más relajado. Pensar en todo lo que pienso hacerle al hombre que le hizo daño a Aisha me está ayudando mucho a calmar la rabia.

Por ahora, tengo que asegurarme de que ella se quede en un lugar donde pueda vigilarla.

*** ***

Encontrar al padre de Aisha debería haber sido pan comido.

Mientas observo cómo la mujer que tengo delante le pela una naranja a su hermano, toda sonrisas, me pregunto cómo su padre es capaz de evadirme con tanta facilidad. Puede que yo no sea tan poderoso como mi propio padre, pero he ido tejiendo mi red de espionaje personal a lo largo de los años, una red clandestina, echando mano de los sintecho y aquella gente que la sociedad considera la escoria de la tierra. Éstos tienen ojos y oídos en todas partes y a mi jamás se le ocurriría utilizarlos. Pero este hombre ha logrado evadirlos a todos.

Alguien le está protegiendo. Alguien poderoso.

Esa es la única razón por la que nadie ha logrado vislumbrarlo. Es preocupante. Durante la última semana, no ha habido ningún avistamiento. Es casi como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Es muy posible que haya vuelto a su territorio, asustado, tras presenciar las acciones de su hija. Un cobarde así huiría, no me cabe duda. ¿Pero cómo se enteró de dónde estaba Aisha? Alguien tiene que haberle ayudado.

Vuelvo a mirar a Aisha, que lanza un trozo de naranja a la boca de su hermano. Parece contenta, algo que rara vez veo en ella. Se ha vuelto más suave, por así decirlo, no sé cómo llamarlo. Es como si algunas de las defensas que la rodeaban se hubieran derrumbado. Antes me divertía su cautela, pero esta faceta suya también resulta embriagadora a su manera. Me he acostumbrado demasiado a tenerla en mi casa, en mi territorio donde nadie más puede llegar a ella, el mismo lugar que sólo ha tenido mi olor durante todos estos años.

Mi lobo se relaja, disfrutando de la presencia de esta hembra. He estado llevando a ambos hermanos al bosque por la noche para que se transformen y corran a sus anchas. Lo que no anticipé fue cómo reaccionaría mi lobo al encontrarse cara a cara con el lobo gris de Aisha. Mi animal siempre ha sido duro, habiéndose criado en una casa sin amor, donde no conocimos más que odio. Pero estando cerca de Aisha, ha empezado a mostrar una cara de sí mismo con la que no sé cómo reconciliarme. La incita a jugar, persiguiéndola, rodando por el suelo con ella y uniéndose cuando intenta enseñarle a su hermano lo básico.

Estoy cavándome mi propia tumba. Si se tratase sólo de un constante deseo ardiente cada vez que estoy cerca de ella, lo entendería. Pero estos momentos de calma y tranquilidad son diferentes, y he empezado a ansiarlos también.

Me aterroriza.

Por algo juré que nunca me ataría a ninguna mujer. La sangre que corre por mis venas está mancillada, y temo cuanto llevo dentro de mi padre. Sin embargo, ahora no es el momento para nada preocuparme por nada de esto.

La invitación que he recibido esta mañana me quema en el bolsillo. Se trata de una invitación a la reunión bianual de mi familia. Sólo que esta vez contiene mi nombre y el de Aisha.

CAPÍTULO 18

Aisha

—No lo entiendo. —Observo a Morris, confundida—. ¿Por qué tengo yo que conocer a tu familia?

Morris lleva teniendo una expresión de tensión en la cara desde esta mañana, y he pasado tanto tiempo con él que me doy cuenta de que algo le preocupa.

—Enséñame el vestido azul —le ordena al vendedor en lugar de responder a mi pregunta.

—Morris —insisto, molesta—. ¿Qué está pasando?

Esta última semana y media ha estado pendiente de mí, cuidándome mientras me recupero. Ha estado de un humor sorprendentemente bueno, e incluso Harry se ha adaptado a él. Las cosas han ido mejorando entre nosotros, y el rescoldo de esperanza que parpadeaba en mi interior se ha convertido en una llama incipiente.

Sin embargo, algo le preocupa desde esta mañana. Cuando de repente me arrastró a una tienda de ropa elegante, mascullando algo sobre conocer a su familia, no podía entender nada. No me da la impresión de que quiera que conozca a su familia. Así que, ¿por qué tengo que conocerlos?

Además, por lo que he podido ir averiguando de él, tampoco es que le tenga mucho aprecio a su familia.

—Sí, nos lo llevamos junto con esas cinco blusas. —Morris señala el montón de ropa que acaba de hacerme modelar para él.

Cuando el vendedor asiente y se va corriendo, me vuelvo hacia Morris.

—Basta. Sólo es una cena. ¿Para qué necesito tantos cambios de ropa? ¿Y por qué me obligas a conocer a tu familia de repente? Creía que no querías que se enteraran...

—Esto no es sólo una cena —dice Morris sombríamente—. En el momento en que pongas un pie en casa de mi familia, se convertirá en un campo de batalla. Todo lo que lleves será una

armadura.

Le miro atentamente, preguntándome si está de broma. La expresión de su cara indica lo contrario.

Cuando nos marchamos de la tienda de ropa, le echo una ojeada a las bolsas que lleva Morris y vacilo. Podría volver a ponerme como un basilisco porque me haya vuelto a comprar ropa, pero recuerdo lo que me dijo la última vez sobre suponer cosas.

—¿La ropa que llevo no es lo bastante buena para ponérmela delante de tu familia? —pregunto, despacio, cuando nos montamos en el coche.

Morris arranca el coche con expresión tensa.

—Podrías ir cubierta de diamantes de arriba abajo, y daría lo mismo. A mí no me importa lo que lleves, Aisha, pero mi familia es diferente. Tienes que estar en guardia. No compartas nada sobre tu vida. Habla solo cuando te hablen; si no, no importa lo que pase, quédate callada. No menciones a Harry, ni tu trabajo, ni dónde estudias.

Estudio su perfil tenso.

—¿Tan mala es la cosa?

—Me esforcé mucho para que no tuvieras que sufrirlos. —No me mira a los ojos—. No quería que te descubrieran, pero ahora que lo han hecho, es mejor que te enfrentes a ellos conmigo a tu lado. Y esto no es una cena normal, sino una visita de fin de semana. Si no estoy contigo, tienes que quedarte en nuestra habitación. No intentes hacerte amiga de nadie y no intentes explorar la mansión. Es por tu propia seguridad.

Escucho lo que dice, pero noto que crece en mí una sensación de inquietud. ¿De verdad su familia es tan mala? Porque una parte de mí empieza a sentir que simplemente se avergüenza de mí. Intento sacudirme todas estas dudas de encima. No me ha dado ninguna razón para no confiar en él. Después de todo lo que ha hecho por mí, lo menos que se merece es mi confianza.

Puedo dejar a Harry con Maddie, pero lo de estar tantos días lejos de él me preocupa un poco. Después del incidente en el bosque, Morris se encargó de todo, pero sí me hizo saber que mi padre probablemente había huido de la ciudad y había regresado con la manada. Aunque me alivia, no puedo evitar preocuparme por la reacción que tendrá la manada cuando les cuente que

fui yo quien mató a Ezekiel. Con algo de suerte, no le creerán. ¿Cómo puede una cambiaformas tan débil como yo asesinar a un alfa a sangre fría? Lo mires como lo mires, parece imposible.

Aun así, me siento incómoda dejando a Harry solo.

—Morris —empiezo yo—. Harry...

—No te preocupes —dice con calma—. Si lo dejas con tu vecina, me encargaré de que haya seguridad las 24 horas. No le pasará nada.

Sus palabras alivian algunas de mis preocupaciones.

Mientras me acomodo de nuevo en el asiento, me pregunto si conocer a la familia de Morris de verdad es tan malo como él lo pinta. O sea, si quieren conocerme, es que les interesa saber más de mí. Sólo tengo que ofrecer mi mejor cara. Esta es una muy buena oportunidad para mí. Mis sentimientos por este hombre han crecido con el tiempo, y he dejado de resistirme contra ellos. Una vez que conozca a su familia, tal vez se sienta más cómodo y opte por establecer una relación más adecuada entre nosotros. Las feromonas han empezado a desvanecerse, lo que significa que estamos cerca de que la danza de apareamiento siga su curso. Ese es el punto en el que ambos cambiaformas deciden si seguir o no adelante con su relación. Ahí es donde termina la parte física de la relación y se da comienzo a la parte emocional. No quiero que Morris me rechace. No quiero alejarme de él.

No sé si mi corazón podrá soportarlo.

*** ***

La invitación a la reunión familiar fue tan repentina que no he tenido tiempo de prepararme mentalmente.

Mientras contemplo la gran mansión al final del sinuoso camino de entrada, noto que se me hunde el corazón. Creo que nunca habría sido capaz de prepararme mentalmente para conocer a una familia de aristócratas. Sabía que Morris tenía una buena posición económica, pero no pensaba que fuese rico en plan «mi familia tiene una lujosa mansión con extensos jardines propios de una película y un camino de entrada tan largo que duelen las piernas sólo de mirarlo».

Giro la cabeza hacia Morris para decir algo, pero la expresión sombría de su rostro me hace cerrar la boca de golpe. Alguien está de mal humor. Debe de odiar en serio a su familia.

Vuelvo a centrar la vista en la mansión a la que nos aproximamos. Ahora que lo pienso, Morris nunca habla de su familia. La única vez que mencionó a su padre fue la primera vez que hablamos en su despacho. En aquel momento, lo había pintado como una especie de lunático obsesionado con encontrarle compañera a su hijo. Nunca pensé que tendría que conocer a ese hombre cara a cara.

Cuando llegamos a la entrada, Morris se baja del coche y, antes de que pueda echarle la mano al manillar, ya me la está abriendo la puerta. A pesar del gesto caballeroso tiene los labios apretados y una expresión dura.

Un hombre se adelanta y Morris le entrega las llaves. Casi se me salen los ojos de las cuencas cuando Morris me conduce dentro. ¿Tienen su propio aparcacoches? Son ricos *ricos*.

No me da tiempo a seguir flipando porque nos topamos con un hombre junto a la entrada. Lleva un traje negro y una expresión cuidadosamente inexpresiva.

—Señorito Morris, bienvenido a casa. La cena está servida y todos le están esperando. ¿Quiere que le guarde el abrigo?

—¿No debería preguntarle eso primero a mi invitada? —Morris le lanza una miradita con expresión fría. Veo un destello de irritación tras su máscara impasible.

—Por supuesto —asiente el mayordomo con el mismo tono sereno—. Mis disculpas, señorita. ¿Puedo cogerle su abrigo?

Miro de reojo a Morris con recelo antes de quitarme el abrigo. El mayordomo lo coge con el pulgar y el índice, como si tuviera entre manos algo terriblemente repugnante. Intento no sentirme ofendida, sobre todo porque el abrigo es nuevo; forma parte de la alocada jornada de compras que tuve que soportar ayer. Una vez que Morris le ha entregado su abrigo, me guía hacia el interior de la mansión. Si el vestíbulo de mármol, con su enorme lámpara de araña y su escalera de doble curva ya me tenían impresionada, cuando veo el comedor se me corta la respiración.

La sala es enorme con un suelo de mármol tan encerado que se reflejan las luces y hay grandes retratos colgados de la pared. La larga mesa en medio de la habitación ocupa gran parte de la estancia y ya hay gente sentada en ella. Nada más entrar, veo a un hombre sentado a la cabecera, que me hace parpadear un par de veces. Por un momento, es como si estuviera viendo una versión más vieja de Morris, pero sus rasgos son mucho menos severos que los de su padre. Hay

una mujer sentada a su derecha con un brillante vestido de noche, que parece más un camisón lencero que un vestido. Desde donde me encuentro, lo único que oculta la prenda es su pecho. Una pareja está sentada a su lado, una mujer que se parece a ella y un hombre que podría calificarse de guapo de no estar aquí mismo Morris. Frente a ellos, y de espaldas a mí, está sentada una mujer preciosa, ataviada con un impresionante vestido rojo que muestra su cuerpo perfecto y esbelto.

Morris se pone tenso al verla, pero no tiene oportunidad de decir nada porque su padre toma la palabra.

—Llegas tarde —alza la voz.

—Estaba ocupado —replica él con voz fría.

—Ven a sentarte junto a Eve. Te ha estado esperando.

¿Eve?

Miro a Morris, cuya mandíbula está tan apretada que por un momento temo que vaya a hacerse daño.

Me conduce a la mesa y le veo dudar sobre dónde sentarse antes de retirar una silla a tres asientos de Eve. Me pregunto qué estará tramando, pero tomo asiento. Él se pone entre Eve y yo, dejando una silla vacía entre ambos.

Su padre se aclara la garganta.

—¿Dónde están tus modales? —la ira en su voz es inconfundible.

Morris le ignora.

—No pasa nada —interviene Eve de repente, con una voz tan suave y melódica que dan ganas de seguir escuchándola. Se echa hacia delante para mirarme—. Tú debes de ser Aisha, la «amiga» de Morris. —La forma en que enfatiza nuestra relación me hace fruncir el ceño, pero no tengo oportunidad de replicar antes de que continúe—: Yo soy Eve Montgomery, la prometida de Morris.

Por un momento, me quedo inmóvil y noto cómo la sangre abandona mi cara.

—¿Morris? —Me giro para mirarle, pero su expresión no me indica nada.

—No recuerdo haberte propuesto matrimonio, Eve. —Su tono es gélido cuando por fin habla —. Como ya te he dicho, no eres mi tipo, pero tienes mi bendición para casarte con mi padre.

Veo cómo a Eve se le tensa el semblante, pero su sonrisa no desaparece.

—Tienes un sentido del humor increíble, Morris.

—¡Discúlpate con Eve! —ladra su padre.

Morris se pone en pie.

—Si para esto me has llamado, Aisha y yo no tenemos por qué quedarnos a soportar tal insulto.

Antes de que pueda decir nada más, la mujer sentada junto a su padre suelta una risita, un sonido que le sienta bien, dado su aspecto de cría.

—No seas aguafiestas, Morris. Tu padre es buen amigo del padre de Eve, por supuesto que querría una unión entre vuestras dos familias. Y Eve es muy buen partido, aunque tampoco queremos mostrarnos groseros con tu invitadita. —La forma en que se refiere a mí me pone los pelos de punta. Cuando se vuelve hacia mí, con una sonrisa radiante, me pregunto si lo ha dicho como un insulto o si simplemente así es su forma de hablar—. Yo soy Ellie, Aisha. No le hagas caso a Chris. Lleva tiempo presionando para que Eve y Morris se conviertan en pareja, pero ya sabes cómo son los chicos, cabezotas hasta decir basta. Nunca quieren lo que es bueno para ellos. Esta es Lucy, mi hija, y su marido, James.

Morris se ha vuelto a sentar y me aprieta la mano por debajo de la mesa. Parece que tampoco le han pasado desapercibidos los insultos velados que me ha dirigido, pero no dice nada.

Decido seguir su ejemplo y saludo cortésmente a todo el mundo. Lucy parece estudiarme con un interés apenas disimulado, mientras que Chris se limita a ignorarme, al igual que James. Eve sonríe de una forma que me pone en tensión. No parece importarle lo más mínimo que Morris la haya ninguneado.

Esta familia es rarísima y no creo que me importe quedarme encerrada en nuestra habitación solo para evitarlos.

—Entonces, ¿a qué te dedicas exactamente, Aisha? —pregunta Lucy de repente.

Miro a Morris antes de responder a regañadientes.

—Estudio en la universidad.

—¿Qué universidad? —Tiene un brillo malvado en los ojos que hace que se me forme un mal presentimiento en la boca del estómago.

—Es una a distancia —miento con facilidad—. No creo que la conozcas.

Morris me lanza una mirada rápida, pero yo me limito a sonreírle a su hermana.

—Aun así, me gustaría saber el nombre. —Entorna los ojos hacia mí—. Me gusta realizar donativos para que los estudiantes pobres puedan ir a la universidad, así que, ya que tú vas a una, podría ayudar.

—Estoy segura de que puedes encontrar universidades mejores —respondo con ligereza—. No querrás ponerte tacaña si vas a subvencionarle los estudios a alguien.

—¿Me estás llamando tacaña? —Se le tensa el semblante y capto un destello de ira.

—En absoluto. —Parpadeo con inocencia.

—Tú...

—Me parece que ya basta, Lucy —dice Morris con brusquedad—. ¿Es posible tener una cena en la que no intentes reñirte con alguien? Es de lo más molesto.

Lucy se sonroja.

—Tú...

—Tu hermano tiene razón —interviene Chris de repente—. La comida se está enfriando.

La cena transcurre en un ambiente de lo más incómodo y, para cuando terminamos, estoy lista para recogerme y pirarme a casa. No tengo aguante para este tipo de dinámicas familiares. Por desgracia, nos tienen preparada otra oscura sorpresa para el final de la cena.

—Señorita. —El mayordomo se me acerca mientras todos se levantan para ir al salón—. Su habitación ha sido preparada en el anexo. Sígame, por favor.

Estoy a punto de seguirle cuando Morris levanta de pronto el brazo, deteniéndome.

—¿Qué significa esto? —inquiere con voz áspera—. ¿Le dais a mi invitada una habitación de criada? ¡¿Para esto la has invitado, padre?!

Chris frunce el ceño.

—No montes una escena.

—Aisha duerme en mi habitación —Morris me agarra de la muñeca, atrayéndome hacia él.

Veo que la sonrisa de Eve se le tensa en las comisuras.

—¡De ninguna manera! —Una expresión atronadora cruza el rostro de Chris—. Eve y tú debéis...

—No voy a compartir habitación con una mujer que no me gusta —replica mi acompañante sin rodeos antes de arrastrarme con él—. Vamos, Aisha.

Es obvio que la familia de Morris piensa que estoy por debajo de ellos, pero que Morris me defienda tan abiertamente hace que el corazón se me encoja con emociones fuertes. No es la primera vez que me señalan y me humillan. La diferencia entre entonces y ahora es que entonces no había nadie para cubrirme las espaldas.

Morris me lleva escaleras arriba y por un largo pasillo que da a un balcón; su habitación se encuentra la final del mismo. El cuarto está apenas amueblado. Es mejor que mi mobiliario, sí, pero comparada con el resto de la casa, su habitación ofrece un aspecto algo más cutre. Cuando rozo la cómoda con los dedos, noto una gruesa capa de polvo.

Cierro la mano con rapidez, pero Morris es claramente consciente del estado de su habitación. Su rostro está tenso.

—Siéntate en algún sitio. Haré que alguien limpie este lugar.

—No pasa nada —intento decir, pero ya ha pulsado un botón junto a su cama.

Es el mayordomo quien se presenta.

—Trae a una criada para que limpie esta habitación —le ladra Morris.

El hombre parece notablemente incómodo cuando baja la cabeza, incapaz de mirar a Morris.

—Me temo que no puedo hacer eso. La señorita Ellie ha prohibido que cualquier miembro del personal que le preste a usted cualquier servicio.

Morris se le queda mirando un momento, y me espero que estalle contra el mayordomo, pero habla con tranquilidad cuando le responde:

—Muy bien.

Cierra la puerta, pero cuando se vuelve para mirarme, veo una extraña emoción en sus ojos.

—Deberías ir a ducharte —le aconsejo de repente—. Hay demasiada energía negativa por aquí. Lo mejor es lavársela toda.

Me mira con extrañeza, pero le tiembla la comisura de los labios.

—¿Energía negativa?

—Ya sabes —hago un gesto abarcando el ambiente—. Emociones negativas y todo ese rollo.

—¿Y todo ese rollo? —Ahora parece divertido.

—Tú ve a ducharte.

Observa la habitación y veo que la mirada se le endurece.

—Siento todo esto. No pensé que llegarían tan lejos. Creí que era mejor que te presentara yo mismo en vez de que te pillaran por banda.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros—. Ya has visto cómo es mi familia, tampoco estoy yo como para tirar cohetes.

Por un momento, parece que quiere decir algo, pero termina por decidir no hacerlo y se dirige al cuarto de baño. Una vez cerrada la puerta, me arremango y me pongo manos a la obra. Por suerte, como sólo hay unos pocos muebles, no tardo más de un par de minutos en limpiarlo todo con mi camisón harapiento que había metido a escondidas en mi bolsa de viaje.

Quito las sábanas y las fundas de almohada, y las sacudo en el balcón. Vuelvo a poner las sábanas y estoy cubriendo las almohadas con sus fundas cuando Morris sale del cuarto de baño,

con nada más que una toalla alrededor de las caderas y secándose el pelo con otra.

—¿Qué haces? —me pregunta, desconcertado.

Abro la boca para responder, pero nunca antes lo había visto en este estado de desnudez y mi garganta se niega a colaborar. Conozco cada centímetro del cuerpo de Morris. Si no lo conocía antes, se ha pasado estas dos últimas semanas asegurándose de que lo conociera de memoria. Pero Morris se acuesta tarde y se levanta temprano, así que nunca le he visto de esta guisa después de ducharse.

Se me seca la boca mientras me lo quedo mirando y veo una perversa diversión reflejada en sus ojos.

—¿Te gusta lo que ves?

Debería decir algo, pero es mi cuerpo el que responde por mí cuando el espeso aroma de mi excitación impregna el aire. Veo a su lobo asomarse en su mirada cuando da un paso más hacia mí.

Me he metido en la boca del lobo.

CAPÍTULO 19

Aisha

Me pongo de lado, me duele la parte baja de la espalda.

No esperaba que Morris se mostrase tan salvaje en la cama. Me duele cada centímetro del cuerpo. Es un dolor delicioso, pero sigue resultando incómodo. Me hizo ponerme de rodillas, sus exigencias eran duras. Por suerte, disfruto de lo duro que me folla, pero lo de hoy ha sido demencial. Gimo al sentarme, notando la pegajosidad entre las piernas y en otras partes del cuerpo. Suele ser muy meticuloso a la hora de limpiarme cuando caigo rendida, pero supongo que hoy no ha sido uno de esos días.

Miro hacia su lado de la cama y parpadeo al darme cuenta de que ya no está. Acaricio la sábana con los dedos y compruebo que está fría.

¿Se acostó conmigo y se largó?

Después de la primera vez, cuando le dije cómo me había hecho sentir, no me ha vuelto a dejar sola en la cama. No me molesta que me haya dejado aquí, pero me sigue pareciendo raro. Tal vez haya ido a hablar con sus padres.

Me pongo en pie y decido darme una ducha. El chorro de agua caliente me sienta de lujo y me refresca. Me seco y me pongo una de las blusas vaporosas que me regaló y unos *leggins* cómodos.

Me ruge el estómago. Debido a las tensiones de la cena, no llegué a comer nada. Tal vez pueda preguntarle a Morris si puede traerme algo de la cocina. Él también debe de tener hambre.

La habitación está bastante fría y me pregunto si habrán apagado la calefacción a propósito también. No entiendo por qué a Morris lo desprecia su familia. Al menos a primera vista, parece que no se llevan muy bien. Claro que Morris apenas habla de sí mismo, así que no sé cómo será realmente su relación. Su madre, Ellie, también es bastante peculiar. Parece un encanto de primeras, con esa voz tan suave, pero solo escupe veneno por la boca. Y la forma en que mira a Morris no es la forma en que una mujer mira a su hijo. Su hermana también le mira con desdén.

Parece que nadie le quiere por aquí.

Siento una punzada en el pecho. ¿De verdad Morris es tan poco querido en este sitio?

Sé que Morris me dijo que me quedara aquí, pero lleva ausente mucho tiempo y me estoy empezando a poner nerviosa. Salgo al pasillo, sacudiéndome estos pensamientos de encima. Igual solo me estoy imaginando cosas y estoy proyectando mis propias experiencias sobre Morris. ¿Cómo puedo estar segura de nada después de una sola cena con su familia? En el ambiente puede haber estado enrarecido solo por mi presencia. Eso tendría más sentido, ya que Chris Wolfguard parece estar bastante interesado en juntar a su hijo con esa mujer, Eve Montgomery.

La idea de que sean pareja me molesta, provocando que mi lobo gruña de rabia. Siento que la posesividad de mi animal asoma la cabeza y, por primera vez, no lucho contra ella. Mi lado humano también está en sintonía con las emociones de mi lobo. No quiero que esa mujer tenga a Morris. Poco a poco he empezado a verlo como mío, y poco a poco he empezado a permitirme sentirme así.

El pasillo está en silencio, pero cuando intento retroceder sobre mis propios pasos, acabo en otro sitio completamente distinto. Miro a mi alrededor y trato de seguir el rastro de Morris. Es débil y acabo frente a un gran balcón, donde se encuentran dos mujeres. Una está en una silla de ruedas y la otra de pie a su lado, con la mano posada en su hombro. No he visto a ninguna de las dos antes.

—¿Perdonen...? —Me adentro en el balcón.

Las palabras me abandonan cuando ambas giran la cabeza para mirarme. La mujer de la silla de ruedas es increíblemente guapa. Tiene la cara pálida y el pelo castaño claro un poco desaliñado. Sin embargo, nada puede ocultar la belleza etérea que se esconde tras ese aspecto desaliñado. La forma de sus ojos y sus labios finos me recuerdan los de alguien.

—¿Quién es usted? —La mujer que está de pie de repente da un paso adelante con voz dura y postura protectora.

—Eh… —Dudo, sintiendo que he interrumpido algo—. Estaba buscando a Morris. Soy su... —Las palabras se me atascan en la garganta al darme cuenta de que aún no sé qué soy para Morris. Por suerte, no tengo que aclarar nada porque la mujer se relaja.

—¿Morris te ha traído aquí?

—¿Morris? —pregunta de repente la mujer de la silla de ruedas, con voz susurrante—. ¿Dónde está mi hijo?

Sus palabras me dejan descolocada. ¡¿Su hijo?! ¿Esta es la madre de Morris? En cuanto lo pienso, caigo en por qué sus rasgos me resultan tan familiares. Estaba equivocada, Morris se parece más a esta mujer que a su padre.

—¿Es usted la madre de Morris? —No puedo evitar hacer la pregunta.

La mujer me mira extrañada, pero no me contesta, sino que mira a su acompañante.

—Sila, ¿dónde está mi nene?

—Está en cama, Teresa, donde debe estar —murmura Sila, tranquilizándola—. Tú misma acabas de acostarlo, ¿recuerdas?

—¿Sí? —La madre de Morris parece confundida antes de mostrarse de acuerdo—. Es verdad.

Le pasa algo; tiene la mirada casi ida. Aparta la mirada de mí como si olvidara mi existencia, pero Sila se acerca a mí.

—¿Está Morris aquí? —me pregunta en voz baja y apremiante.

Asiento con la cabeza.

—Lo estoy buscando. ¿Es... de verdad ella es la madre de Morris? Pensé que Ellie era su madre.

Los ojos de Sila se tensan con fiereza.

—¡No vuelvas a referirte a esa criatura como la madre de Morris! Una destrozahogares como ella no tiene nada que ver...

—¿Dónde está Morris, Sila? — vuelve a preguntar Teresa de repente, como si la conversación anterior nunca hubiera tenido lugar. Poso la vista en la mujer de aspecto frágil, preguntándome qué le habrá pasado.

—Está descansando, Teresa —murmura Sila, acariciándole el pelo con suavidad. La madre de Morris parece preocupada, y luego se le afloja el semblante como si se hubiera perdido en sus

pensamientos.

—No lo entiendo —murmuro—. Si ella es la madre de Morris, ¿quién era esa mujer?

—La amante de Chris —gruñe Sila, bajando el volumen—. ¿Morris no te contó nada de esto antes de traerte aquí? ¿No eres su compañera?

¿Su compañera? ¿Por qué pensaría tal cosa? Claro que aquí nada tiene sentido.

—Si Ellie es su amante, ¿cómo es que tienen una hija juntos?

Sila tuerce el labio superior con disgusto.

—Lucy es hija de Ellie y su difunto compañero. Chris y Teresa son compañeros predestinados. Él se apareó con ella por el poder que ostenta la familia Wolfguard. Quería ser el alfa, así que se apareó con ella, tuvo un hijo y luego se trajo a su amante. ¡Él es la razón por la que ella está así!

Abro la boca para decir algo, conmocionada, cuando una voz fría nos interrumpe desde la puerta.

—Una historia muy conmovedora, Sila.

Sila palidece, al igual que yo. Me doy la vuelta y veo a Chris avanzando hacia nosotras, molesto.

—Llévate a esta mujer de vuelta a su habitación. ¿No te he dicho que quiero que se quede encerrada en su habitación? Hace sentir incómoda a Ellie. Dale la medicina y ponla a dormir o algo.

Puedo ver la rabia en los ojos de Sila, pero, para mi sorpresa, se muerde la lengua, le da la vuelta a la silla de Teresa y pasan junto a Chris de camino a la salida. Pero entonces Teresa repara en su presencia y le agarra de la muñeca.

—¡Chris! —suplica—. ¡Chris, no hagas esto! ¿Dónde está mi bebé? ¿Dónde está mi Morris? —El padre de Morris pone cara de asco mientras intenta retirar su mano, pero Teresa se niega a soltársela y sigue suplicando—: ¿Por qué no me miras? ¡Dijiste que me querías! ¿Por qué...?

Veo cómo levanta la mano, y habiendo presenciado una situación como esta muchas veces antes, mi cuerpo reacciona por instinto. El golpe me cae a mí en la cara cuando me interpongo entre los dos. La fuerza del impacto me empuja hacia atrás, y es Sila quien me frena.

—Saca a esa criatura de aquí antes de que la vuelva a tirar por el balcón —se limita a decir Chris con desprecio después de resoplar.

Sila se aleja corriendo con Teresa sollozando, y yo le miro fijamente.

—¿Te atreves a darle una paliza a tu compañera paralítica?

Chris alza una ceja, imperturbable, ante mi mirada acusadora.

—No voy a dejarme sermonear por una mujer de baja alcurnia como tú. Deberías saber cuál es tu lugar. No puedo creer que hayas tenido el atrevimiento de presentarte aquí.

—Recibí una invitación —replico.

—Mi mujer siente debilidad por Morris. —Chris chasquea la lengua con impaciencia—. Pero conozco a las hembras como tú. ¿De verdad crees que dejaría que alguien de tu clase se convirtiera en la compañera de Morris? E incluso si él te tomara como su compañera, en mi familia las compañeras no son tan importantes como las esposas. Ellie es mi esposa y está a mi lado en todo momento. Teresa es mi compañera, una criatura a la que me vi obligado a cortejar y preñar debido a mis instintos de lobo. Pero una vez que nace un hijo entre una pareja apareada, ese deseo feroz del uno por el otro disminuye. En cuanto nació mi heredero, puse a Teresa en su lugar y traje a una mujer más digna de mí y de mi estatus. Y no te equivoques —su mirada es gélida y confiada—, mi hijo hará lo mismo.

—Lo ideal sería que se aparee y se case con Eve. No tuve mucho margen de maniobra en lo referente a mi propia compañera porque necesitaba su riqueza y poder. Pero tú no le ofreces nada a Morris. No eres nada, sólo una lobita fugitiva que limpia lo que otros ensucian. Si Morris decide tomarte como su compañera, nunca te aceptará del todo. Al final, la mujer que estará a su lado será Eve. Tú serás otra Teresa, ansiando su amor y suplicando ver a tu hijo hasta que pierdas la cordura.

Se me hiela la sangre ante sus palabras.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Nada. —Sonríe, con un semblante aterrador—. Simplemente guio a mi hijo por el camino correcto. Con Eve a su lado, se convertirá en el nuevo alfa, cosa que él ha aceptado.

Se saca un pequeño aparato del bolsillo y pulsa un botón. Empieza a reproducirse una

conversación y reconozco la voz de Morris como el segundo interlocutor.

—... ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí. —Morris suena cansado.

—¿Y qué hay de esa mujer que has traído a nuestra casa familiar? ¿Te das cuenta de que ni siquiera es digna de ser llamada tu compañera? No me digas que eres tan tonto como para querer tener un hijo de ella.

—No tengo intención de aparearme con ella. Me compadezco de ella, por eso la cuido. Una vez que nuestras feromonas se apaguen, me alejaré.

—Has invertido mucho tiempo en ella. ¿No conoces sus antecedentes?

—Como te acabo de decir —Morris suena molesto—, siento pena por ella. Es un tanto patética, pero es muy buena en la cama.

—Entonces, ¿te casarás con Eva cuando acabes con esta tontería? ¿No tienes intención de aparearte con esa cosa?

Se produce una breve pausa.

—¿Por qué iba a aparearme con Aisha? Es sólo una camarera. Tiene un buen polvo y tal, pero es a Eve a quien necesito a mi lado. Aunque no sé por qué la has traído aquí, podrías haberme avisado. Ahora tengo que asegurarme de que Aisha no se ponga histérica de celos.

Se me encoge el corazón ante la insensibilidad de sus palabras y noto que me tiemblan las rodillas. ¿Es esto lo que piensa de mí?

Hay más, pero hago oídos sordos al resto. El corazón late con un dolor desgarrador.

Puedo oír cómo se me rompe el corazón. Es una sensación terrible el darme cuenta al fin de que he sido una idiota todo este tiempo, depositando mis esperanzas en algo que nunca podría ser mío. Estar con Morris había empezado a hacerme sentir que importaba, que había alguien ahí fuera que me quería, que se preocupaba por mí. Pero supongo que me dejé llevar por el calor del momento.

Siento un nudo en la garganta y me arden los ojos, pero lo reprimo todo. Mi lobo se ha callado y

se ha hecho un ovillo dentro de mí, esta traición es tan intensa que ni siquiera se le escapa un gemido.

—¿Aisha?

Me doy la vuelta y veo a Morris en el pasillo. Se pone rígido cuando ve a Chris a mi lado. Le miro fijamente, haciendo a un lado el dolor y la humillación, enterrándola en algún lugar profundo dentro de mí. No dejaré que tales emociones me controlen. No dejaré que controlen este momento. Sólo me queda mi orgullo. No dejaré que me vea venirme abajo.

—¿Es verdad? —le pregunto despacio. Poner esta fachada de calma es lo más difícil que he tenido que hacer nunca—. ¿Te compadeces? ¿Por eso has hecho tanto por mí? ¿Porque pensabas que tengo un buen polvo?

—Las feromonas desempeñan un papel importante en todo eso —interviene Chris, servicialmente, con una petulancia palpable en su voz.

Pero le ignoro, sin apartar la vista de Morris.

—No lo niegas.

Su expresión es cuidadosamente inexpresiva. Su silencio resulta ensordecedor y lo dice todo al mismo tiempo. Siento que mi lobo se enrosca más dentro de mí y percibo su dolor.

Compañeros.

En algún momento, habíamos entrado en la danza de apareamiento. Sólo que nunca llegué a darme cuenta. En algún momento, mis sentimientos se pasaron de rosca. ¿Cómo se supone que voy a recomponer ahora los pedazos de mi corazón?

Siento como si tuviera un peso asfixiante sobre el pecho mientras miro al hombre que tengo delante. Quiero odiarle, pero mi corazón aún no está preparado para ello. Los labios se me curvan en una sonrisa de autodesprecio.

—Bueno, es cierto que teníamos un trato, supongo.

No dice nada y veo cómo se le tensa la mandíbula. Mi sonrisa se ensancha, a medida que la agonía crece en mi interior. La cabeza me late con fuerza por la forma en que he apresado mi autocontrol como una manta tan apretada a mi alrededor que no me cuesta respirar. Me niego a

que ninguno de estos dos hombres vea como me hundo.

No les daré el placer a ninguno de los dos.

Levanto la barbilla y paso a su lado. Tiene el cuerpo rígido, pero no me detiene.

Sigo escuchando sus palabras en mi cabeza como un disco rayado.

«Patética».

«Tiene un buen polvo».

Me siento idiota. Si no hubiera sido por la grabación, no me habría creído ni una palabra. Avanzo a ciegas por el pasillo. ¿Por qué traerme aquí? ¿Por qué montar ese espectáculo durante la cena si su intención había sido casarse con Eve desde siempre y deshacerse de mí? ¿Fue sólo para poder follarme un par de veces más?

Su razonamiento no tiene sentido alguno para mí. Era él el que quería una relación puramente física, y yo había estado de acuerdo. Y después había hecho todas esas cosas por mí, rompiendo sus propias reglas. ¿Era todo un juego enfermizo para él? ¿Jugar con mi corazón y hacerme sentir que le importaba?

Me tiemblan los labios y los aprieto con más firmeza. Aquí no. Todavía no.

Ni siquiera he llegado a mi habitación cuando el mayordomo sale de la esquina del pasillo, bloqueándome el paso.

—Debo escoltarla hasta la puerta principal.

Le miro entumecida. Sí que ha sido rápido.

—Es la una de la madrugada —consigo decir por fin.

Se cuadra de hombros y me mira con el ceño fruncido.

Pues vaya.

—¿Quién te ha dado la orden? —Noto la boca seca.

—El señorito Morris.

La última pieza colgante de mi corazón destrozado se cae finalmente y se hace añicos.

Morris. Me está echando a patadas de la mansión a estas horas de la noche.

—M-Mis cosas... —Intento recomponerme.

—Ya están en la puerta.

—Ya veo.

La cabeza me da vueltas, pero cuando me hace un gesto, no tengo más remedio que seguirle. La mansión está inquietantemente silenciosa y en penumbra mientras bajo los escalones. El mayordomo va delante de mí y me conduce hasta las puertas de hierro. No hay ningún coche esperándome. Cuando cierra la verja detrás de mí, veo un pequeño montón en el suelo. Al inspeccionarlo más de cerca, me doy cuenta de que el montón es toda mi ropa y mi abrigo tirados por el suelo.

¿Así es como ha decidido terminar las cosas conmigo? Echándome de la casa de su familia a altas horas de la noche sin ni siquiera un medio de transporte para volver a casa. Este lugar se encuentra a las afueras de la ciudad. Aunque me eche a correr en mi forma animal, no llegaré hasta el amanecer. Miro fijamente la ropa a un lado de la carretera. Me agacho y la acaricio con los dedos mientras siento cómo los ojos me arden por las lágrimas. Me permito sentirlo.

Se me escapa una lágrima y luego otra, y suelto un suspiro tembloroso.

—Bueno, no sé ni de qué te sorprendes, Aisha —hablo en voz baja mientras me pongo en pie—. Nunca has sido merecedora de amor. Al menos, ahora ya lo sabes.

Me doy la vuelta, dejando ahí toda la ropa que Morris me había comprado, incluido el abrigo. Me echo a andar por el tramo de carretera, ni siquiera tiemblo con la brisa fría de lo entumecida que me siento.

Sólo quiero irme a casa. Solo quiero irme a casa y pensar en cómo recomponerme.

*** ***

A la mañana siguiente recibo un correo en el que me informan de que me han despedido.

Me quedo mirando la pestaña del correo. Es simple y breve. No hace falta que acuda mañana y

recibiré mi indemnización por correo ordinario. La cantidad es suficiente para que me dure un par de meses por lo menos. Ni siquiera sabía que tenía derecho a una indemnización.

Me siento hueca por dentro.

Debería habérmelo esperado. Después de todo, fue Morris quien me consiguió el trabajo en primer lugar. No me extraña que quiera quitármelo. Ya no obtiene nada a cambio, así que, obviamente, quiere hacerme pagar por ello.

Tengo el mal presentimiento de que lo próximo a por lo que va a ir es mi beca. La mano se me cierra en un puño. No puedo dejarle hacer eso. No se lo permitiré.

No es fácil cambiar de clase a estas alturas del curso, pero me pongo en contacto con una de mis profesoras del primer semestre. Le cuento una versión confusa de los hechos, sin mencionar en absoluto mi situación con Morris. Es mucho papeleo, pero me permite apuntarme a su asignatura, y sólo puedo presentarme al examen si consigo completar todas sus tareas y proyectos en esta última semana. Alegando una infección vírica, me apunto a la opción de clases en línea de la universidad y, dado que ya no tengo trabajo, dejo a Harry en manos de Maddie y me enfoco de lleno en ello.

No duermo y apenas como, me convierto en una sombra de mí misma. Para cuando entrego las tareas, tengo unas ojeras quilométricas, pero siento una sombría satisfacción por dentro porque en menos de una hora recibo el visto bueno para poder presentarme al examen. Entrego el formulario para darme de baja de la clase de Morris y el formulario para presentarme al examen de esta nueva asignatura.

Tardo una semana en hacerlo todo, una semana de náuseas persistentes. También solicito sin parar prácticas y traslados a la universidad hermanada de la actual. Quizá alguna entidad haya decidido que ya es hora de que me tome un respiro. El día en que consigo unas prácticas en Salem, una ciudad a bastante distancia de Portland, también me aprueban el traslado a la universidad hermana en esa misma ciudad.

Ese es el día en que me vengo abajo.

Sollozo como una niña, Maddie me acuna entre sus brazos cuando se topa conmigo.

Las cosas por fin empiezan a irme bien y, sin embargo, siento el corazón tan vacío y tan roto que me cuesta ser funcional. Pero no puedo parar. No puedo parar porque el mundo no ha dejado de

girar y Harry no ha dejado de necesitar que luche por él. Y tengo que irme lo más lejos posible de este lugar antes de que Morris decida hacer público cómo maté al alfa de mi manada.

Me voy al día siguiente de mi último examen, con todo lo que Harry y yo tenemos empaquetado en dos cajas. La empresa para la que hago las prácticas es una *startup*, pero me pagan la mudanza y me instalan en un apartamento. No he sabido nada de Morris desde entonces, aunque tampoco es que esperara saber nada de él, y dejo el portátil y todo lo que me ha regalado, grande o pequeño, a las puertas del edificio de su apartamento y le pido al guarda que se lo devuelva.

Mientras estoy sentada en el autobús con Harry a mi lado, me pregunto si este vacío se desvanecerá algún día o si esta falta de autoestima desaparecerá jamás. Tengo una bola de hielo en el pecho mientras me despido de Portland en silencio.

Tengo que irme para protegerme de Morris, la única persona que pensé que siempre me protegería.

Cierro los ojos.

Es hora de empezar de cero.

CAPÍTULO 20

Morris

5 años después

—Este es el cuarto club que saquean este mes. —Observo al hombre que tengo delante, con mirada dura—. ¿Me está diciendo en serio que no puede averiguar quién está protegiendo a estos camellos?

Joseph es un nuevo ayudante, uno que contraté después de convertirme en el alfa. Es bastante competente en líneas generales, pero durante los últimos cinco años, desde que asumí la dirección del imperio de mi familia, el negocio de la droga dirigida a los cambiaformas se ha expandido. No hemos podido capturar ni a una sola persona involucrada en estas operaciones y empieza a parecerme una tarea inútil. No sé por qué pensé que esta vez sería diferente.

Cada vez me siento más desesperado por acabar con este cártel de la droga. Cada vez más y más miembros jóvenes de la manada han empezado a consumir esta droga y nuestra manada se está debilitando. Nunca pensé que vería el día en que los de mi especie se convertirían en drogadictos.

—Tengo a gente rastreando a los camareros —dice Joseph rápidamente—. Éstos deberían saber algo.

Miro hacia abajo para consultar el informe, contrariado. Alguien poderoso está protegiendo a este cártel, pero para proteger a nuestra manada, tengo que eliminarlos.

—Eh, ¿señor?

—¿Qué? —Levanto la vista para observar que tiene una expresión incómoda grabada en la cara.

—S-su mujer ha llamado. Dijo que quería que comiera hoy con ella. Dentro de una hora en el Frontler Plaza. Ya he informado al chófer.

Mis ojos se convierten en rendijas cuando miro a mi ayudante.

—¿Trabajas para mí o para mi mujer? —Mi voz es grave y peligrosa—. ¿Desde cuándo tomas decisiones por mí?

Joseph baja la cabeza, pero no dice nada.

«¿Y por qué iba a decir nada?», reflexiono con amargura, reclinándome en la silla. Después de todo, desde que asumí la posición de alfa, cada una de las personas que me rodean ha sido apartada de mi lado y sustituida por la gente de mi padre o por la de Eve. Ya no hay nadie en mi vida en quien pueda confiar.

Nunca he estado más aislado en mi vida.

De entre las pocas personas a las que consideraba mis amigos, mi padre compró a aquellos que vendían su lealtad, y a los que no, los han destinados a algún lugar muy lejos de aquí. Fue la única manera de que mi padre pudiese conservar todo su poder.

—¡Fuera de mi oficina! —ladro—. Y manda al chófer de vuelta. Conduciré yo mismo.

Joseph parece querer añadir algo, pero una mirada lapidaría mía le hace cerrar la boca. Le veo salir a toda prisa. Chris ha conseguido controlar todos los aspectos de mi vida. Desde la muerte de mi abuelo materno hace cuatro años, ha utilizado a mi madre para controlarme. Hace años que no la veo y mi padre parece disfrutar torturándome así.

Mientras mi abuelo seguía vivo, no podía hacerle nada a mi madre más que mantenerla encarcelada. Pero fui un estúpido y un arrogante cuando le serví en bandeja otra moneda de cambio que podía usar contra mí. Una que destruyó toda mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

Desde ese día, me he convertido en la marioneta más controlada de mi padre. Todo lo que hago se inspecciona bajo lupa y se le comunica a él.

Me pongo en pie, cojo las llaves del coche y salgo a la sala de espera de mi despacho, donde veo a Joseph al teléfono. Está hablando en voz baja y sé que está informando de todo al ayudante de mi padre. Cuelga el auricular cuando me ve.

Cabronazo.

Todos ellos.

A veces, sólo deseo cerrar los ojos y no despertar nunca más. Ya no puedo respirar, esta vida me

asfixia. No soy más que un perro al que le han arrebatado su libertad. Incluso me han quitado la posibilidad de elegir mi comida, ahora sólo puedo comer lo que mi mujer decide que puedo comer. Ya no puedo poner un pie en la cocina. Así que, simplemente renuncio a comer siempre que puedo. Cada día es más hastiado y lúgubre que el anterior, y la fuerza de voluntad que me queda se va erosionando.

Hubo un tiempo en que mi vida se había vuelto tan brillante que había empezado a esperar con ansias el día siguiente. La felicidad me colmaba y, como un imbécil, le había entregado esa felicidad en bandeja a mi padre.

Entro en el aparcamiento, pulso la llave automática del coche y me subo. Ignoro al chófer que se apresura en mi dirección y arranco. Lo que mi padre no entiende es que, por mucho que me mangoneen él y Eve, aún hay cierto margen de maniobra. Sigo luchando por mi libertad poco a poco, incluso en los días más oscuros.

El Frontler Plaza está a media hora en coche de mi oficina. Cuando aparco en el parking, veo a mi mujer sentada junto a la ventana. Me quedo mirándola unos segundos, apretando el volante con fuerza hasta que los nudillos se me quedan blancos y la bilis me sube por la garganta. Cuando me casé con Eve, me ordenaron consumar el matrimonio, aparearme con ella. Mi padre y ella habían llegado hasta a drogarme para hacerme más dócil. Sin embargo, mi lobo se había enfurecido ante la idea de marcar a tal criatura.

Por primera vez en mi vida, mi lobo me obligó a transformarme cuando Eve iba a echárseme encima. La cicatriz de su espalda es prueba de esa noche, y nunca se me ha acercado desde entonces. Mi padre lo ha intentado una y otra vez, pero ese único suceso fue más que suficiente para Eve. Por suerte, desde aquel día dormimos en habitaciones separadas.

Está tan hermosa como el día en que me casé con ella, pero bajo esa belleza se esconde una víbora fría y despiadada. En cuanto Eve se dio cuenta de que no podía ser suyo ni portar mi marca de apareamiento, se alió con mi padre para hacerme daño de otras maneras. Mangonearme para darme instrucciones de dónde comer o cenar es uno de sus pasatiempos favoritos.

Me dirijo al interior del restaurante y me agacho para besarla en la mejilla obedientemente.

—¿Por qué no dejaste que te trajera el chófer? —pregunta con calma y ojos penetrantes—. Sabes que no me gusta que conduzcas.

Levanto una ceja.

—Debe de molestarte que tu marioneta siga teniendo mente propia.

—Ándate con cuidado. —Aprieta los labios.

La ignoro.

—Démonos prisa. Cuanto menos tiempo pase contigo, mejor. —Me la sopla bastante el destello de ira en su mirada.

—Vas a pasar una hora conmigo para comer. Y también tenemos que ir a casa de tu padre.

—Dado que mi padre y tú deshonrasteis vuestro trato la semana pasada, ignoro por qué tengo que seguiros el juego. —Le dirijo una sonrisa fría.

—Ya te dijo que estaba ocupado... —dice ella entre dientes apretados.

—Hace años que no veo a mi madre —siseo—. No ha parado de incumplir su promesa de dejarme verla. A estas alturas, ni siquiera sé si sigue viva. O cumplís vuestra parte del trato, o podéis iros los dos a tomar por culo. —Dicho esto, me pongo en pie, dejándola ahí.

Sé que me estoy mostrando impulsivo, pero tengo que recordarles de vez en cuando que hay alguien que vive y respira al otro lado de la cuerda de la que intentan tirar. Sólo accedí a este matrimonio con la condición de poder ver a mi madre una vez cada dos semanas. Pero tal cosa jamás sucedió; mi padre siempre pone una excusa tras excusa y a veces hasta ha llegado a decirme con todo el descaro que me fuera a la mierda. Una parte de mí se está desesperando.

Ignoro el grito indignado de Eve mientras me dirijo al coche. Bien, que se quede dándole vueltas. Cuando no acuda a la oficina, se pensarán que estoy enfadado y conduciendo sin rumbo. Los labios se me curvan en una oscura sonrisa. Son de lo más predecible.

Saco un pequeño móvil negro del bolsillo y envío un mensaje.

Un par de minutos más tarde, entro en un aparcamiento vacío a diez manzanas del restaurante, donde me espera un discreto Mercedes negro con los cristales tintados y el motor en marcha. No apago el motor, simplemente me bajo del coche. El hombre que sale del otro coche tiene un físico similar al mío. Le tiendo mi abrigo y él se lo pone, junto con el sombrero fedora que he empezado a llevar cuando conduzco. He dejado que mi mujer y mi padre lo atribuyan a tendencias y gustos raros, pero resulta extrañamente conveniente para que otro hombre conduzca mi coche haciéndose pasar por mí.

Observo cómo se desliza en el asiento y se pone unas gafas de sol opacas antes de salir pitando, dejándome de pie junto al otro coche. Mi sonrisa es funesta. Hay momentos en los que estoy a punto de rendirme y aceptar esta vida, pero mi espíritu luchador aún no se ha extinguido por completo. Si no es por mi propia vida, todavía tengo una razón para seguir luchando, un pequeño rescoldo de esperanza dentro de mí que he guardado durante estos últimos cinco años, negándome a dejar que nada lo apague.

Me pongo mis propias gafas de sol y me subo al coche.

Estos últimos cinco años, he seguido construyendo mi red clandestina. A pesar del estado en que se encuentra la manada, y del que mi padre me culpa por entero, sigue sin interesarle en absoluto buscar el origen de esta podredumbre. No quiero que esta manada muera bajo mi liderazgo, esa es la excusa que le he contado a mi padre. Sin embargo, lo de descubrir quién distribuye las drogas, por infructuoso que sea, es una tapadera. Nunca he sido un blanco fácil, y después de a lo que me ha reducido mi padre, ha olvidado que, por mucho que odie la idea, su sangre corre por mis venas. Tengo que convertirme en una entidad fuerte fuera de la manada para poder debilitar la correa que mi padre me ha echado alrededor del cuello.

No sólo utiliza a mi madre en mi contra, sino que todas mis cuentas bancarias están bajo el control de mi mujer. Ni siquiera me permite tener una tarjeta de crédito. Aprieto el volante con fuerza mientras acelero por la carretera hacia el distrito comercial de Portland. ¿De verdad creían que, si intentaban humillarme así, agacharía las orejas? He invertido todos mis ahorros en acciones y bonos y he construido una fortuna bastante decente en secreto durante los últimos años. También he empezado a colaborar con Robert Montgomery, un prometedor hombre de negocios cuyas ideas son a la vez excéntricas y descabelladas y, sin embargo, son aterradoramente buenas. También resulta ser el medio hermano ilegítimo de Eve, rechazado por su familia. Hoy tengo una reunión con él para invertir en su empresa.

La manada de lobos de Montgomery es conocida por su solidez económica, razón por la que mi padre había impulsado este matrimonio. Pero con el padre de Eve a punto de retirarse, la manada está inestable. Aunque Robert es un hijo ilegítimo, es el mayor. Técnicamente, el puesto de alfa le pertenece, pero el padre de Eve, Damien, quiere que sea Charles el que adopte el cargo, por eso exiliaron a Robert de la familia. Tengo la intención de poner a Robert en el lugar que le corresponde. Con Robert como nuevo alfa, tendría un apoyo mucho más fuerte.

La familia Montgomery no es tan trigo limpio como intentan hacerle creer al mundo. Llevo tiempo investigando sus negocios. Para cuando acabe con todos ellos, lamentarán haber

trastocado mi mundo. Me detengo, sintiendo el corazón dolorosamente tenso en el pecho.

Contemplo el semáforo en rojo, observando a las jóvenes que pasan a mi lado, buscando desesperadamente esa cara que no he visto en cinco años. Pero por más que miro, nunca la veo. Sé que es porque ya no está aquí.

Aisha se fue.

Nunca he olvidado la expresión rota en su mirada hace cinco años. Me persigue. Más que odio hacia mi persona, había una enorme cantidad de odio hacia sí misma en sus ojos. Como si se fuera a odiar a sí misma para siempre por haber pensado que mis sentimientos eran sinceros. A veces, me pregunto si las cosas habrían sido diferentes si me hubiera presentado en su casa al día siguiente; si no hubiera sido tan arrogante suponiendo que me esperaría, que me creería. Sólo cuando me di cuenta de que no se había presentado para el examen, pregunté en administración. Había cambiado de universidad y de asignatura. Había dejado su piso.

Se había desvanecido.

Y por más que busqué, no pude encontrarla. La universidad no compartía sus datos y nadie sabía dónde estaba. Ni siquiera mi vasta red clandestina había sido capaz de localizarla. Todo lo que conseguí averiguar fue que se había subido a un autobús con su hermano y se había marchado de la ciudad.

Aisha nunca fue el tipo de persona que pudiera borrar fácilmente de mi memoria.

Ha pasado media década y aún no he podido olvidar su sonrisa ni la forma en que a veces me miraba fijamente, con una mirada de asombro en los ojos. Nunca he olvidado cómo la herí en nuestros últimos momentos juntos. Y me mata haber perdido la oportunidad de arreglar las cosas. Sabía que Aisha me importaba, pero había una vena de arrogancia dentro de mí que me hacía pensar que sólo me preocupaba por ella. Y más tarde, cuando esos sentimientos se hicieron un poco más profundos, me convencí a mí mismo de que ella me necesitaba y nunca me dejaría. Sólo cuando se fue me di cuenta de mis verdaderos sentimientos.

Al principio, fue rabia. Rabia porque simplemente se levantó y se fue sin decirme ni una palabra. Podría haber esperado y haber intentado hablar conmigo. Pero eligió la salida cobarde. Con el paso de las semanas, la rabia fue sustituida por la preocupación. ¿Estaba bien? ¿Dónde estaba? ¿Y su beca? ¿Se alimentaba bien? ¿Y el dinero? ¿Tendría suficiente dinero para un apartamento en un barrio decente? Después de la preocupación vino el dolor. ¿Cómo pudo abandonarme tan

fácilmente?

Pero con el paso de los años, su presencia se convirtió en un fantasma. Mi lobo se ha vuelto callado y amargado. Ha perdido el interés por todo. Y ahora sólo lucho por sobrevivir, esperando que tal vez algún día, la vuelva a ver.

Suspirando, entierro mi propio dolor dentro de mi corazón y entro en el aparcamiento.

Salgo del coche y miro a mi alrededor, sorprendido por el trabajo que Robert ha invertido en este lugar. Recuerdo su pequeña oficina en Salem. Era un espacio estrecho con solo dos empleados. De eso hace sólo seis años. Miro el cartel que hay en lo alto del edificio.

Sky Enterprises.

Ha mantenido el nombre lo más ambiguo posible para no alertar a su familia sobre sus aventuras empresariales. Aunque, es difícil pasar por alto un edificio de este tamaño en Portland. Supongo que su negocio ha despegado.

No entiendo por qué sigue queriendo que invierta en él.

Inspecciono la zona, impresionado. Es bastante pija, con sus negocios y cafés por toda la calle. A diferencia de otros distritos comerciales de Portland, éste está bien cuidado. También está un poco más alejado del centro de la ciudad, así que quizá sea esa la razón.

Cierro la puerta del coche y miro al otro lado de la calle, a una de las cafeterías. Al otro lado del ventanal, veo a una mujer comprándose café y algo de comer. Aprieto las llaves con fuerza. Su larga melena trenzada me recuerda extrañamente a otra mujer que conocí. Su camisa azul claro y sus pantalones negros ciñen una figura que tiene las curvas correctas.

Se da la vuelta con una sonrisa en la cara, y esos ojos verdes claros que todavía me consumen se encuentran con los míos desde el otro lado de la calle.

Su sonrisa se esfuma y a mí el corazón casi se me sube a la garganta.

¡No puede ser! Pero es inconfundible.

¡¿Aisha?!

CAPÍTULO 21

Aisha

Nunca quise volver a Portland. La ciudad estaba mancillada con demasiados recuerdos dolorosos. Y por encima de eso, se encontraba mi temor a que alguien pudiera reconocerme.

Pero me encantaba mi trabajo y, cuando acabé perdiendo la beca, fue mi jefe quien costeó el resto de mi carrera universitaria. No tenía por qué hacerlo, y jamás voy a olvidar tal favor. Por eso, cuando me dijo que iba a trasladar la sede a Portland, me mordí la lengua y asentí sin rechistar. Después de todo, Portland es una ciudad grande. Si no me busco problemas, dudo que éstos vengan a buscarme a mí.

O al menos eso creía hasta que, de pie en medio de mi cafetería favorita, vi a Morris Wolfguard mirándome desde el otro lado de la calle.

Está tan guapo como el día en que me echó de casa de su familia, partiéndome el corazón y obligándome a abandonar la ciudad por mi propia seguridad. El pavor me invade y doy un paso atrás.

Enseguida me olvido del miedo cuando recuerdo que ahora es un hombre casado. Yo soy sólo cosa del pasado.

Un suspiro tembloroso sale de mis labios. Todavía tengo más que presente el día en que vi el anuncio de su boda en los periódicos. Caí de rodillas mirando su foto junto a Eve Montgomery, la hija de un magnate de los negocios. Se les veía bien juntos, había pensado entonces, mientras sentía como si me arañasen el pecho. Hacían buena pareja, eran tal para cual.

Había tenido en la mano la oferta de trabajo a tiempo completo en la empresa donde había hecho las prácticas el día que me enteré de su matrimonio. Pero cuando me caí de rodillas, derrotada, no solo sentí dolor, sino también alivio porque estaba a salvo. Si estaba con alguien, no le interesaría intentar hacerme daño. Una parte de mí había estado convencida de que usaría el asesinato de Ezequiel como una baza en mi contra. Durante años, estuve alerta, a la espera y asustada, teniendo siempre presente algún plan de contingencia. Durante todo un año, tuve una maleta de emergencia para mí y mi pequeña familia por si aparecía alguien. Cosa que nunca pasó.

Fue entonces cuando se anunció su matrimonio.

Ahora, viéndole de pie frente a mí, siento cómo se me hunde el corazón. Después de apañármelas durante años para no toparme con él, ¿por qué tenía que aparecer ahora, cuando tengo mucho más que perder que entonces?

Me vuelvo rápidamente para darle la espalda al ventanal, con el corazón latiéndome con una ansiedad creciente.

No le importa, está felizmente casado. Tiene todo lo que quiere. Yo sólo soy alguien de su pasado, eso es todo. Seguro que ni siquiera recuerda que aspecto tengo.

Oigo abrirse la puerta de la cafetería, alguien me agarra de la muñeca de una forma que me es familiar y me da la vuelta. Encontrarme cara a cara con Morris es algo que parece tanto una pesadilla como un hermoso sueño.

Él me mira con los ojos muy abiertos y cargados de incredulidad, y me aprieta la muñeca como si esperara que saliera por patas.

—Aisha. —La voz le sale ronca e inestable, y oír mi nombre en sus labios hace que me tiemble hasta el corazón, pero esta reacción momentánea no basta para enterrar los años de miedo, dolor y amargura que he soportado por su culpa.

Doy un paso atrás y me lo quito de encima. El vaso de café se me resbala y cae al suelo, salpicándome. Me estremezco por la temperatura abrasadora y él parpadea como si volviera a la realidad.

Antes de que pueda decir nada, Molly, la chica de detrás del mostrador se acerca corriendo.

—¡Ahora lo limpio!

Morris no se mueve, sigue mirándome.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —me pregunta de repente cuando doy un paso atrás.

Quiero soltarle algo; ahora que lo tengo delante, después de todos estos años, quiero cantarle las cuarenta. Pero él sigue teniendo todas las de ganar, no puedo ser tonta. Agacho la cabeza e intento pasar a su lado, pero me arrastra hacia atrás, agarrando de nuevo de la muñeca.

—¡Te he hecho una pregunta, Aisha! —insiste con voz dura. Cuando no digo nada, se le entrecierran los ojos como si algo le sorprendiera—. ¿Me tienes miedo?

Aprieto los labios. El hecho de que el hombre que guarda mi secreto más peligroso me haga esa pregunta es de lo más irónico. La expresión herida en su mirada me sorprende aún más.

—¿Crees que haría algo para causarte daño?

—Sí —por fin encuentro la voz.

Mi respuesta parece sorprenderle, y me observa con atención durante unos instantes.

—Lo crees de verdad, ¿no es así? —murmura despacio—. ¿Por eso te has mantenido alejada de mí todo este tiempo?

—Tengo que irme.

Intento alejarme, pero me bloquea el paso.

—Tenemos que hablar.

Me encuentro con su mirada.

—Ya te di la oportunidad de hablar, llegas cinco años tarde. Por favor, déjame en paz.

—Llevo cinco años buscándote, Aisha. —Le oigo decir en voz baja cuando me alejo unos pasos de él—. Lo menos que puedes hacer es sentarte a tomar un café conmigo.

Quiero seguir andando, pero una vocecita en mi interior me advierte de que ésta podría ser una buena forma de que me deje vía libre de una vez por todas. A ver, ¿tan malo puede ser tomarme un café con él?

—De acuerdo.

—Me tomaré otra «delicia de avellana». —Miro a Molly antes de murmurar—. Perdón por ensuciarlo todo.

—No pasa nada. —Parece divertida mientras pasea la mirada entre Morris y yo.

Hace tres meses que volví a Portland, y como siempre me pido el café en la cafetería de Molly,

se ha convertido en otra presencia fija en mi vida.

—¿Y tú que quieres? —Le sonríe alegremente a Morris.

—Lo mismo que ella —murmura distraídamente.

Acabamos sentados en un reservado del fondo. Morris guarda silencio un rato, como sumido en sus pensamientos. Me tomo mi tiempo para estudiarle.

Ha perdido peso, y una cantidad significativa, además. No es que le afecte negativamente, sigue siendo tan absurdamente guapo como hace cinco años. Sin embargo, percibo un cansancio en sus ojos que no existía antes. También lo noto bastante nervioso.

—¿Cómo está Harry? —pregunta bruscamente.

—No quiero hablar de mi hermano contigo. —Mantengo un tono de voz educado, pero cortante.

Para mi sorpresa, veo que se estremece.

—Ya veo. —Me mira, buscando algo en mi cara—. Tienes mejor aspecto.

—Es que estoy mejor.

—Tú… ¿Por qué te fuiste?

Entrecierro los ojos.

—¿De verdad vas a fingir que no lo sabes? ¿Qué es esto, Morris? ¿Por qué actúas como si tú no fueras la razón de que yo dejara la ciudad?

—¿Qué...?

Me echo hacia delante y hablo con la voz afilada como un látigo:

—Me llevaste a casa de tu familia solo para echarme de patitas en la calle como a un ladrón en mitad de la noche. Me hiciste sentir que no valía nada. Y no contento con eso, decidiste hacer todo lo que estaba en tu mano para quitarme lo poco que tenía. No te bastó con jugar con mi corazón. Me quitaste mi medio de vida, el único trabajo que tenía, el mismo que tú me ayudaste a conseguir. Sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que vinieras a por Harry y por mí, así que me fui. Me fui para protegerme de ti y de tu familia.

El rostro de Morris palidece.

—¿De qué estás hablando?

Suelto una carcajada amarga.

—¿Qué? ¿De verdad fui tan insignificante en tu vida cómo para que ni siquiera recuerdes nada de esto?

Molly trae el café y yo envuelvo la taza con las manos. Morris parece demasiado sorprendido para expresarlo con palabras.

—O sea, que te has estado escondiendo de mí todo este tiempo porque crees...

—No me imaginé nada de lo que me pasó, Morris —le corto, sintiéndome insultada—. ¿Por qué no dices lo que quieras decirme para que ambos podamos volver a nuestras vidas?

Se le tensa el semblante.

—Yo no te eché de casa de mi familia, Aisha. Me dijeron que te habías ido. Y nunca hice que te despidieran. Cuando fui al restaurante, me dijeron que lo habías dejado. Y, en caso de que haya algo más que te preocupa que yo hubiera podido hacer, ¡jamás lo haría! Nunca te haría daño.

Se me tensa la mano alrededor de la taza. Odio lo sinceras que suenan sus palabras. No le creo. Sería una tonta si le creyera a estas alturas.

—¿Qué quieres de mí, Morris? No quiero tener nada que ver contigo.

—Aisha —suena cansado—, siento no haber ido en tu busca entonces, pero había algo más cociéndose de fondo…

—¿Por qué te disculpas conmigo? —Me pongo en pie, odiando la esperanza que comienza a invadir a mi lobo—. No quiero tus disculpas porque sé que no son sinceras. Mira, sea lo que sea lo que quieres de mí, no puedo dártelo. He reconstruido mi vida, por mediocre que sea a tus ojos, y te pido por favor que no irrumpas en ella. Sólo quiero estar en paz, por favor.

Morris me detiene con mirada atenta.

—Tus feromonas.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunto, poniéndome alerta al instante.

—¿Por qué ya no puedo sentirlas?

Mis ojos se vuelven gélidos.

—Porque te he superado.

—Así no es cómo funciona la cosa, Aisha.

—¿Acaso importa? —siseo, frustrada—. Estás casado, Morris. Eve y tú sois tal para cual. No desentierres el pasado, no quiero tener nada que ver contigo.

Sin darle oportunidad de decir nada más, paso junto a él y le dejó un par de billetes a Molly. No me detengo hasta cruzar la calle y entrar en mi oficina, Sky Enterprises. Escaneo mi tarjeta y entro en la zona de empleados, apresurándome hacia el baño. Está vacío cuando me echo agua en la cara, temblando.

—Deberías haber mantenido la calma, Aisha. —susurro, observando mi reflejo con fijeza—. Has dicho demasiado.

Pero era difícil mantener a raya a las traidoras de mis emociones teniendo delante al hombre que me destrozó tan profundamente. Incluso ahora, soy incapaz de odiarlo. Deseo hacerlo con todas mis fuerzas. Quiero sentir rabia con sólo verlo. Pero lo que sentí hoy fue dolor y pena por lo que me hizo pasar, la agonía fruto de los pedazos rotos de mi corazón y preocupación por lo exhausto que parecía.

Lo negó todo. Nunca esperé que negara lo que me hizo pasar. Esperaba que me amenazara, que fuera desagradable conmigo. El villano de mi historia era un hombre cruel que había destruido mi vida con premeditación. Morris no estaba interpretando su papel muy bien.

Me pongo recta, me seco la cara y saco el pintalabios del bolso para volver a aplicármelo. Endurezco mi corazón y me concentro en la mujer que tengo delante. La mujer que me devuelve la mirada se ha enfrentado a muchas cosas, ha resuelto su vida y ha conseguido alcanzar la mayoría de sus objetivos. Y lo ha hecho todo sin Morris. La vida no ha sido fácil, pero he luchado contra todas las adversidades, incluyendo la más inesperada de todas hace cinco años.

Vuelvo a meter el pintalabios en el bolso y salgo del baño.

No volverá, estoy segura.

Al entrar en mi despacho, veo a un hombre alto apoyado en mi escritorio, hojeando un informe que había dejado allí. Es bastante guapo, si se ignoran las terribles cicatrices que tiene en el lado izquierdo de la cara.

Robert Montgomery me dio la oportunidad de hacer unas prácticas en su empresa hace cinco años. También me ayudó con el traslado y, cuando tuve que pedir una excedencia repentina en la universidad y acabé perdiendo la beca, fue él quien se ofreció a pagarme el año que me quedaba. Es mi jefe y mi amigo, pero también es bastante incordio.

—Creía que había cerrado con llave mi despacho. —Frunzo el ceño al ver la barrita a medio comer que tiene en la mano—. ¿Cómo eres capaz de entrar siempre?

Él me sonríe, flexionando las garras.

—Forzar cerraduras es pan comido.

Robert es un lobo cambiaformas sin manada, como yo, ya que su familia lo abandonó hace mucho tiempo.

—Deja de robarme mis chuches. —Le arrebato lo que le queda de barrita.

—No puedo evitarlo. —Se ríe por lo bajo—. Es que compras mis favoritas.

—Y también te compré a ti una bolsa enorme.

—Saben mejor cuando se roban. —Esboza una sonrisilla, recupera la barrita y la devora de un bocado.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué haces aquí en realidad? ¿El aire acondicionado de tu despacho era demasiado para ti? ¿Quieres que nos intercambiemos los escritorios?

—No voy a comprarte ese nuevo aire acondicionado tan sofisticado, Aisha —replica sentándose en la butaca contigua a mi mesa—. Si lo hago, jamás volverás a salir de tu despacho. En realidad, he venido porque tenía una reunión con un inversor potencial, pero acaba de retrasar la reunión para esta noche y yo tengo una conferencia esta tarde, así que no estaré en la ciudad.

Le miro mientras enciendo el portátil.

—¿Quiere que ocupe tu lugar? ¿Cómo se llama este inversor?

—Forma parte del Grupo de Inversiones Henlock. Es el presidente, de hecho.

Abro los ojos de par en par.

—Espera, ¿es el que es muy reservado acerca de su identidad? ¿Cómo has conseguido concertar una reunión con él?

—Nos conocemos desde hace mucho —dice mi jefe con cara de suficiencia—. De todos modos, asegúrate de vestir bien, la reunión es en un hotel de cinco estrellas. Y antes de que digas nada, ya he llamado a Harry y me aseguró que se encargaría de todo esta noche si le traigo unas empanadillas de cerdo para cenar mañana.

—Deja de sobornar a mi hermano con comida —murmuro, aunque me siento aliviada—. Muy bien. Envíame por correo las pautas para la reunión y me pondré con ello.

Robert asiente.

—Bien. Pero tienes algo bonito que ponerte, ¿verdad? ¿O debería traerte algo...?

Le fulmino con la mirada.

—No te pases de listo.

—Vale, vale. —Se limita a sonreírme—. Pero de verdad que podría llevarte a comprar un vestido.

—Podrías subirme el sueldo, si tantas ganas tienes de tirar el dinero.

—Sigue soñando.

Cuando se marcha y cierra la puerta tras de sí, levanto la vista con una pequeña sonrisa en los labios.

Nunca pensé que todos estos años después sería la jefa de departamento de esta empresa. Mi equipo es pequeño pero eficaz. Me pasé al departamento de análisis de marketing cuando me incorporé, y he estado al lado de Robert mientras construía esta empresa desde los cimientos.

Empezamos con tres empleados y ahora tiene un equipo de cien personas a su cargo, y yo he pasado a ocupar un cargo ejecutivo. Pero nuestro viaje juntos no ha estado exento de dificultades. Robert también es un lobo cambiaformas y me ayudó con Harry a medida que crecía, enseñándole a cazar y a jugar. Robert se ha convertido en parte de nuestra pequeña manada improvisada, es de la familia.

Miro fijamente a la puerta.

Nada ha conseguido llenar el enorme agujero que Morris dejó en mi corazón. Respeto a Robert y lo considero un amigo, pero el día en que Morris me arrancó el corazón del pecho fue el día en que renuncié al amor.

Siento una opresión en el pecho. Tengo que mantenerme alejada de Morris, cueste lo que cueste. Tengo demasiado que perder esta vez.

*** ***

Entro en el vestíbulo del hotel vestida con mi armadura, que incluye una carpeta y un vestido negro hasta la rodilla, de manga entera y escote modesto. Lo he combinado con una fina cadena de plata alrededor del cuello y un par de tachuelas brillantes. Llevo el pelo recogido en un moño suelto y un maquillaje ligero y profesional. No quiero darle una idea equivocada a nuestro futuro inversor.

Creía que Robert había hecho una reserva en el restaurante del hotel, pero me conducen a una sala privada donde han dispuesto una mesa para cenar. Parpadeo al ver la decoración y miro a la mujer que me ha acompañado.

—¿Seguro que es aquí?

Asiente con la cabeza.

—Se nos ha pedido discreción y privacidad. Esta es una habitación privada, totalmente pagada. Pueden hacer sus pedidos a través de la tableta y seré yo misma quien les entregaré la comida y las bebidas. También hay una zona de conferencias anexa y un aseo. Le aseguro que nadie les molestará.

Sabía que el presidente del grupo Henlock era muy reservado, pero esto ya me parece pasarse.

—Y-ya veo —murmuro.

—¿Puedo servirle algo mientras tanto, Srta. Hart

—Un poco de agua. —Le sonrío—. Gracias.

—Hay botellas en la nevera de la esquina. Puede servirse de lo que quiera.

Cuando se marcha, mis pensamientos se desvían hacia el escurridizo inversor que tiene a más de medio mundo empresarial muerto de curiosidad. ¿De verdad le parece bien a Robert que me deje conocerle? Un poco nerviosa, me levanto para coger una botella de agua de la mininevera que hay en el rincón de la sala.

Acabo de abrir el tapón cuando oigo que se abre la puerta. Me doy la vuelta rápidamente, sintiéndome mortificada.

—Lo siento mucho... —Las palabras se mueren en mi garganta cuando veo entrar a la última persona que esperaba ver hoy.

Morris no parece tan sorprendido, casi como si esperara encontrarme aquí.

—¡Esta es una sala privada! —Recupero la cordura y le gruño—. ¡¿Me estás persiguiendo?!

Cuando le vi esta mañana, Morris parecía muy afectado. Ahora, parece más sereno. Cosa que odio.

—Soy consciente de ello —dice suavemente, cerrando la puerta tras de sí—. Creo que me estabas esperando—.

Mientras se acerca a mí, me doy cuenta de lo que pasa.

—¿Tú eres el misterioso inversor? ¿El presidente del Grupo de Inversiones Henlock?

—Culpable de todos los cargos. —Su sonrisa encierra un atisbo de astucia.

Noto que se me hunde el corazón.

¿Lo sabía Robert? Nunca le mencioné a Morris por su nombre, pero sabe que había alguien que me había hecho mucho daño. Esto tiene que tratarse de una coincidencia, ¿verdad? No había forma de que Robert me pusiera a conciencia en la misma sala que el hombre que me humilló y me rompió el corazón.

—Sentémonos y hablemos, Aisha —dice Morris suavemente.

Antes de que pueda moverme o decir algo, me suena el teléfono. Con los ojos clavados en Morris, contesto.

La voz del otro lado hace que mis labios se curven ligeramente, y el calor me invade casi instantáneamente mientras presto atención. Tras unos breves segundos, murmuro:

—Lo sé, lo sé. Hoy no llegaré tarde.

Veo cómo Morris me observa y me invade una fría oleada de ira y miedo, junto con una determinación cada vez más firme.

Nunca jamás podré estar cerca de Morris. Nunca podré hacerle saber que me dejó un último regalo de despedida hace tantos años.

Nunca dejaré que Morris conozca a nuestro hijo.

CAPÍTULO 22

Morris

—Yo también te quiero, cariño.

La suavidad del rostro de Aisha y la cálida adoración en sus ojos mientras habla por teléfono, hace que las manos se me cierren en puños. Nunca había visto una expresión así en su cara. Nunca la había oído hablar así a nadie.

¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Cuándo le entregó Aisha su corazón a otra persona? Mi lobo aúlla indignado mientras el dolor y la ira se apoderan de mí. ¿He llegado demasiado tarde?

Cuando me mira, su mirada es fría y helada con una férrea determinación en esos preciosos ojos verdes. En todo este tiempo que he pasado buscándola, ni una sola vez me he planteado que Aisha hubiera pasado página, que hubiera encontrado a alguien a quien amar. La idea me golpea como una apisonadora. Yo no he dejado de amarla. Durante todo este tiempo, he luchado por mi libertad, por romper las cadenas que me retienen porque veía la luz al final del túnel, porque siempre veía a Aisha al otro lado, esperándome.

Y ahora, mientras observo cómo habla con tanta dulzura con un hombre que no soy yo, la rabia cubre el dolor en un intento de apaciguarlo.

Termina la llamada y se guarda el teléfono en el bolso.

—¿Quién era? —Mi voz está cargada de ira—. Nunca te he oído hablar con nadie de esa manera.

—No es asunto tuyo —me responde con voz dura.

La herida supura dentro de mí como un hervor doloroso. ¿Tan fácil le resultó pasar página?

Nunca había visto esta faceta de Aisha. La mujer que recuerdo era cautelosa y tenía una lengua afilada, pero nunca fue tan abiertamente hostil conmigo. Mi mente podría aceptar el hecho de que ha seguido adelante con su vida, pero mi corazón se niega. Mi animal ha reclamado a esta mujer desde la primera vez que la llevé a la cama, por más que me lo negué entonces. Desde que

me dejó, siento que mi vida se ha pintado de tonos grises y blancos, que se ha formado un vacío del que nunca he podido deshacerme.

Al verla de nuevo después de todos estos años, en ese café donde nuestras miradas se cruzaron, sentí como si por fin pudiera respirar de nuevo. Mi lobo, que había estado tan agitado, tan irritable, por fin se relajó. Pero Aisha parece empeñada en alejarme. Y ahora entiendo por qué.

—¿Tienes novio? —Mi pregunta tiene un tinte peligroso. Mi lobo gruñe y me cierno sobre ella —. ¿Desde cuándo? ¿Quién es?

Sus ojos se entrecierran en pequeñas rendijas.

—¿Y qué si tengo novio, Morris? ¿A ti qué te importa? Por si lo has olvidado, yo era poco más que un caso de caridad para ti, ¿recuerdas? —Su voz suena enfadada, pero en sus ojos puedo ver el dolor y noto cómo se me atascan las palabras en la garganta—. Deberías haber recordado nuestro trato —escupe Aisha—. Deberías haberlo cumplido. Sólo follábamos, eso es todo. Nada más y nada menos. Nunca te pedí nada más. Así que no finjamos que había algo más entre nosotros. El trato se acabó, punto. Ambos obtuvimos lo que queríamos de...

Intenta marcharse pasando de largo junto a mí, pero la agarro por el brazo y tiro de ella hacia atrás hasta que mi cara queda a escasos centímetros de la suya.

—No, no voy a dejar que te marches así como así —hablo con tono feroz—. Si estás enfadada, puedes gritarme y chillarme, ¡pero no hagas como si no hubiera nada entre nosotros!

—¡No lo había! —Levanta la voz, y esta vez, bajo la herida, veo el dolor crudo y agonizante—. No hubo nada, y tú deberías saberlo mejor que nadie. Y sí, ¡hay alguien en mi vida! ¡Y es mejor que tú en todos los sentidos! ¡Ni siquiera puedes compararte con él! Es más amable que tú, más cariñoso que tú, ¡y me quiere! ¡Aunque tampoco es que importe! —Me agarra la mano izquierda y me planta la alianza en la cara—. ¿Ves esto? No puede importarte ni puedes fingir que estás destrozado. Ni siquiera esperaste tres meses para tomar a otra mujer como compañera, así que deja de actuar como si te importara.

Me pitan los oídos.

Lo ha confirmado con su propia boca. Tiene novio; de hecho, posiblemente sea más que un novio.

Mi lobo gruñe ahora de rabia, furioso por este nuevo giro de los acontecimientos. O sea, ¿Qué hay otro hombre que la abraza y la toca? ¿Deja que otro hombre le acaricie el cuerpo con las manos? La sola imagen de un hombre abrazando a Aisha, besándola con ternura, me está volviendo loco.

Sin pensarlo, la agarro por la nuca, la arrastro hacia delante y bajo la boca hasta la suya en una ráfaga de calor, deseo y rabia. El primer roce es como una descarga eléctrica. Mi lobo, que había rechazado con saña las caricias de Eve, ruge de placer y satisfacción.

Espero que Aisha se resista o que, como mínimo, me dé un puñetazo, pero no hace ninguna de las dos cosas: sus dedos se enroscan en la parte delantera de mi camisa y un gemido brota de sus labios. La química entre los dos es innegable, los labios se le separan casi por instinto cuando la arrincono contra la pared, con una mano alrededor de la nuca, manteniéndola en su sitio, mientras la otra le acaricia el cuerpo por encima del elegante vestido que lleva. Sus pechos están más llenos y redondos, y los aprieto, deseando metérmelos en la boca.

La quiero desnuda debajo de mí, gimiendo y sollozando por mí. La quiero de rodillas, con ese deseo desmesurado controlándola, como me controló a mí la primera vez que estuvimos juntos. Un solo beso y mi cuerpo ya la desea como una droga; su aroma y sus curvas me llevan al límite de la cordura.

Mi lengua se sumerge en su boca, saboreándola una y otra vez, lamiéndola y mordiéndole el labio inferior. Su cuerpo encaja a la perfección contra el mío; sus propios movimientos son frenéticos y desesperados, y la verdad no hace más que reafirmárseme. Puede mentir todo lo que quiera, pero, al fin y al cabo, su cuerpo delata su verdadero deseo.

Cuando meto una mano bajo su vestido, Aisha abre los ojos de golpe, sorprendida y consciente. Enrosca la mano alrededor de mi muñeca. No es lo bastante fuerte como para detenerme si quiero continuar explorándola, pero basta un toque de advertencia para que me quede quieto.

—No —su voz es áspera y desigual—. Esto no va a pasar. —Me pone las dos manos en el pecho y me empuja hacia atrás, con la cara cada vez más roja—. No voy a acostarme contigo. Estás casado y...

—¡Nunca le di a Eve mi marca de apareamiento! —estallo—. La he guardado para...

—¿Para mí? —Una risa amarga y desgarrada sale de su boca—. ¿Por qué? ¿Para que yo me convirtiera en tu compañera y ella fuera tu esposa? ¿Para que yo sea tu sucio secretito mientras

es ella la que ocupa un lugar a tu lado? —Ahora parece furiosa, su expresión es de dolor—. Nunca seré tu puta, Morris. No compartiré el mismo destino que tu madre.

Palidezco ante sus palabras.

—¿Perdón?

—¿Crees que no lo sé? —ladra—. ¿Crees que no sé lo que tenías planeado para mí? Sé que tu padre se apareó con tu madre y luego la encerró bajo llave para poder estar con una mujer de su elección, una mujer a la que consideraba su igual. ¿Crees que yo dejaría que me hicieras eso?

Sus palabras me han sacudido hasta la médula.

—No sabes lo que...

—Lo sé —su voz es inestable pero feroz—. Sé lo que me dijo tu padre. Sé lo que me dijo la mujer que cuidaba de tu madre. Y sé lo que dijiste en la grabación aquella noche. No me convertiré en una víctima, Morris. Y no dejaré que me tomes por tonta.

Coge su bolso y corre hacia la puerta. No tengo fuerzas para detenerla mientras observo con la mirada perdida el lugar donde había estado.

«Sé lo que me dijo tu padre. Sé lo que me dijo la mujer que cuidaba de tu madre. Y sé lo que dijiste en la grabación aquella noche», sus palabras me resuenan en los oídos.

Si hubiera sabido que mi padre me iba a grabar aquella noche, me habría callado. Pero estaba desesperado por proteger a Aisha, sobre todo después de lo que él acababa de decirme. Habría dicho cualquier cosa con tal de mantenerla a salvo. Sólo cuando oí a mi padre ponerle aquella grabación a Aisha comprendí sus intenciones, pero ya era demasiado tarde. Si hubiera negado algo de lo dicho, no había forma de saber lo que mi padre le habría hecho.

Pero ella no sabe nada de eso. Nunca me dio la oportunidad de explicárselo. Me hundo en una de las sillas, enterrando la cabeza entre las manos. Pero eso no es del todo culpa suya, ¿verdad?

Hasta que se anunció mi compromiso con Eve, estuve confinado en casa. Hasta que se celebró mi boda, todos mis movimientos estuvieron vigilados. Si lo hubiera intentado, habría podido escabullirme para reunirme con Aisha, pero quise esperar a que las cosas se calmaran. Estaba seguro de que ella entendería que todo esto lo hacía por ella y que sólo intentaba protegerla. Estaba seguro de que tendría fe en mí.

Fui demasiado arrogante.

Y en mi arrogancia, lo destruí todo.

*** ***

No suelo emborracharme. De hecho, me he propuesto beber lo menos posible.

Siento que me vibra el teléfono, pero lo ignoro, sentado en la oscuridad, sorbiendo el vino y mirando sombríamente hacia la puerta. Oigo el sonido de una llave en la cerradura y, al cabo de un momento, la puerta se abre. Las luces parpadean y oigo un silbido.

—¡¿Morris?!

Miro a un receloso Robert y vuelvo a dar un sorbo a mi vino, ignorándole. Cierra la puerta y deja las llaves sobre la mesilla.

—¿Por qué te has colado en mi piso?

—No sabía adónde más ir —murmuro con apagado—. Tu hermana tiene ojos y oídos en todas partes. Era ir a casa y saludar al engendro de Satán o venir aquí.

Robert coge la botella de vino a medio terminar y hace una mueca.

—Y me has robado mi mejor botella. Esto te va a pegar duro mañana.

—Cree que soy escoria —murmuro.

—¿Quién, el engendro del diablo?

—Tu jefa de Marketing.

—¿Aisha? —Él parpadea, se sienta a mi lado y bebe un trago directamente de la botella—. ¿Sabes?, me sorprendió un poco cuando dijiste que la conocías. Es decir, no dejo que cualquiera se reúna con Aisha así como así. Me da mucha paranoia que alguna empresa me la robe delante de mis narices. —Como no digo nada, me da un codazo—. ¿De qué la conoces?

—Le rompí el corazón —empino la copa con aire melancólico—. Y antes de que pudiera arreglar las cosas, huyó. Y ahora piensa que soy la mayor escoria en la faz de la tierra y se niega a hablar conmigo.

Robert me mira fijamente durante unos largos momentos antes de posar la botella de vino en la mesa.

—Espera, ¿eres tú el cabrón que la dejó pre...? —Se interrumpe y una expresión de preocupación irrumpen su rostro—. Le pisoteaste el corazón. Sea cual sea el daño que le causaste, nunca ha sido capaz de superarlo, Morris. No ha mirado a otro hombre desde aquello.

Mi mano se detiene y levanto la cabeza para encontrarme con la mirada de mi amigo.

—¿Qué? —Se encoge de hombros y yo dejo a un lado la copa—. ¿Me estás diciendo que está soltera? ¿Que no tiene novio ni hay nadie en su vida?

Robert me mira con extrañeza.

—Créeme, lo sabría si hubiera un hombre en su vida. Ha trabajado para mí durante cinco años, Morris, y nunca he percibido olor a hombre en ella. —De repente, me fulmina con la mirada—. Tampoco es que tengas derecho a preguntar por su vida romántica. Eres un mierda. He oído lo que le hiciste.

—¿Ah, sí? —pregunto secamente—. Dudo que te lo haya contado todo. No es propio de Aisha compartir detalles sórdidos.

—Bueno, me dio una idea aproximada. —Frunce el ceño—. Y tú eres un auténtico gilipollas.

No me importa lo que él piense de mí. Me interesa más saber por qué Aisha me mintió acerca de tener un hombre en su vida. ¿Pensó que podría espantarme con eso?

—¿Cuántas veces más cree que puede abandonarme? —murmuro en voz baja—. Va a tener que enfrentarse a mí en algún momento.

—Tiene todo el derecho —empieza Robert, antes de hacer una pausa y mirarme boquiabierto—. Espera, ¿qué quieres decir con que te ha abandonado? ¿Estás diciendo que se largó en mitad de la reunión?

—Ni siquiera llegamos a la parte de la reunión —le informo.

—Un momento. —Me lanza una mirada condenatoria—. ¿Me estás diciendo que me hiciste pagar un ojo de la cara por esa puta sala privada en el hotel más caro que pudiste encontrar, sólo para que no hubiera ninguna reunión?

—Te lo reembolsaré —le digo con displicencia.

Robert coge la botella de vino y le da un trago durante un minuto. Después de dejarla, sacude la cabeza.

—Nunca debí aceptar que te reunieras con Aisha. Debe de haberse llevado un buen disgusto.

—Invertiré en tu empresa si ella es mi persona de contacto —digo de repente.

Robert no se lo piensa ni un segundo.

—Es toda tuya.

—Vaya amigo. —Pongo los ojos en blanco, pero me ignora.

—Pero si haces algo que la moleste, se retira nuestro acuerdo y me quedo con la inversión —me advierte—. Puede que sea un amigo de mierda, pero sigo siendo su amigo.

No sé si funcionará, pero necesito que Aisha se quede a solas conmigo en una habitación durante un tiempo, al menos hasta que podamos aclarar las cosas entre nosotros. Sin embargo, hay algo que me sigue teniendo con la mosca tras la oreja: la persona con la que habló por teléfono delante de mí tenía que ser un hombre. No puedo imaginarme a Aisha hablando con su hermano con tanta delicadeza. Esa expresión en sus ojos es algo que nunca había visto antes.

—Creo que te equivocas —murmuro, mi humor vuelve a caer en picado—. Hay alguien especial en su vida. La vi hablar con él por teléfono con una voz de lo más suave y dulce.

A Robert se le contraen los labios un instante, pero cuando parpadeo, se limita a mirarme con expresión seria. ¿Habré imaginado ese destello de diversión?

—No la he oído mencionar a ningún novio, y sabes que captaría el olor de alguien sobre ella si hubiera tenido relaciones íntimas. —Se encoge de hombros Robert—. Hablando de sexo, Frank me ha contado algo.

Frank es el hijo menor de los Montgomery. De todos los hermanos de Robert, es el único al que le importa su hermano mayor.

—Aparentemente, Damien le ha ordenado a Eve que busque la forma de concebir un heredero. Tiene que acostarse contigo de una manera u otra, o sea, que va a echar mano de un sedante

terriblemente fuerte que Damien le ha dado. Debería noquearte en cuestión de minutos.

Se me hiela la sangre.

—No se atrevería. Mi lobo la matará.

—No si lo dejan inconsciente —dice Robert con tono taciturno—. Y el sedante que le ha procurado no es ninguna broma, Morris. Será mejor que tengas cuidado con lo que comes en esa casa.

—Me quedaré a dormir aquí...

—No lo creo —resopla—. No voy a dejar que la loca de mi hermana se presente en mi casa. Ella y Charles ya me han hecho bastante daño.

Su mano va a posarse en la parte cicatrizada de su cara, casi distraídamente.

Sé que fueron Eve y Charles quienes orquestaron los acontecimientos que llevaron a las cicatrices por quemaduras en la cara de Robert. Pero fue su padre quien se negó a llevarlo a un curandero. Una vez que las cicatrices se hicieron permanentes, echó a Robert de la familia con la excusa de que era una abominación.

Si Robert y yo no hubiéramos sido amigos desde la universidad, también me habría hecho a un lado para alejarse de su familia ávida de poder. Pero ambos estábamos atrapados en el mismo barco.

—Pero sí te dejaré comer aquí —me concede mi amigo como solución—. Claro que mis habilidades culinarias son inexistentes, así que tendrás que cocinar para los dos.

—Eso no es ningún sacrificio de tu parte. —Le lanzo una mirada desagradable, ante su sonrisa de comemierda—. Sólo quieres comida gratis.

—Siempre.

Niego con la cabeza y me pongo en pie.

—Me pillaré algo de camino a casa. Pero tu hermana se está convirtiendo en un grano en el culo, puede que acabe matándola algún día.

—Si pudieras, ya lo habrías hecho —resopla Robert mientras me marcho—. ¡Y si vuelves a allanar mi casa, al menos cocíname algo!

«Puede que lo haga», pienso. Ahora mismo, Robert es mi único acceso directo a Aisha. Si alguien puede ayudarme con ella, es él.

Mi humor se ensombrece al subirme al coche. Con Aisha de nuevo en escena, tengo que acelerar mis planes, no puedo arriesgarme a perderla de nuevo. Puede que ahora me odie, pero todo lo que he hecho hasta ahora ha sido necesario para los dos.

Me dirijo al aparcamiento donde me espera mi coche de verdad. Cambio de coche y vuelvo a casa y de camino me compro un bocadillo en un autoservicio. Eve puede pensar que es de lo más inteligente y astuta, pero nunca le pondré un dedo encima. Este matrimonio siempre será sólo sobre el papel.

Ya me está esperando cuando entro en casa, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada fría.

—¿Dónde has estado?

—Me voy a la cama. —Paso junto a ella.

—¡Te he hecho una pregunta, Morris! —Me bloquea el paso, parece furiosa.

—Y yo no te considero lo suficientemente digna como para responderla —digo con frialdad—. Así que apártate de mi camino o te apartaré yo mismo.

Veo la ira parpadear en sus ojos.

—No me hables así. No olvides quién...

Tal vez sea el saber que he perdido a la mujer que amo por culpa de esta criatura que tengo delante lo que me hace afilar la lengua. En voz baja, me acerco a ella, asegurándome de que nadie pueda oírnos.

—No me presiones, Eve. O un día, podría hacer algo de lo que te arrepentirás.

Su rostro se vuelve blanco.

—¿Me estás amenazando?

—¿Por qué te sorprende tanto? —pregunto con una sonrisa fría en la cara—. ¿De verdad creías que no usaría tus propios métodos contra ti?

Parece demasiado sorprendida para decir nada y, esta vez, cuando me alejo de ella, no me detiene.

Cuando más tarde me traen comida a mi habitación, la dejo sin tocar.

Serán idiotas.

Aunque Robert no me hubiera avisado, el olor de la droga es tan obvio que hasta un idiota sería capaz de darse cuenta de que la comida ha sido manipulada.

—Dejémosles jugar —murmuro en silencio, mirando por la ventana—. El final está cerca.

CAPÍTULO 23

Aisha

Tengo la cabeza hecha un lío mientras compruebo el sabor de la pasta de ternera.

Oigo la televisión a todo volumen en la otra habitación y dos voces que gritan algo incomprensible. Mis labios se curvan suavemente cuando oigo el sonido suave de unos pies que se aproximan. Alguien me tira de la sudadera.

—¿Mamá?

Miro hacia abajo y veo a un niño de cabello moreno y grandes ojos verdes. Toby ha heredado la mirada seria de su padre. Incluso ahora, mientras tira de mi sudadera, se parece tanto a Morris que se me encoje el corazón.

—El tío Harry no me deja comer sus caramelos.

—¡Mentiroso! —Harry entra por la puerta, indignado—. ¡Te lo juro, Aisha, se ha comido tres y a mí me ha dejado solo uno!

Veo la sonrisa socarrona en la cara de mi propio hijo. Se esfuerza por borrarla, pero ya es demasiado tarde.

—Toby. —Le levanto y le miro con firmeza—. ¿Sabes lo que les pasa a los mentirosos?

Harry se alza sobre mi hombro para mirarlo.

—Que se los comen los duendes nocturnos.

Toby tiene cuatro años y se lo cree en todo. Los ojos se le ponen redondos como platos y le tiembla el labio inferior.

—¿Duendes nocturnos?

Mi hermano asiente con seriedad.

—Son unas criaturas diminutas y desagradables. Les gusta morderte los dedos de los pies como si fueran caramelos, pero creen que sólo los niños que mienten saben a caramelo.

Le doy un codazo.

—Deja de crearle pesadillas —murmuro.

Toby entierra inmediatamente su cara en mi hombro.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Me he comido los caramelos! No quiero que los duendes nocturnos me coman los dedos de los pies.

—No pasa nada. —Ahora Harry parece sentirse un tanto culpable y se rasca la nuca—. Estoy seguro de que piensan que estás asqueroso, de todos modos.

—¡Mami!

—¡Harry!

El caos en la casa no tiene fin cuando Harry agarra a su sobrino y lo acomoda sobre sus hombros.

—Vamos a poner la mesa. Nos comeremos a esos duendes antes de que te coman a ti.

Mientras se lleva a Toby, apago el fogón y empiezo servir la comida en un plato.

Ahora que Harry está en bachillerato, ha sido de gran ayuda con Toby. Cuando supe que estaba embarazada, no tuve más remedio que dejar algo, o bien las prácticas o la universidad, así que acabé abandonando la universidad. Me pagaban bien por las prácticas y no podía permitirme dejarlo. Si Robert no se hubiera acercado a mí en mi momento más bajo y yo no me hubiera derrumbado y le hubiera contado pedacitos de lo que había pasado, quizá no estaría aquí hoy en día. Me había cogido de la mano, me había ayudado durante el embarazo y me había dejado trabajar desde casa los días que me encontraba demasiado mal para ir a la oficina. Y cuando tuve a Toby, me dejó traérmelo al trabajo hasta que encontré una guardería adecuada.

De no haber sido por Robert, las habría pasado putas. Incluso podríamos haber acabado viviendo en la calle. Pensar que durante todo este tiempo él y Morris eran amigos me es difícil de digerir. ¿Cómo alguien tan amable como Robert puede ser amigo de una persona tan cruel como Morris?

Apoyo las manos en el mostrador de mármol y agacho la cabeza.

Morris.

Verle hoy ha sido como un puñetazo en las tripas.

En el fondo de mi mente, siempre había imaginado que, si alguna vez volvíamos a cruzarnos, sería dura e ingeniosa y le haría saber que no había hueco para él en mi vida. Le haría daño como él me hizo a mí. Sin embargo, bastó un beso para que mi propio cuerpo me traicionara.

En todos estos años, nunca he dejado que otro hombre me toque, ni siquiera he mirado a otro tío. En mi oficina hay tanto cambiaformas como humanos, y no es que no haya recibido mi dosis de atención o que no me hayan invitado a salir varias veces. Es sólo que una experiencia fue todo lo que necesité para volverme fría y amarga por dentro. Quizás fue porque era joven y había confiado plenamente en Morris. Después de años de abuso a manos de mi padre y mi manada, decidí confiar en él. Había dejado que derribara mis barreras y, a cambio, lo único que había recibido era dolor y humillación. Era casi como si hubiera esperado a que me enamorara de él para mostrar su verdadera cara.

En mi cabeza, se ha convertido en el gran malo de la película y, sin embargo, el hombre que vi hoy ante mí parecía tan agotado que daba la impresión de que el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Me había mirado con ojos cansados y llenos de esperanza y una parte de mí, bajo toda esa rabia, se había preguntado qué le había pasado. Me sorprendió que nunca le haya dado a Eve su marca de apareamiento. Estaba segura de que, conmigo fuera de juego, lo haría. Pero eso no quiere decir que haya olvidado lo que me dijo su padre ni lo que dijo Morris en aquella grabación.

Quiero hundirme en el suelo y dejarme consumir por la mortificación y la rabia. Mi cuerpo aún anhela su contacto. Pero que mi cuerpo desee algo no significa que lo vaya a obtener. Morris es como un veneno que me destruirá.

Sobre todo ahora. Giro la cabeza y echo un vistazo allá donde se oye el tintineo de los platos.

Si alguna vez descubre que tiene un hijo, me lo quitará. Si nunca le dio a Eva la marca de apareamiento, tiene sentido que no pudieran tener hijos. Sólo una pareja apareada puede tenerlos, así que me quitará a Toby para criarlo como su heredero. No puedo dejar que lo haga, aunque eso signifique trasladar a mi familia lejos de aquí. Es una decisión difícil, pero la única que tiene lógica.

Nunca debí dejar que Robert me convenciera de volver a Portland. No puedo arriesgarme a que

se descubra la existencia de Toby. Aunque ahora sea económicamente estable, podría incluso decirse que me va bien, Morris es el alfa de esta ciudad. Tiene contactos y mi secreto más peligroso en la palma de su mano. Si decide usarlo para quedarse con la custodia de mi hijo, acabaré muerta, y Harry compartirá un destino similar. Mientras tanto, mi hijo se criará en una guarida de víboras sin escrúpulos.

No puedo permitirlo.

Me invade una oleada de miedo que hace que me tiemblen las rodillas mientras me agarro al mostrador.

¿Qué debo hacer? Tendré que llevarme a los dos y abandonar la ciudad. Es la única solución que se me ocurre. Por mucho que perjudique mi amistad con Robert, esto es lo mejor.

De repente, me tapo la boca con la mano al darme cuenta de algo. ¿Y si Robert le ha hablado de Toby a Morris?

—¿Aisha? —Al notar la mano de Harry en mi hombro me hundo en el suelo, toda la fuerza abandona mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunta temeroso—. ¿Qué ha pasado?

Miro por encima de su hombro mientras se agacha a mi lado para asegurarme de que Toby no está en la habitación.

—He visto a Morris hoy —susurro.

Los ojos de Harry se tensan de rabia.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Miro a mi hermano pequeño. Ha crecido un montón en altura y sabiduría. Con los años se ha convertido en alguien en quien puedo apoyarme. La idea de que le ocurra algo hace que se me encoja el corazón.

—No podemos dejar que se entere de lo de Toby —digo despacio—. Podría quitárnoslo.

—¿Crees que haría tal cosa? —me pregunta seriamente.

—No lo sé —murmuro tras unos segundos—, pero es algo que puede hacer y que tal vez quiera. Mañana... Puede que tengamos que mudarnos de ciudad otra vez. Lo siento, Harry.

Sus brazos me envuelven en un fuerte abrazo.

—No pasa nada —replica con voz feroz—. Tenemos que proteger a Toby. Iremos donde creas que es seguro.

Me separo de él después de plantarle un beso en la cabeza.

—No te lo había dicho, pero hace un tiempo recibí una oferta de trabajo de una empresa en Italia. Me abordaron cuando asistí a la conferencia de Orlando. Los rechacé, pero creo que debería aceptar la oferta. Dudo que ni siquiera Morris vuele hasta Europa para ir a por su hijo. Puede que allí estemos más seguros.

Harry asiente.

—Vale. Me aseguraré de decir en la guardería que no dejen irse a Toby con ningún otro adulto que no seamos nosotros.

Dudo, y tras un momento, digo, despacio:

—Añade a Robert a esa lista de gente con la que no debería irse.

Mi hermano me mira atónito y yo me avergüenzo de mí misma. Pero lo primero es proteger a mi hijo.

—Es amigo de Morris. Prefiero pecar de precavida.

Harry asiente, con labios apretados. A su favor, debo decir que no defiende a Robert. Después de todo, la familia es lo primero. Tenemos que permanecer juntos.

*** ***

A la mañana siguiente, dejo a Toby en la guardería después de asegurarme que están informados de que no puede irse con nadie que no seamos Harry o yo.

Siento como si el sobre que llevo en el bolso pesase un quintal de camino a la oficina.

Robert siempre es el primero en llegar a la oficina, y hoy no es la excepción. Ya está concentrado

en su portátil, con la corbata tirada en el sofá, las mangas remangadas y los ojos entrecerrados. Ni siquiera repara en mí hasta que me aclaro la garganta. Parpadea al verme.

—Llegas tarde.

—En todo caso, he llegado pronto —afirmo, metiendo la mano en el bolso y sacando el sobre—. Esperaba pillarte antes de que llegara nadie más.

Sus dedos se detienen sobre el teclado y vuelve a alzar la vista con una mirada aguda.

—¿Esto es por lo de anoche?

Le estudio.

—Lo sabes, ¿verdad?

Guarda silencio un momento.

—No le dije a Morris nada de Toby. No creí que quisieras que lo supiera. Al menos, no todavía.

—Nunca habrá un buen momento para contárselo. —Me tiemblan las piernas del alivio—. ¿Lo has sabido todo este tiempo? ¿Que Morris y yo…?

—No —responde sin rodeos—. Me enteré anoche, cuando vino lloriqueando porque no le dabas ni la hora. Le dije que se lo merecía por ser tan capullo contigo.

Mis labios se crispan.

—Morris es el alfa de esta ciudad —digo de repente, haciendo a un lado mis sentimientos.

—¿Y? —Robert se encoge de hombros.

—Por eso me mostré tan reacia a mudarme aquí —continúo—. Robert, me encanta trabajar contigo. Te has convertido en algo más que un amigo, y lo sabes; eres parte de mi manada averiada, por así decirlo, así que esto no me resulta fácil.

Su mirada se posa en el sobre que tengo en las manos y sus ojos se convierten en pequeñas rendijas.

—No. Si es tu renuncia, no la acepto.

—¡Puede quitarme a Toby! —estallo—. No puedo dejar que eso ocurra. Deberías entender...

—Morris nunca te quitaría a tu hijo...

—¡El Morris que tú conoces no lo haría! —aseguro con ferocidad—. ¡Pero el que me humilló y menospreció, el que creyó que yo no valía ni la roña bajo la suela de su zapato, sí lo haría!

Robert se calla.

—¿Qué?

—Se habría apareado conmigo para después encerrarme bajo llave en una habitación como ha estado su madre —escupo—. Yo era lo bastante buena para echar un polvo, pero no para que el mundo me viese a su lado. Tú no conoces al Morris que me hizo daño, el que me obligó a largarme de la ciudad, el que me echó a patadas de su casa en mitad de la noche y mandó que tiraran mi ropa al barro para hacerme caminar hasta el amanecer para poder volver a casa. No conoces al Morris que hizo que me despidieran para que no pudiera permitirme darle de comer a mi hermano. Ese es el Morris que sólo yo conozco. Y tengo miedo de lo que pueda hacerme.

La cara de Robert palidece.

—Aisha...

—Te presento mi dimisión, Robert. —Dejo la carta sobre su escritorio, luchando por mantener la compostura—. Tengo que proteger a mi hijo de él. Ojalá nunca hubiéramos dejado Salem, nuestra vida allí era genial. Tú, Harry, Toby y yo éramos una manada. Ahora, tengo que dejarte atrás. Lo siento.

—No. —Se pone en pie. Veo el miedo palpable en su expresión mientras rodea su escritorio—. Escúchame, puedo ayudarte a ocultar la existencia de Toby. Si no quieres que Morris lo descubra, puedo ayudarte a conseguirlo, pero no te vayas. —Sus manos se posan en mis brazos —. Hay algunas cosas que desconoces acerca de lo que pasó hace cinco años con Morris, pero debes saber que siempre te ha amado. Su matrimonio con Eve no fue decisión suya, Aisha. No tuvo elección. Hay mucho más detrás de esta historia de lo que crees, pero te aseguro que Morris odia a Eve con pasión. Si le has oído decir algo, tiene que haber una razón detrás, porque el amigo que conozco ha estado suspirando por ti todos estos años, y ni una sola vez ha dejado de buscarte.

Me quito sus manos de encima.

—Pues claro que tú vas a...

—No. —Robert me guía hasta el sofá, me obliga a sentarme en él y se pone en cuclillas frente a mí—. Por favor, escúchame, no había sido capaz de encajar las piezas hasta anoche. ¿Recuerdas a la loca de mi hermana, la que me sujetó mientras mi hermano me echaba ácido en la cara? Pues esa es Eve, la mujer de Morris. No quería casarse con ella, pero no tuvo más remedio; si su familia se enteró de lo vuestro, lo más probable es que accediese para protegerte. No sabes nada de Morris, Aisha, ni de lo pirada que está su familia, ni de hasta dónde es capaz de llegar su padre. No le hables de Toby, pero escúchalo. Escucha lo que tiene que decirte y, si aún no te quedas conforme, trasladaré la compañía para irme contigo y con Harry a donde sea que os llevéis a Toby. Tienes mi palabra. No voy a permitir que me dejéis atrás.

No sé qué creer. Si Morris se casó con la mujer que maltrató a Robert, ¿por qué iba éste a seguir siendo amigo suyo? Pero si Morris de verdad hizo todo esto para protegerme, ¿por qué no me lo dijo en cuanto pudo? ¿Por qué hacer que me despidieran? ¿Por qué hacer todo eso?

Tengo la cabeza hecha una maraña, con todos estos hilos cruzándose en un patrón caótico.

—Mira, tomaré tu renuncia como un preaviso de treinta días, ¿de acuerdo? —Robert coge mis manos entre las suyas—. Aisha, trabaja con él en este proyecto. Tienes mi palabra de que no se enterará de lo de su hijo. Le daré a Toby el brazalete que fabricamos hace dos años. Yo lo llevo todo el tiempo, sabes que puede ocultar el olor de un cambiaformas. Así, aunque Morris vea a Toby por la calle, no podrá reconocer que es su propio hijo.

Me quedo mirando a Robert, atónita. La pulsera de la que habla cuesta miles de dólares. ¿Y le va a dar una mi hijo, así como así?

—Quiero vengarme de mi familia, Aisha. —Me dedica una sonrisa lúgubre—. Admito que ese es mi objetivo final, pero tampoco quiero perder a las tres personas que me aceptaron en su manada. Nunca he tenido una familia antes, lo sabes. Vosotros tres sois la primera familia que he tenido, y no quiero arriesgarme a perderos.

Parte del miedo que siento en mi interior se apacigua ante sus palabras.

Ahora mismo, no sé qué creer. Tengo miedo de correr este riesgo, pero si Robert me garantiza la seguridad de Toby y está tan convencido de que Morris no tiene malas intenciones hacia mí o mi

familia, ¿debo confiar en él? Nunca me ha dado una razón para dudar de él.

—De acuerdo —asiento lentamente—. Vale. Trabajaré con él, a ver qué tiene que decir.

Mi lobo desconfía de este acuerdo, la necesidad de proteger a nuestras crías es un instinto difícil de ignorar.

—Entonces, ¿treinta días de preaviso? —Robert me lanza una mirada esperanzada.

—Treinta días de preaviso. —Le dedico una pequeña sonrisa.

Es un riesgo, pero uno que supongo que debo correr. Pero si Robert cree que voy a depender de él y ya, se equivoca. Voy preparar una bolsa de viaje para los tres y reservar unos billetes que puedan cambiarse en cualquier momento. No estoy dispuesta a jugar con la vida de mi hijo. Ni tampoco con la de mi hermano.

*** ***

Mi reunión con Morris es a la mañana siguiente, y me aseguro de reservar los billetes para salir de la ciudad durante mi pausa para comer. También les mando un correo al departamento de RRHH de la empresa italiana para comunicarles que me estoy considerando su oferta.

Salgo pronto de la oficina para recoger a Toby, sintiendo la necesidad de estar cerca de él. La profesora comprueba mi DNI, como siempre, y recojo a Toby en plena hora de la siesta.

—Hola, cariño. —Le beso en la frente, viendo cómo sus ojos somnolientos parpadean con lentitud. Acurruca la cara contra mi cuello, aspirando mi aroma, y le oigo roncar. Ha vuelto a quedarse frito. Nadie puede interponerse entre Toby y su siesta, ni siquiera su persona favorita en todo el mundo, que resulta ser Robert. Le dejo dormir.

De camino al coche, oigo que alguien grita mi nombre. Es una voz que me resulta familiar y que me hace detenerme. Giro sobre mis talones para ver a Clyde Lowenstein caminando hacia mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Cruza corriendo la carretera, cubriendo la distancia que nos separa.

—Vivita y coleando. Creía que te habías ido de la ciudad, Aisha.

—Clyde. —Le sonrío con calidez.

Veo que sus ojos se posan en el niño que se aferra a mí.

—Vaya, has tenido un hijo.

—Es adoptado. —Vuelvo a sonreírle, con la mentira preparada en los labios. Es algo que tenía planeado por si alguna vez me encontraba con alguien de mi pasado. Me preocupaba que Morris se enterara.

—¿En serio? —Contempla la cara de Toby y veo que no me cree.

Ensancho más la sonrisa.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien. —Su vista sigue desviándose hacia Toby, y de repente dice—: ¿No es hijo del profesor Morris? Es clavado a él.

Me quedo inmóvil ante sus palabras. ¿Cómo lo ha sabido?

CAPÍTULO 24

Aisha

Golpeo el bolígrafo contra la mesa de la sala de conferencias, sumida en mis pensamientos.

«Siempre supe lo tuyo con Morris. Bueno, me lo confirmó cuando casi me arranca la cabeza por dejar que te emborracharas. No te preocupes, nunca se lo conté a nadie».

Las palabras de Clyde llevan rondando la cabeza desde ayer por la tarde. No negué nuestra relación, pero sí que Toby fuera su hijo. Pero basta con haber visto a Morris para que el parecido entre ellos sea difícil de negar. Ahora, una persona más sabe lo de nuestro hijo, y eso me preocupa.

Clyde y yo intercambiamos números, pero no tengo intención de seguir en contacto con él. ¿O debería? Tal vez, a la hora de la verdad, acabe necesitando su ayuda.

Llaman a la puerta y veo a mi ayudante asomarse.

—Srta. Hart, el Sr. Wolfguard quiere verla.

Se me tensa el cuerpo, pero asiento.

—Hágale pasar.

Cuando Morris entra, está a punto de acercarse a mí cuando señalo la silla del lado.

—Toma asiento.

Me mira con extrañeza, pero para mi sorpresa, obedece.

—Bueno, ¿por qué me has llamado?

—Se supone que tengo que trabajar contigo en este proyecto —digo con sorna—. Y me tomo mi trabajo muy en serio.

—¿Cómo podemos trabajar juntos si en tu cabeza está tan claro que soy una persona terrible? —exige saber, cruzándose de brazos.

Le miro boquiabierta.

—Perdona, ¿estás enfurruñado? —Me mira con el ceño fruncido y le digo con frialdad—: Mi trabajo consiste en trabajar contigo en este plan de inversión. Podrías ser un asesino en serie y también me daría igual. Sólo quiero hacer mi trabajo.

Mis palabras no contribuyen a tranquilizarle, aunque tampoco era la intención.

Sé que le dije a Robert que le daría la oportunidad de explicarse, pero con solo verlo me dan ganas de darle un puñetazo en plena cara. No puedo evitar recordar aquellos angustiosos momentos cuando me di cuenta de que había perdido el trabajo por su culpa, la forma en que se me desgarraba el corazón con cada paso que daba de camino a casa porque me había echado como si fuera la basura del día anterior, cómo tuve que rogarle a una antigua profesora para cambiarme de asignatura, cómo había pasado hambre durante días para ahorrar dinero para la comida de Harry y cómo había pasado noches sin dormir. Tengo todos estos recuerdos y sentimientos frescos en mi mente, la herida sigue en carne viva.

Y este tío, ¿espera que lo escuche sin más? ¿Se cree que se disculpará y yo caeré rendida en sus brazos? Lo de irme a Europa suena cada vez mejor.

—El producto en el que vas a invertir...

—¿No vas a ofrecerme agua ni un té? —Se me queda mirando.

Le devuelvo la mirada, incapaz de contenerme.

—Si yo no me morí de sed después de siete horas de caminata desde tu casa a la mía después de que me echaras, dudo que tú lo hagas. Ahora, voy a empezar con la presentación.

Me pongo en pie, pero su mano me agarra la muñeca, frenándome.

—Yo no te eché de esa casa —asegura en voz baja—. Fue mi padre.

Hago una pausa. Una parte de mí quiere creerle desesperadamente, pero la chica a la que traicionó de tan mala manera está enfadada. Hay mucha rabia dentro de mí, un mar de dolor que he ignorado durante años, y que no se ha ido a ninguna parte.

—Si ése fuera el caso —aparto mi mano—, podrías haber venido a por mí. Tomaste tus propias decisiones, Morris. Debes de estar feliz de haberlas tomado.

No he dado ni dos pasos cuando tira de mí y me estrella contra su pecho.

—¿Te parezco feliz? —ruge.

Alzo la vista, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Qué ves en mí para que te parezca feliz, Aisha? —gruñe—. Llevo siendo infeliz desde el día que me dejaste. ¡Te largaste y me dejaste atrás! ¡Me abandonaste!

Se me entrecierran los ojos y la furia asoma la cabeza.

—¿Que yo te dejé? ¿Yo? ¿Y qué querías que hiciera exactamente? ¿Que me muriera de hambre porque hiciste que me despidieran del único trabajo que tenía? ¿Que suspirara por ti mientras mi hermano y yo vivíamos en la calle? ¿Que suplicara por unas migajas de tu afecto mientras te casabas con la mujer que decías que era tan digna de ti? Eres un hombre cruel, Morris, pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. ¿Crees que, porque me trataste como escoria, me consumiría esperándote?

Le golpe en el pecho y le empujo hacia atrás.

»No me conoces. ¡Nunca me has conocido! Te lo dije, te dije que no iba a volver a ser una víctima. Salí adelante, construí una vida para Harry y para mí. Me convertí en alguien. Y ahora, eres tú el que no es digno de mí. Nunca iba a dejar que destruyeras mi vida, Morris. Podías romperme el corazón cuanto quisieras, pero conseguí escapar de ese infierno para darle a mi hermano una vida mejor. ¿De verdad pensaste que tú podías acabar conmigo?

—Nunca hice que te despidieran —estalla de repente—. Todo lo que hice aquella noche, lo hice para mantenerte con vida.

¿Y cree que aceptaré sus palabras tan fácilmente? ¡¿Después del infierno por el que me hizo pasar?!

—¿Ah, sí? —replico con desdén—. Tu vida debe de ser muy dura ahora mismo, ¿verdad? Tienes tu trabajo y tu mujer, y eres el alfa. A mi parecer, tienes todo lo que siempre has querido, así que

no actúes como si estuvieras sufriendo.

—Nunca quise ser alfa —gruñe—. Nunca quise a Eve, y renunciaría a toda mi familia en un santiamén si pudiera. Sólo te quería a ti. Y no pudiste confiar en mí ni cinco minutos y...

—¿Confiar en ti? —Le dirijo una mirada burlona—. ¿Quieres que hablemos de confianza? Si tan desesperado estabas por ganarte mi confianza y todo lo que dices es cierto, como afirmas, deberías habérmelo contado. Deberías haber hecho algo...

—¡Pensé que me esperarías! —Morris parece enfurecido—. ¡Pensé que confiabas en mí lo suficiente como para esperar a que te lo explicara todo! ¡Pero aprovechaste el momento para huir!

—¿Y qué razón tenía para no hacerlo? —Le muestro los dientes—. ¿Debería haberme sentado a esperar a ver qué pasaba? ¿A que convenientemente recordaras aquel día en el bosque con mi padre y mi tío? ¿Debería haber esperado a que nos arrastraras a mi hermano y a mí a la ejecución?

Ver la conmoción en su cara es satisfactorio. Aplaca parte de la furia que persiste en mi interior, una parte de esa terrible agonía que aún me atormenta por las noches.

—¿Crees que habría usado la muerte de tu alfa en tu contra? —murmura Morris, que parece horrorizado.

—¿Y por qué no? —siseo—. Me hiciste todo lo demás. Así que, ¿por qué poner el límite ahí?

Se queda callado, su expresión se torna inexpresiva.

—¿Es eso lo que has pensado de mí todo este tiempo? ¿Qué soy un monstruo esperando al acecho para aprovecharse de ti?

No respondo. Aunque estuviese enamorada de él, lo que pasé a sus manos fue suficiente para que cualquiera pensara como yo.

—Te quería —susurro, sosteniéndole la mirada—. Me enamoré de ti. Después de toda la mierda por la que pasé durante mi niñez, me hiciste creer que quizás valía la pena quererme. Que tal vez había alguien ahí fuera que querría a alguien tan despreciable como yo. Y justo cuando empezaba a creérmelo, me dejaste claro lo inútil, lo insignificante y lo por debajo de ti que pensabas que estaba. Me enseñaste que mi padre siempre tuvo razón, que no era más que alguien

de usar y tirar, que mi cuerpo era lo único que tenía con algo de valor.

Veo la sorpresa en el semblante de Morris, y una risa amarga se me escapa por la boca.

»¿Qué? Puedes decir todo lo que quieras, Morris, pero pasé un infierno por tu culpa. Por más que digas que no hiciste que me despidieran o que fue tu padre quien me echó de la casa, seguía siendo tu voz la de esa grabación, recordándome todas las cosas horribles que mi padre me hizo creer sobre mí misma, recordándome que no era posible quererme, que no era más que un cuerpo al que te gustaba follar. Aún recuerdo cada palabra que dijiste. Se repiten en mi cabeza por las noches, son un recordatorio de lo que mi primer amor pensaba de mí.

Doy un paso atrás, sintiéndome exhausta de repente. Me duele el corazón y esa conocida sensación de vacío resuena en mi interior.

—La reunión ha concluido. Te enviaré por fax los documentos y la presentación.

Tenía la intención de escuchar lo que tuviese para decir durante esta reunión. Me había convencido de escucharle con calma, pero todo el dolor que se había acumulado en mi interior acaba de regurgitar. Y ahora me siento agotada.

Morris no me detiene mientras salgo a trompicones de la sala de conferencias. Consigo cruzar la puerta del baño antes de desplomarme sobre el suelo de baldosas, sintiendo como si mis piernas se hubieran quedado sin fuerzas. Las lágrimas que me ruedan por la cara son calientes y pesadas, son las lágrimas que he guardado dentro de mí durante mucho tiempo. Se me escapan unos sollozos desgarradores mientras me rodeo con los brazos y aprieto las rodillas contra el pecho.

He llegado muy lejos en la vida, he conseguido mucho y he criado a un hijo yo sola y, sin embargo, me siento pequeña e insignificante. He luchado con garra toda mi vida para convertirme en algo más que en lo que a mi padre le gustaba recordarme que era, pero Morris se bastó solito para devolverme a la realidad, y ahora no hay forma desprenderme de esta creencia. La aparto a un lado en el día a día, la ignoro y finjo que no existe, pero al tener que enfrentarme cara a cara con Morris y escupir todas esas odiosas verdades, vuelvo a ser aquella niña que hacía todo lo posible por sobrevivir y que la quieran.

Las garras se me clavan en la piel, haciéndome sangre, mientras intento esconderme del mundo.

¡Él me hizo esto! ¡Él me hizo así!

¡Me iba de perlas! ¡Me iba bien! Pero tenía que volver y restregarme su vida, lo perfecta que es sin mí. En el fondo, sé que eso no es lo que dijo, pero ahora mismo nada me parece razonable. No puedo contener las lágrimas. No puedo contener el dolor desgarrador que fluye a través de mí. Sé que, igual que en este momento, siempre estaré sola.

Cuando dos brazos me rodean, me sobresalto, pero luego me atraen hacia un regazo que me resulta demasiado familiar.

—¡Suéltame! —Intento gritar, pero tengo la voz ronca y mis forcejeos no son rival para la fuerza de Morris.

—Lo siento. —Me rodea con más fuerza.

—¡Te odio! —Quiero sonar fuerte y firme, pero es como si me estuvieran arrancando las entrañas, mi lobo gimotea bajo el peso de estos sentimientos desdichados.

—Lo sé —susurra con una voz tan increíblemente triste que hasta me duele el corazón. Y eso también me cabrea. ¿Por qué debería sentirme mal por él? No se merece mi compasión. No se merece nada de mí.

—¡Te odio, te odio muchísimo! —Quiero que sepa el alcance de mi odio, pero aparte de mi reclamo casi infantil, arrancado directamente de mi corazón desgarrado, nada más sale de mis labios.

—Lo sé —dice con voz cansada, enterrando la cara en mi pelo—. Sé que me odias. Ojalá no lo hicieras, pero lo entiendo.

Lo entiende. Esa frase me rompe de un modo que nunca creí posible. Siento como si el pecho fuese a abrírseme en dos.

Él se limita a abrazarme con fuerza mientras las lágrimas me sacuden. Me desprecio por mostrarme tan débil delante de él, pero mientras me mece con el mantra de «lo siento» en los labios, me pregunto por qué no le estoy arrancando los ojos.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero en algún momento dejo de llorar y me quedo recostada sobre su pecho, entumecida por dentro. Morris no me ha soltado, pero también se ha quedado callado.

—Debería haberte dicho la verdad antes de ir a casa de mi familia. —habla finalmente, con la

voz ronca—. La única razón por la que te llevé allí fue para que no te persiguieran más tarde y te hicieran algo. Pensé que, si convencía a mi padre de que sólo estaba jugando contigo, te dejaría tranquila. Pero conocía tu existencia desde la primera noche que pasamos juntos.

Guardo silencio, el sonido del latido su corazón calma parte de esa rabia que llevo dentro.

»Si no hubiera dicho lo que dije entonces, mi padre no te habría herido a ti físicamente. Habría ido a por Harry primero y te lo habría quitado. Después, te habría despojado de todo lo que te importaba antes de hacerte daño. Y nadie habría podido detenerlo, ni siquiera yo. No sabía ni que habías abandonado la mansión hasta que volví a la habitación y vi que todas tus cosas habían desaparecido. Me dijeron que habías pedido un taxi y te habías ido. —Una risita sin gracia sale de sus labios, seguida de un pesado suspiro—. Esa debería haber sido la primera pista.

«Nunca habría pedido un taxi», pienso para mis adentros.

—Nunca habrías pedido un taxi —Morris se hace eco de mis pensamientos—. No después de lo que te habían hecho pasar, habrías preferido volver a casa andando. No sabía que te habían hecho volver a casa literalmente andando.

»Mi padre se dio cuenta de que eras mi segunda debilidad, una que podía usar para manipularme. Me tuvo prisionero en su casa hasta que acepté el compromiso con Eve, Aisha. Nunca tuve elección. O aceptaba ese matrimonio, o me arriesgaba a que mi padre fuera a por ti y a por tu hermano. Una vez pude irme, me tuvieron vigilado durante meses hasta que se celebró la boda. Pincharon mis teléfonos y sustituyeron a toda mi gente de confianza por gente a sueldo de mi padre o de Eve. No es que no pudiera buscarte, pero existía la posibilidad de que sufrieras por ello.

Escuchar su explicación con la mente más fría y mis propias emociones salvajes acalladas, me hace cerrar los ojos con frustración.

—Ni siquiera sabía que te habían despedido hasta que fui al White Lotus a verte. Fue entonces cuando George me dijo que había tenido que despedirte por orden del alfa. En retrospectiva, quizá si te hubieras quedado, mi padre habría encontrado otras formas de hacerte sufrir. Dos meses después de que te fueras, tu edificio ardió hasta los cimientos; el origen del fuego fue algo que había en tu antiguo apartamento.

Sus palabras me hielan la sangre. ¿Por qué su padre estaba tan empeñado en ir a por mí? ¿Por qué llegar hasta tales extremos? No era consciente de que me despreciara hasta ese punto.

—Pero sí que te busqué, Aisha —murmura Morris—. Nunca dejé de hacerlo. Mi lobo nunca aceptó a Eve, y yo tampoco. Puede que estemos legalmente unidos por ley, pero nunca hemos compartido cama. He estado pagando el precio por ello desde entonces, pero no me arrepiento. Esa mujer no eres tú. Y juré que nunca tocaría a ninguna otra mujer aparte de ti.

Por fin reúno fuerzas para poner fin a esto, para alejarme de él.

Clavo los ojos en los de Morris con intensidad, y veo la esperanza en ellos. Una pequeña parte de mí que ha perdido una vez más la capacidad de confiar, una parte que duda de cada una de sus palabras, se deleita con el dolor que puedo infligirle, mientras que la otra parte de mí se siente cansada.

—Pero sigues estando casado, Morris —hablo en un volumen bajo, con la voz cargada de un cansancio que me cala hasta los huesos—. Le perteneces a otra persona, y nunca me degradaré para convertirme en la amante de nadie ni en su sucio secretito. —Me pongo en pie, él no me quita los ojos de encima—. Aunque lo que dices sea cierto e intente deshacerme de todo este resentimiento acumulado hacia tu persona, no cambia la realidad. No debemos estar en la misma ciudad. No quiero que tu padre o tu mujer se enteren de que estoy aquí. No quiero convertirme en su objetivo. He construido esta vida para mi familia con sangre, sudor y lágrimas y no puedo dejar que alguien me la eche abajo sólo porque puede.

—Aisha...

—Le he anuncio mi dimisión a Robert con treinta días de preaviso. Pienso irme del país y no tengo intención de volver.

Los ojos se le abren de par en par y se pone en pie de un salto.

—¡No puedes hablar en serio!

—Nunca quise volver a Portland, Morris. Solo vine porque Robert me lo pidió y no podía decirle que no. Pero no voy a quedarme, no puedo.

Se me queda mirando un momento antes de preguntar despacio:

—Así que, en el momento en que más te necesito, ¿vas a dejarme?

—No me necesitas. —Es difícil pronunciar esas palabras, pero sigo teniendo un hijo al que proteger—. Alguien como yo no es de ayuda para...

—No te crees eso en serio, ¿verdad? —Su voz es feroz ahora—. Contigo a mi lado...

—¿A tu lado como qué, Morris? —Mi voz es cortante como un látigo mientras le miro con dureza—. ¿Tu amante o tu puta? Porque no seré ninguna de las dos. Mientras estés casado y lleves un anillo en el dedo, no seré nada para ti. Mi amor propio está por encima de todo y de todos. No voy a dejarlo a un lado por ti, Morris.

Guarda silencio con expresión atormentada.

—No has dicho más que palabras, Morris. —Mantengo un tono uniforme—. Pero desde la primera vez, si yo hubiera sido tan importante para ti, habrías luchado por mí. Y pagué el precio por ello. Sufrí por tu culpa, no lo neguemos. Y me enseñaste una lección muy importante: nadie va a luchar por mí más que yo. Igual tienes razón. A lo mejor, tu malvada familia y tu malvada esposa estuvieron detrás de todo lo que me pasó. A lo mejor tuviste tus motivos para hacer todo lo que hiciste. ¿Pero luchaste por mí? No, no luchaste y nunca lo harás. Nadie va a hacerlo. —Doy un paso hacia él con ojos brillantes—. ¿Pero sabes quién sí luchará por mí? Yo. Yo lucharé por mí misma y me protegeré. Y ahora mismo, la única forma de protegerme es alejarme de ti todo lo posible. Ahora es mi turno de dejarte.

Dándome la vuelta, salgo del cuarto de baño y, nada más hacerlo, aun con el corazón dolorido y mi lobo abatido por esta nueva resolución, siento una sensación de alivio. Quizá no era así como pretendía alejarme de Morris, pero al menos he podido hacerlo con la cabeza bien alta.

No me equivocaba. Si Morris me hubiera amado, habría luchado por mí.

Veamos cuál es su siguiente paso.

CAPÍTULO 25

Aisha

Le envío a Morris los archivos tal y como le prometí. Mi trabajo no va a verse afectado por mi situación. Además, ahora estoy mucho más calmada. El arrebato en la sala de conferencias fue, como mínimo, terapéutico. Y lo que me dijo después me ha ayudado mucho a disipar parte de la rabia que me invadía. Ahora entiendo por qué hizo lo que hizo.

Pero eso no cambia el hecho de que nunca luchó por mí. Suelto una larga bocanada de aire antes de recostarme en la silla y mirar al techo.

—Si estás contando los azulejos del techo, son ciento siete, para ser exactos —me interrumpe la irritante voz de Robert.

Ni siquiera me molesto en mirarle.

—Tienes demasiado tiempo libre si has contado los azulejos del techo de mi despacho.

—He oído que Morris se ha pasado por aquí hoy.

—Así es.

—Ha decidido invertir. Has debido soltarle un discurso muy convincente.

—Y tanto. La culpa obra milagros.

La cara de Robert se asoma a mi campo de visión mientras se coloca detrás de mí y me mira desde arriba.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que fue culpa lo que le hizo invertir en nuestra empresa? A lo mejor tu presentación fue la bomba.

Me enderezo y señalo hacia la pantalla del portátil.

—Pues porque he escrito mal su dirección de correo electrónico al enviarle la presentación esta

mañana —digo con voz seca—. He estado haciendo acopio de fuerzas para arreglarlo. Y no llegamos a hablar de nada relacionado con el producto durante nuestra reunión. Esta inversión lleva la palabra culpa escrita por todas partes.

—Y por eso eres mi empleada favorita. —Me sonríe con orgullo.

—Le he dicho que me voy a Europa, que me han ofrecido trabajo allí —le digo distraídamente.

Su sonrisa se desvanece.

—Creía que lo habíais arreglado. ¡¿Y quién se ha atrevido a robárteme?! Jamás me dijiste nada de eso.

Cojo el pisapapeles de encima mi escritorio, el mismo que Harry y Toby me hicieron por mi último cumpleaños.

—Me aclaró algunas cosas, pero sigue queriendo que sea su amante. Tiene gracia viniendo de un hombre que dice quererme. —Mi sonrisa es sardónica—. Nunca va a luchar por mí —mi tono se vuelve duro—. Y yo nunca estaré con un hombre que se niega a hacerlo. Mucho menos con uno que una vez hizo polvo mi autoestima. Sería una idiota y una crédula si suspirara por un hombre así.

—No confías en él —adivina, tras estudiarme unos segundos.

Levanto la mirada para encontrarme con la suya.

—¿Confiarías tú si estuvieras en mi lugar?

Se calla y se sienta en mi mesa.

—No sé. Tal vez sea parcial, pero no creo que debas subestimar hasta qué extremos va a llegar Morris para mantenerte a su lado, aunque eso signifique echar por tierra su cuidadosa planificación de los últimos años. No te dejará ir. Esta vez, no.

—Ya veremos —murmuro.

No me importa lo que Morris esté planeando. Lo único que sé es que no va a dejar a su mujer. No va a abandonar su vida acomodada. ¿Por qué iba a renunciar por mí? ¿Quién lo haría?

—Treinta días, Robert —le recuerdo con suavidad, pero firme.

Su expresión se hunde.

—¿Sigues empeñada en irte?

Me encojo de hombros.

—Aunque Morris sea tan santo como tú dices, ¿qué crees que pasará si su familia se entera de que tiene un hijo ilegítimo? Me quitarán a Toby por la fuerza. Con el tiempo, Morris le dará a Eve su marca de apareamiento y, ¿crees que entonces me devolverán a mi hijo sin más? No, Toby se enfrentará el mismo destino que tú. Damien esperó a que tu madre, su compañera, muriera de pena por romperle el corazón, ¿no? No podía matarla porque le había dado la marca de apareamiento en secreto. Y en cuanto pudo, marcó a su esposa, tuvo hijos, y te sacó a ti del panorama. ¿Crees que la familia Wolfguard actuará de manera diferente?

—Morris nunca...

—No estoy hablando de Morris —le corto bruscamente—. Estoy hablando de su padre y de su mujer. No dejarán que mi hijo sobreviva.

Robert me observa con el rostro pálido. Bajo la vista hasta la pantalla de mi portátil, sin ver realmente nada.

—Soy su madre —expreso por lo bajo—. Mi trabajo es protegerle. Tú, precisamente, deberías entender por qué tengo que hacer esto.

Cualquier argumento que hubiese tenido muere en sus labios.

—¿Y si Morris te demuestra que luchará por ti? —pregunta de repente tras un breve momento de silencio consternado. Tal vez sea mi desconfianza en Morris, pero la sola idea me parece absurda.

—No lo hará. A sus ojos, no merece la pena luchar por mí. —Esbozo una sonrisa irónica torciendo los labios—. Porque si lucha por mí, puede perderlo todo, ¿verdad?

Robert se queda callado un momento.

—O podría ganarlo todo: la mujer que ama, su hijo y su vida.

—¿Su vida? —Le dirijo una mirada inquisitiva.

Se cruza de brazos sobre el pecho y suspira pesadamente.

—Pensé que Morris te lo habría dicho, pero quizá, aunque te lo hubiera contado, no le habrías creído.

—¿De qué estás hablando? —Me reclino en la silla.

—Puede que Morris sea el alfa, Aisha, pero su padre todavía ostenta todo el poder. Morris no es más que una marioneta, un testaferro, por así decirlo. No tiene a nadie en quien pueda confiar a su alrededor. Mi hermana lo atormenta porque se ha negado a ponerle un dedo encima. Ella controla todo lo que come, bebe o viste. Cada uno de sus movimientos, incluso dentro de su oficina, se le comunica a su padre y a Eve. Apenas come por miedo a que lo droguen o envenenen. Es un prisionero, Aisha, y no puede escapar de dicha prisión porque, si lo hace, será su madre la que sufra.

Me quedo inmóvil ante sus palabras. ¿Su madre? Recuerdo los ojos humedecidos de Teresa, que no paraba de preguntar por su hijo. Me había enterado de que la mantenían lejos de la vista de todos y había presencia cómo la trataba Chris, el padre de Morris.

—Hace años que Morris no puede ver a su madre —me cuenta Robert—. Cuando su abuelo materno seguía con vida, Chris Wolfguard se aseguró de poner al anciano en contra de su propio nieto para asegurarse de que éste nunca revelara los malos tratos que su madre se veía obligada a soportar. Por más que Morris lo intentara, su abuelo se negaba a verle, y sólo se le permitía ver a su madre una vez al año, e incluso eso sucedía bajo supervisión.

»Ahora que su abuelo ha muerto, su padre ha estado utilizado a Teresa como arma contra él. Morris está maquinando para acabar con su padre y con mi propia familia. No ha estado viviendo rodeado de lujos como crees, Aisha. Sé por qué te es fácil creer eso, pero el tío ha estado sufriendo desde antes de que lo conocieras, y su agonía sólo fue a más tras tu marcha. Creo sinceramente que tú eras lo único que le hacía feliz. Estando contigo, estaba aprendiendo a ser él mismo.

Es difícil fingir que no me afectan las palabras de Robert, cada una de ellas es como una puñalada en el corazón. No se equivocaba: si Morris me hubiera dicho todo esto, tal vez no le habría creído. Pero Robert no tiene motivos para mentirme, ni siquiera para retenerme aquí.

¿Morris ha sido así de desdichado todo este tiempo?

Experimento un conflicto interno, me duele el corazón por él, pero también sé que no puedo hacer nada para ayudarlo. Si su padre nos encuentra a Toby y a mí, tendrá dos debilidades adicionales para usar en su contra.

Quizá así sea mejor.

Las palabras de Robert no han hecho más reafirmar mi decisión y acelerar mis planes. Quizá una vez que Morris haya llevado a cabo sus propios planes para usurpar el poder de su padre y Eve, me plantee hablarle de su hijo. Puede que parezca que soy un monstruo por hacer algo así, pero si ni el propio Morris puede protegerse a sí mismo, ¿cómo puedo esperar que proteja a su hijo?

Si en algún momento me hubiese planeado revelarle la existencia de Toby, todos esos pensamientos habrían salido por la ventana tras conocer la situación de Morris.

—¿Cuánto tiempo crees que llevará? —murmuro, incapaz de mirar a mi amigo a los ojos—, Lo que quiera que Morris y tú estéis planeando. —Cuando Robert trastabilla, suelto una risita seca —. ¿Creías que no me daría cuenta de que estáis compinchados? Sabes demasiado sobre lo que planea Morris. Al fin y al cabo, eres su cuñado y todo eso.

Él tuerce los labios.

—Qué aguda eres. —Su mirada se desplaza hacia la ventana como si estuviera considerando algo—. ¿Sabes? Cuando mi padre conoció a mi madre, se enamoró de ella, se aparearon y me tuvieron, pero nunca llegó a dejar registro de su apareamiento. Y cuando conoció a su actual esposa, quiso todo el poder que provenía de su riqueza, junto con su estatus. Su mujer quería que me repudiara a mí y a su compañera, pero una vez te apareas, no puedes deshacerlo ni matar a tu pareja. Y mi abuelo paterno ya se había enterado de mi existencia, así que mi padre me alejó de mi madre porque sabía que perderme la mataría. Venía todos los días hasta la verja de su casa para suplicarle poder verme, pero nunca la dejaba entrar. Murió a causa de su corazón roto.

Robert tiene pocos recuerdos de su madre, pero siempre que habla de ella lo hace con nostalgia.

»En aquella casa me criaron como a un animal. Mi padre no tardó en aparearse con su nueva esposa y en tener a su familia feliz. Pero mi abuelo paterno se empeñó en que, aunque yo fuera un hijo bastardo, seguía siendo el mayor y, por tanto, el heredero legítimo del puesto de alfa. Cuando él murió, y a pesar de que la manada quería que yo ocupase esa posición, mi padre me

envió a la universidad. Fue allí donde conocí a Morris.

Se golpetea la rodilla con los dedos, un gesto que sé que hace cuando está agitado.

»Morris es un buen hombre, Aisha, ojalá le dieras una oportunidad. Me apoyó cuando Charles y Eve me destrozaron la cara y cuando me echaron de la familia. Me ayudó a poner en marcha mi primera empresa y, a pesar de haber pasado por tantas cosas, no ha dejado de luchar. Jamás ha dejado de buscarte. Si me hubiera mencionado tu nombre, le habría dicho que estabas conmigo, pero el muy tonto siguió empeñado en buscarte solo. —Me mira con severidad—. Si cree que le vas a dejar, abandonará a Eve en un santiamén y cargará con las consecuencias de tales actos. Lo hará por ti. No subestimes lo lejos que llegará por ti. Sé que estás sufriendo y que no confías en él, pero en mí sí confías, ¿verdad? Va a luchar por ti, no puede soportar la idea de perderte otra vez.

Siento cómo se me encoge el corazón al oír sus palabras. Lo único que quiero es creerle, pero la última vez que confié en alguien, salí muy mal parada. Algunos me llamarán cobarde, pero que así sea.

Sé que Robert quiere una respuesta de mí, pero no tengo nada que decirle. Mi decisión ya está tomada.

*** ***

Los días siguientes son todo un ajetreo, cuando me pongo en contacto con la empresa y acepto su oferta. Sé que Robert no me pondrá más que impedimentos, así que decido que ya me disculparé más tarde y empiezo a guardar en cajas nuestras pertenencias. Aún tengo que recibir noticias de la empresa, pero no quiero correr ningún riesgo.

Harry guarda silencio, la idea de dejar atrás a Robert le pesa. Pero sé que entiende que tenemos que proteger a Toby.

El jueves por la noche, mientras hacía las maletas, recibí una llamada de Clyde invitándome a cenar. Dudo si ir o no, pero he estado tan estresada últimamente que una cena relajante con un amigo podría ayudarme a calmar los nervios.

—¿De verdad vas a ir? —Harry se sienta en la cama mientras me recojo el pelo—. ¿Qué hay de Toby y de mí? ¿Qué se supone que vamos a comer?

Le dirijo una larga mirada antes de poner los ojos en blanco.

—Si esta es tu forma de pedirme dinero para una pizza, cógemelo de la cartera y ya.

—¡Y helado también! —exige Toby, que está colgando boca abajo del borde de mi cama.

Me levanto, dándole un cariñoso golpecito en su naricita.

—Nada de helado. Si quieres tomarte uno, tienes que venir al dentista conmigo sin gritar hasta morir.

Considera mi contraoferta muy seriamente.

—No quiero helado —decide.

—Sabia decisión —le dirijo una mirada seca—. Por desgracia, aún tenemos que ir al dentista porque los niños en edad de crecimiento necesitan que les revisen los dientes. —Le doy un beso en la frente y me encamino a la puerta—. Cerrad la puerta con llave y llamadme si pasa algo.

El restaurante no está lejos de mi casa y consigo llegar en un tiempo récord. Clyde aún no ha llegado, así que decido pedir algo de beber. Es un sitio elegante, que también me es bastante familiar.

Acaba de llegar mi bebida cuando de repente oigo una voz sarcástica:

—Me sorprende ver que en este sitio dejan entrar a cualquiera. Supongo que han rebajado sus estándares.

Levanto la vista para ver a Eve Montgomery de pie ante mí, con la burla y el asco dibujados en el rostro. La mujer a la que recuerdo con una mirada serena y una tranquila arrogancia, ha visto desvanecerse parte de su belleza con el paso de los años. Supongo que la fealdad del alma se refleja en la superficie. Su arrogancia sigue ahí, pero veo que el tiempo no ha sido benévolo con ella. Sigue siendo hermosa, pero su belleza sutil se ha convertido en una belleza áspera. Tiene unas arrugas finas alrededor de la boca y los ojos y, bajo la mueca de disgusto, veo frustración e ira.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto con calma.

No me hace falta mirar detrás de ella para ver a Morris de pie, quien parece visiblemente

incómodo. No me sorprende que no me defienda, tampoco es que esperara que lo hiciera.

—Me estaba preguntando por qué dejan que la escoria como tú coma en este establecimiento —replica Eve con desprecio.

Me pregunto si fue solo una impresión mía cuando pensé que tenía clase cuando la conocí. Esta es la misma persona que sujetó a Robert y lo marcó de por vida.

—¿Te conozco? —Finjo haberme quedado en blanco.

Se le tensa la mirada.

—¡No finjas que has olvidado quién soy!

Parpadeo despacio y le doy un sorbo a mi bebida.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

Veo crisparse los labios de Morris a sus espaldas. Me alegro de que se divierta.

Eve da un paso hacia mí y yo aprieto con más fuerza mi vaso, no vaya a ser que intente quitármelo y arrojármelo encima. He visto que lo hacen mucho en los programas de la tele. Y ni de coña me lo va a hacer a mí esta tía, mucho menos con este vestido nuevo.

Los labios de Eve se curvan.

—Ay, pobrecita. Debes de estar abochornada por aquella vez en que Morris te echó de su casa, y te hizo volver caminando a casa muerta de frío. —Alza la voz y veo que otros comensales empiezan a prestar atención a nuestra conversación. Quizá por eso habla tan alto. ¿De verdad cree que puede avergonzarme?—. ¡No habría tenido que hacerlo si no hubieras estado persiguiendo al hombre de otra mujer! —termina ella con una floritura y los ojos brillándole con malicia.

—Ya basta, Eve —gruñe Morris—. Si esta es la razón para que me hayas arrastrado hasta aquí...

—¡Pues claro que la defiendes a ella! —sisea ésta—. ¡Ella es la razón por la que no te has acostado conmigo!

Unos jadeos cargados de escándalo resuenan a nuestro alrededor. Relajo el semblante. ¿Es que

esta mujer ha perdido la cabeza? Acaba de admitir delante de todo el restaurante que su marido no la toca ni con un palo. ¿Acaso se da cuenta de que...?

—Nos vamos —dice Morris, enfadado—. Si sólo me has arrastrado aquí para montar un numerito... —Le pone la mano en la muñeca y noto cómo evita cogerla de la mano.

Sin embargo, Eve no está por la labor de rendirse. Le quita la mano de encima, con cara de extrañeza. Está claro que la reacción que esperaba no ha tenido lugar.

—¡Quiero saber por qué una destrozahogares como ella, que es poco más que una mendiga, está sentada en este restaurante comiendo con gente como nosotros! —Eve suena furiosa—. ¡¿Dónde está el gerente?!

—¿Perdona? —Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y la fulmino con la mirada—. En primer lugar, no te conozco. Segundo, deja de acusarme a mí de disparates porque tu marido no esté contento contigo. Tengo cosas más importantes que hacer en mi día a día que ir por ahí robándole el marido a nadie. Me parece algo más propio de ti.

—Repite eso último. —Su mirada se vuelve cortante.

Pero yo me limito a encogerme de hombros. Ahora está temblando de rabia mientras agarra a Morris por el brazo, tirando de él hacia delante para que se ponga a su lado.

—Él me eligió a mí. Eligió casarse conmigo. Y te dejó tirada porque eres escoria y una donnadie, Aisha. Nunca será tuyo porque sólo yo soy digna de estar a su lado, no una barriobajera como tú. ¡Será mejor que recuerdes cuál es tu lugar!

—¿Has terminado? —pregunto con frialdad—. ¿O quieres hacer partícipe a todo el restaurante de cualquier otra inseguridad que tengas?

—Zorra...

Eve no coge mi vaso, sino la copa de vino de la mesa contigua a la mía; sin embargo, Morris salta para interponerse entre nosotras justo cuando me la lanza. Se oyen silbidos alrededor de Morris, que ahora está cubierto de vino tinto y con la camisa blanca manchada. Eve abre mucho los ojos, pero en lugar de mortificada, parece enfurecida.

—¿Cómo te atreves, Morris? ¿Sabes lo que puedo hacerte...?

Su mano está en el aire, a medio camino de asestar un golpe, cuando él se la agarra.

—Ni se te ocurra —habla con voz dura.

El gerente decide elegir ese momento para aparecer por fin, y Eve baja la mano, humillada.

—¿Desde cuándo dejáis que coma aquí a gente como ella? —Me señala mientras le ofrezco a Morris una servilleta para limpiarle la camisa, aunque no vaya a conseguir mucho con ella. No es fácil quitar una mancha de vino tinto de una camisa blanca.

El gerente parpadea, un tanto confuso.

—¿Perdón?

—Soy una clienta habitual de este establecimiento y no voy a sentarme a comer en la misma sala que una mujer de su categoría.

En el mundo cambiaformas, el estatus familiar es muy importante, pero, aunque para los humanos la riqueza es relevante, para nosotros no lo es en la misma medida. El gerente me mira.

—Señorita Hart, ¿hay algún problema?

Este local constituye uno de los clientes más antiguos de Sky Enterprise. Ceno aquí de vez en cuando, pero nunca me dejan pagar. Tiene sentido que el gerente me conozca. Oculto mi sonrisa detrás del vaso.

¡Oh, cómo han cambiado las tornas!

—¿Conoces a esta mujer? —A Eve parece que le ha pillado por sorpresa.

—La señorita Hart es una clienta habitual —explica él amablemente—. Si tiene algún problema, podemos acomodarla en otra parte del restaurante.

—¡Olvídalo! —La tía tiene la cara totalmente roja—. No tengo ningún interés en comer en un establecimiento de tan baja categoría como este. Permitís que coma aquí cualquiera.

—Si tienen dinero, son más que bienvenidos a comer aquí, señora. —El hombre empieza a parecer un tanto molesto.

—¿Has terminado ya? —exige saber Morris—. ¿O quieres ir a montar el numerito en alguna otra

mesa?

Eve le lanza una mirada asqueada y se marcha furiosa. Morris se queda atrás y busca mi mirada.

—Me ocuparé de esto.

—Claro. —Le sonrío con frialdad—. Porque la primera vez se te dio de lujo ocuparte de ello.

Se estremece, pero no responde, dejándome casi decepcionada. El Morris que recuerdo me habría soltado una réplica aguda, pero ha cambiado.

Se me ha quitado el apetito, así que llamo al camarero para pagar la bebida. El gerente intenta disculparse y se niega a dejar que pague nada, pero yo me limito a dejar los billetes sobre la mesa y empiezo a recoger mis cosas, con la cabeza hecha un lío. Puede que Eve se casara con Morris por cabezonería, pero está claro que ella también es infeliz en su matrimonio. Ha conseguido hacerse con su apellido y su poder para convertirse en hembra alfa, pero Morris jamás ha sido suyo, que es lo único que quería. La frustración que he visto reflejada en su semblante me lo ha dejado claro. Y ver cómo se comporta con su marido me ha confirmado las palabras de Robert: ella lo controla, y él parece no tener elección en el asunto.

Pero es el director general de una renombrada empresa de inversiones. ¿Cómo se las ha arreglado para lograr eso estando vigilado como un halcón las veinticuatro horas del día? Sacudo la cabeza y me pongo en pie. Ya le he mandado un mensaje a Clyde diciéndole que me ha surgido algo y que tendremos que dejarlo para otro día.

A pesar de lo fría que me muestro con Morris, verlo con Eve hace que me sienta amargada y dolida. No me gusta. Mi lobo está celoso y enfadado, y sólo deseo irme a casa antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

De camino al aparcamiento, un par de faros me ciegan de repente. Protegiéndome los ojos del resplandor, intento ver quién es, pero lo único que oigo es un motor acelerando antes de que el derrape de los neumáticos me rechine en los oídos.

¡El coche se dirige hacia mí!

Salto para esquivarlo por los pelos, pero da un volantazo y vuelve a por mí. Me encuentro agazapada en el suelo y el vehículo está demasiado cerca para que pueda esquivarlo. Cierro los ojos por instinto y oigo un fuerte golpe, pero nada me alcanza.

Abro los ojos para ver a una figura conocida interponiéndose entre el coche y yo. Morris está de espaldas a mí y doblado hacia delante. Me tambaleo hacia un lado y veo cómo presiona el capó del coche con las manos, que ha quedado abollado. Ha doblado la cubierta hacia dentro con su fuerza.

El shock me invade mientras sigo sin apartar la mirada de la horrible abolladura.

—M-Morris —balbuceo, intentando desesperadamente recuperar la compostura—. ¿Te has hecho daño?

La puerta del coche se abre y veo bajarse a Eve, que se abalanza hacia Morris con las garras ya extendidas.

—¡Cabronazo! ¡Sabía que te la estabas tirando! ¡Voy a matarla a ella y a la puta de tu madre!

Casi se me salen los ojos de las cuencas mientras observo a la mujer que acaba de intentar atropellarme con su coche. Como alfa, Morris es más fuerte y resistente que yo, y por eso ha podido evitar que el coche arrasara con él. Yo no habría tenido tanta suerte y esa posibilidad me aterroriza. Me ha quedado claro que Eve me aborrece tras la escenita del restaurante, pero ¿me odia hasta el punto de intentar asesinarme?

Entonces, sus palabras calan en mí y me sobrecoge otro tipo de horror. De pronto, me vienen a la mente las palabras de Robert y se me revuelve el estómago. O sea, ¡que era verdad! Eve ha tenido cautiva a la madre de Morris todo este tiempo; y Robert mencionó que el padre de Morris también estaba involucrado. Miro con atención a esta mujer que antes me parecía tan elegante y no siento nada más que asco. Quiero arrancarle los ojos.

Morris le dice algo cuando ella le clava las garras en la cara. La sangre me hierve y mi lobo se enfurece. Puedo oler la sangre de Morris. Antes de que pueda pensarlo con detenimiento, mi cuerpo se mueve por sí solo. Me pongo delante de él, agarro a Eve por la muñeca y la hago a un lado de un empujón.

Sus ojos se ensanchan por un momento antes de gruñir:

—¿Cómo te atreves...?

—¡Has intentado atropellarme! —La empujo hacia atrás, lejos de Morris, notando cómo mi lobo me asoma a los ojos—. Hay cámaras de seguridad apostadas en cada centímetro de este

aparcamiento, y tengo toda la intención de hacerme con esas grabaciones. Seas la hembra alfa o no, sigues estando sujeta a las leyes humanas. Veamos cómo le va a la mujer de un hombre de negocios cuando las imágenes de su intento de atropellar a un civil lleguen a los medios.

Eve palidece como si se diera cuenta ahora de la enormidad de sus actos. Sin embargo, su arrogancia le impide retractarse.

—Se compadecerán de mí. Verán que eres una robamarid...

—Yo no te he robado a tu marido, Eve. —Me río de repente, con brusquedad—. Para empezar, él nunca te ha querido, y eso no es culpa mía. Es culpa tuya. No puedes obligar a nadie a que te quiera. Ahora vete de aquí o el vídeo de tu intento de asesinato saldrá en las noticias de la mañana.

Eve da un paso atrás, con cara de enfado e inseguridad.

—Puedo destrozarte la vida...

—Y yo también. —Le muestro los dientes en una sonrisa despiadada.

Pone una mueca de conflicto antes de fulminar a Morris con la mirada.

—¡Entra en el coche!

Se me tensa la mandíbula al escuchar su tono. No me gusta cómo le habla a Morris.

—No —dice él con frialdad—. Vete tú primero. Yo tengo que hacer control de daños.

Ella vacila y nos mira del uno al otro antes de volver furiosa a su coche. Veo cómo se marcha, claramente enfadada. Cuando la pierdo de vista, me vuelvo para mirar a Morris.

—¿En qué estabas pensando? —protesto—. ¡Podrías haberte hecho daño!

El corazón me sigue latiendo tan fuerte que roza lo incómodo. No por haber estado a punto de que me atropellaran, sino por ver cómo acababan de tratar a Morris.

—No ha pasado nada. —Se frota las manos y yo le agarro de las muñecas para inspeccionarle las palmas.

Se me escapa un siseo. Tiene las palmas de un rojo brillante y le sangran los dedos. Es una

herida leve, pero se me revuelve el estómago igualmente y me arden los ojos.

—No deberías haber hecho esto —murmuro, intentando mantener la compostura y odiándome por lo fácil que flaqueo al ver su dolor.

Él se ríe con ligereza, pillándome por sorpresa. Levanto la cabeza para ver que me está observando con una extraña emoción en su mirada.

—¿Qué es tan gracioso? —exijo saber.

Los labios se le curvan sin rastro de humor.

—Vivir sin ti ha sido como mi propio infierno personal. No sabía lo que tenía hasta que lo perdí. Tenías razón, debería haber luchado por ti. Así que voy a empezar a enmendar mis errores. Esta vez, haré lo que sea necesario para que te quedes aquí, a mi lado.

Estudio a Morris, sintiéndome incómoda.

—¿Estás seguro? Robert me contó lo de tu madre y Eve acaba de confirmármelo. Estarías arriesgándote...

—Lucharé —dice Morris en tono sombrío, girando las manos para tomar las mías entre las suyas. Se las lleva a los labios sin que su mirada vacile ni un instante. —Lucharé, Aisha. No voy a perderte.

CAPÍTULO 26

Morris

«Si yo hubiera sido tan importante para ti, habrías luchado por mí».

Aisha ha cambiado. Ya no es débil; posee una confianza que le faltaba cuando era una estudiante. Es una mujer fuerte y deseable, y lleva razón: nunca luché por ella.

Me dejé llevar por la corriente, intentando proteger lo que era importante para mí, pero sin salirme jamás del camino equivocado. ¿Esperaba que confiara en mí después de contarle la verdad? No había rastro desdén en su semblante en nuestro último encuentro, pero sí un cúmulo de desconfianza y recelo. Una falta de fe en mis capacidades.

Y tenía razón al dudar de mí.

Debería haberme dado cuenta de que Eve había visto a Aisha por la ciudad, que lo más probable es que hubiese ordenado a alguien que la siguiese. ¿Cómo si no iba a saber que Aisha estaría aquí? Su decisión repentina de venir a este restaurante debería haber hecho saltar mis alarmas.

Tendré que hacer que alguien siga a Aisha durante un tiempo y deshacerme de la gente que Eve pueda haber apostado. Aunque las acciones de ésta me han sacudido por completo. Su comportamiento se ha vuelto errático desde hace un tiempo, pero también está desesperada por mantener su estatus social. Aisha había dado en el clavo, Eve hará todo lo posible para preservar su imagen en la sociedad. Y hoy que ha aparecido una grieta, reflexionará en profundidad sobre ello.

Aún me arden las manos y sé que es por el acónito que recubre el coche. Es un método de precaución que la mayoría de los alfas y sus familias utilizan en sus vehículos para evitar ataques.

—¿Morris? —La preocupación de Aisha es como un bálsamo calmante. Ante su inquietud, no siento ningún dolor.

—¿Sí?

—¿Necesitas ver a un curandero?

—Sí, había acónito en el coche. —Sé que limpiarme las manos en los pantalones va a hacer más daño que bien.

—¿Estarás bien?

Estoy a punto de responderle cuando sus preguntas calan. ¿Va a dejarme aquí?

—No —digo al instante, sin siquiera tener que pensarlo—. No creo que pueda ir a un curandero ahora mismo.

—¿Por qué no? —protesta ella con el ceño fruncido—. ¡Mira cómo tienes las manos, Morris!

—No puedo conducir —admito—. No teniendo acónito en las manos. Y después de este enfrentamiento, no creo que a ningún curandero se le permita verme.

Es humillante admitir que, como alfa, se me trata como al escalafón más bajo dentro de mi propia manada, pero así es mi realidad. La única forma de hacerme con el poder es si decido renunciar a mi madre y dejarla a su suerte a manos de mis enemigos. Pero mientras ella siga siendo mi debilidad, así será mi vida. No obstante, tener que admitir mi impotencia frente a la mujer que amo, la misma a la que se supone que debo proteger, resulta demoledor. Aunque estoy decidido a luchar por ella, mi yo actual es incapaz de conseguir siquiera a un curandero para que me trate las heridas.

—No necesitamos a un curandero —dice Aisha de repente, con la mandíbula apretada—. Sólo necesitamos algunos suministros médicos de una farmacia. Espera aquí, enseguida vuelvo.

La veo volver a toda prisa al restaurante y me pregunto qué estará planeando. Me inspecciono las manos. Podría lavarme el acónito, pero sería inútil. Aisha tarda quince minutos, pero, cuando vuelve, sus ojos reflejan una sombría satisfacción. No me hace falta adivinar lo que ha hecho.

—¿Has cumplido con tu amenaza? —Me siento oscuramente divertido.

—Mientras tenga esto, tu mujer se mantendrá alejada de mí. —Levanta un pequeño pendrive, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Hago una mueca de dolor y la sigo hasta su coche.

—Desearía que no llamaras a Eve mi mujer.

La mano de Aisha se detiene en la manija del coche.

—Pero es tu mujer —dice en voz baja.

No me pasa desapercibido el dolor patente en su voz y, aunque atestigua sus sentimientos, no me gusta que sufra. Dejo escapar un largo suspiro.

—Quédate con el vídeo. Me aseguraré de que sepa que no puede volver a meterse contigo. Pero que sepas que estarás corriendo un riesgo, Aisha. Puede que decida conseguir que le des la grabación por otros medios.

Cuando gira la cabeza para mirarme, clavo los ojos en los suyos.

—¿Estás diciendo que podría ir a por mi familia? —pregunta con ojos brillantes.

—Digo que es capaz de cualquier cosa si eso significa proteger la imagen que se ha granjeado en la alta sociedad humana —digo con firmeza—. Deberías estar preparada por si acaso.

—Ya veo —dice con voz suave—. Gracias por avisarme, pero puedo proteger a mi familia perfectamente.

No para de decir «familia» a pesar de ser sólo Harry y ella. No sé por qué el término me resulta tan extraño. Tendría más sentido si sólo hubiera mencionado a Harry. Una parte de mí se pregunta si Robert estará equivocado y Aisha sí ha conocido a alguien. Se me tensa la mandíbula de solo pensarlo.

Es cierto que parece más feliz de lo que nunca la había visto. Si esta nueva confianza y felicidad se deben a un hombre, no sé cómo voy a afrontarlo. Durante todos estos años, pensé que, si volvía a dar con Aisha, tendría la oportunidad de arreglar las cosas, pero nunca se me ocurrió que la tendría tan lejos de mi alcance. La Aisha que conocí había sido fuerte, pero se encontraba sola e indefensa en un mundo dispuesto a comérsela viva. La mujer que tengo delante ha luchado por hacerse un hueco en este mundo. No me necesita, pero yo sí la necesito a ella. No puedo vivir sin ella. Mi corazón le pertenece desde el día en que la conocí y su nombre ha quedado grabado en mi alma.

Aisha conduce hasta una farmacia cercana y yo espero fuera, en el parque de enfrente envuelto en la oscuridad. En estos momentos no puedo arriesgarme a que la vean conmigo. Eve ya tiene

sus sospechas, y es cuestión de tiempo que su familia y mi padre se enteren. No creerán que Aisha es una amenaza si no me ven cerca de ella; por tanto, hasta que no tenga los medios para protegerla como es debido, no creo que deba jugármela.

Sale de la farmacia con una bolsa grande de papel en brazos, cruza la calle, entra en el parque y viene a mi encuentro.

—He cogido agua salina para limpiar el acónito. El agua normal funciona, pero deja residuos. Claro que eso tú ya lo sabes, ¿no? Eres un alfa y todo eso. —Me lanza una mirada significativa y yo desvío la mirada, culpable—. Extiende las manos.

Desenrosca la botella de plástico y me echa la solución salina en ellas. Escuece, pero apenas lo noto. Ha pillado un par de frascos de suero fisiológico y los vacía sobre mis manos uno a uno, limpiándolas con una gasa suave entre medias. Me atiende con delicadez y expresión de concentración.

Para cuando termina, tengo las manos rojas y con aspecto magullado.

—Esto se curará —murmura Aisha—, pero normalmente uso este ungüento. Hace que las manos se adormezcan durante un rato.

Estoy a punto de rechazar la pomada cuando empieza a extendérmela por las palmas con un masaje. El roce de sus manos me corta la respiración, pero no parece darse cuenta de lo que me provoca su proximidad. O tal vez ya no causo en ella el mismo efecto que en el pasado. Sin embargo, en medio del silencio que reina en el parque, puedo oír que el corazón le late a un ritmo que yo no consideraría normal.

—Debes haber vendado muchas veces a Harry —digo.

Noto que se tensa antes de que una pequeña carcajada se escape de su boca.

—Sí, claro.

No sé qué tiene de particular su respuesta, pero hay algo que despierta mi curiosidad.

—¿Tienes mucha experiencia con el acónito?

Aisha se encoge de hombros y saca un rollo de gasa de la bolsa de papel.

—Tampoco diría que mucha y no en tanta cantidad, pero había acónito en la zona donde vivía antes y he tenido algunos encontronazos con él. No tiene el mismo impacto letal que la versión concentrada, pero aun así duele que flipas.

—La mayoría de las manadas eliminan el acónito del bosque si dan con él. —Miro de reojo hacia el bosque—. No creo que haya visto nunca acónito en los bosques de Portland. El que se cultiva se hace en un entorno controlado.

Aisha resopla.

—Las manadas de la ciudad en la que vivía no eran tan concienzudos. Tob… Harry se pensaba que eran flores comestibles y le gustaba olerlas.

Una vez más, hay algo raro en su explicación. Recuerdo a Harry como un niño muy sensato; pensar que intentase acercarse a conciencia a una planta tan peligrosa no tiene sentido.

Aisha está a punto de envolverme la mano con la gasa, así que niego con la cabeza.

—No hace falta. Las manos se me curarán solas a partir de ahora.

Veo que vacila.

—¿Estás seguro? A mí me parecen unas quemaduras muy feas, Morris.

—¿Estás preocupada por mí? —Los labios se me crispan.

—Sí —responde tajante, metiendo la gasa en la bolsa y echándose hacia atrás en el banco del parque para poder observarme—. ¿Por qué dejas que Eve te haga esto? ¿Cuánto tiempo piensas aguantar toda esta situación?

Su franqueza me pilla por sorpresa. No esperaba que fuera al grano tan a saco.

—Es complicado, Aisha...

—Estoy segura. —Clava su mirada en la mía—. Pero eres el alfa de la manada y ella te trata como si fueras un cero a la izquierda. Ni siquiera puedes ir a que te vea un curandero, no se te «permite». ¿Qué dice eso del estatus que ocupas en esta manada? Estoy preocupada por ti, Morris. Nada de esto es normal y que dejes que tu familia se salga con la suya...

—No tengo elección, Aisha —digo, tenso—. No me voy a quedar de brazos cruzados. Tengo un plan en marcha, pero tengo que proceder cuidado. Mis enemigos vigilan todos mis movimientos. Hace falta mucha planificación para librarse de ellos, aunque sea unas horas al día.

Se le tuerce el semblante.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Tienen a tu madre secuestrada?

—¿Te lo ha contado Robert? —aventuro.

Traga saliva y desvía la mirada.

—Sí. Fue él quien me lo contó y las palabras de Eve me lo han confirmado todo. Lo siento, Morris.

Aprieto los labios.

—No hay nada que no esté dispuesto a hacer por la gente que quiero, Aisha —hablo tras unos minutos—. Puedo soportar unos años de humillación si eso significa salvar a mi madre. —Suspirando, me miro las manos y compruebo que el enrojecimiento empieza a desaparecer poco a poco—. Te eché muchísimo de menos cuando te fuiste. Al principio, estaba cabreado; me cabreaba que no confiaras en mí, que me dejaras atrás. Por supuesto, ignoraba toda la verdad. Pero ha habido momentos a lo largo de los años en que las cosas se pusieron tan feas que agradecí que te hubieras ido. Mi madre ha estado destrozada desde que tengo uso de razón y, si te hubieras quedado, mi padre también habría acabado utilizándote contra mí. Y no creo que hubiera sido capaz de presenciar cómo te hacía pedazos.

La mano de Aisha se aprieta contra su vestido antes de relajar los dedos.

—¿Y qué te hace pensar que no volverá a intentarlo esta vez? Eve ya sabe que estoy en la ciudad.

—Esta vez puedo protegerte. —La miro con fijeza—. Como he dicho, no he estado perdiendo el tiempo; no me quedado de brazos cruzados estos dos últimos años. La mayoría de mis logros están ante ti. Tengo los medios para protegerte por ahora. Es a mi madre a quien no puedo salvar todavía. Tengo algo planeado, pero aún no ha llegado el momento.

Aisha me lanza una mirada de desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tengo planes, Aisha. —Le dedico una pequeña sonrisa—. ¿De verdad crees que voy a dejar que Eve, su familia y la mía propia se salgan con la suya? ¿O que dejaré que utilicen una de mis mayores debilidades en mi contra para siempre? No. Algunas cosas hay que ejecutarlas con mucho cuidado y esfuerzo. Sobre todo, si hay vidas en juego. Mi padre y Eva me lo han quitado todo. Tienen que pagar por muchas cosas, pero para eso tengo que ser paciente.

Ella parece inquieta.

—¿Qué planeas?

Me limito a sonreírle.

—Ya lo descubrirás. Mientras tanto, aún no he cenado y sé que tú tampoco. —Poniéndome en pie, le extiendo una de mis manos heridas—. Vamos a comer algo.

—Debería irme a casa —dice con voz cuidadosa—. Sé que tienes tus problemas, Morris, pero no puedo involucrarme en...

Siento una punzada de dolor, pero no la culpo. Siendo alguien que quedó tan mal parada tras el fuego cruzado de mis asuntos familiares, no es de extrañar que no confíe en mí. Pero no pienso rendirme.

—Solo vamos a por algo de comer, Aisha —insisto—. Y ahí, a la vuelta de la esquina. Nadie nos reconocerá, créeme. —Puedo ver la negativa en la punta de su lengua cuando el estómago le ruge. El color sube a sus mejillas y sonrío—. Está decidido, entonces.

—Solo vamos a por algo de comer —reitera Aisha—. Nada más. Y sólo te acompaño porque me muero de hambre.

—Por supuesto. —Mi sonrisa no se atenúa lo más mínimo.

Mi lobo bulle de emoción en mi interior. Por primera vez en tantos años, expresa alegría. No sé el de Aisha, pero mi lobo siempre la ha considerado su compañera ideal. Y yo siento lo mismo.

Caminamos hasta la esquina del parque donde hay una curva. Justo en el límite, hay un pequeño aparcamiento y, bajo una farola, se encuentra un camión de comida con unas sillas y mesas de plástico. Hay unas cuantas personas ocupando las mesas, bebiendo o comiendo hamburguesas

grasientas y unas patatas fritas aún más grasientas.

—Nico. —Me acerco al hombre de la ventanilla, —dos «beef hearters», dos refrescos y tus patatas fritas más saladas.

—Marchando. —Nico, un hombre rechoncho con un bigote más grande que su cara, vierte un paquete de patatas fritas congeladas en el aceite que ya está chisporroteando—. Tú y tu chica podéis sentaros ahí. Tony. ¡Tony! Tráeles las bebidas. ¡Mueve el culo!

Tomamos asiento y un chico sale corriendo con cara de enfado. Limpia la mesa y vuelve corriendo con nuestras bebidas.

—Tony es el sobrino de Nico —le explico a Aisha cuando pone cara de preocupación al ver al chico—. Tiene quince años. Parece más joven de lo que es.

—Oh. —Aisha lo estudia antes de volver a mirarme—. ¿Cuánto tiempo llevas viniendo por aquí?

Me encojo de hombros.

—Descubrí este lugar hace tres años. Intento venir lo menos posible.

—¿Porque la comida está demasiado grasienta? —Alza una ceja.

Intento sonreír, pero no puedo.

—Algo así—.

—¿Qué hay de tu lugar favorito, ese restaurante indio al que una vez me llevaste?

Se me oscurece la mirada, el corazón me pesa.

—Cerró.

—¿En serio? —Parece sorprendida. —¿Qué sucedió?

Han pasado cinco años, pero jamás he hablado de mi dolor ni de la pérdida que sufrí una vez que mi padre me tuvo totalmente bajo su control.

—Te lo contaré más tarde. —Me cuesta pronunciar las palabras—. No puedo hablar de ello todavía.

—¿Morris? —pregunta, vacilante—. ¿Estás bien?

Una risa amarga me escapa de los labios.

—No. No, no lo estoy. Han pasado muchas cosas, Aisha, cosas de las que todavía me estoy recuperando. Hay muchas cosas de las que no puedo hablar, de las que no estoy preparado para hablar. Dejémoslo estar.

Espero que insista, pero asiente.

—De acuerdo. Bueno, ¿cómo te convertiste en presidente del grupo Henlock?

Esbozo una ligera sonrisa.

—Lo fundé después de la boda. Empezó siendo algo pequeño, invertía en productos y empresas de mis amigos y conocidos en el extranjero. El objetivo inicial había sido esconder todo mi dinero para que mi familia no pudiera acceder a él. Hice algunas inversiones acertadas y éstas empezaron a crecer. Llegó un momento en que decidí dar un paso atrás y contraté a otra persona para que acudiera a las reuniones. Lo más divertido de todo es que mi padre y Charles, el hermano de Eve, han intentado desesperadamente que mi empresa invierta en la suya.

Aisha suelta una risita.

—¿Les das a probar su propia medicina? Debe de resultar satisfactorio.

—Es increíble. —Sonrío, el sonido de su risa hace que el dolor desaparezca—. NO han parado de enviarme propuesta tras propuesta y las he rechazado todas.

—¿Cómo has conseguido mantener tu identidad en secreto todo este tiempo?

—Tengo a gente contratada que me representa. Rara vez voy a la oficina y, cuando lo hago, es casi siempre por la noche. Mis personas de mayor confianza saben quién soy, pero al final soy yo quien tiene acceso a todas las cuentas. Trabajar entre bastidores es bastante peligroso, así que dirijo la empresa con mano de hierro. Tengo pleno control sobre todo. La delegación es limitada.

Alza las cejas.

—Has estado ocupado.

—Y tú también. —La estudio atentamente—. ¿Cómo llegaste a trabajar para Robert?

—Me contrató para unas prácticas y, cuando se enteró de que estaba emb… algo enferma, se mostró muy complaciente conmigo. Él también estaba empezando y yo le ayudé. Desde entonces, somos inseparables.

—Te considera parte de su manada. —Le doy un sorbo a mi refresco, incapaz de contener la punzada de celos.

—Es de la familia —asegura ella, muy seria—. Nos apoyó a Harry y a mí cuando no teníamos a nadie ni nada. No tenía casa y me moría de hambre cuando lo conocí. Llevaba una semana sin comer cuando recibí la oferta de prácticas, que incluía el traslado también. De no ser por él, no sé si Harry y yo habríamos sobrevivido sin que yo hubiera tenido que recurrir a métodos desagradables.

Se me revuelven las tripas.

—Lo siento.

—Lo entiendo. —Se encoge de hombros—. No fue culpa tuya. Tú tampoco podías hacer nada.

—Tú y Robert nunca... —No puedo evitar preguntarlo.

No pierdo de vista ningún cambio en su expresión. Ella resopla.

—En ningún momento tuve tiempo para nada de eso. Mi vida ya era bastante complicada de por sí y, sinceramente, después de cómo me trataron cuando estaba contigo... no quería volver a revivir algo así.

Me estremezco ante sus palabras, pero algo me llama la atención, lo mismo que me ha estado preocupando desde hace un tiempo.

—Entonces, al respecto de ese chico que mencionaste… Me dijiste que tenías novio…

—No quiero estar con nadie, Morris. —Me mira con seriedad—. Tú incluido. Sólo lo dije para que me dejaras tranquila y, aunque entiendo tus circunstancias, no estoy preparada para estar con nadie en estos momentos. No creo en mentiras como el amor, he visto lo que le hace a una persona y no tengo ningún interés en volver a eso. Así que, por más que nos encontremos aquí sentados tan cordialmente, no creas que esto significa nada.

Noto cómo se me hunde el corazón.

CAPÍTULO 27

Aisha

Cenar con Morris fue una mala idea. Aunque estuviéramos sentados en la terraza de un puesto de comida ambulante y no hubiese ninguna intención romántica, cuanto más tiempo paso a su lado y me entero de lo que han sido para él los últimos años, más siento que me se derrumba mi fuerza de voluntad. Han pasado dos días desde dicha cena y llevo preocupada por Morris desde entonces. He estado indagando en la vida de Eve y es el epítome de la *socialité*; se codea con la élite y la fotografían para revistas y periódicos. Hasta tiene fotos con Morris, pero no se me escapa que él no la toca en ninguna de ella. Ni siquiera le pone la mano en la parte baja de la espalda, como hacen la mayoría de las parejas.

La advertencia de Morris persiste en mi cabeza. Si Eve decide ir a por mi hijo o mi hermano para hacerse con la grabación de seguridad, va a ser un problema gordo. Aunque puedo proteger a mi familia, no estoy pegada a ellos las 24 horas al día, los 7 días de la semana. Tendré noticias de la empresa cuya oferta acepté en una semana, pero, mientras tanto, Eve va a ser un problema. No va a dejar pasar nada de esto fácilmente. Después de que se sintiera humillada en un restaurante lleno de gente y que su propio marido no se pusiera de su lado, sé que las pagará conmigo. No tengo ninguna duda.

Tendré que hablar con Robert sobre esto. Quizá tengamos que mudarnos a su piso durante unos días. Es una de las únicas opciones que puedo plantearme en este momento. Al entrar en la oficina, escucho la voz de Robert desde su despacho. Frunzo el ceño y me apresuro solo para oírle gritar al teléfono:

—¿Por qué no me lo has dicho? ¡Podrías haberte quedado en mi casa, idiota!

¿Con quién habla? La persona al otro lado le dice algo.

—¿No crees que deberías acelerar tus planes, Morris? —gruñe—. Tienes mucho que perder, imbécil.

¿Morris? Se hace el silencio antes de que continúe:

—No, eso no voy a decírtelo, pero tienes que confiar en mí. Tienes que resolver este lío ya mismo. Acelera tus planes, Morris. El nivel de violencia solo va a ir a más y no sólo te estás poniendo en peligro a ti, sino también a Aisha. ¡Si lo de anoche no fue pista suficiente, lo de esta mañana debería haberlo sido!

¿Qué pasó anoche? Nunca había oído a Robert tan furioso. Giro el pomo de la puerta y estoy a punto de entrar cuando le oigo decir:

—¿Y si hubieran llegado hasta ella? ¿Y si los hombres que apostaste fuera de su apartamento no hubieran llegado a tiempo? No puedes jugártela así con Aisha, Morris. No te lo permitiré.

Se produce una breve pausa y el corazón me late con fuerza ante esta nueva revelación.

—Entiendo lo que quieres decir, pero estás a punto de volver a perderla. Y el hecho de que hayas intervenido hoy va llegar a oídos de Eve y de tu padre. Las consecuencias no van a ser agradables, así que, o aceleras tus planes o la dejas ir. El tiempo para pensar y planear se acabó, Morris.

Unos minutos después, le oigo suspirar pesadamente y un chirrido familiar llega a mis oídos. Se ha sentado. Llamo a la puerta y no espero a que me invite a pasar.

—¿Qué ha pasado?

Robert está repantigado en la silla de su despacho, masajeándose las sienes con los dedos. Me dedica una mirada larga.

—¿Estabas escuchando a escondidas?

—Cuesta no hacerlo cuando oigo mi nombre —respondo, cerrando la puerta tras de mí—. ¿Qué ha pasado, Robert? Y no me mientas, por favor.

Se pone en pie.

—No tenía intención de hacerlo. —Me mira fijamente—. ¿Cuándo ibas a contarme lo de tu encuentro con el demonio de mi hermana hace dos días?

Hago una mueca.

—Bueno, iba a contártelo, pero has estado ocupado en reuniones para el nuevo proyecto que

hemos empezado, y yo también estaba ocupada...

—No me vengas con excusas de mierda —dice bruscamente—. Escogiste no contármelo a propósito, Aisha. ¿Creías que podías con mi hermana? ¿Te has vuelto tan confiada como para jugar con la vida y la seguridad de tu hijo y tu hermano?

La vergüenza me invade.

—Lo siento. Pensé...

—Eve envió unos hombres a tu casa anoche. Por suerte, Morris tenía gente vigilando tu casa y pudieron interceptarlos. Esta mañana, de madrugada, tres cambiaformas enmascarados intentaron infiltrarse de nuevo en tu apartamento y Morris decidió intervenir él mismo. ¿Sigues en tus trece de no contarme nada?

Noto como el rostro me palidece a medida que lo escucho.

—No sabía...

—¡Claro que no lo sabías! —me medio grita antes de hundirse de nuevo en la silla, cubriéndose la cara con la mano—. A veces tengo la impresión de que tú y Morris compartís la misma neurona defectuosa.

Me estremezco.

—Os mudaréis a mi edificio hasta nuevo aviso. —Frunce el ceño y me mira—. Hasta que no esté seguro de que ha desaparecido la diana que llevas en la espalda, no vas a quedarte en tu casa. De hecho, creo que ya es hora de que cambies de piso.

—Pero si me voy en unas semanas...

—Ya nos ocuparemos de ese asunto a su debido tiempo —replica él—. Por ahora, es importante que te traslades a un edificio más seguro. Ten en cuenta que mi familia sabe dónde vivo y aún no han conseguido penetrar en el sistema de seguridad de mi edificio. Dado que soy el dueño, tiene uno de los mejores que hay. Te dije que te mudaras allí cuando nos trasladamos, ¡pero eres muy terca!

—¡Ya lo pillo! —contesto con fuerza—. Cometí un error y me mudaré hoy mismo. La mayoría de nuestras cosas están ya guardas en cajas, de todos modos.

—No —Robert niega con la cabeza antes de tenderme la mano—. Dame tus llaves. Haré que mi empresa de mudanzas vacíe tu apartamento y lo instale todo antes de que acabe el día.

No tengo ánimos para protestar porque la sola idea de que mi familia esté en peligro sin que yo lo sepa me revuelve el estómago. Rebusco en el bolso, cojo las llaves y se las entrego.

—También quiero el vídeo de Eve. —Vuelve a extender la mano, expectante—. Deja que pase a ser yo su objetivo. Así se mantendrá alejada de vosotros.

—¿Estás seguro? —Me siento reacia, me preocupo por él.

—Sí —asegura con firmeza—. Suelta ese pendrive.

Suspirando, se lo entrego también.

—Entonces, ¿qué pasó con Morris? —pregunto finalmente mientras conecta el pendrive a su portátil.

—Creía que no querías saber nada de él. —Alza la vista para mirarme—. ¿Por qué te importa?

—No me importa —balbuceo.

Se echa hacia atrás en su silla sin dejar de observarme.

—A mí me parece que sí.

—Cierra el pico, Robert —gruño—. Sólo estoy preocupada por él.

—¿Por qué?

—Bueno, ya ha pasado por muchas cosas —empiezo, y las cejas de Robert se arquean tanto que casi le desaparecen tras el nacimiento del pelo.

—Oh —dice con tono burlón—. Claro, eso tiene mucho sentido.

—¡Robert!

Me fulmina con la mirada.

—No puedes odiarle y preocuparte por él al mismo tiempo, Aisha.

—No... no le odio —admito—. No eran consciente de lo fea que era su situación.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —Me estudia—. Porque él también es amigo mío y no quiero que sufra más. ¿Vas a volver con él? ¿Es esa una opción que te plantees?

—Eh...

La respuesta debería ser no. Es así de sencillo. Y, sin embargo, no consigo que la palabra salga de mi boca.

Robert me mira con atención y luego sacude la cabeza.

—Ni tú misma lo sabes, pero aun así estás planeando irte del país para evitarle. Si ya te has decidido, no le des largas, que bastante mal lo pasa ya. Si no lo quieres, aléjate de él.

Hundo los dientes en el labio inferior.

—Tienes razón.

—Pero yo te animo de veras a que le concedas una oportunidad —dice de repente—. Sé que lo que pasasteis fue terrible, pero no fue culpa suya. A los dos os manipularon. Y no has mostrado ni una sola señal de interés por ningún otro hombre desde Morris. ¿Por qué no darle una oportunidad? —Una vez más, nada sale de mi boca. Mi silencio hace que Robert baje los hombros y me dedique una pequeña sonrisa—. De acuerdo, lo comprendo. Ve a trabajar. La mudanza estará lista antes de que acabe el día.

Salgo de su despacho.

Durante el resto del día, siento una bola de tensión dentro de mí. No me sorprende que Morris haya descubierto dónde vivo. Y conoce a su familia mejor que yo, por eso tenía gente vigilándome. Si él y sus hombres no hubieran intervenido, ¿qué le habría pasado a mi hijo? ¿O a Harry?

Cierro la puerta de mi despacho y me siento pesadamente en la silla.

No me informó de ello. No me llamó para decirme lo que había hecho. Y podría haberlo hecho. Nos salvó y eso habría sumado puntos a su favor.

Aprieto los labios, entierro la cara entre las manos con el corazón latiéndome de forma errática.

Sigo intentando culparle. Sigo queriendo responsabilizarle de todo lo que he pasado porque es más fácil odiar que darse cuenta de que él ha sufrido más que yo. La parte de mí que ni una sola vez dejó de quererle quiere ir hacia él, quiere elegirle, pero la niña rota que llevo dentro y a la que no le han enseñado nada aparte de lo poco que vale, quiere huir. No sobreviviré a un segundo desengaño. Morris fue el primer hombre al que le confié mi vida, mi corazón. Incluso sabiendo que no fue culpa suya, las palabras de aquella grabación siguen resonando en mi cabeza una y otra vez. Aunque ahora sé por qué dijo lo que dijo, oír cómo pronunciaba aquellas frases es una agonía que no he podido dejar atrás.

Me debato entre llamar a Morris o no, pero mi mano se detiene sobre el teléfono. Ni siquiera sé qué decirle. Hasta que no ponga en orden mis propios pensamientos, no creo que deba intentar hablar con él. Sin embargo, la oportunidad se presenta más pronto que tarde.

Al día siguiente, ya estoy agotada para cuando llega la tarde. Tuve que pasarme media noche desempaquetando cosas mientras Harry y Toby me hacen un millón de preguntas. Robert tiene reuniones durante todo el día y, cuando estoy recogiendo todo para irme, me paso por su despacho para dejarle un expediente y justo en ese momento le suena el teléfono. Al principio lo ignoro, pero como no deja de sonar, compruebo el identificador de llamadas.

Es Morris.

La llamada vuelve a terminar y estoy debatiéndome entre volver a llamarle sólo para avisarle cuando se escucha una notificación en el móvil de Robert. Esta vez ha enviado un mensaje. Sé que no debería, pero abro el mensaje y veo que ha enviado una ubicación con un «SOS» escrito debajo. Robert siempre lleva el móvil encima, se le habrá olvidado. Miro hacia la sala de conferencias. Va a estar ahí toda la noche.

Tardo una fracción de segundo en decidirme y rápidamente reenvío la ubicación a mi propio teléfono. Mi lobo se siente inquieto y mi lado humano se hace eco del sentimiento. Cojo las llaves y el bolso y salgo corriendo.

El lugar está bastante lejos, en una zona más industrial y abandonada de la ciudad. Miro a mi alrededor y veo sobre todo almacenes. Mi lobo está sentado, alerta. La chincheta que marca la localización tiene que ser para uno de estos almacenes. Conduzco despacio y pronto me encuentro con un gran edificio que parece abandonado con su valla rasgada, sus ventanas rotas y su pintura desconchada. Hay dos coches negros relucientes en el aparcamiento, justo delante de la entrada. Aparco fuera del terreno para no delatarme. Si Morris está ahí dentro, seguro que no

está solo. Y por el mensaje que ha enviado, no creo que esté acompañado por gente a la que considere sus amigos.

El sol se está poniendo cuando me acerco al almacén. A medida que me aproximo, oigo ruidos de golpes y fuertes gruñidos. Me mantengo pegada la pared y me asomo al interior. Veo a unos grandes lobos peleándose. El almacén está oscuro, pero, al mirar más de cerca, me doy cuenta de que los cinco están atacando al lobo más grande de todos, un lobo que reconozco como Morris.

Está malherido, pero lucha con fiereza. Sus atacantes también están heridos, pero son persistentes y las heridas de Morris parecen más letales. Mi lobo aúlla de rabia cuando uno de los enemigos agarra el cuello de Morris con los dientes, con la clara intención de matarlo. Dejando mis pertenencias ahí mismo, me precipito hacia delante, dejando libre a mi lobo. Apenas oigo el ruido de mi ropa desgarrándose mientras mis huesos se rompen y se vuelven a formar. Los atacantes de Morris apenas tienen la oportunidad de inspeccionar de donde viene la conmoción cuando me deslizo por el suelo y hundo los dientes en el vientre desprotegido del que está más cerca de mí. A la lluvia de sangre y vísceras le sigue un aullido agónico. Se desploma y dos de los enemigos se vuelven hacia mí.

Morris aprovecha su distracción para arrancarle la cola a uno de ellos, lo que hace que el lobo caiga al suelo, con la columna vertebral rota en el proceso. El otro gruñe de rabia y salta sobre Morris mientras que los lobos restantes parecen no poder decidir a por quién ir. Al final se deciden por mí, probablemente porque soy más pequeña.

Grave error. Robert me ha estado enseñando a luchar desde que se dio cuenta de que era una loba cambiaformas y, como soy de tamaño pequeño, me ha enseñado a jugar sucio. Le propino un tajo en los ojos a uno mientras Morris se deshace del lobo que le está atacando y va a por el que intenta mutilarme. Mientras acaba con ese lobo, el enemigo restante se acerca sigilosamente y le alcanza en el vientre. Sus garras se clavan en el estómago de Morris mientras yo cargo contra él, empujándolo. Morris cae al suelo, sangrando y mi lobo se queda quieto como un cadáver.

Esa es mucha sangre.

Demasiada sangre.

Mi cabeza se vuelve hacia el último oponente que queda, que ya está de pie y se dirige hacia Morris para acabar el trabajo. Lo intercepto y lo estampo contra la pared. Me duele el cuerpo al hacerlo. Sin pensarlo, hundo los dientes en su carne y se la arranco. Aúlla, tratando de apartarme,

pero me ciega la ira, alimentada sólo por la rabia. El sabor de la sangre de mi enemigo en la boca es, cuanto menos, satisfactorio. Me aparta de él, pero vuelvo a atacar con la persistencia de una sanguijuela, negándome a soltarle a cualquier precio.

No paro de arrancarle trozos de carne hasta que por fin deja de moverse. Es entonces cuando me doy cuenta de que está muerto.

Retrocedo a trompicones, con el pelaje empapado de sangre.

Miro a un lado para ver la forma inerte de Morris y se me paraliza el corazón. Me dirijo hacia él y le doy un meneo con el hocico para intentar que reaccione, pero no se mueve. El pecho le sube y baja, pero su respiración es superficial. No ha vuelto a su forma humana y eso me preocupa.

Vuelvo a transformarme y corro hacia donde había dejado caer mi bolso. Desnuda y cubierta de sangre, rebusco mi móvil en el bolso. Me tiemblan las manos y estoy a punto de llamar a Robert cuando recuerdo que su teléfono está en su despacho. Es imposible que su reunión haya terminado ya. Echo un vistazo por encima de mi hombro.

Necesito un curandero. Y rápido.

Hay otra alternativa, una curandera que ha intentado mantenerse alejada de la vista de las manadas locales.

Normalmente, ni me plantearía llamar a esta curandera, pero tampoco puedo dejar morir a Morris.

Marco un número conocido. Es Harry quien coge el teléfono.

—¿Aisha?

Respiro hondo.

—Necesito que hagas algo por mí.

CAPÍTULO 28

Morris

Puedo sentir cómo la cálida energía curativa me recorre por dentro mientras me detengo en el precipicio de la oscuridad, debatiéndome entre caer o no. Algo me retiene. No la energía curativa, sino algo más profundo. Siempre he podido sentir a Aisha dentro de mí, mi lobo es incapaz de dejarla marchar, pero percibo otra presencia, algo mucho más intrincado que me retiene, mi lobo está adormecido dentro de mí, pero se niega a marcharse.

Me estoy muriendo. Puedo sentirlo.

Sería mucho más fácil. La parte cansada de mi alma, la que ha estado luchando sin parar desde el día en que me di cuenta de la traición de mi padre, me tienta.

Ríndete ya.

Una vez me haya ido, la carga sobre Aisha también disminuirá. La dejaré en paz y podrá vivir su vida. Tal vez hasta encuentre a alguien con quien compartirla. O tal vez me esté entrometiendo ya en su relación actual.

Estoy muy cansado.

—Morris. Morris, despierta. Tienes que despertar —Es la voz de Aisha.

Suena desesperada y rota, y el corazón se me encoje en el pecho.

También hay otra persona hablando. Es una voz familiar, una que reconozco. Sé que me equivoco, esta persona está muerta. Como todos los que estuvieron a mi lado, ella también lo pagó con su vida.

—Morris.

Esa es la voz de Aisha otra vez.

Parece angustiada.

Mi lobo se agita ante su dolor. Quiere estar a su lado.

Y yo también.

Supongo que entonces no hay nada que hacer.

*** **

Siento el estómago en carne viva a media que recobro la conciencia.

—Creo que está despierto —murmura una voz suave, y mis ojos se abren casi al instante al oírla. Seguramente mi mente me esté jugando una mala pasada. Es imposible...

Un rostro familiar aparece en mi campo de visión y me quedo contemplando esas facciones.

—M-Maria —susurro—. No es posible... —Tengo la voz ronca mientras miro a la niña, no, a la joven, que me sonríe. Ya es mayor y sus rasgos han madurado—. ¿Cómo...?

—¿Cómo te encuentras, Morris? —pregunta preocupada—. Nos has dado un buen susto.

No puedo apartar los ojos de ella, apenas escucho su pregunta.

—¿Cómo es que estás viva? Creía que estabas muerta.

Cinco años atrás, durante la masacre que se había llevado a cabo contra mi pueblo, Maria, la joven curandera que había sido una de los míos, había sido una de las víctimas.

Ella me lanza una mirada temblorosa.

—Eso no es importante ahor...

Le agarro la mano antes de que pueda ponérmela en el estómago.

—Sí que es importante —replico con voz dura—. ¿Cómo es que estás viva? ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

—Maria, Harry acaba de decirme... —Se oye una voz desde un poco más lejos.

Mis ojos se desvían hacia arriba y veo a Aisha entrar en la habitación. Es una habitación pequeña, pero la reconozco. Estamos en el piso de Robert. A veces me quedo en esta habitación.

¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Por qué está Aisha aquí?

—Morris. —Aisha parece aliviada—. Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo te sientes?

Me cuesta apartar la mirada de Maria, pero Aisha es la única que consigue robar mi atención en cualquier situación. Recuerdo el mensaje que le envié a Robert cuando me atrajeron al almacén. No fue Robert quien apareció, sino Aisha.

—¿Estás bien? —Intento incorporarme, pero ella me presiona los hombros con las manos y me obliga a bajar.

—¡No es a mí a quien le arrancaron la mitad de los intestinos, Morris! —Me fulmina con la mirada—. ¿En qué estabas pensando al meterte en una pelea contra esa gente? ¡Y eres un alfa! ¡¿Cómo es que fuiste incapaz de enfrentarte a todos esos cambiaformas?!

Es Maria quien responde por mí.

—Había una toxina en su sangre. Nunca me había topado con ella, pero te estaba debilitando. Me he deshecho de toda la que tenías dentro de ti...

Así que por eso siento que recupero la fuerza. Es una de las razones por las que a ningún curandero se le ha permitido acercarse a mí.

—¿Sabes cómo...? —empieza a preguntarme Maria.

—Con una pastilla que tomaba a diario —la interrumpo.

—¿Qué? —Aisha parpadea en mi dirección—. ¿Has estado tomándote una pastilla que te debilitaba? ¡¿Por qué?! —No le contesto. A estas alturas, ella ya debería saber la respuesta. Se me queda mirando—. ¿Por tu padre? —aventura.

Me incorporo hasta quedar sentado, sintiendo la herida fresca en el vientre.

—No podía permitirse que hubiera un Alfa capaz de matarlo en cualquier momento, así que me daba un veneno de acción lenta que debilita a los cambiaformas.

—¿Y te lo tomabas sin más? —Aisha me lanza una mirada de incredulidad.

—Es él quien sabe dónde está mi madre —replico, tenso—. Cuando al principio me negué, me

puso vídeos de cómo la torturaban. No tuve elección.

Su expresión se contorsiona y yo miro hacia otro lado. Debe de considerarme un debilucho muy fácil de manipular, pero cuando me vi entre la espada y la pared, mi prioridad fue proteger a mis seres queridos.

Maria parece tensa y la observo con atención.

—Te he hecho una pregunta, Maria. ¿Cómo es que estás aquí? Vi tu cadáver.

—¿Cadáver? —La mirada de Aisha se desplaza hacia Maria como impulsada por un resorte—. ¿Qué cadáver? —La chica baja la cabeza y hunde un dedo en la tela de sus vaqueros—. ¿Maria? —insiste Aisha con voz tensa—. ¿De qué está hablando Morris?

—Fue después de que te fueras —contesta ella con tono tirante.

Resulta evidente que es un tema del que le cuesta hablar, así que le cubro la mano con la mía.

—La masacre. Siempre creí que mi padre ignoraba lo que yo hacía y con quién me reunía. Había estado intentando reforzar mi posición en la manada y tenía a gente trabajando para mí. Una vez que mi padre me tuvo bajo su control, acabó con todos en una noche. —Le dirijo a Aisha una sonrisa sin rastro de gracia—. Me preguntaste qué pasó con el restaurante indio al que te llevé una vez. Sus dueños eran humanos que no me mostraron más que cariño. Sus tumbas son las que más me cuesta visitar.

Ella palidece.

—Me escapé esa noche, junto con otras dos personas —interviene Maria, despacio—. Una amiga se quedó a dormir en casa esa noche. Estaba en mi habitación, durmiendo en mi cama y yo me había escabullido para comprar algo de picar. Debieron de confundirla conmigo. Olí la sangre cuando doblé la esquina de la manzana y vi que cómo regaban mi casa con gasolina. Corrí a refugiarme a casa de mi tía. Estuve allí escondida durante un par de días mientras ella investigaba lo ocurrido. —Se mira las manos—. Reconocí a uno de los hombres con los bidones frente a mi casa, formaba parte de la escolta del alfa. Mi tía sumó dos más dos, sobre todo después de enterarse de las otras muertes, y me envió a la manada de su marido, en otro estado. He estado allí todo este tiempo.

Me quedo en silencio. La noche de la masacre, asesinaron a mi amigo más íntimo, su familia y

las personas a las que consideraba mi gente. Uno a uno, se los cargaron en sus camas, mientras dormían. La pérdida de Finn y de sus padres, que habían estado a mi lado desde que era un niño, es una herida que todavía no ha cicatrizado.

—Entonces, cuando Harry se cruzó contigo el mes pasado... —comienza Aisha, mirando a Maria.

—Estaba visitando a mis tíos —asiente ella—. Tengo que volver en un par de semanas. Voy a convertirme en la curandera oficial de la manada de mi tío.

Por la cara que pone Aisha, ella tampoco conocía esta información. Está claro que quiere decir algo, pero se muerde la lengua y centra su atención en mí.

—¿Qué pasó en ese almacén? ¿Quiénes eran esas personas? ¿Y por qué intentaban matarte?

—Por Eve —respondo—. Porque maté a los hombres que había enviado tras de ti y no le gustó nada. Le dije que anunciaría a los cuatro vientos que nos divorciábamos si volvía a intentarlo. Esos hombres eran asesinos a sueldo que trabajaban para su padre. Tenía toda la intención de que me mataran.

La respiración agitada de Aisha me hace esbozar una sonrisa oscura.

—Cada día que pasa está más desquiciada. La manada ha empezado a preguntarse por qué no ha concebido un hijo y por qué no le he dado la marca de apareamiento. Esa marca no puede hacerse a la fuerza; después de todo, el lobo tiene que estar dispuesto a darla. De lo contrario, no será más que la cicatriz de una mordedura en el cuello. Puede que Eve se esté labrando cierto estatus en la alta sociedad humana, pero, a ojos de nuestra manada y la suya, es indigna de llevar la marca del alfa, y esa es una degradación que no sabe cómo afrontar.

Me complace verla así de atormentada. Ella me lo quitó todo y ha estado viviendo bajo la equivocada impresión de que, a pesar de todo lo que me hizo o me ha estado haciendo, mi lobo acabaría aceptándola. Y terca como es, incluso viendo fracasar sus planes, se niega a rendirse. Sabe lo que nuestra manada piensa de ella, pero se ha propuesto conquistarme. Cuando la amenacé con el divorcio y maté a los hombres que había enviado al apartamento de Aisha para que le hicieran todo tipo de actos despreciables, perdió la cabeza del todo.

Los asesinos que trabajaban para su padre me habían tendido una emboscada cuando salía de la oficina. Quería verme muerto de verdad.

Dudo que mi padre esté al tanto de su intento de asesinato. Se pondrá como un basilisco, no me cabe duda. Si me pasa algo, no puede volver a ser él el alfa y, como no hay ningún heredero varón aparte de mí, habrá que elegir un alfa de entre nuestra extensa familia y no podrá ponerlo él a dedo, lo que resultará en que pierda buena parte de su control.

No, mi padre no habría aprobado el intento de Eve de deshacerse de mí. Sin embargo, planeo aprovechar esto al máximo. Mientras ella está ocupada enfrentándose a las consecuencias de sus acciones, yo planeo centrarme en otra cosa.

Miro a Maria, grabándome a fuego cada una de sus facciones.

Cada muerte había supuesto un peso sobre mi alma. Estos últimos cinco años me han destrozado hasta hacerme polvo. Sigo luchando, conspirando y planeando, pero la pérdida de las personas que una vez estuvieron a mi lado no es algo de lo que haya podido recuperarme.

—Me alegro de que hayas sobrevivido. —Cojo sus manos entre las mías. Ahora es una adolescente y pronto pertenecerá oficialmente a otra manada, su lealtad estará con ellos. Quizá sea lo mejor. Parece más segura de sí misma de lo que la recuerdo, más a gusto en su propia piel. Su talento también ha madurado.

Esboza una sonrisa temblorosa.

—Quería ponerme en contacto contigo, Morris, pero mi tía me lo impidió. Cuando te convertiste en alfa, ella... no, toda la manada, pudo sentir que algo andaba mal. Nadie se dejó engañar ni un minuto por las muertes que tuvieron lugar esa noche. Y yo... tenía miedo de volver...

—Lo entiendo. —Le aprieto la mano—. Tu tía hizo bien. Si hubieras intentado contactar conmigo, mi padre se habría enterado y te habría dado un escarmiento. Me alegro de que uno de vosotros haya sobrevivido.

Ella se seca los ojos.

—No fui la única. Te lo acabo de decir, hubo otros dos que salieron conmigo. Diana y Finn.

Me sobresalto ante sus palabras.

—Repite eso.

—Diana se enteró de lo que estaba pasando, fue la primera en huir y le salvó la vida a Finn. Se

puso en contacto conmigo e intercambiamos algunas cartas a lo largo de los años. Querían contactar contigo, pero no había forma de llegar a ti. Esa es una de las razones por las que vine aquí. —Habla rápido y sus palabras tropiezan unas con otras—. Me escribió hace dos meses para decirme que Aisha había vuelto a Portland. Dijo que su presencia agitaría las aguas y que podrías necesitarla a ella y a Finn, y que tenía que darte esto.

Mete la mano en un pequeño bolso que tiene a su lado y saca un papel doblado. Lo cojo. Es un número de teléfono.

—Me dijo que te dijera que vendrán cuando los necesites.

—¿Están vivos? —La voz me sale ronca y la mano de Aisha se acerca a la mía. Necesito el consuelo de su contacto ahora mismo. Necesito a alguien en quien apoyarme, porque el dolor de aquel día me invade como una ola terrible.

El corazón me late dolorosamente fuerte en el pecho. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no derrumbarme delante de Maria y Aisha. Había contratado a Diana como secretaria porque era inteligente y discreta. Bajo mi tutela, había desarrollado sus habilidades e incluso mi padre había intentado reclutarla varias veces. No sólo había sido mi secretaria, sino también mi amiga. Su pérdida, como la de Finn, había sido un golpe devastador.

No es hasta que noto la mano de Aisha en mi pierna que levanto la vista. Tiene los labios apretados y veo una expresión apenada en sus ojos.

—¿Quieres que te demos un minuto? —pregunta, en voz baja.

—No —digo con voz áspera, negando con la cabeza—. Gracias por esto, Maria.

—Ellos también quieren venganza. —Los ojos le brillan a causa de las lágrimas no derramadas —. Y yo también. Mataron a mi madre y a mi amiga. Quiero vengarme de ellos, Morris.

—Me pondré en contacto con ellos —murmuro antes de estirar el brazo y abrazarla—. Has sido muy valiente. Y siento mucho por lo que has tenido que pasar.

Vacila antes de rodearme el cuello con el brazo. Sus lágrimas me calientan el hombro y cierro los ojos, tratando de lidiar con la culpa que me recorre.

Se oye un golpe en la puerta y alzo la vista para ver a un adolescente alto, que reconozco casi al instante, pero él me ignora.

—Aisha, ¿puedo llevar a Maria a casa de su tía? Se está haciendo muy tarde.

Miro a Harry y siento una aguda punzada de pesar cuando rehúye mi mirada.

Su hermana asiente.

—Ve a casa, María. Te llamaré si te necesito.

Ella se aparta de mí, secándose los ojos.

—Vale. —Se pone en pie, se ajusta el bolso y se suena la nariz—. Te he curado completamente, Morris. No debería haber nada de qué preocuparse, pero necesitas reposar un poco antes de levantarte de cama.

Observo cómo se marcha y miro a Harry, que la sigue un paso por detrás.

—No te comas el coco por Harry —suspira Aisha.

Es un poco difícil no hacerlo, pero puedo entender su actitud. Si compartía la misma idea equivocada que Aisha, tiene todo el derecho a odiarme por ahora.

Se hace el silencio entre nosotros durante unos largos minutos.

—No voy a disculparme por estar enfadada contigo, Morris. Ni por culparte. Pero si hubiera sabido en qué situación te encontrabas, no lo habría dejado estar. Te habría tendido la mano, habría intentado estar a tu lado para todo lo que me necesitaras. —Sus palabras son sinceras y percibo un dolor hueco en ellas que hasta puedo escuchar.

—Ahora estás aquí. —La miro—. Cuando más te necesito, estás aquí.

Intenta sonreír, pero no lo consigue y, a pesar de sus palabras, puedo ver la culpa en su mirada.

—Al alfa del clan Wolfguard le van a dar por desaparecido —digo de repente—. Y mientras la manada entra en pánico, el presidente del grupo Henlock va a comprar una casa y algunas propiedades. ¿Te interesaría tener una cita con él?

Aisha parpadea y sus mejillas se vuelven de un rojo intenso.

—¿Qué?

—Voy a divorciarme de Eve. —Clavo mis ojos en los suyos—. Tengo el papeleo preparado desde hace tiempo. Los presentaré a finales de semana. Sólo tengo que rescatar a mi madre.

—Pregúntame entonces —responde ella con voz firme, pero alargo la mano y le cojo la suya.

—No me pidas que espere, Aisha. He esperado durante años.

Parece encontrarse dividida.

—Morris, no voy a ser tu amante...

—No necesito una amante —digo, tenso—. Necesito una compañera, una esposa. Te necesito a ti. No te pido nada que sobrepase tus límites, solo que salgas conmigo. Quiero pasar tiempo contigo.

—¿No deberías estar preocupado por otras cosas ahora mismo? —protesta—. Como, no sé, ¿que tu mujer y tu padre te estén buscando?

—La verdad es que no. —Le sonrío—. Como acabo de decir, necesito una semana para poner las cosas en orden. Las acciones de Eve han acelerado mis planes, tengo que hablar con Robert.

—Está en el almacén —me informa de forma escueta—. «Limpiando», según él.

Siento que me recorre un gran alivio.

—Eve va a entrar en razón en un día o dos —murmuro. —Va a intentar ocultarle este lío a mi padre, que tardará un par de días en darse cuenta de mi ausencia. Ese es todo el tiempo que necesito.

El estómago me gruñe justo en ese momento y Aisha se pone en pie.

—Robert tiene unos filetes de ternera en la nevera. Te los prepararé, necesitas comer carne para curarte.

Todavía no me ha contestado si tendrá una cita conmigo, pero, conociéndola, no va a acceder hasta que esté oficialmente soltero.

Cierra la puerta tras de sí y yo me vuelvo a tumbar en la cama, cerrando los ojos. Tengo el corazón hecho un lío.

Finn sobrevivió, y Diana también. Entiendo por qué no se pusieron en contacto, pero ahora voy a necesitarlos. Una parte de mí se resiste a arrastrarlos de nuevo a este lío. No quiero que salgan heridos. Mis ojos se posan en el trozo de papel sobre la mesita de noche.

Debería llamar a Diana. Si quiere vengarse, ahora es el momento de conseguirlo.

Me estiro para coger el teléfono fijo de la mesita cuando siento una vibración en la pierna. Palmeo la cama y me doy cuenta de que hay un móvil bajo la manta y lo rescato.

Es el móvil de Aisha, tardo menos de un segundo en darme cuenta.

En la pantalla aparece el nombre de Harry, pero mis ojos se fijan en la imagen del identificador de llamadas. Hay tres personas en la foto. Aisha está rodeando a Harry por los hombros con un brazo mientras Harry sonríe ampliamente con un niño en brazos. Un niño de pelo oscuro y ojos verde claro.

Miro fijamente la foto, sin comprender. Sin embargo, cuanto más tiempo la miro, más parecido veo con mis propios rasgos. El niño no parece mayor de dos años en esta foto.

Se me seca la boca. Me fijo en el eslogan de la camisetita que lleva el niño, que reza: «el principito de mamá».

No se puede negar, es el hijo de Aisha.

Tiene sus ojos y tiene mi pelo.

Mi pelo.

Es mi hijo.

CAPÍTULO 29

Aisha

No quería separarme de Morris, pero, cuando regresa Robert con expresión sombría, cojo mis cosas tranquilamente y me voy. Aunque noto el pesar en mi corazón como un objeto pesado.

Subo las escaleras y lo primero que hago es ver cómo está mi hijo. Toby está metido en la cama, seguro y calentito, y yo me siento al borde de su cama, acariciándole el pelo.

Su familia y esa mujer con la que se vio obligado a casarse han destrozado Morris. Lo han reducido a pedazos y, aunque se niega a rendirse, la profundidad del dolor que he visto en sus ojos me genera ganas de llorar. ¿Cómo puedo marcharme? ¿Cómo puedo alejarme de él? ¿Cómo puedo alejarle de su hijo?

Las lágrimas me resbalan mientras acaricio el pelo de Toby.

Estaba equivocada, ahora lo sé. Me habían manipulado y me tragué la historia con patatas. Pero si me hubiera quedado y hubiera confiado en Morris, ¿habría sido mi destino el mismo que el de la gente que había permanecido a su lado? ¿Estaríamos Harry y yo enterrados bajo tierra?

Dejo escapar un suspiro tembloroso, poniéndome en pie. Salgo de la habitación, cierro la puerta tras de mí y me dirijo a la cocina para servirme una copa. Me apoyo contra la encimera, bebo un sorbo de vino tinto y contemplo el mármol de la isla.

No puedo irme.

No tengo ninguna duda de que Morris planea divorciarse de Eve. No dudo en absoluto de sus intenciones, pero salir con él mientras aún está legalmente casado me deja un sabor amargo en la boca. Aunque ya no guardo ira hacia él dentro de mí. Cuando lo vi en el suelo del almacén, moribundo, me dio un susto de muerte. Ser consciente de su mortalidad sacó a la luz todos los sentimientos que he intentado enterrar.

Sigo queriendo a Morris.

Nunca podré dejar de quererle.

Agito el vino en la copa, con la tensión macerándose en mi interior.

Tampoco quiero irme ya, no quiero abandonar a Morris. Así que, ¿qué me queda?

Suelto un suspiro tembloroso y dejo la copa a un lado. Me ha dicho una y otra vez que me quiere, pero yo no le he dicho lo que siento. Le he mostrado poco más que desdén y rabia. Pero ahora mismo, quiero estar a su lado. Quiero ayudarle a recuperarse.

Parece que sé lo que quiero.

Pero se lo diré una vez que haya terminado con Eve. Una vez que ese capítulo esté legalmente cerrado, hablaré con él. Quiero darle una segunda oportunidad. Eso es lo que quiere mi corazón y lo que quiere mi lobo.

Vuelvo a coger la copa y me la termino.

Si alguna vez me encuentro con Eve, podría arrancarle los ojos.

Escucho cómo se abre la puerta de la entrada.

—¿Harry?

—Sí, soy yo. —Mi hermano pequeño entra en la cocina—. Acabo de dejar a Maria en casa. Estaba llorando un montón. —Parece disgustado—. Se marcha, ¿lo sabías?

—Me he enterado hoy mismo —le digo—. ¿Estás bien?

Se sienta con pesadez en uno de los taburetes de la cocina.

—Ojalá no se fuera.

—Te gusta —Mis labios se curvan.

Su cara roja revela sus sentimientos. Sin embargo, se apresura a cambiar de tema.

—¿Has tenido noticias de la empresa esa de Italia? —Aprieto los labios y asiento con la cabeza —. Entonces, ¿cuándo nos vamos?

Harry parece tenso y yo cierro los ojos brevemente.

—No creo que nos vayamos, Harry.

Se pone rígido.

—¿No me digas que de repente has decidido quedarte por Morris?

—Sí. —Me enderezo al ver el enfado en su cara—. Es complicado, Harry. Están pasando muchas cosas ahora mismo…

—Pero después de todo lo que te hizo...

—¡No fue él! —estallo en un arrebato de ira antes de cerrar los ojos arrepentida—. Lo siento, no quería gritar. No fue cosa de él. Su familia... Morris nos necesita ahora mismo, Harry.

—Pero... —Mi hermano aún conserva rastros de su dulzura infantil, pero no deja de ser un adolescente.

—Ven aquí. —Me acerco al sofá y le doy unas palmaditas al hueco a mi lado—. Creo que es hora de que hablemos.

No creo que tenga derecho a compartir los problemas de Morris con nadie, pero Harry sufrió conmigo entonces, merece saberlo. Lo veo acercarse a mí de mala gana y suspiro para mis adentros.

Esta va a ser una noche larga.

***

Robert no se presenta en la oficina durante dos días. Cuando aparece al tercer día, tiene grandes moratones en los brazos y la cara.

—¿Qué te ha pasado? —exijo saber.

—Me han dado una paliza —responde con tono alegre.

—¿Dónde está Morris?

—Está por aquí. —Me sonríe Robert.

Le sigo al interior de su despacho.

—No está en tu apartamento. Lo he comprobado.

—Usaste la llave de repuesto, ¿verdad? —Se hunde en su silla con un gemido—. Ya no está ahí, se ha mudado a su propia casa.

—¿Ha vuelto con Eve? —Me quedo muy quieta y Robert me lanza una mirada de asco.

—Ni siquiera bromees con eso.

—No es una broma. —Frunzo el ceño—. ¿Dónde está, entonces? Creía que iba a rescatar a su madre.

—Ya está hecho. —Se señala la cara—. No tengo esto en la cara por ir buscando un subidón de adrenalina. Ha comprado una propiedad y su madre se encuentra allí con alguien cuidándola.

—Entonces, ¿su padre y Eva lo saben? —Puedo sentir cómo aumenta mi ritmo cardíaco.

—No, su padre le está buscando y Eve no ha puesto un pie fuera de su casa. Hay montada una movida de cojones ahora mismo, pero Morris se está preparando para dar el golpe final.

—¿Que sería?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —Robert alza las cejas—. Dijo que vendría por aquí hoy. Y si tan preocupada estabas por él, podías haberle llamado.

Abro la boca y la cierro de golpe. Sí que podría haberlo llamado, no sé por qué no se me ocurrió.

—Yo... —Bajo la vista hasta la carpeta que tengo en la mano—. He decidido que no nos marchamos.

Él parpadea con lentitud.

—¿Cómo has dicho?

—He decidido no aceptar ese trabajo en Italia —repito—. Cuando todo se haya arreglado, le presentaré a Toby a Morris y veremos cómo van las cosas a partir de ahí. —Robert se levanta de su silla y yo levanto una mano para pararle los pies—. No quiero darle importancia a esto.

—O sea que tú y Morris, ¿eh? —Sonríe—. Entonces, ¿has decidido perdonarlo?

—No había nada que perdonar —murmuro.

Robert me mira con malicia.

—Aisha y Morris, sentados bajo un árbol... —canturrea

—Venga, cállate —le digo frunciendo el ceño—. ¿Qué tienes, cinco años?

—Besándose…

—¡A veces eres un crío, Robert! —Salgo de la oficina antes de que pueda terminar con la cancioncita. Su risa me sigue hasta mi despacho.

Una hora más tarde, mi ayudante llama a mi puerta, con cara de nerviosismo.

—Ha llegado esto para usted. —Lleva en la mano una gran cesta envuelta en papel de regalo.

Me levanto y señalo mi escritorio.

—Déjalo ahí. ¿Viene con alguna tarjeta?

—No. —Niega con la cabeza.

Espero a que se vaya para abrir la cesta. El contenido me hace parpadear por la sorpresa. Trae una variedad de comida que me gusta, la mayoría de mis marcas favoritas. Hay de todo, desde chocolatinas hasta naranjas. En el centro hay un gran lobo de peluche con la lengua fuera y un collar de corazones colgándole del cuello. El corazón lleva incrustado un rubí rojo reluciente. La caja está dentro y cuando veo el nombre de la marca, casi se me sale el corazón por la boca.

Joyas Brenley.

Es una de las joyerías más importantes de esta parte del mundo, una marca que incluso los ricos tienden a evitar por lo cara que es.

Sé al instante quién me ha enviado esto.

Pongo el lobo sobre mi escritorio, con collar y todo, y le hago una foto. Dudo un momento y se la envío a Morris, que me responde un minuto después.

La idea de ese collar es que esté en tu cuello.

No sé cómo responder a eso. Una parte valiente de mí quiere decirle que venga a ponérmelo él mismo, pero creo que aún no hemos llegado a ese punto. En lugar de eso, le envío otro mensaje:

¿Cómo está tu madre?

Su respuesta tarda en llegar y, cuando lo hace, es breve y puedo percibir el cansancio oculto tras sus palabras.

Está viva.

Aparto el teléfono a un lado, pensando en sus palabras. ¿Su madre había resultado herida al sacarla de allí? ¿Se había hecho daño él?

Me paso el resto de la mañana picando aquí y allá de los *snacks* de la cesta y trabajando, sin dejar de pensar en Morris. Es difícil no hacerlo cuando hay un pequeño lobo mirándome desde mi escritorio. Cuando se acerca la hora de comer, estoy bastante llena y me estoy planteando seguir trabajando durante el descanso cuando llaman a la puerta.

Ahora mi ayudante entra con una gran bolsa de comida para llevar y otro lobo de peluche mucho más grande que el anterior. Esta vez se esfuerza por no sonreír.

—Esto acaba de llegar para usted.

—Déjame adivinar. —Enarco una ceja—. No hay tarjeta.

—No. —Deja el lobo en el sillón adyacente a mi escritorio y me pone la bolsa de comida delante. El lobo de peluche lleva dos pulseras de diamantes alrededor de las patas.

Cojo el teléfono y llamo a Morris, que atiende al segundo timbrazo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto sin rodeos.

—Nada.

—Morris, tengo dos peluches en mi despacho que llevan joyas. —Frunzo el ceño—. También tengo demasiada comida. ¿Qué estás tramando?

—¿No te gustan? —pregunta preocupado.

—No me refería a eso. —Me froto el puente de la nariz—. Quiero saber qué estás haciendo.

¿Qué se supone que debo hacer con todo esto?

—Ah, eso es muy simple. —Percibo diversión en su voz—. Ponte las joyas y cómete la comida.

—Es mucha comida, Morris.

—Oh. —No parece arrepentido en lo más mínimo—. Llévatela a casa entonces. Harry puede compartirla contigo.

Morris parece empeñado en hacerme la cabeza un lío hoy, así que doy por terminada la llamada y estudio el contenido de los envases de comida. Para mi sorpresa, es variada e incluye muchos trozos de tarta y bollería.

Sacudo la cabeza, preguntándome qué estará pensando.

Hago que Harry venga a recoger la comida sobrante y le doy el peluche grande para que se lo lleve a casa para Toby.

El día siguiente no es mejor. Morris me envía más comida y joyas. A mi lobo le complace esta atención, pero mi lado humano desconfía y, aunque se alegra un poco, lo encuentra excesivo. Ojalá apareciera aquí y hablara conmigo.

No es hasta el cuarto día cuando por fin hace acto de presencia.

—¡Lo que sea que haya enviado, dáselo a Robert! —digo con brusquedad sin levantar la vista de mi escritorio cuando llaman a la puerta justo antes del descanso para comer.

—Auch. —La voz de Morris me hace levantar la cabeza.

—¡¿Tú?!

—¿Es eso lo que has estado haciendo con todos mis regalos? —Se apoya en la jamba de la puerta—. ¿Se los endiñas a tu jefe? —Parece dolido y siento una punzada de culpabilidad.

—Me lo he llevado todo a casa.

—Oh, ¿entonces por qué acabas de decir...?

—¿Dónde has estado, Morris? —exijo saber, poniéndome de pie.

—Ocupándome de algunas cosas. —Se acerca a mí con una pequeña sonrisa—. ¿Querías verme?

—N-No. —Todavía tiene la capacidad de hacer que me tiemblen las rodillas con sólo una mirada —. Es que estaba preocupada.

—¿Por mí? —Parece sorprendido.

—¿Por quién si no? —Frunzo el ceño—. Robert no suelta prenda y tú eres como un fantasma.

Me sonríe. Parece ridículamente complacido por alguna razón.

—Le he entregado a Eve los papeles del divorcio. También retiré la financiación tanto de la empresa de su padre como de la mía. He estado bastante ocupado.

—¿Pero no lo bastante ocupado como para poder seguir enviándome joyas y comida? —pregunto, despacio.

Le echa una ojeadita al lobo que hay sobre el escritorio. Sus ojos parpadean hacia mí y, antes de que pueda moverme, su mano se dirige hacia mi cuello y agarra la pequeña cadena que lo rodea. Saca el collar con el corazón de rubí y lo estudia.

—Lo llevas puesto. —Su voz es pensativa mientras se encuentra con mi mirada.

Me sonrojo y le arrebato el collar.

—Sí, bueno.

—Se te sigue dando de pena recibir regalos, ¿eh? —Me sonríe.

—No es eso. —Me siento nerviosa.

—¿Y las pulseras? —Se acerca a mí y le tiendo la muñeca vacía antes de que pueda agarrármela.

—¿Por qué de diamantes?

—Porque te mereces lo mejor. —Sonríe, feliz. Está de un humor extraño. Nunca lo había visto tan feliz. Mi lobo ronronea en señal de aprobación.

—Yo no llevo tantas joyas —digo, despacio.

—Entonces, puedes ponerte lo que yo te regale a partir de ahora. —Se endereza y me coge de la mano—. Vamos, tengo una sorpresa para ti.

No tengo ocasión de rechistar porque me saca del despacho en dirección a la escalera. Subimos hasta la azotea y, cuando abre la puerta, veo que hay una mesa preparada.

—¿Qué es esto? —Me acerco a la mesa con la comida y bebida ya dispuestas, y Morris se detiene tras de mí.

—Nuestra primera cita. Dijiste que te la pidiera una vez que hubiera solicitado el divorcio. No quería perder el tiempo. —Me doy la vuelta y veo que está a unos centímetros de mí, sonriendo —. Así que, Aisha, ¿aceptarías tener una cita conmigo?

Se me atascan las palabras en la garganta y tardo un minuto en contestar.

—Sí. —Mi respuesta sale en forma de un pequeño suspiro ahogado.

Su sonrisa se intensifica y se acerca a mí. No le detengo cuando me rodea el cuello con la mano.

—Di que no si no quieres esto —habla con voz ronca.

Su proximidad es como una droga. El corazón se me acelera. Es una sensación de lo más placentera.

Cuando su boca desciende sobre la mía, cierro los ojos.

Su beso es ardiente y exigente, y cada centímetro de mi cuerpo reacciona de una forma que ha estado latente durante años. Mis dedos se clavan en su abrigo con el deseo desesperado de estar lo más cerca posible de él. Como si percibiera mi creciente necesidad, profundiza el beso, hunde los dedos en mi pelo y me sujeta la cabeza mientras me devora la boca.

Pero los dos tenemos que respirar y yo soy la primera en separarme. Siento calor en la cara mientras intento regular la respiración.

Morris, por su parte, apoya su frente en la mía.

—Me has devuelto el beso.

—También llevo el collar —murmuro, mirándole a los ojos.

Sus labios se curvan.

—No vas a decirlo con palabras, ¿verdad?

Finalmente, le devuelvo la sonrisa.

—No, pero estaré a tu lado en la batalla que le seguirá a tu divorcio.

Sus ojos se tornan cálidos.

—¿Y en cada una de las batallas que tenga que enfrentar?

—Ahí estaré.

Veo la emoción que arde en sus ojos antes de que los cierre.

—Eres la única mujer por la que me he arrodillado, Aisha. Que lo sepas.

Se me hincha el corazón ante sus palabras, pero lo que le he dicho va en serio.

Voy a apoyarlo esta vez.

CAPÍTULO 30

Morris

Esperaba que mi padre se enfureciera por las acciones de Eve, y así había pasado. La han puesto bajo arresto domiciliario. Los detalles del ataque contra mí no tardaron en llegar a oídos de la manada. Una palabrilla aquí y allá y el plan se puso en marcha. Mientras mi padre y Eve trataban de hacer control de daños, retiré toda la financiación de Henlock a sus empresas. Aprovechando la preciosa vista de ver cómo se tambaleaban, le hice llegar a Eve los papeles del divorcio. Han sido un par de semanas fructíferas.

Sin embargo, hay algo que me sigue preocupando.

Nunca llegué a darle a Aisha mi marca de apareamiento. Así que, ¿cómo dio a luz a un hijo mío? Porque no se puede negar, ese niño que vi en su teléfono, es mío.

No lo ha mencionado ni una sola vez en la conversación y yo no puedo decirle que lo sé. Quiero que me confíe dicha información por voluntad propia. Las cosas están cambiando entre nosotros y no quiero cometer ningún error que me haga perderla. Tiene que decírmelo cuando esté preparada.

Estas últimas semanas han sido un torbellino. He hecho de todo menos llevarme a Aisha a la cama. Esta vez tiene que ser ella la que decida cuándo. No me había dado cuenta de que esto que siento en el pecho es lo que se siente cuando uno está feliz y contento. Tener a mi chica a mi lado, sonriéndome, me colma de una alegría que no puedo explicar. Mi mayor miedo es perderla, por eso Eve está bajo una vigilancia lo más estricta posible para que no pueda hacernos nada ni a Aisha ni a mí.

Mi padre y mi exsuegro están tan ocupados intentando que sus empresas no quiebren que no tienen tiempo para mí. Estoy disfrutando del momento de paz.

Sin embargo, basta una invitación de Aisha para ir a cenar a su casa para que mi mundo se tambalee. No me invitaría a su casa con el olor de nuestro hijo cubriendo dicho espacio a menos que pensara presentármelo.

Así es como termino delante de una juguetería, preguntándome si debería comprarle un regalo. Y a pesar de las ganas que tengo de comprárselo, algo me detiene. Esto tiene que suceder bajo las condiciones de Aisha, pasaré a formar parte de la vida de mi hijo de acuerdo a sus términos. Me olvido del coche de juguete que estaba pensando en comprar.

No puedo permitirme ser impaciente.

Esa misma noche, armado con flores, me dirijo al piso encima del de Robert. Oigo pasos de alguien que se pasea de un lado a otro en el interior y sé al instante que no soy el único que está nervioso por lo de esta noche. Acabo de levantar la mano para llamar a la puerta cuando ésta se abre de golpe.

Aisha aparece delante de mí y parece tensa.

—Pasa. —No creo que sea consciente de lo brusca que suena ahora mismo.

—Son para ti. —Le tiendo las flores, mientras busco al niño con la mirada.

No veo a nadie.

Le tiemblan las manos temblorosas cuando deja el ramo sobre la encimera de la cocina antes de girarse para mirarme.

—Necesito hablar contigo. De hecho, necesito presentarte a alguien.

El corazón me da un vuelco y me cuesta mantener un tono uniforme.

—¿A quién? —Se encuentra de lo más agitada ahora mismo.

—¡Harry! —grita antes de volver a dirigirse a mí—. No te asustes, por favor.

Veo a Harry emerger de una de las habitaciones, con un niño pequeño a su lado, cogido de la mano. Los ojos me arden de emoción al verle. Toda fachada desaparece en ese momento, doy un paso hacia el niño y lo cojo en brazos.

—Eh, hola —susurro, notando el corazón lleno hasta rebosar—. ¿Cómo te llamas?

—Toby. —El niño parece tímido y estira los brazos hacia Aisha—. ¡Mamá!

Aisha me lo quita de los brazos y renunciar a él se me antoja lo más difícil del mundo. Ni

siquiera lo he tenido en brazos un minuto entero.

Su madre se lo acomoda en la cintura, abrazándolo como si fuera lo más preciado del mundo para ella.

—No estás sorprendido —afirma con agudeza.

Me había planteado mentir y fingir sorpresa, quizá hasta un poco enfado incluso, pero no quiero mentirle.

—Lo descubrí cuando me llevaste a casa de Robert. Te dejaste el móvil en la cama y Harry te llamó.

Se da cuenta que vi la foto con la llamada entrante y palidece.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No quería perderte otra vez, Aisha. Tú le diste a luz y lo has colmado de amor. No tenía derecho a él hasta que tú lo me lo permitieses. —Se le empañan los ojos de lágrimas y añado—: Tengo preguntas, sí, pero no estoy enfadado porque me ocultaras a nuestro hijo. Le has protegido durante estos cinco años. Ahora me toca a mí protegeros a los dos.

Se queda callada un momento antes de dejar al niño en el suelo.

—Harry, ve abajo con Robert. Deja a Toby aquí con nosotros. —Harry parece reacio, pero le hace caso. Su hermana espera a que se vaya para mirarme—. Has dicho que tenías preguntas.

—Nunca te di mi marca de apareamiento —digo, incapaz de apartar la mirada del niño que me observa con tanta curiosidad—. Entonces, ¿cómo...?

—¿Recuerdas esos bloqueadores de feromonas? —Se sienta en el sofá como si estuviera agotada y el niño pequeño va a colocarse entre sus piernas, con expresión tímida—. Los que conseguí en el mercado negro. Me alteraron el cuerpo. Un curandero de Salem me dijo que es poco frecuente pero posible.

El corazón me late incómodamente rápido.

—Así que esa noche... esa noche que te fuiste, estabas embarazada. ¿Cuándo lo supiste?

Quiero extender la mano y tocar al niño que tengo delante, pero mis manos son demasiado grandes. ¿Y si le hago daño?

—Un mes después de llegar a Salem. —Le acaricia el pelo al niño—. Este es Toby. No pensaba decírtelo, Morris. Cuando me encontré contigo, planeé marcharme a Italia con Toby y Harry. Después me enteré de lo que había pasado y no podía seguir adelante con el plan. Así que, aquí estamos.

Vuelvo a mirar al niño y se me aprieta el pecho de emoción.

—Ven aquí.

Toby mira a Aisha, que asiente, y, con expresión tímida, se acerca a mí.

—Hola.

—Hola. —Lo cojo y lo pongo en mi regazo. Su nariz es toda de Aisha, pero tiene mi boca y mi barbilla—. ¿Sabes quién soy?

Una vez más, el niño mira a su madre en busca de confirmación antes de responder dubitativo:

—Mi papá.

—Así es.

Toby vuelve a mirar a Aisha.

—Pero mamá, el tío Harry dice que mi papá es un ogro grande que da miedo y que vive debajo de un túnel.

—Ya, bueno, pues los duendes se comerán hoy los dedos de los pies de tu tío por mentir, ¿no?

La cara de mi hijo se colma de júbilo, se zafa de mi agarre y corre hacia la puerta gritando a pleno pulmón:

—Tío Harry, mamá dice...

Consigue abrir la puerta principal y sale corriendo. Estoy a punto de detenerlo, cuando Aisha levanta una mano.

—Harry está ahí fuera, espiando. No te preocupes. —Se levanta para cerrar la puerta tras él y se apoya contra el marco, mirándome con recelo—. Esperaba una reacción más explosiva de tu parte. La ira habría sido mi primera suposición.

La miro fijamente.

—¿Tengo derecho a enfadarme?

—No lo sé. —Viene a sentarse en el sofá, frente a mí—. Te oculté a tu hijo durante todos estos años, así que tal vez...

Cojo sus manos entre las mías y le dirijo una mirada seria.

—Gracias, Aisha. Gracias por mantenerlo a salvo todos estos años. Gracias por criarlo con la clase de amor que ninguno de nosotros recibió nunca. Siento no haber sido lo bastante de fiar como para que pudieras acudir a mí. Siento haberte dejado sola para que tuvieras que buscarte las habichuelas como madre soltera. —Agacho la cabeza a la vez que subo sus manos para besárselas—. Y gracias por darme una familia.

Cuando levanto la cabeza, las lágrimas le surcan las mejillas.

—Qué tonto eres.

Antes de que pueda preguntarle qué he hecho, me rodea el cuello con los brazos. Su aroma es cálido y familiar, y el corazón se me agita con una necesidad atroz de hacerla mía. Siempre tuve razón, ella me estaba esperando al final de este oscuro túnel, y no estaba sola.

Tengo un hijo. Pensarlo hace que me recorra un escalofrío de felicidad.

Un hijo. Tengo un hijo con la mujer que amo.

Aisha me besa.

Sus manos van a parar a mi cara, y compartimos un beso dulce y cargado de una emoción que me hace pedazos. Mis brazos la rodean, casi instintivamente, y noto que el calor chisporrotea ante este contacto. Mi deseo por esta mujer es una constante. Lo único que tiene que hacer es respirar para que la desee.

El hecho de que sea ella quien ha iniciado este beso después de rechazarme durante tanto tiempo

me hace desear marcar su cuerpo con mis caricias. Deslizo una mano bajo su camisa y le aprieto el pecho sin que ella me pida parar. Me trago sus suaves gemidos a medida que le pellizco su pezón endurecido. Quiero quitarle la camisa y arrojarla al suelo para poder rodearle las tetas, lamérselas y dejarle marcas.

Mientras mi boca desciende, ansiosa de más, siento el deseo abrumador de mi lobo de marcarla, de darle su marca de apareamiento. Dudo. Podría hacerlo, podría atar a Aisha a mí de esa manera sin importar a donde se vaya. Siempre sería mía.

Pero la confianza entre nosotros sigue siendo muy frágil. No quiero quebrantarla. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no dar este paso.

—¿Significa esto que estoy perdonado? —Trazo sus labios con los dedos, necesito más, pero tengo que contenerme.

Aisha me sonríe.

—Nunca hubo nada que perdonar. Estamos juntos de nuevo y eso es lo único que importa.

Le rodeo la cara con las manos.

—Sé que llega un poco tarde, pero te quiero, Aisha. Siempre te he querido. Sé que debería haber esperado a que el divorcio se diese por concluido y la situación fuera más ideal, pero, pase lo que pase, que sepas que te quiero, y que lucharé por nuestra familia hasta mi último aliento.

Sus labios se curvan, una fuerte convicción se apodera de sus ojos.

—Lo sé. Ahora lo sé.

Sólo cuando perdí a Aisha me di cuenta de lo que era perder a una compañera predestinada con la que mi lobo estaba preparado para establecer un vínculo. Pero tenerla de nuevo entre mis brazos es como un bálsamo sobre una herida que nunca dejó de doler.

CAPÍTULO 31

Aisha

Veo cómo la grabación de las cámaras de seguridad se proyecta en las noticias.

La impresión que me había dado Morris cuando me reencontré con él había sido la de un hombre apagado. Sin embargo, parece que no podía haber estado más equivocada. Se ha vuelto más retorcido. Cuando dijo que se encargaría de toda esta situación, no sabía a qué se refería, pero, al ver la cara de regocijo de Robert, sentado con las piernas cruzadas en el sofá de mi despacho, me pregunto si fue Morris quien difundió estas imágenes a la prensa.

Todos los canales de noticias se están haciendo eco de ellas. El rostro de Eve destaca tras el parabrisas, con una ira palpable en su mirada. Incluso la parte en la que Morris se abalanza delante del coche está al alcance de todo el mundo si desean verla.

«Morris Wolfguard, el misterioso presidente de Henlock Investment Group, reveló su identidad y está presentando cargos contra su mujer por el intento de asesinato de una de sus asociadas. Ha tomado la decisión de retirar su inversión de las siguientes empresas...»

«El Sr. Wolfguard, que ha mantenido su identidad en secreto, ha hecho hoy una declaración a la prensa».

Ya he visto la rueda de prensa.

No sé de dónde ha sacado Morris esos moratones, pero Robert lleva apretándose una compresa fría contra los nudillos desde que llegó y parece demasiado pagado de sí mismo. Ambos tienen los genes de la locura.

Morris ha dado un paso peligroso, aireando los asuntos de la manada ante el mundo. Está caminando por una cuerda muy floja, pero mientras no saque a la luz el mundo de los Otros, técnicamente no está infringiendo ninguna ley. Se ha presentado a sí mismo como un marido paciente cuya esposa ha tenido múltiples aventuras antes de sufrir un ataque de celos cuando vio a una vieja amiga y socia de Morris en un restaurante. También ha anunciado públicamente su divorcio. Dado que Eve se enfrenta a múltiples cargos, es probable que consiga el divorcio en un

tiempo récord. A diferencia de los apareamientos, los matrimonios y divorcios forman parte de las leyes del mundo humano, así que la manada no puede detenerle.

—¿Y ahora qué? —Miro a Robert—. ¿Qué pensáis hacer ahora?

—Las acciones de la empresa de mi padre llevan cayendo en picado desde esta mañana, al igual que las de la empresa de Chris. La estabilidad financiera es muy importante cuando se trata de un alfa. —Sonríe con suficiencia—. Damien ya había elegido a Charles como su sucesor y, puesto que Charles estaba ayudando a dirigir la empresa, esta pérdida se reflejaría en ambos. Lo mismo ocurre con Chris. Está tan ávido de poder y control que nunca deja que Morris tome ninguna decisión ejecutiva respecto a la empresa. Sólo un alfa puede dirigir la empresa familiar. Lo que hizo Chris no es normal, pero Morris no podía cuestionárselo debido a sus propias circunstancias. Ahora las acciones están cayendo en picado y las manadas culpan a Morris. Frank me ha dicho que al menos mi manada culpa a Charles de su nula capacidad para tomar decisiones y, ahora que he mostrado al mundo mi propia empresa, insisten en que me nombren alfa a mí. Ese era el plan desde el principio.

Me lo quedo mirando.

—¿Y qué hay de Chris?

Los ojos de Robert se endurecen.

—Está buscando a Teresa, la madre de Morris. Era el único as que tenía en la manga. Puede que intente ir a por ti, pero Morris ha puesto guardias patrullando tu nuevo apartamento. Contigo y Teresa lejos de su alcance, Chris ya no tiene ningún poder sobre Morris. Su hijo podrá arrebatarle todo el control y ocuparse de él de una vez por todas.

El plan parece bien pensado, pero hay algo que me sigue chirriando, aunque no sé muy bien el qué.

—¿Por qué no te has traído a Toby?

Le dedico una sonrisa tensa.

—No quiero alterar su rutina más de lo necesario. He hablado con la guardería y le han asignado a un profesor para que esté junto a él en todo momento. Lo han contratado hace poco y aún se está aclimatando a los niños, así que no les importa.

—Ya veo. El brazalete funciona, ¿verdad?

Pienso en la pequeña banda de acero alrededor de la muñeca de mi hijo. Morris también la probó anoche, curioso por saber cómo funciona. A todos los efectos, Toby parece y huele a humano. Es la mejor manera de esconderse entre la multitud.

Morris se puso en contacto con Diana y Finn anoche, e hizo unos arreglos. En caso de que algo nos pasara, ellos cuidarán de Toby y Harry.

—Tuve que decirle a Toby que la pulsera iba a ocultar sus superpoderes y que era un secreto. Le gustan los secretos, así que con eso debería estar contento durante una temporada.

Mi mirada se desvía hacia donde todavía se están emitiendo fragmentos de la rueda de prensa de esta mañana en las noticias, y observo la forma en que Morris manipula a los medios de comunicación. Siento una pizca de orgullo.

Todo lo que había averiguado a través de Robert, y las partes que me contó Morris, habían cambiado mi perspectiva. Antes estaba convencida de que Morris no era el hombre que podía protegerme ni a mí ni a nuestro hijo, y que no caería en su trampa. No caería así de bajo. Y me había jurado a mí misma que no le quería.

Pero mi lobo no estaba de acuerdo. Tal vez porque sabía lo que había en mi corazón. Que, bajo las capas de dolor y miedo, había amor. Morris fue el primer hombre en ser amable conmigo, que me cuidó cuando lo necesité. Me levantó cuando me caí, y nunca se atribuyó el mérito. Fue cruel cerca del final por sus propias razones personales, pero la chica que había empezado a depender de él se había negado a entender esas razones.

Al verle con Eve sentí que me hervía la sangre. Quería arrancarla de su lado y, al presenciar cómo le hablaba, como si fuera su dueña, me había enfurecido. Mi convicción había flaqueado. Mi ira y mi desconfianza hacia Morris se habían desvanecido en esos momentos y el amor y la preocupación habían pasado a primer plano, haciéndome cuestionar mi decisión. Tuve que cobrar consciencia de que estaba abandonando a Morris cuando él me más necesitaba. Y de que era una decisión equivocada.

Los dos hemos cambiado y nos hemos convertido en personas diferentes, pero nuestros corazones siempre le han pertenecido al otro. Pensé que yo había tenido las cosas difíciles, pero él había experimentado un dolor y una pérdida mucho más grandes de lo que yo podría haber soportado de haber estado en su lugar. Y él me había esperado, había esperado a que le aceptara.

Con el mundo envuelto en tinieblas, ¿habría terminado siendo yo una persona más que lo deja tirado?

No me arrepiento de haberle presentado a su hijo. Y no me arrepiento de mi decisión de quedarme y luchar junto a él.

No voy a dejarle.

La primera vez, no confié en él y me fui. La distancia entre nosotros era demasiado grande para cruzarla. Esta vez, confiaré en él. Desde que tomé esta decisión, noto el corazón más ligero y me siento más contenta.

—Entonces, ¿qué va a pasar con Eve ahora? —Me dirijo a la ventana y observo la calle.

Varios miembros de la manada de Robert, miembros veteranos, se han acercado para decirle que cuenta con su apoyo como próximo alfa. Desde aquí puedo ver cómo algunos hombres mayores entran en el edificio, y noto que los labios se me curvan. Me alegro de que Robert reciba el reconocimiento que se merece.

—Cuando me convierta en alfa —Robert se golpea la rodilla con el dedo—, Eve ya estará en la cárcel. Van a detenerla, ningún soborno puede impedirlo. Despojaré a toda mi familia de su poder. Se quedarán sin dinero, sin financiación y sin poder. Cuando eso ocurra, tendré que pensar en traerme a mi nueva familia.

Me lanza una miradita y yo enarco una ceja.

—¿Y crees que Morris te lo permitirá?

—No en el sentido romántico —sonríe él—, pero puedes entrar a formar parte de mi manada como mi hermana declarada. De ese modo, Toby también contará la protección de mi manada hasta que tú y Morris solucionéis vuestros problemas. Y si terminas apareándote con él, nuestras dos manadas quedarán aliadas de forma permanente.

Se me sonrojan las mejillas.

—Nadie ha hablado aún nada de aparearse.

—Como si no fueras a dejar que te marque. —Suelta una risita—. Mira lo tímida que se pone ahora la que va de cañera. No te pega nada, Aisha.

—Chitón, Robert —le ladro—. ¿Por qué no vas a buscarte algo que hacer? Sigues teniendo una empresa que dirigir.

—Sólo quería asegurarme de que no te estuvieras aburriendo ahora que tu novio no está aquí para enrollarse contigo. —Ver a un hombre adulto haciendo soniditos de besos debería resultarme repulsivo, pero sólo quiero golpearle con una almohada—. En fin, ¿estás preparada para la gala de la semana que viene? Todavía tenemos que ir, así que será mejor que lo estés. —Su sonrisa se desvanece—. Chris estará presente, así como Charles y Damien. Tendremos que enfrentarnos a ellos cara a cara, no será bonito. ¿Sigues pensando en venir como mi acompañante o quieres ir con Morris?

—Por supuesto que iré contigo. —Parpadeo—. Te prometí que estaría a tu lado.

Veo el alivio en su mirada, sé que Robert tiene sus propias inseguridades a las que tiene que enfrentarse. La cicatriz de su cara le ha dificultado encontrar a alguien. A las mujeres les asusta. Es una reacción natural, pero eso no quiere decir que a él le haga menos daño.

—Sigues siendo mi cita para la gala y más te vale que no me dejes tirada. —Frunzo el ceño—. Me he comprado un vestido muy bonito a juego con tu corbata. Aunque, ¿no deberíamos evitar acudir a un lugar público como una gala ahora mismo? Quiero decir, con todo lo que está pasando, ¿no elegirían tu padre o el de Morris esa oportunidad para ir a por nosotros? ¿O incluso a por ti?

—Es peligroso, pero hay un problema rampante con las drogas en Portland. —Arruga la frente —. Los cambiaformas son el objetivo y la cosa no ha hecho más que empeorar con los años. Morris recibió un chivatazo de que los cabecillas de este cártel asistirán a la gala, así que él y yo tenemos que ir sí o sí. Y Morris está despojando a su familia y a la mía de su poder lentamente, así que quiere dejarse ver. Necesita que tengan un descuido delante de la manada. Si quieres quedarte atrás…

—Olvídalo. —Le dirijo una mirada cortante—. Si Morris me necesita allí, iré. También he redactado una lista de clientes potenciales; tengo que charlar con ellos y metérmelos en el bolsillo. Estos eventos son el mejor lugar para captar clientes a largo plazo.

Robert me lanza una mirada preocupada, pero yo finjo no verla.

Toby se quedará en casa con Harry y la madre de Morris. Es el lugar más seguro. Y yo asistiré armada a la gala. No van a pillarme por sorpresa. He pedido refuerzos, por si acaso, a un viejo

amigo. Aparte de eso, Finn y Diana cogerán un vuelo para asistir a la gala con identidades falsas.

Todo irá bien.

*** ***

El divorcio de Morris no supone un proceso muy laborioso ya que nunca hubo nada a su nombre, sino que todos los bienes y el dinero estaban a nombre de su padre o de Eve. Respecto a tener que ingresarle una pensión, era Eve quien cobraba un sueldo a pesar de ser Morris quien trabajaba. Su intento de dejar a Morris desvalido les ha salido por la culata.

Ahora no sólo va a recibir una pensión alimenticia, sino también la mitad del patrimonio de Eve. Debido a que Oregón es un estado sin-culpa, los cargos de adulterio, que han sido probados, no influyen en el divorcio. Por tanto, aunque podría haber sido un divorcio complicado, el padre de Eve quiere atraer la menor atención posible, así que el proceso se lleva a cabo sin problemas.

Es una pequeña victoria que celebrar a medida que se acerca el día de la gala.

Cuando por fin llega la noche del evento, todos nuestros planes están ya en marcha.

Salgo de la ducha y oigo que se abre la puerta principal. Cojo un albornoz, preguntándome si será Robert, pero es a Morris a quien me encuentro en mi salón. Lleva un par de cajas en los brazos y las deja sobre la mesita de centro.

—Morris, ¿qué...? —No tengo oportunidad de decir nada más porque cubre la distancia que nos separa, con un hambre cruda en los ojos que reconozco demasiado bien.

—Hoy se ha ultimado mi divorcio —susurra con voz ronca, enroscando la mano en mi nuca.

Me quedo mirándole, atónita. El asombro se desvanece en unos instantes, cuando me doy cuenta de lo que implica esto. Me ha costado un esfuerzo mayúsculo no arrancarle la ropa cada vez que se pasa por casa, pero ahora...

Dejo caer la bata al suelo y le agarro la cara con las manos. Nuestro beso es desesperado y salvaje, ambos intentamos pegarnos lo más posible el uno al otro. Sus manos recorren mi espalda desnuda y la curva de mi columna antes de posarse en mis caderas. Clava los dedos en mi piel mientras me levanta y yo enrosco las piernas en su cintura.

Cuando noto que me falta el aire, me alejo y él va directo a por mi cuello.

—¡La gala! —jadeo. El cuerpo me hormiguea de necesidad—. Nada de chupetones.

Ni siquiera se ríe, me levanta aún más hasta que su boca queda justo a la altura de mi pecho. Se lleva un pezón a la boca y yo gimo. Después de tener a Toby, mis pechos se han vuelto más sensibles, un hecho que no podría resultar más evidente ahora que Morris me muerde el pezón con fuerza. El dolor no me molesta.

De hecho, lo ansío.

Quiero llevar sus marcas en mi cuerpo. Quiero que me reclame. Siempre le he pertenecido. Nadie me ha tocado después de él. Ni siquiera dejé que nadie se me acercase.

Morris me empotra contra la pared y casi ni siquiera lo noto. Me aferro a su pelo. El fuego de mi interior arde de necesidad. No puedo pensar, y cuando desliza la mano por mi cadera hasta tocarme el sexo, gimo en voz baja.

—Te necesito —susurro—. ¡Morris, haz algo o me volveré loca!

Me mete un dedo sin más rodeos y yo me muerdo el labio para contener mi grito. Al sentir ese grosor dentro de mí, al saber a quién pertenece, mis labios se separan en un gemido roto.

Ya estoy mojada.

Basta con que me toque para humedecerme y, cuando introduce un segundo dedo, le muerdo la oreja, jadeante. Lo mueve en mi interior con una suavidad mayúscula que contrasta con la rugosidad de sus dedos, que rozan mis sensibles nervios.

—Muévete —le suplico, aferrándome a él, clavándole los dedos en los hombros y con la respiración agitada.

Él obedece.

Sus movimientos son frenéticos y me corro en cuestión de segundos. Pero no se detiene ahí. Mientras todavía estoy en la cresta del orgasmo, sus dedos siguen follándome, haciendo que me corra una segunda vez, y una tercera, hasta que no soy más que un desastre tembloroso. Cuando por fin retira los dedos, se los chupa hasta dejarlos secos sin apartar los ojos de los míos en ningún momento.

Estrello mi boca contra la suya, saboreándome a mí misma, viendo a qué me reduce cuando me

abraza.

—Al sofá —gruñe—. No voy a conseguir llegar al dormitorio.

Se da la vuelta y me suelta en el sofá de tres plazas. Apenas tengo tiempo de acomodarme cuando me agarra las piernas por los tobillos, las alza en el aire y me las separa.

¿En qué momento se desabrochó los pantalones?

Su polla sobresale, alta, gruesa, orgullosa y con la cabeza goteante, y la quiero en mi boca. Quiero chupársela y adorarla mientras lo miro desde abajo y él me acaricia el pelo, pero sé que ahora mismo ninguno de los dos tenemos paciencia para ese tipo de preliminares. Me separa las piernas, desliza su polla dentro de mí y yo grito su nombre.

En cierto modo, siento como si volviera a casa mientras me prende fuego por dentro. Un calor abrasador relampaguea ante mis ojos mientras él entra y sale, embistiéndome con fuerza, sin detenerse ni un segundo. Estoy al borde de otro orgasmo y, mientras me hace alcanzarlo, prosigue como si estuviera decidido a que me rompa en sus brazos.

Grito su nombre una y otra vez, rogándole que no pare, rogándole que me lo haga más fuerte, más rápido. No reconozco mis gritos lascivos. Cuando Morris gruñe, le rodeo el cuello con los brazos. Siento cómo alcanza el éxtasis dentro de mí y no dejo que se separe.

Se desploma un segundo contra mí, abrazándome.

Nos quedamos así un par de largos minutos, apreciando este momento, apreciándonos el uno al otro, antes de que se me escape una risa ronca.

—Te diría que deberíamos trasladar la fiesta al dormitorio, pero tenemos una gala a la que asistir, y Robert probablemente esté de camino.

—Se reunirá con nosotros allí —me besa el cuello—, pero tienes razón. —Me levanta con un solo movimiento—. Vamos a darnos una ducha.

Me siento tan risueña como una adolescente mientras me lleva de nuevo al ya húmedo cuarto de baño. Esta vez hacemos el amor más despacio y con más suavidad. Pero tenemos poco tiempo, así que nos secamos rápido.

—Ni siquiera tienes un esmoquin aquí. —Le regaño con ligereza—. ¿Qué vas a hacer? Ir hasta tu

casa y...

—Dejé mi esmoquin aquí ayer. —Me seca el pelo—. Está colgado en el armario de Harry. También he comprado algo para ti.

Con la toalla alrededor de las caderas, me arrastra hasta donde dejó las cajas que trajo consigo. Abro la tapa de la más grande, curiosa, y los ojos se me abren de par en par.

—Morris…

—Quiero que te pongas algo que yo te he comprado —insiste, mientras contempla cómo desenvuelvo el vestido verde bosque que brilla y centellea con cada movimiento. Es un vestido de manga larga que deja los hombros al descubierto.

—Es un vestido de noche. —Lo observo con atención, asombrada por lo bonito que es—. Acabo de comprarme un vestido morado y negro, aunque no es tan elegante.

—No me digas que no lo aceptas. Sé que tienes un problema con...

—Me encanta.

Parece sorprendido por lo fácil que he aceptado su regalo.

—Me había preparado todo un discurso —murmura, mirándome.

Le sonrío.

—Esto es mucho mejor que lo que me iba a poner, gracias. —Le planto un suave beso en los labios. Es divertido verle tan desconcertado.

—De acuerdo, entonces. —Se aclara la garganta—. Es estupendo, porque tengo una corbata a juego. Sé que vas como acompañante de Robert, pero... —Saca dos corbatas verdes de la caja.

—¿Vas a llevar dos corbatas? —Me lo quedo mirando.

—No, una es para Robert. Harry mencionó que le compraste una a juego con tu vestido, y que, si no le compraba una, no pararía de quejarse.

Me río entre dientes.

—Pues sí

Al abrir las otras cajas, veo un juego de joyas esmeralda a juego con el vestido. Mis labios se curvan.

—Bueno, ¿voy a llevar puesto todo lo que me has comprado?

Morris me gira entre sus brazos y sonríe.

—Y más tarde te lo quitaré todo, excepto los tacones y las joyas, y te follaré toda la noche.

—Qué romántico. —Me río y vuelvo a besarle—. Siento mariposas en la barriga.

No tenemos tiempo que perder, así que nos vestimos y Morris conduce hasta donde se celebra la gala. Es un evento de lo más deslumbrante y Robert ya nos espera fuera. La prensa y todos los medios de comunicación cubrirán el evento.

—¿Entramos del brazo? —ofrece.

Sonriendo, lo agarro del brazo y Morris me coge del otro.

—Ya lo recortaremos de las fotos después —me asegura.

Mientras Robert protesta, yo me río.

Mi sonrisa se desvanece cuando empezamos a caminar por la alfombra roja. Dentro de la gala nos esperan todos nuestros enemigos. Es como si entráramos en la boca del lobo sin más protección que una tela brillante.

CAPÍTULO 32

Aisha

Morris ha estado en el punto de mira de los medios de comunicación esta última semana, así que resulta lógico que muchas cámaras nos estén apuntando.

—Asegúrate de que nunca esté sola —le dice a Robert en voz baja—. Finn y Diana andan cerca, mezclados con el personal de servicio. Nadie los detectará.

—¿Adónde vas? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Tengo que mezclarme con algunas personas y asegurarme de que se me vea. Mi padre pretende hacer algo esta noche, y quiero asegurarme de que la manada lo presencie. No puedes estar cerca de mí, Aisha. No dejaré que quedes atrapada en el fuego cruzado.

—No te preocupes —dice Robert antes de que yo pueda replicar nada—. No la perderé de vista.

Morris asiente antes de alejarse de nosotros.

—¿Y me tratáis como a una niña porque...? —Miro fijamente a mi jefe.

—Porque ahora mismo eres la mayor debilidad de Morris —responde con voz seria mientras sonríe y saluda con la cabeza a alguien a lo lejos—. Venga, vamos a codearnos con los invitados. Morris estará bien.

Durante todo el trayecto en coche, Morris estuvo hablando por teléfono con Robert y su gente. No le interrumpí, pero siento bastante curiosidad, así que, mientras nos abrimos paso entre la aglomeración de gente reunida, le pregunto:

—He oído a Morris mencionar un clan de vampiros. No sabía que hubiera uno en Portland. ¿No se alejan los vampiros de las zonas dominadas por cambiaformas?

—Tiene pruebas de que un clan se ha estado trasladando a Oregón desde hace un tiempo, pero han pasado desapercibidos. Está seguro de que están detrás del cártel de la droga en la ciudad. Pero aún no ha dado con su líder.

—¿Vampiros que elaboran drogas que afectan a los cambiaformas? —Encuentro la idea difícil de creer.

—Son criaturas repugnantes —sisea mi acompañante—. De sangre fría y ambiciosos. Tengo una regla: nunca confíes en un vampiro. Sólo le son leales a su propia especie.

He conocido a algunos vampiros errantes, pero siempre me he mantenido alejada de ellos. Tienen ese carisma que atrae a los humanos, pero una vez se encuentran bajo su hechizo, lo único que tienen que hacer es inyectarles el agente paralizante que tienen en los dientes y son libres de alimentarse de ellos para siempre. Esos humanos acaban muriendo de ataques al corazón, ya que la mayoría de los vampiros disfrutan drenando a sus víctimas. Ni siquiera necesitan sangre humana, simplemente disfrutan de su sabor.

—Pero yo creía que los camellos de las discotecas que Morris estaba investigando eran todos cambiaformas.

Él asiente.

—O han contratado a alguien para que los ayuden o se han compinchado con algunos cambiaformas, lo que dificulta aún más su búsqueda.

Morris ha estado planeando y conspirando toda esta semana y, aunque ha compartido información aquí y allá, no sé realmente cuál es su gran plan para esta noche. Me pregunto si debería haber prestado más atención cuando hablaba por teléfono.

—¿Qué ha pasado con la invitación extra que me pediste que comprara? —me pregunta de repente—. ¿Has invitado a un amigo?

—Sí —miro distraída a mi alrededor—, pero parece que aún no ha aparecido. Me pregunto dónde estará.

—No sabía que seguías en contacto con tus amigos de Portland.

—Tenía un par —murmuro—. Uno de ellos se mudó a Sudáfrica y otro sigue aquí. Es un amigo de la universidad. Me pregunto dónde estará.

—Ya aparecerá —me asegura Robert—. Nadie sería tan estúpido como para perderse un acontecimiento de este calibre.

«Sí, pero Clyde es un vago de campeonato», pienso un tanto decepcionada. Pero con él cerca, tendría otro par de ojos vigilándome las espaldas.

—Vamos, entonces. —Le doy un codazo a Robert. —Creo que veo a alguien con quien podemos hablar.

Acabamos pasando una hora mezclándonos con la gente, y con Robert habiendo conseguido pasarle su tarjeta de visita a bastantes de ellos. El hecho de que Morris haya invertido en su empresa ayuda, sin duda, ya que la mayoría de las empresas en las que ha invertido han terminado siendo todo un éxito; por lo tanto, la gente está dispuesta a apostar por Robert sabiendo que Morris no dudó en hacerlo.

No me he bebido más que una copa de champán, pero necesito ir al baño, así que me excuso.

—Esperaré fuera del baño —insiste Robert.

—Hay muchas mujeres entrando y saliendo. —Observo las puertas del aseo—. No creo que el asesino del hacha me esté esperando detrás de esa puerta, estaré bien. —Parece reacio, así que señalo con la cabeza alguien detrás de él—. Deberías prestar más atención a esa pareja de ahí. Creo que son los hermanos Brennan.

Los ojos se le abren como platos y me lanza una mirada rápida.

—¿Seguro que estarás bien?

—Creo que puedo ir al baño yo solita —digo secamente—. No te preocupes. Si veo algo más afilado que un cuchillo de mantequilla, gritaré.

—Buen plan —dice Robert, alejándose ya.

Pongo los ojos en blanco. Es el peor guardia que Morris podría haber encontrado, pero a mí me sirve. Odio tener un niñero.

Como había previsto, en el baño no paran de entrar y salir mujeres. El tocador está vacío, así que aprovecho para quitarme los tacones un rato, cerrando los ojos. Es toda una epopeya fingir que me gusta la gente y hablar con ella. Mi mente necesita tomar un respiro.

Han pasado quince minutos cuando decido levantarme y volver a la sala principal. Me encuentro el pasillo vacío. Puedo oír el ruido que hacen mis tacones al chocar contra el brillante suelo de

mármol. Apuro el paso, notando cómo me entra el pavor en el cuerpo al oír el eco de mis pasos y por lo vacío que está este lugar. Hace unos minutos estaba a rebosar.

Estoy pasando por dos puertas de cristal que dan a un pequeño jardín, la zona de caballeros designada para fumadores, cuando oigo una voz conocida.

Es una voz que no escuchaba desde hace cinco años, pero que nunca olvidaré después de aquella única vez.

Chris Wolfguard.

—Te aseguro que no tienes que preocuparte por las líneas de distribución. El imbécil de mi hijo está dando palos de ciego. Cree que lo sabe todo y no ha hecho más que arañar la superficie. Deja que las aguas se calmen y volveremos a ponernos manos a la obra.

—Puede que tu hijo no sea tan imbécil como dices —le responde una voz más grave—. Ha estado preguntando por los vampiros registrados en la ciudad. Sabe que es mi gente la que está detrás de la cadena.

—Bueno, pero no podrá relacionarlo con Chris ni a mí con él. —Se escucha otra voz, una que no reconozco—. Y hasta que no lo haga, no se dará cuenta de que el líder del clan Nelo dirige todo el cotarro. Tú haz que el dinero siga moviéndose y nosotros nos encargaremos del resto. —Se percibe cierta arrogancia en su tono.

¿Dinero? Trato de encajar las piezas mientras hablan.

Si el padre de Morris está implicado en el tráfico de drogas, entonces... Arrugo las cejas. Morris mencionó algo sobre haber encontrado unas cuantas cuentas bancarias secretas que pertenecían a su padre. Desconocía de dónde procedía todo ese dinero.

—¿Has conseguido poner en vereda a tu hijo, Chris? —Vuelve a hablar la segunda persona, que suena perplejo.

Me estremezco ante su pregunta.

—Lo tengo controlado. Todo está listo para esta noche.

Justo entonces, me vibrar el móvil.

Abro mucho los ojos mientras intento detenerlo antes de que empiece a sonar. Pero llego demasiado tarde.

Bolso en mano, me quito los tacones y empiezo a correr en dirección contraria, con el corazón latiéndome con fuerza. Consigo entrar en una habitación vacía y me deslizo detrás de la puerta. No oigo que nadie me siga y suelto un suspiro de alivio. Mi teléfono ya ha dejado de sonar.

Lo saco del bolso y veo que tengo una llamada perdida de Harry. Le devuelvo la llamada y me contesta al primer timbrazo.

—Aisha, Sila se está comportando de una forma muy rara. No sé qué está pasando, pero voy a llevarme a Toby de vuelta a casa. ¿Puedes decírselo a Morris? Algo va mal. Sila le ha dado algo de comer a Toby y desde entonces está un poco atontado. He llamado a Maria, va a encontrarse conmigo en el piso. ¿Puedes venir a casa?

Me tiemblan las manos de rabia y miedo.

—Voy para allá. Quédate ahí y no dejes entrar a nadie aparte de Maria. Tú...

—¿Quién eres tú? —dice mi hermano de repente, como si hablara con alguien.

—¿Harry?

—¡Espera…! ¡Espera, no!

Se oye un ruido seco y, de repente, la llamada se corta. Miro fijamente la pantalla durante un segundo, conmocionada, antes de que me invadan la preocupación y el miedo. ¿Qué demonios está pasando?

Me pongo en pie y abro la puerta, sólo para chocarme con un pecho masculino. Al levantar la vista, veo a Clyde mirándome fijamente, con una extraña expresión en los ojos.

—¡Oh, Clyde, gracias a Dios! Le ha pasado algo a Toby y... —Es entonces cuando me llega el sonido de los gritos—. ¡¿Qué está pasando?! —pregunto.

—Se ha producido un incendio —me responde—. Te estaba buscando.

Miro detrás de él y veo gente corriendo por el pasillo. No hay tiempo para encontrar a Morris o Robert en medio de este caos.

—Tengo que llegar hasta mi hermano y Toby. Les ha pasado algo. ¡¿Has traído tu coche?!

Clyde parpadea.

—Por supuesto. ¡Vamos!

Nos apresuramos hacia la entrada y, mientras el aparcacoches va a por su coche, miro a mi alrededor en busca de Morris y Robert, pero no veo a ninguno de los dos. Intento llamarlos, pero los dedos me tiemblan. Por suerte, el coche de Clyde llega justo a tiempo.

—Vamos —dice él con premura, saltando detrás del volante.

Intento llamar a Harry una y otra vez, pero no responde. Ni siquiera puedo ponerme en contacto con Morris. Su teléfono da señal, pero no contesta. Se le debe haber caído en medio del caos.

—Clyde... —Levanto la vista y, de repente, se me ocurre algo—: Espera, ¿adónde vamos?

—A tu piso. Este es un atajo.

—Lo sé. —Le miro fijamente, la sangre se me hiela—. Pero, ¿cómo lo sabes? Nunca te he dicho dónde vivo.

Veo cómo pestañea, me mira de reojo y se limita a suspirar.

—Bueno, tenías que ponerte en plan listilla, ¿no?

Antes de que pueda procesar este nuevo acontecimiento, veo que abre la boca y me muestra un par de colmillos afilados.

¡Es un vampiro!

Retrocedo instintivamente, pero me agarra por el pelo y me arrastra hacia él. Intento resistirme, pero el coche se desvía y me empuja hacia delante. Es la distracción que necesita para clavarme los dientes en el hombro, y el agente paralizante que contiene su veneno hace efecto en un instante.

Mi cuerpo se desploma hacia delante.

*** ***

Puedo oír a alguien llorando.

Siento el cuerpo pesado, pero puedo mover los dedos. ¿Qué está pasando?

Me cuesta levantar la cabeza, pero oigo perfectamente.

—Todo va a salir bien, Toby. —Le escucho decir a Harry—. No hay nada de que preocuparse.

—¡Mami! —Toby está llorando a pleno pulmón, y entonces oigo un crujido, el sonido de un bofetón.

—¡Cállate, mocoso inútil!

Me hierve la sangre y levanto la cabeza a pesar de las palpitaciones. Veo a Ellie, la amante de Chris, de pie ante mi hijo, que está atado a una silla y tiene la parte izquierda de la cara de un rojo intenso.

—¡Zorra! —gruño—. ¡No te atrevas a tocar a mi hijo!

—¡Mamá! —solloza Toby, y veo que Harry también tiene lágrimas en los ojos cuando me mira.

—Ay —Ellie pone los ojos en blanco—, pero si estás despierto. ¿Qué vas a hacer? ¿Llorar hasta que pare? ¡Este mocoso es la razón de que mi vida esté patas arriba! Debería matarlo aquí mismo…

—Pues déjanos marchar si tantos problemas tienes con mi hijo —siseo—. ¡Pero si vuelves a tocarle, te arrancaré las manos!

Ella vuelve a abofetear a Toby, sin dejar de sonreírme. Esta vez, el sonido es más fuerte, y él grita.

Las lobas hembras son muy protectoras con sus crías y, aunque el agente paralizante sigue en mi organismo, me pongo de pie, aún atada a la silla. Ella se limita a resoplar con burla.

—Siéntate antes de que te caigas.

Tengo los brazos atados a la silla, pero no las piernas. Le doy una patada en la espinilla, con fuerza.

Se desploma con asombro y dolor.

—Aisha —habla Harry con rapidez—. Puedo desatarte. Tú acer...

—No tan deprisa, lobito —dice una voz desde la puerta, y al girar la cabeza veo a Clyde ahí de pie—. Te dije que no tocaras al niño. —Mira a Ellie desde su altura—. Lárgate. Eres tan inútil como esa mujer.

Mira hacia la esquina de la habitación, donde veo a Sila sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas mientras se balancea hacia delante y hacia atrás, sollozando en silencio.

—¿Qué le has hecho?

—No sientas pena por ella —me dice Clyde con calma—. Ha estado drogando a la madre de Morris durante años, a sabiendas. Pensó que se redimiría sacando a Teresa de este lugar, pero su adicción pudo más que sus valores. Sólo quiere otra dosis.

El corazón me empieza a latir con fuerza ante esta revelación y vuelvo la mirada hacia él.

—Eres un vampiro. ¿Cómo no me he dado cuenta nunca?

—Por supuesto que no podías percibirlo. —Me mira divertido—. Soy el primogénito del líder del clan Nelo. ¿De verdad crees que no puedo fingir ser humano si así lo decido?

El clan Nelo.

Ese es el clan de vampiros que está distribuyendo drogas en la ciudad, las que están afectando a los cambiaformas.

Debo de haber hablado en voz alta, porque Clyde sonríe.

—Así que sí que oíste la conversación. Lo sospechaba. Sinceramente, cuando me matriculé en la clase de Morris, mi plan era vigilarlo. No sabía que me encontraría con su amada. Chris fue el que se pasó de la raya, contactando con tu padre y tu alfa. A mí me parecía que eras interesante. Te estabas convirtiendo poco a poco en la debilidad de Morris, pero Chris era tan estrecho de miras que no podía ver que acabarías convirtiéndote en la mayor grieta en la armadura de su propio hijo.

¿Chris llamó a mi padre para que viniera a Portland? La conmoción me invade.

—No pensé que acabarías matando a tu Alfa. —Me enseña los dientes, con cara de impresionado

—. Intenté buscar el cuerpo, pero Morris debió hacerle algo. A tu padre lo maté yo, lo siento. Sé que no le tenías mucho cariño. Era un pringado y una molestia para mí.

No sé qué está pasando ahora. Todo este tiempo, pensé que Clyde era mi amigo.

»Pero cuando vi a tu hijo… —Gira la cabeza hacia donde se encuentra Toby lloriqueando—. No tenía pensado ir a por ti. Estabas viviendo tu vida y punto. Pero en cuanto vi al hijo de Morris, supe que podía usarlo en su contra. Se burló de mí y todavía no lo he superado, Aisha.

»Por desgracia, voy a tener que quitarte a tu hijo. Y tampoco puedo permitir que tu hermano campe a sus anchas por ahí, así que habrá que quitarlo de en medio. Sé que estarás triste, pero Teresa Wolfguard ya tiene un pie de la tumba. A Toby y a ti os necesito vivos para controlar a Morris. Con él bajo nuestro control, podremos apoderarnos de Oregón.

Le miro fijamente, con el odio supurando en mi corazón.

Ya puedo mover las muñecas.

—¿Qué? —Clyde me sonríe—. ¿No tienes nada que decir?

—¿A un mierdecilla como tú? —me burlo—. ¿Por qué malgastar el aliento? ¿Esperabas que me echara a llorar porque creía que éramos amigos? No te flipes.

Clyde se queda callado un momento, estudiándome. Su sonrisa se ensancha.

—Siempre me han gustado tus agallas, pero con ellas no vas a salvar a tu hermano, ni te salvarán a ti de correr la misma suerte que Teresa. Chris criará a su nieto para que se convierta en el próximo alfa y, una vez alcance la mayoría de edad, tanto tú como Morris seréis prescindibles.

Mis garras ya están cortando la cuerda que me ata las muñecas.

»Cuando le dije a Chris que tenía un nieto, se puso eufórico. —Se ríe—. No veía la hora de degollar a Morris. Menudo padre. Estos lobos no conocen la lealtad; se matan entre ellos con tal de llegar a la cima. Y después dicen que nosotros somos los ambiciosos…

Siento que una de las cuerdas se rompe y la agarro rápidamente para evitar que caiga. Se escucha un alboroto fuera y Clyde se pone en pie.

—Despídete de tu hermano, Aisha. Os daré unos minutos. —Abandona la estancia.

Ellie, que está de pie en la esquina tras haberse puesto en pie hace unos minutos, me lanza una mirada de odio.

—Se suponía que mi hija se convertiría en la hembra alfa. Todos estos años que he invertido en Chris, ¿y para qué? ¿Para que su hijo y ahora su nieto se conviertan en el alfa? No permitiré que eso ocurra. ¡No podéis quitarme todo por lo que he trabajado tan duro, aguantando a ese hombre insufrible, dejando que me toque, dejando que se lleve mi juventud! ¡Todo lo que hice, lo he hecho por mi hija! No dejaré que eches a perder todos mis esfuerzos.

Se asegura de que la puerta está cerrada con llave antes de sacarse un cuchillo de la manga.

Veo cómo levanta el arma mientras corto el último trozo de cuerda, sin importarme que mi garra se rompa en el proceso. Salto de la silla con un gruñido, le agarro la muñeca y se la retuerzo tras la espalda. Suelta un aullido e intenta ir a por mi hijo sollozante, sin importarle que ya no esté atada. Tiene una expresión de locura en la cara y aprieto la mandíbula.

—¡Zorra chiflada! —Le rajo el cuello con las garras

Se le abren los ojos como platos y se desploma en el suelo, agarrándose la garganta de la que no para de manar sangre.

—Cierra los ojos, Toby —le ordeno con voz adusta.

Está demasiado asustado como para no escucharme.

Desato primero a Harry y luego a mi hijo. Voy a la ventana, la abro y se me hunde el corazón. Estamos en el tercer piso de la mansión de los Wolfguard.

—Harry. —Miro a mi hermano—. Tienes que transformarte. Coge a Toby y echa a correr. No pares hasta llegar a casa de Robert. ¿Me entiendes? No debes parar en ningún sitio.

—Tú vienes con nosotros, ¿verdad? —Da un paso adelante, alarmado.

Niego con la cabeza.

—Tengo que distraer a Clyde. Vosotros marchaos.

Me doy cuenta de que no quiere dejarme sola, pero cuando mira a su sobrino, sus ojos se endurecen.

—Vale.

—Buen chico. —Le beso en la frente. —Ahora marchaos.

Cambia de forma ante de mí y subo a Toby a su espalda.

—Vale, cariño, tienes que agarrarte bien fuerte al tío Harry, ¿entendido? No lo sueltes.

Tiene los ojos húmedos, pero asiente.

Observo cómo se marchan y suelto un suspiro de alivio cuando Harry aterriza limpiamente en el suelo.

Miro hacia la puerta. Puedo oír los pasos que se aproximan.

Mientras se abre, me pregunto si será la última vez que vea a mi hermano y a mi hijo.

CAPÍTULO 33

Morris

Me esperaba que pasara algo esta noche.

Por eso mandé a Toby y Harry a mi casa. Mientras estén ahí, nadie podrá llegar hasta ellos. No le conté a Aisha que también mandé a su hermano a mi casa. Es una parte que se me pasó por alto.

Aisha está con Robert, y estará a salvo con él.

Lo que no esperaba era que Diana me enviara un mensaje diciéndome que Aisha había desaparecido de la sala principal.

Encontrar a Robert no me es difícil, está en plena conversación con dos magnates de los negocios. ¡Menudo idiota! Ni siquiera se ha dado cuenta de que Aisha no está a su lado.

—Ha ido al baño —me informa Robert cuando me lo arrastro a un lado—. Está bien.

—Han pasado veinte minutos, Robert —gruño—. ¿Eres idiota? ¿De verdad has venido aquí a hacer negocios? ¡Te dije que tenías que quedarte pegado a su lado! ¿Y si le pasa algo? —La culpa en su expresión no ayuda.

Cuando Maria me llama, descuelgo el teléfono.

—María, tengo algo entre man…

—Harry me llamó para decirme que Sila le dio algo a Toby y que se estaba portando como si estuviera drogado. Me dijo que viniera al piso, pero no coge el teléfono. Ya debería haber llegado.

El pavor me invade.

—¿Qué?

—Él...

El sonido de las explosiones es simultáneo y, en cuanto empiezan, siento que algo me atraviesa varias veces.

Tres hombres me rodean. Me han apuñalado. En medio del caos, resbalo hasta el suelo; noto sangre en la boca, pero toda mi preocupación y mi miedo se enfocan en mi familia.

—¡Morris! —Veo a Robert empujando a la gente para llegar a mí.

Me han apuñalado en todos mis puntos vitales y me quedan unos minutos, si no menos.

Robert me arrastra hacia un lado, presionando algo contra las heridas. Otras dos personas le rodean. Diana le dice algo a Finn antes de desaparecer. La vista se me nubla, y agarro la muñeca de Finn.

—T-Toby. Ve a... —Toso más sangre, incapaz de hablar.

—¡¿Dónde está el maldito curandero?! —protesta Robert.

—¡Aquí! —Diana vuelve corriendo con un aparcacoches.

Hay fuego y caos por todas partes. La gente grita. Y yo sólo puedo pensar en mi hijo.

El aparcacoches me pone las manos encima y Robert mira a Finn.

—Voy a buscar a Aisha.

—Se ha ido —dice el curandero, con expresión tensa— con un hombre de aspecto joven. Les seguían Chris Wolfguard, Charles Montgomery y otro hombre.

—¡¿La están persiguiendo?! —pregunta Robert, horrorizado.

—Por lo que sé, uno de los hombres que estaban con ellos conocía al hombre que iba con Aisha. Los vi hablando antes.

—Aisha me pidió una invitación más —dice Robert con tono enfadado—. Dijo algo de que invitó a un amigo de la universidad.

—Clyde —jadeo—. Puto vampiro.

Robert saca su teléfono.

—Puse un rastreador en su móvil. Voy a ver dónde está.

Puedo sentir cómo la energía curativa empieza a hacer efecto cuando Diana saca su propio teléfono del bolsillo.

—¿Era este hombre el que iba con Aisha? —Le enseña al aparcacoches una foto de Clyde.

—Sí, y ese que está a su lado fue el que les siguió en uno de los coches —asiente.

—Eso me temía —murmura ella—. Clyde Sanguinite —habla con voz dura—. El hijo mayor de Beruth Sanguinite, el líder del clan Nelo. Es a quien hemos estado buscando como el cerebro detrás del cártel de la droga.

—¿Seguro? —Ya me es más fácil hablar.

Diana asiente.

—Se dirige hacia la casa de tu familia, Morris —interviene Robert bruscamente—. Creo que la han raptado.

¡Hijos de puta!

—Vamos —gruño, intentando ponerme en pie.

—¡Todavía no te has curado del todo! —grita alarmado el curandero.

—¿Corro riesgo de muerte? —exijo saber.

—No, pero...

—¡Pues nos vamos, entonces!

Nadie me discute.

*** ***

La casa de mi familia está iluminada, casi como si me esperaran.

—Diana, tú y el aparcacoches quedaos aquí —ordeno—. Que no os vean. A cualquiera que veáis, capturadlo y matadlo si es necesario.

Ella asiente.

Finn, Robert y yo entramos. Está claro que sabían que veníamos, porque mi padre me espera en la puerta para recibirme, con Charles Montgomery a unos metros de él. Ambos sonríen.

—Sigues vivo. Qué decepción.

Agarro a mi padre por la parte delantera de su camisa.

—¿Dónde coño están mi hijo y mi compañera?

Ni pestañea.

—A salvo. En algún lugar donde nunca los volverás a ver. A quien sí puedes ver es a tu madre, si quieres, aunque menuda inútil está hecha.

Mis ojos se desvían hacia un lado y veo una figura desplomada en el suelo, rodeada de sangre.

—Ellie perdió los estribos, me temo. —Me sonríe mi padre—. Ya sabes cómo se...

Le hundo la mano en el pecho, con las garras extendidas, y le arranco el corazón. Charles palidece cuando dejo caer al suelo el cadáver de mi padre.

—¡¿Estás loco?! ¡¿Qué demonios has hecho?!

—Tú eres el siguiente —digo con calma—. Te lo voy a preguntar una sola vez. ¿Dónde están mi mujer y mi hijo? —Me acerco a él y retrocede, repentinamente cauteloso.

—Si me matas, mi manada no te dejará vivir.

—A la manada no le importará —gruñe Robert—. Has secuestrado al hijo de un alfa. A mi sobrino.

Está claro que no esperaban que fuéramos tan directos al grano.

—Vaya, vaya. —Se oyen unos pasos que bajan por la escalera y alzo la vista para ver a Clyde caminando hacia nosotros, con cara de diversión—. Has matado a Chris. Eso sí que es un problema, pero no importa. Serás un buen sustituto.

—¿Dónde están Aisha y Toby? —exijo saber.

—Aquí —me sonríe—, pero me temo que no puedes verlos. Ahora que Chris está muerto, seré yo quien crie a tu enano. Es mejor que esté apegado a mí para que me sea útil. El clan Nelo pretende apoderarse de Oregón, pero los cambiaformas sois muy testarudos. Vosotros y vuestros territorios, no estáis dispuestos a renunciar ni a un centímetro. Os creéis tan superiores y poderosos. ¿Ves lo débiles y patéticos que os volvéis cuando se os trata como los animales que sois? —Sus ojos se dirigen hacia donde mi madre está tendida en el suelo.

Quiero ir con ella, pero, ahora mismo, un movimiento en falso puede costarme todo.

»Confiabas demasiado en Sila. Tu madre fue nuestro primer conejillo de indias, ¿sabes? Tu padre la ofreció como voluntaria. Probamos todo tipo de drogas con ella y era Sila quien se encargaba de administrárselas. La pobre mujer o está medio zumbada o está muerta. Yo me decanto por lo último. La amante de tu padre es bastante susceptible.

Con la presencia de Clyde, Charles parece haber recuperado algo de su confianza.

—El clan Nelo…

Esta vez, es Robert quien se abalanza hacia delante, pero, en lugar de matarlo, agarra a su hermano por la boca y le arranca la lengua. Nunca había visto a Robert mostrarse tan despiadado.

—Somos tres contra uno —murmuro—. No puedes creer sinceramente que tienes alguna posibilidad.

—No, lo que creo es que has contado mal —me dice Clyde—. Nosotros somos veinte y vosotros tres.

Los vampiros emergen de las sombras.

—Podrías escuchar mi oferta —propone—. Tu hijo sigue siendo prácticamente un bebé. Te necesito como alfa durante un par de años más. Incluso te dejaré ver a Aisha de vez en cuando. Haz lo que decimos y no tendré que lastimarla.

—Eres un imbécil si de verdad crees que alguna vez haré lo que me pides —gruño.

—Tal vez. —Se ríe Clyde—. O puedes aprender por las malas. —Su sonrisa se desvanece—. Cogedlos.

Charles se retuerce en el suelo mientras los vampiros nos rodean. Sin embargo, antes de que

pueda suceder nada, suena un disparo a pocos metros de Clyde.

Tiene los ojos muy abiertos y una mirada de sorpresa. El enorme agujero en su pecho nos sorprende a todos. Se desploma en el suelo y veo a Aisha de pie en las escaleras, con una larga pistola negra en las manos. Tiene los brazos cubiertos de sangre y una expresión salvaje.

—Nunca para de hablar —murmura.

La miro estupefacto durante un segundo. ¿De dónde ha sacado una bala de plata?

Robert se precipita hacia ella y yo quiero hacer lo mismo, pero mi madre no se mueve. Me apresuro a su lado y, cuando le doy la vuelta, quiero cerrar los ojos. Ellie, esa zorra...

—Tiene pulso. —Respiro.

—Llamaré a Diana —dice Finn.

Aisha baja los escalones a trompicones.

—Tu hermana me ayudó, fue quien me dio la pistola. Se ha ido. Y también James.

No me importa. Ahora mismo, no me importa nada.

Se deja caer en mis brazos y yo la atrapo.

—¿Y Toby?

—Aquí. —Miro hacia la entrada, de donde proviene la voz de Harry.

Diana viene con ellos. El aparcacoches curandero corre al lado de mi madre y, mientras empieza a curarla, cojo a mi hijo de entre los brazos de Harry mientras Robert le entrega su abrigo para que se tape con él.

—¿Deberíamos ir tras ellos? —pregunta Diana, refiriéndose a Lucy y James.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar.

Con los brazos alrededor de Aisha y mi hijo, siento que mi propio cuerpo cede ante mis heridas, que no han cicatrizado del todo.

Mientras estén bien y seguros, nada más importa.

Me desplomo en el suelo.

*** ***

Tres semanas después

Los fármacos administrados a mi madre han alterado su cerebro de forma permanente. Ha desarrollado una personalidad dulce e infantil, pero me reconoce y ha llegado a reconocer a Aisha, Harry y Toby. Maria tiene esperanzas de que su estado mejore con el tiempo, pero incluso esto es un buen resultado.

Al menos ha quedado libre de la tortura constante.

Con Clyde muerto, echar al clan Nelo de Portland no fue difícil, sobre todo una vez que se les informó a las otras familias alfa de los planes del clan vampiro. Todos los que tenían tratos comerciales con ellos cortaron los lazos, y el clan no tuvo más remedio que marcharse.

Beruth, el padre de Clyde, aceptó la derrota con más elegancia de lo que esperaba. Tampoco dio comienzo a una guerra por la muerte de su hijo, teniendo en cuenta lo que su clan había hecho a la ciudad. Conseguí localizar a Lucy y James, pero, para mi sorpresa, Lucy no parecía muy triste por la muerte de su madre ni por la de mi padre.

—Era sofocante vivir con ellos —me dijo—. James y yo queremos alejarnos de esta manada. Sólo quería ser una hembra alfa porque eso es lo que mamá quería, pero ya no. Sólo quiero olvidar esta parte de mi vida.

Había comprado las balas de plata en cuanto se enteró de que mi padre había empezado a trabajar con los chupasangres. Aseguró que había sido por su propia seguridad, pero, cuando abrió la puerta donde habían encerrado a Aisha, le entregó la pistola sin pensárselo dos veces.

Lucy y yo crecimos juntos, pero nunca la consideré mi hermana. Siempre estábamos peleándonos. Pero nunca hizo intención de lastimarnos a Aisha o a mí. De hecho, terminó siendo quien la ayudó a escapar. Y, para ser justos, ella era tan víctima en esa casa como lo había sido yo.

Ahora que Robert es el alfa de su propia manada, ha expulsado a toda su familia, incluida Eve, que está en la cárcel. Aisha se ha convertido en parte de la manada de Robert de forma oficial

como su hermana declarada.

Por desgracia, aunque eso es algo bueno de por sí, mi amigo se ha convertido en un grano en el culo.

—¿Cuándo piensas casarte con ella? —exige saber él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cuando me diga que sí. —Frunzo el ceño, molesto—. Ahora, ¡¿vas a quitarte del medio para que pueda ver a Aisha?!

—Quiero la puerta abierta. —Está disfrutando de su nueva autoridad un poco demasiado—. Nada de sobrepasarte.

—Pero si ya tenemos un hijo, imbécil —gruño—. Ahora, quítate de en medio antes de que te tire por las escaleras. Y si tanto te preocupa que alguien se sobrepase, como tú lo llamas, ve a ver a los dos adolescentes que están enrollándose en el jardín de abajo.

Robert abre los ojos como platos y se apresura a bajar los escalones para asegurarse de que Harry no se deja llevar por sus hormonas. Desde que Maria y él empezaron a salir, actúan como típicos adolescentes enamorados. No se les puede dejar solos mucho rato.

Me dirijo a la habitación de Aisha, y ella abre la puerta antes de que pueda llamar.

—Robert, ¿eh?

—Está disfrutando de esto demasiado. —Le acaricio las mejillas y la beso.

Su suave suspiro me hace querer arrastrarla a casa.

—Hola. —Me sonríe. La suavidad que veo en sus ojos hace que la polla se me endurezca.

—Ni se te ocurra. —Se ríe, pero puedo oler su excitación—. Toby está durmiendo la siesta.

Echo un vistazo por encima de su hombro para ver a nuestro hijo tumbado en la cama, con las manos y los pies extendidos, la camiseta levantada y la barriguita al aire.

—Te estaba esperando, pero ha caído rendido. ¿Por qué no salimos al balcón? Así podremos hablar más cómodos.

Dejo que tire de mí hacia el balcón, preguntándome cuándo había empezado a dejar que Aisha

me arrastrara a su antojo. Me gusta cuando me dice lo que tengo que hacer, cuando me da órdenes como si tuviera pleno derecho a hacerlo. Me complace.

—En realidad, he venido a darte esto. —Le entrego una llave de hotel.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —Parpadea.

—Quiero invitarte una cita, a una de verdad —La atraigo hacia mí, envolviéndola entre mis brazos—. Y después quiero preparar el terreno para pedirte que te cases conmigo. Más tarde, quiero llevarte a mi casa y darte mi marca de apareamiento.

—¿La propuesta no debería ser una sorpresa? —Tuerce los labios.

—No —susurro, rozando mis labios con los suyos—. Me estoy desesperando demasiado. Te necesito en mi casa, Aisha. Te necesito en mi cama. Necesito que tu olor cubra mi casa para que empiece a sentirla como un hogar. Necesito reclamarte antes de volverme loco.

Sus mejillas se sonrojan ante mis palabras.

—Tú eres el que quería esperar hasta que todo se asentara.

—No me importa. —La beso suavemente, refrenando a mi lobo que quiere algo más que un beso casto—. Quiero hacerte una propuesta de matrimonio perfecta porque será tu primera y última proposición. Quiero planear la boda de tus sueños. Quiero que tengas la luna de miel que siempre has deseado. Pero me estoy impacientando demasiado. Y tú eres demasiado provocadora. ¿Cómo esperas que me mantenga célibe hasta que nos casemos?

Su sonrisa es malvada.

—Merecerá la pena esperar. Después de todo, Robert se quedará con Harry y con Toby, y tendremos la casa para nosotros solos durante una semana.

La sola idea de hacer mía a una Aisha desnuda sobre la mesa de la cocina de nuestra casa vacía, de follármela en todas las superficies de nuestro hogar, me hace gemir.

—Qué mujer más mala.

Se ríe a carcajadas y vuelve a besarme.

—Puedes esperar, ¿verdad?

—Por esta noche —le advierto—. Después de esta noche, eres mía. Nos casaremos por el juzgado si quieres. Y luego podemos celebrar la boda por todo lo alto...

—Pero qué idiota eres. —Se ríe ella—. No necesito una boda por todo lo alto. Podemos casarnos en el juzgado y celebrar una ceremonia de apareamiento como es debido. Así que, casémonos ahora mismo. A la mierda todo lo demás.

La miro y mi corazón se colma de amor. Hemos tenido nuestros altibajos, y ella sigue aquí, firme. Parece que por fin se ha cerrado un capítulo oscuro en nuestras vidas y que está a punto de dar comienzo otro mucho más hermoso.

—Te quiero —murmuro, cubriendo su boca con la mía en un beso profundo.

Nuestros problemas están lejos de haber terminado, pero, a partir de ahora, afrontemos lo que tengamos que afrontar, lo haremos juntos.